

# NAPOLEON

EXPLICADO POR SI MISMO



II

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A.  
MADRID







1168497

DR

2069



BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

*A. Roldano-*  
1931

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1. *[Faint handwritten text]*

1922

# N A P O L E Ó N

EXPLICADO POR SÍ MISMO

## MEMORIAL DE SANTA ELENA

POR EL

CONDE DE LAS CASES

*Versión castellana.*

TOMO II



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

2069

M C M X X

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1926

M A D R I D

N A P O L E O N  
S A N T A F E L I X

MEMORIAL

DR. SANTA FELIX



Fondo bibliográfico  
Donativo Ricardo  
Biblioteca Pública de Sonora

2007

Imp. de VICENTE RICO  
PASO DEL PRADO, 30

SIGUE EL

DIARIO DE LA ISLA  
DE  
SANTA ELENA

MI VISITA A PLANTATION-HOUSE. — PRIMERA MALDAD DEL GOBERNADOR. — PROCLAMA DE NAPOLEÓN. — SU POLÍTICA EN EGIPTO. — DECLARACIÓN DE ACTO ILEGAL.

26. — He estado en Plantation-House a hacer mi visita a lady Howe, que me ha parecido hermosa, amable y un si es no es afectada. Sir Hudson-Lowe se casó con ella poco antes de su partida de Europa, y se nos ha dicho que era precisamente para hacer los honores de la colonia. Supe que esta señora era viuda de un oficial del antiguo regimiento de sir H. Lowe, y hermana de un coronel muerto en Waterlloo.

A mi vuelta hallé en mi habitación dos obras francesas que sir H. Lowe me había enviado por la mañana, con una esquila en la que decía esperaba fuesen agradables al Emperador. ¡Quién lo creería! Una de ellas era la *Colección*, de Goldsmith, y la otra *La embajada de Varsonia*, por el abate de Pradt. ¡Primera maldad de sir H. Lowe! Pues aunque este último es-

crito era una cosa nueva, a la verdad, pero también un verdadero libelo dirigido contra Napoleón.

Después de comer, el Emperador se entretuvo en leer en Goldsmith algunas proclamas suyas al ejército de Italia; lo reanimaban, complacían y aun conmovían. «¡Y se han atrevido a decir que yo no sabía escribir!», exclamó.

En seguida pasó a las de Egipto, y bromeó mucho sobre aquella en que se anunciaba como inspirado y enviado de Dios. «Esto era charlatanismo—dijo—y del más osado. Por otro lado, todo esto no servía más que para que lo tradujese en elegantes versos árabes uno de sus más hábiles scheiks. Mis franceses se reían de esto, y sus disposiciones eran consiguientes; de tal manera, que para reducirlos a que oyesen citar la religión en Italia y en Egipto, me veía ya precisado a hablar de ella muy ligeramente, colocando a los judíos al lado de los cristianos y los rabinos al de los obispos.»

Por lo demás, es falso, como lo dice Goldsmith, que se hubiese, ni una sola vez, vestido de musulmán; si entró en alguna ocasión en las mezquitas fué siempre—decía él—como vencedor y nunca como fiel, y sobre esto me refiero a las campañas de Egipto. Era muy afecto a la gravedad y se respetaba demasiado a sí mismo para haber dejado escapar ninguna señal equívoca sobre este punto.

—Y al fin—observaba jocosamente—no por eso deberemos considerar como imposible que las circunstancias me hubiesen arrastrado a abrazar el mahometismo, y como decía aquella reina de Francia: *Vous m'en direz tant!*... (¡Tanto me dirán ustedes!...) Pero esto habría sido con su cuenta y razón, y estando, al menos, sobre el Eufrates. El cambio de religión, im-

perdonable cuando es por intereses privados, puede conciliarse, quizás, cuando median grandes resultados políticos. Bien supo decir Enrique IV: *Paris vaut une messe*. (París vale una misa.) ¿Habrá quien crea que el imperio de Oriente, y tal vez la sujeción de toda el Asia, *no valdrian un turbante y unos pantalones?* Pues, a la verdad, a esto se habría reducido todo. Los grandes scheiks se habían esmerado en obsequiarnos, allanando las mayores dificultades; nos permitían el vino y nos dispensaban de toda clase de formalidad corporal; así es que sólo perdíamos nuestros calzones y el sombrero. Digo *nuestros*, porque el ejército, dispuesto como estaba, se habría prestado indudablemente a ello y reído altamente. ¡Sin embargo, véanse las consecuencias! Yo me equivocaba sobre Europa: la antigua civilización europea permanecía cercada; y ¿quién hubiera pensado entonces en impedir el curso del destino de Francia, ni del de la regeneración del siglo? ¿Quién habría osado emprenderlo? ¿Quién pudiera conseguirlo?

Continuando el Emperador en la revista de Goldsmith, halló por casualidad el acuerdo de los cónsules, por el que se destituía al comandante de Mantua por la rendición de esta plaza. «Aquel fué un acto ilegal, tiránico, sin duda—observó—; pero un mal necesario entonces por culpa de las leyes. El tal comandante era cien y mil veces culpable, y, sin embargo, es dudoso que hubiésemos podido condenarle, y su absolución habría producido muy malos efectos; nosotros le castigamos con las armas del honor y de la opinión; pero, lo repito, aquel fué un acto tiránico y extraordinario, indispensable algunas veces en las naciones en fermentación de las grandes crisis.»

PRIMER INSULTO.—PRIMERA BARBARIE DEL GOBERNADOR—RASGOS CARACTERÍSTICOS.

27.—El gobernador vino a las dos e hizo pedir permiso al Emperador para que sus criados comparecieran ante él. (*Primer insulto del gobernador.*)

En efecto, vinieron los criados, y M. de Montholon y yo nos pusimos aparte para no sancionar con nuestra presencia semejante medida; les habló el gobernador, y en seguida se vino con nosotros y nos dijo: «Ya estoy contento, y puedo decir a mi Gobierno que todos han firmado de grado y de buena voluntad.»

Algo de hiel hubo de quedarle por dentro, puesto que inoportunamente se puso a exagerarnos la belleza del sitio, diciéndonos, además, que no estábamos tan mal; y como le observásemos que bajo aquel clima abrasador no teníamos sombra, por no haber un solo árbol: *Ya los plantarán—*dijo, y se fué. ¡Qué expresión tan atroz!... (*Primera barbarie del gobernador.*)

A eso de las cinco el Emperador tomó el carruaje y salió a dar un paseo. Al salir de su habitación nos dijo: «¡Señores, con un hombre menos yo era el dueño del mundo! ¿Lo adivinan ustedes?» Nosotros escuchábamos... «Pues bien, es el abate de Pradt, el limosnero del dios Marte.» A esto nos echamos a reir.

«Yo no le imputo nada—continuó—; así es como empieza en su *Embajada de Varsovia*, que pueden leer. Es una obra perversa contra mí, un verdadero libelo, en el que acumula sobre mí delitos, injurias y calumnias. Pero ya sea porque me hallase bien dispuesto, o porque, como suele decirse, *la verdad es la que ofen-*

de, no ha producido otro efecto en mí que el de la risa; me ha divertido verdaderamente.

ABATE DE PRADT.—SU «EMBAJADA EN VARSOVIA».—  
GUERRA DE RUSIA.—SU ORIGEN.

28.—El Emperador volvió a hablar del abate de Pradt y de su obra, que redujo a la primera y última página. «En la primera—dijo—supone que él es el único que detuvo a Napoleón en su carrera, y en la última deja descubrir que el Emperador, a su paso de Moscou, lo separó de la embajada, lo que es muy cierto, y precisamente lo que su amor propio trata de desfigurar o vengar; a esto se reduce toda la obra.

«Pero el abate—continuó—no había llenado en Varsovia ninguna de las miras que se proponía; al contrario, había hecho grande mal. De todas partes me venían quejas contra él: su misma comitiva, los mismos empleados, por su comportamiento llegaron hasta a acusarle de inteligencia con el enemigo, lo que yo nunca pude creer. Él tuvo, en efecto, una conversación conmigo, que desfigura, como es justo; y mientras que relataba una ridícula arenga, que no era otra cosa sino un tejido de ineptias e impertinencias, yo borroneaba sobre una esquina de la chimenea, a la vista de M. de Pradt y escuchándole, la orden para retirarlo de su embajada y enviarlo a Francia lo más pronto posible, circunstancia que hizo reír mucho entonces, y que el abate disimula mañosamente.»

El Emperador, hablando de la guerra de Rusia, dijo: «No hay pequeños acontecimientos para las naciones y los soberanos; éstos son, por la inversa, los

que fijan sus destinos; desde tiempo antes existía mala inteligencia entre Francia y Rusia: Francia reprochaba a Rusia la violación del sistema continental; Rusia exigía una indemnización para el duque de Oldemburgo y suscitaba otras pretensiones. Algunos cuerpos rusos se aproximaban al ducado de Varsovia y un ejército francés se formaba en el Norte de Alemania. Entretanto, y cuando aún se estaba muy lejos de decidirse a la guerra, de repente un ejército ruso se pone en marcha hacia el ducado, y el embajador de la misma nación presenta en París, como ultimátum, una nota insolente, amenazando salir de la corte dentro de ocho días, en defecto de su aceptación.

»Entonces creí declarada la guerra. Tiempo hacía que yo no estaba acostumbrado a semejante arrogancia ni a dejarme prevenir; yo podía marchar contra Rusia al frente del resto de Europa; la empresa era popular y la causa europea, siendo el último esfuerzo que quedaba que hacer a Francia; en el término de la lucha estaba consignado su destino y el del nuevo sistema europeo. Rusia era el último recurso de Inglaterra; la paz del globo estaba en aquel Imperio, y el éxito no podía ser dudoso. Partí, pues, y sin embargo, a mi llegada a la frontera, yo, a quien Rusia había declarado la guerra retirando su embajador, creí de mi deber enviar el mío (Lauriston) a Wilna, al emperador Alejandro. ¡No fué admitido, y empezó la guerra!

»No obstante. ¿quién lo creyera?, Alejandro y yo estábamos ambos—continuó el Emperador—en la actitud de dos fanfarrones que, sin tener gana de batirse, tratan de imponerse mutuamente. De buena gana ha-

bría renunciado a la guerra, porque estaba rodeado y abrumado de circunstancias importunas, y cuanto supe después me asegura que Alejandro lo deseaba más que yo.

»M. de Romanzof, que había conservado relaciones en París, y que después, en el momento de los descabros experimentados por los rusos, fué muy mal tratado por Alejandro por la resolución que él le había hecho tomar, le aseguró que había llegado el momento en que Napoleón, sitiado por todas partes, haría algunos sacrificios para evitar la guerra; que la ocasión era favorable y que era preciso aprovecharla; que no se trataba de otra cosa sino de presentarse en la palestra y hablar con tesón, y, por último, que de este modo se obtendrían las indemnizaciones del duque de Oldemburgo y Dantzig, creándose Rusia al mismo tiempo una inmensa consideración en Europa.

»Tal fué la base del movimiento de las tropas rusas y de la nota insolente del príncipe Kourakin, quien sin duda no estaba en el secreto, y que por su poco talento obró mal ejecutando sus instrucciones demasiado al pie de la letra. La misma presunción y el mismo sistema fué también causa de no haber admitido a Lauriston en Wilna, y he ahí—decía Napoleón—los vicios de mi diplomacia nueva; se hallaba aislada, sin afinidad y sin contacto, en medio de los objetos que era forzoso mover. Si yo hubiera tenido un ministro de Relaciones Exteriores de los de la rancia aristocracia, un hombre de primer orden, éste habría podido en la conversación adivinar el fondo de la cuestión, y la guerra no se hubiera declarado. Tal vez Talleyrand hubiera sido a propósito, pero esto habría sido salirse de la nueva escuela. Por lo que hace a mí, yo no po-

día solo adivinarlo todo; la dignidad me impedía las aclaraciones personales; no podía juzgar sino por los documentos, y en vano los consideraba bajo todos aspectos, pues en llegando a cierto punto quedaban mudos y sin poder aclarar mis dudas.

»Apenas se hubo abierto la campaña cuando el enemigo se quitó la máscara, mostrando sus verdaderas intenciones. Al cabo de tres o cuatro días, atemorizado con nuestros primeros triunfos, Alejandro me despachó un emisario para decirme que si quería evacuar el territorio invadido y volver al Niemen, entraría en negociaciones. Pero a mi vez creí que esto era una estratagema. Estaba envanecido con las ventajas conseguidas, y había cogido al ejército ruso en flagrante delito. Todo estaba destruído y en desorden: había cortado a Bagration, y debía esperar destruirlo; creí, pues, que no se trataba de otra cosa sino de ganar tiempo para escaparse y ponerse en orden. No hay la menor duda que si yo hubiera penetrado la buena fe de Alejandro, habría accedido a su petición; hubiera vuelto al Niemen, y él no habría pasado el Dwina, habiendo quedado Wilna neutral; allí habríamos comparecido con dos o tres batallones de nuestra Guardia y tratado en persona. ¡Cuántas combinaciones se me hubieran ocurrido!... ¡No habría hecho otra cosa más que elegir!... ¡Nos habríamos separado amigos!...

»Y a pesar de los acontecimientos ulteriores que le dan la victoria, ¿es acaso una cosa evidente que este partido hubiese sido menos ventajoso para él que el obtenido después? Vino a París, es cierto, pero con toda Europa. Ha adquirido Polonia, pero, ¡cuáles serán las consecuencias de la alteración hecha en todo el sistema europeo, de la agitación promovida en los

pueblos, del acrecentamiento de influjo europeo sobre el resto de Rusia por la aglomeración de las nuevas adquisiciones, los viajes lejanos de los soldados rusos y por la influencia de los hombres y de las luces heterogéneas, que van a refugiarse de todas partes en aquel Imperio, etc., etc.!...

«¿Los soberanos rusos se contentarán con la consolidación de lo adquirido? Pero si, por el contrario, se apodera de ellos la ambición, ¡a qué empresas y a qué extravagancias pueden entregarse! Entretanto, han perdido en Moscou sus riquezas, sus recursos y las de un gran número de otras ciudades; éstas son otras tantas llagas que no se curarán en más de cincuenta años, y en vez de esto, ¡cuánto podíamos haber estipulado en Wilna para el bienestar de todos, tanto el de los pueblos como el de los reyes!

«En otra ocasión, decía el Emperador, he podido partir el Imperio turco con Rusia; más de una vez se trató de esto entre nosotros; Constantinopla lo ha salvado siempre; esta capital ha sido gran dificultad y la verdadera piedra de toque. Rusia la quería, y yo no debía concedérsela; es una llave demasiado preciosa; ella sola vale un imperio; el que la posea puede gobernar al mundo.»

Y como el Emperador se redujese a decir en esta última narración: «¿qué ha ganado Alejandro que no hubiera obtenido en Wilna a menos precio?», se le escapó a uno el decir: «Señor, haber vencido y quedado triunfante.»

«Tal podrán ser las ideas del vulgo—repuso el Emperador—, pero no las de un rey. Este, si gobierna por sí mismo o por sus consejeros, si es incapaz de ello, no debe en tamaña empresa tener por objeto la victo-

ria, sino más bien los resultados. Y aun cuando se diese toda la importancia a esa consideración vulgar, sostendré que no ha conseguido tampoco el objeto, pues aquí la palma de los sufragios corresponde al vencido. ¿Quién podrá poner en paralelo mis triunfos en Alemania con los de los aliados en Francia? Los hombres ilustrados, reflexivos y la Historia no lo harán.

»Los aliados han entrado allí en pos de toda Europa y casi contra nadie. Presentaban seiscientos mil hombres en línea y tenían una reserva de otros tantos. Si eran batidos, no corrían riesgo alguno: se replegaban. Yo, al contrario, en Alemania, en el espacio de quinientas leguas, apenas tenía una fuerza igual, y me hallaba rodeado de potencias y de pueblos contenidos solamente por el temor; a cada instante, al primer descalabro, podían declararse. Yo triunfaba en medio de continuos peligros, y necesitaba constantemente tanto de la astucia como de la fuerza. ¡Qué extraordinario carácter necesitaba yo en todas aquellas empresas, qué penetración, qué confianza en mis combinaciones, desaprobadas quizás por cuantos me rodeaban!

»¿Qué acciones opondrán los aliados a las mías? Si yo no hubiera vencido en Austerlitz, Prusia habría cargado sobre mí; si no hubiese triunfado en Jena, Austria y España se declaraban sobre mi retaguardia; si no hubiera batido el enemigo en Wagram, y la victoria no hubiese sido tan decisiva, podía temer que Rusia me abandonase, que Prusia se sublevase y la llegada de los ingleses delante de Amberes.

»Después de todo, ¿cuáles han sido mis condiciones después de la victoria?

»En Austerlitz dejé en libertad a Alejandro, a quien pude hacer prisionero (1).

»Después de Jena dejé el trono a la casa de Prusia, a quien había batido.

»Después de la batalla de Wagram no he querido dividir la monarquía austriaca.

»¿Se atribuirá todo esto a la simple magnanimidad? Las almas grandes y profundas tendrían razón de vituperármelo. Así es que, sin desdeñar esta sensación, que no me es extraña, yo aspiraba a pensamientos más elevados aún. Quería preparar la fusión de los grandes intereses europeos, así como lo había hecho con los de los partidos entre nosotros. Ambicionaba el ser un día árbitro de la gran causa de los pueblos y de los reyes. Era, pues, preciso crearme títulos, para con éstos hacerme popular en medio de aquéllos. Es cierto que esto no podía ser sin perder algún tanto con los otros, bien lo conocía; pero era poderoso y nada tímido; despreciaba las murmuraciones pasajeras de los pueblos, seguro de que el resultado me los atraería todos infaliblemente.

»Sin embargo, continuó el Emperador, cometí un gran yerro después de Wagram, y fué el de no abatir más a Austria; quedó demasiado fuerte respecto de nuestra seguridad; ella es la que nos ha perdido. Al día siguiente de la batalla debí declarar que no trata-

---

(1) A mi vuelta a Europa me han asegurado que existen dos cartas escritas con lápiz del Emperador Alejandro, solicitando ansiosamente que se le dejase pasar. Si esto es cierto, ¡cuáles son las vicisitudes de la fortuna! ¡El vencedor magnánimo habría perecido cautivo lejos de Europa, privado de su familia, y precisamente en nombre del vencido que tan generosamente lo había escuchado!

ría con Austria, sino previa la separación de las tres coronas de Austria, Hungría y Bohemia. ¿Y quién lo creerá? Un príncipe de la casa de Austria me hizo insinuar muchas veces que le cediese una, y aun que lo pusiese en el trono de su casa, alegando que de este modo únicamente caminaría de buena fe conmigo: ofrecía darme una especie de rehén..., y además todas las garantías imaginables.»

El Emperador decía que había trabajado algo sobre esto; que titubeó algún tanto antes de su casamiento con María Luisa; pero que después habría sido incapaz de ello. Que era demasiado vulgar en esto de alianzas de familias—decía él—. «Yo consideraba a Austria como a casa propia; y no obstante, el tal casamiento me ha perdido. Si yo no me hubiera creído tranquilo, y aun apoyado sobre este punto, habría retardado tres años más la resurrección de Polonia; hubiera esperado que España se hubiese sometido y pacificado. He puesto el pie sobre un abismo cubierto de flores, etc.»

EL EMPERADOR SUFRE.—PRIMER DÍA DE COMPLETA RECLUSIÓN.—ANÉCDOTAS.

29 de Abril.—El gran mariscal vino a las cinco, y me hizo una visita corta en mi habitación: no había podido ver al Emperador, porque éste había estado encerrado todo el día, padeciendo mucho y sin querer ver a nadie.

A cosa de las nueve, y cuando yo creía que se pasase el día sin verlo, me mandó llamar, le expuse cuán inquieto estaba por el estado de su salud; me dijo que estaba bueno, que nada padecía, que había

estado solo, más bien por capricho que por otra cosa, y que el día le había parecido corto por haber estado continuamente leyendo.

Sin embargo, tenía un cierto aire de tristeza y aun parecía aburrido. En su ociosidad había echado mano de mi *Atlas*, que estaba abierto en el *mapa mundi*: se había detenido sobre la Persia. «Yo lo había combinado juiciosamente—dijo—; ¡qué gran punto de apoyo para mis ideas, ya fuese que quisiera inquietar a Rusia, o caer sobre las Indias! Ya había empezado a entablar relaciones con este país, y esperaba fomentarlas hasta la intimidad, así como con Turquía. Era de esperar que estos animales hubiesen conocido sus intereses: mas perdí totalmente el fruto de mi trabajo en el momento decisivo. ¡El oro de los ingleses pudo más que mis combinaciones! Algunos ministros infieles habrán vendido la existencia de su país a cambio de guineas, lo que sucede comúnmente a los monarcas de serrallos y a los reyes perezosos.»

Creo haber dicho ya que nada entretiene ni distrae tan completamente al Emperador como la referencia de las costumbres e historietas de nuestros salones.

La emigración y el arrabal de San Germán eran asuntos de que gustaba hablar conmigo cuando estábamos a solas; y sobre esto me dijo una vez: «Yo conocía perfectamente a los míos; pero siempre he desconocido a aquéllos.» En seguida dijo que en todo tiempo había tenido inclinación a saber lo que pasaba en casa del vecino, y las habladurías de los pueblos pequeños. «Y no porque—añadió—dejasen de hablar-me mucho de esto en el tiempo de mi poder; pero si me decían que se me alababa, entraba desde luego en desconfianza, porque temía las insinuaciones; y si me

decían que se me vituperaba, desconfiaba de la delación, y tenía que defenderme del desprecio. Aquí, caro amigo, no hay ninguno de esos inconvenientes. Usted y yo somos ya del otro mundo, y conversamos en los Campos Elíseos; usted no tiene interés ni yo desconfianza.»

Yo me apresuraba a contarle alguna cosa cuando se presentaba la ocasión, y el Emperador, que adivinaba mi pensamiento, no perdía las ocasiones pagándome en la misma moneda; pues al fin de una de mis historietas me dijo tirándome de la oreja, y con una voz que me interesó: «He leído en vuestro *Atlas* que, habiendo emparedado a un rey del Norte, un soldado había pedido y obtenido que se encerrase con él para distraerlo, ya fuese haciéndole hablar, ya contándole cuentos: querido amigo, usted es ese soldado.» En esta época le estaba contando algunos anécdotas sobre los embajadores persa y turco, y de la burla atribuída a M. de Marbois, la cual era del todo nueva al Emperador.

«Los salones de París son terribles por sus sátiras — notaba entonces el Emperador — y es preciso convenir que en la mayor parte de ellos rebosan la sal y la agudeza: allí está uno siempre sitiado y es muy raro el que no sucumba. — Es cierto — decía yo — que no respetábamos nada y que atacábamos hasta a los mismos dioses. No había cosa para nosotros que fuese sagrada, y vuestra majestad debe suponer que ni la emperatriz estaría exenta —. ¡Ah!, lo creo muy bien — respondió el Emperador —; pero no importa, cuente usted. — Pues bien, señor; se decía que un día, muy incomodado vuestra majestad con la lectura de un pliego de Viena, había dicho a la emperatriz en un momen-

to de cólera y de mal humor: *Votre père est une ganache* (vuestro padre es un pelma). María Luisa, que ignoraba muchos términos franceses, se dirigió al primer cortesano, diciéndole: «El Emperador me dice que mi padre es un *ganache*, ¿qué quiere decir eso?» A semejante pregunta, inesperada, el cortesano, medio balbuciente contestó, para salir del paso, que quería decir un hombre de juicio, de peso, de buen consejo. Algunos días después, y teniendo todavía presente en la memoria su nueva adquisición, fué a presidir el Consejo de Estado; y viendo que se animaba la discusión más de lo regular, se dirigió para terminarla a M. de Cambaceres, quien por su parte bostezaba también.—A vos os toca—dijo la emperatriz—ponernos de acuerdo en esta importante ocasión; vos seréis nuestro oráculo, pues yo os tengo por el primer y mejor *ganache* del Imperio.—A estas palabras de mi relación, el Emperador reía a más no poder.—¡Ah! ¡Qué lástima—decía—que eso no fuese cierto! ¡Qué cuadro tan singular: la circunspección de Cambaceres comprometida, la risa maliciosa de todo el Consejo y el apuro de la pobre María Luisa, asombrada y sobreco-gida con aquel espectáculo!»

La conversación había durado así mucho tiempo, y quizás hacía ya más de dos horas que estaba con el Emperador: yo me había esforzado a charlar tanto para distraerlo, y lo había conseguido. El Emperador se había reanimado y reído; cuando me despidió estaba mucho mejor, y yo me separé feliz de su lado.

SEGUNDO DÍA DE RECLUSIÓN.—EL EMPERADOR RECIBE AL GOBERNADOR EN SU HABITACIÓN.—CONVERSACIÓN CARACTERÍSTICA.

30.—Yo debía ir a Briars a comer con mi hijo, a nuestra antigua morada en casa de nuestro huésped. A cosa de las tres y media fui a tomar la orden del Emperador, que estaba como ayer y sin idea de salir.

Un momento antes de llegar a Hut's Gate, en casa de madama Bertrand, encontré al gobernador que iba a Longwood. A las ocho y media nos pusimos en camino para volvernos.

El Emperador había dado orden de que a mi vuelta se me introdujera en su aposento: se hallaba bueno, pero no había salido ni recibido a nadie, como el día anterior: me dijo que me estaba aguardando y que tenía mucho que contarme.

Supe que el gobernador había venido, y que le había recibido en su habitación, aunque no estaba vestido y tuviese que permanecer en el sofá. Había observado en su semblante—dijo—todo lo que podía indicar el estado de su alma. Habló de protestar contra el tratado de 2 de Agosto, por el cual los monarcas aliados le declararon proscrito y prisionero, y preguntó cuál era el derecho de esos soberanos para disponer de él sin su anuencia, cuando era su igual, y había sido algunas veces árbitro de sus destinos.

Que si hubiera querido retirarse a Rusia, Alejandro, que se decía su amigo, y no había tenido con él otras querellas que las políticas, si no lo hubiera dejado rey, lo habría al menos tratado como a tal. El gobernador no contradecía a esto.

Que si hubiera querido—continuó—refugiarse en Austria, el emperador Francisco, so pena de deshonor e inmoralidad, no sólo no podía negarle un asilo en su Imperio, sino que ni aun su misma casa, de que Napoleón hacía parte. El gobernador aun convino en esto.

«En fin—le dijo—, si estimando en algo mis intereses personales me hubiera obstinado en defenderlos en Francia con las armas, no hay duda que los aliados me habrían concedido por tratado una multitud de ventajas, y aun tal vez territorio.» El gobernador, que lo había escuchado atentamente, convino en que habría obtenido positivamente, y sin dificultad, la soberanía de un grande establecimiento.

«No lo quise—prosiguió el Emperador—; me decidí a dejar la política, indignado de ver que los primeros hombres públicos de Francia la vendían, o se engañaban groseramente sobre sus más caros intereses: irritado de ver que la masa de los representantes podía, antes de perecer, transigir con la independencia sagrada, que, no menos que el honor, es también *una isla escarpada y sin playas*. En este estado de cosas, ¿a qué me he decidido? ¿Qué partido he tomado? Fuí a buscar un asilo en un país en donde creía que hubiese leyes; en un pueblo que durante más de veinte años había sido mi mayor enemigo. Pero vosotros, ¿qué habéis hecho? ¡Vuestra conducta no os hará honor en la Historia! ¡Y si todavía existe una Providencia vengadora, tarde o temprano sufriréis el castigo! ¡No se pasará mucho tiempo sin que vuestra prosperidad y vuestras leyes espíen este atentado! ¡Vuestros ministros han demostrado suficientemente por sus instrucciones que querían deshacerse de mí! ¿Por qué razón

los reyes que me han proscrito no han osado mandar abiertamente que se me diera la muerte? ¡Tan legal hubiera sido lo uno como lo otro! Un término pronto habría mostrado más energía de su parte que la muerte lenta a que me condenan. ¡Los calabreses habrían sido más humanos, más generosos que los soberanos o vuestros ministros! No me daré la muerte, porque pienso que sería una cobardía: hay cierta nobleza y valentía en superar los infortunios. En el mundo todos tienen que doblarse a su destino; pero si se deciden a tenerme aquí, usted debiera dárme la y me haría un beneficio, pues mi morada en estos lugares es una muerte perpetua. La isla es demasiado pequeña para quien andaba cada día diez, quince y veinte leguas a caballo. ¡El clima no es el nuestro, no tiene nuestro sol ni nuestras estaciones! ¡Todo respira aquí una tristeza mortal! ¡La posición es desagradable, malsana, no hay agua: este rincón de la isla está desierto y ha ahuyentado a sus habitantes!»

Habiendo observado el gobernador que en sus instrucciones se ordenaban estos límites estrechos, y que aun se prevenía en ellas que un oficial le siguiese siempre, dijo el Emperador: «Si se hubiesen observado así, nunca habría salido de mi habitación; y si la autoridad de usted es tan limitada, de aquí en adelante de nada puede servirnos. En fin, nada quiero, nada pido; transmita usted mis sentimientos a su Gobierno.»

Se le escapó al gobernador el decir: «He aquí el resultado de dar instrucciones desde tan lejos, y sobre una persona que no se conoce.» Quiso excusarse con que a la llegada de la casa o palacio de madera que estaba en camino podrían tomarse quizás mejo-

res medidas: que el navío que se esperaba traía muchos muebles y comestibles, que se presumía le fuesen agradables, y que el gobernador haría todos sus esfuerzos para aliviar su posición.

El Emperador respondió que todos esos esfuerzos se reducían a poca cosa; que había pedido se le abonase al *Morning-Chronicle* y al *Statesman* para leer la cuestión bajo el aspecto menos desagradable, y que nada de esto se había hecho: que además había pedido libros, su único consuelo, y se habían pasado ya nueve meses sin haberlos recibido; y que habiendo preguntado por su hijo y su mujer, ni siquiera se le había respondido.

«En cuanto a los comestibles, muebles y alojamiento—continuó—, usted ha estado en mi país nativo, y quizás en mi casa. Sin que sea la última de la isla, ni tenga que avergonzarme, ya habrá visto lo poco que valía. Pues bien, por haber poseído un trono y distribuido coronas, no he olvidado en manera alguna mi primera condición; el canapé y la cama de campaña que usted ve aquí no son suficientes.»

El gobernador observó que el palacio de madera y lo demás que le acompañaba, al menos, era una atención.

«Para justificaros tal vez a la faz de la Europa—repuso el Emperador—; pero para mí son indiferentes y extraños. No hay para qué enviarme casas ni muebles; ¡más oportuno sería un verdugo o una mortaja! Los unos me parecen ironía, y los otros un favor que reclamo. El almirante, que es un buen sujeto, me parece que trata de aliviar nuestra suerte. Yo no me quejo de sus acciones; el modo solamente me choca.»

Al llegar aquí preguntó el gobernador si inadver-

idamente había cometido alguna falta. «No, señor; de nada nos quejamos desde la llegada de usted; sin embargo, una acción nos ha incomodado, cual es la inspección de nuestros criados, que ha sido injuriosa a M. de Montholon, por sospechar de su buena fe; es, además, mezquina, penosa y ofensiva para mí, y quizás también para un general inglés que vino a poner la mano entre mí y mi ayuda de cámara.»

El gobernador estaba sentado en un sillón al extremo opuesto del Emperador, quien permaneció echado sobre su canapé. Estaba obscuro, porque ya era de noche, y no se distinguían bien los objetos. «Por esta causa—observaba el Emperador—me ha sido imposible descubrir por su fisonomía la impresión que podía haberle causado en aquel momento.»

En el curso de la conversación, el Emperador, que había leído por la mañana la campaña de 1814, escrita por Alfonso Beauchamp, en la cual todos los boletines ingleses están firmados por Lowe, preguntó al gobernador si era él. Este se apresuró a responder con una descomposición notable que eran suyos, y que tal había sido su modo de ver.

Al retirarse sir Hudson Lowe, que durante la conversación había ofrecido muchas veces su médico al Emperador, diciendo que era muy hábil, le reiteró a la puerta la súplica de que le permitiera se lo enviase; pero el Emperador, que adivinaba su pensamiento, lo rehusó constantemente.

Después de haberme dicho esto, el Emperador se calló por algunos minutos, y luego volvió a tomar el hilo de sus reflexiones, y dijo: «¡Qué innoble y siniestra es la cara de este gobernador! ¡En mi vida he visto otra semejante!... Si lo tuviese siempre a mi lado, no po-

dría ni aun tomar una taza de café. Caro amigo, ¡peor es esto que si me hubiese mandado un carcelero!»

TERCER DÍA DE RECLUSIÓN. — RESUMEN ELOCUENTE DE LA HISTORIA DEL EMPERADOR.

1.º de Mayo.—El Emperador no salió tampoco de su habitación: me mandó llamar a las siete de la tarde. Estaba leyendo a Rollin, que acostumbraba llamar el *demasiado buen hombre*. Parecía hallarse mejor; quiso comer algo más tarde de lo acostumbrado, y me detuvo; un poco tiempo antes de comer pidió un vaso de vino de Costanza, como lo hace siempre que se halla con necesidad de estar despejado.

Después de comer recorrió algunas representaciones, proclamas o actos de la *Colección* de Goldsmith, que es muy incompleta; algunos le conmovieron, y dejando entonces el libro, dijo paseándose: «Con todo eso, bien podrán cortar, suprimir y mutilar; pero les será muy difícil hacerme desaparecer enteramente. Un escritor francés se verá al fin en la precisión de hablar del Imperio, y si tiene sentimientos no podrá menos de restituirme alguna cosa y concederme algo; su tarea será fácil, pues los hechos hablan y brillan como el sol.

»Yo he cerrado el abismo anárquico y aclarado el caos. He limpiado las manchas de la revolución, ennoblecido a los pueblos y afirmado a los reyes. ¡He excitado todas las emulaciones, recompensado el mérito y traspasado los límites de la gloria! ¡Todo esto me parece que es algo! Y después, ¿sobre qué podrá atacárseme, que el historiador no pueda defenderme?

¿Será sobre mis intenciones? A la verdad que hay motivo para absolverme. ¿Mi despotismo? Sobre esto demostraré que la dictadura era absolutamente necesaria. ¿Se dirá que he oprimido la libertad? El contestará que la anarquía y los grandes desórdenes habían llegado a su colmo. ¿Se me acusará de haber sido demasiado propenso a la guerra? Dirá que siempre he sido atacado. ¿De haber querido la monarquía universal? Entonces hará ver que esto fué la obra fortuita de las circunstancias; que nuestros mismos enemigos me condujeron a ello paso a paso. En fin, ¿será mi ambición? ¡Ah!, sin duda, lo confieso... ¡Mucha, y de la mayor que hubo jamás! La de establecer, de consagrar de una vez el imperio de la razón, el pleno ejercicio y el entero goce de todas las facultades humanas; y tal vez este historiador, al llegar aquí, se verá precisado a demostrar su sentimiento de que semejante ambición no se hubiese cumplido...—Y después de algunos segundos de silencio y de reflexión:—Caro amigo —dijo el Emperador—; he aquí, en pocas palabras, toda mi historia. »

CUARTO DÍA DE RECLUSIÓN ABSOLUTA.—EL «MONITOR» FAVORABLE AL EMPERADOR.

2.—El Emperador permaneció aún en su aposento, como los días precedentes. Me mandó llamar por la noche después de comer, a eso de las nueve; había pasado el día sin ver a nadie; yo permanecí con él hasta las once; estaba alegre y parecía hallarse bueno. Habló mucho de la legión de honor, de la *Colección* de Goldsmith y del *Monitor*. Sobre este último dijo que era seguramente una cosa muy notable, y de que po-

cos podían lisonjearse el haber recorrido tan joven y con tanto aparato toda la revolución sin haber temido al *Monitor*. «No hay en todo él—dijo—una sola frase que tenga que borrar. Al contrario, allí se hallará consignada mi justificación siempre que yo la necesite.»

#### QUINTO DÍA DE RECLUSIÓN.

3. — Él Emperador tampoco salió, y éste fué su quinto día de reclusión sin ver a nadie. Por fuera ignorábamos lo que pasaba en su interior. Él me hacía llamar, por decirlo así, a escondidas.

#### SEXTO DÍA DE RECLUSIÓN.

4. — El Emperador no ha salido en todo el día; sin embargo, dijo que montaría a caballo a cosa de las cuatro, pero la lluvia imposibilitó su proyecto; recibió al gran mariscal.

A las ocho me mandó llamar para que comiera con él, y me dijo que el gobernador había ido a casa del gran mariscal, donde había permanecido más de una hora; su conversación había sido penosa y algunas veces ofensiva. Había tocado algunos asuntos con muy mal humor y poca consideración, de un modo vago, sin resultados, y según parecía reprochándonos, sobre todo, que nos quejábamos demasiado y sin razón; decía que estábamos muy bien y deberíamos estar contentos; que parecía que nos engañábamos extraordinariamente sobre nuestra situación y personas, etc., etc.; que por lo demás (al menos se ha comprendido así), quería estar seguro todos los días, por

testimonio evidente, de la existencia y de la presencia del Emperador.

Lo cierto es que ésta era la verdadera causa de su mal humor y agitación; se habían pasado muchos días sin que hubiese podido recibir el parte de su oficial o de sus espías, porque el Emperador no había salido ni se sabía que hubiese recibido a nadie en su habitación.

¿Pero qué podría hacer en este caso? Mucho lo hemos discurrido, pero el Emperador no se sometería nunca, aunque fuese con peligro de su vida, a una visita periódica que podría repetirse caprichosamente a cualquiera hora del día o de la noche. ¿Emplearía el gobernador la fuerza y la violencia para disputarle el último asilo de algunos pies cuadrados o de algunas horas de reposo? Sus instrucciones deben haber previsto el caso; no me admiraría de cualquier ultraje, falta de respeto o barbarie.

En cuanto a las expresiones del gobernador de que nos engañábamos sobre nuestra situación y personas, bien sabíamos que en lugar de estar en las Tullerías estábamos en Santa Elena; que en lugar de ser señores éramos cautivos. ¡Sobre qué, pues, podríamos engañarnos!

#### PARALELO ENTRE LAS DOS GRANDES REVOLUCIONES DE FRANCIA E INGLATERRA.

5.—Se había tratado en el día del paralelo entre las dos grandes revoluciones de Francia y de Inglaterra. «Tienen mucha similitud y diferencia—observaba el Emperador—, y son inagotables para la meditación.» Y dijo cosas muy notables y curiosas; voy a reunir lo que dijo entonces y en otras ocasiones.

En este paralelo singular Napoleón es en Francia Cromwell y Guillermo III de Inglaterra a un mismo tiempo; mas como toda comparación con Cromwell tiene algo de odiosa, me apresuro a decir que si estos dos hombres célebres coinciden en una sola circunstancia, difícil es diferir más sobre todas las otras. Cromwell aparece en la escena política a una edad madura, y sólo a fuerza de doblez, ardides e hipocresía llega al primer puesto; Napoleón se arroja en ella cuando apenas había salido de la infancia, y sus primeros pasos resplandecieron con una gloria pura. Cromwell llegó al supremo poder contra la opinión y odiado de todos los partidos, imprimiendo una mancha eterna a la revolución inglesa; Napoleón, por la inversa, subió al trono borrando las manchas de la revolución francesa, y por la concurrencia de todos los partidos que se esforzaron a proclamarlo unánimemente por su jefe. Toda la gloria militar de Cromwell la adquirió sobre la sangre inglesa, y sus triunfos debieron ser otros tantos duelos nacionales; los de Napoleón nunca gravaron sino al extranjero y llenaron de entusiasmo a la nación francesa. En fin, la muerte de Cromwell colmó de júbilo a toda Inglaterra, considerándose como la pública libertad; no podría decirse justamente otro tanto de la de Napoleón.

La revolución fué en Inglaterra la sublevación de toda la nación contra el rey, el cual había violado las leyes y usurpado el poder absoluto, por lo que el pueblo quiso reconquistar sus derechos; la revolución fué en Francia la sublevación de una parte de la nación contra la otra o del pueblo contra la nobleza, la reacción de los galos contra los francos. Más bien se le atacó al rey como cabeza del feudalismo que como so-

berano; no se le imputaba que hubiese violado las leyes, y sólo se pretendía sustraerse a su imperio constituyéndose de nuevo.

En Inglaterra, si Carlos I hubiera cedido de buena fe y hubiese tenido el carácter moderado e indeciso de Luis XVI, hubiera sobrevivido a la revolución. En Francia, al contrario, si Luis XVI se hubiera resistido francamente y hubiese tenido el ánimo, la actividad y el ardor de Carlos I, habría triunfado. Durante todo el conflicto no rodearon a Carlos I, reducido a su isla, más que sus amigos y partidarios, pero no clase alguna constitucional; Luis XVI tenía un ejército disciplinado, el auxilio del extranjero, dos partes constitucionales de la nación: la nobleza y el clero. Además se presentaba a Luis XVI un segundo partido decisivo que no tuvo Carlos I, y éste era el de renunciar a ser cabeza del feudalismo, convirtiéndose en jefe de la nación; por desgracia no supo abrazar ni uno ni otro. Carlos I pereció por haberse resistido, y Luis XVI por lo contrario. El uno estaba íntimamente convencido de los derechos de su prerrogativa, y aún se duda que el otro estuviese en tal persuasión, ni menos de su necesidad.

En Inglaterra, la muerte de Carlos I fué obra de la ambición astuta y atroz de un hombre solo; en Francia fué obra de la muchedumbre alucinada y de una asamblea popular y sin orden.

En Inglaterra, los representantes del pueblo, por un viso de pudor, se abstuvieron de ser jueces y parte en el asesinato que ordenaban, y nombraron un tribunal para juzgar al rey; en Francia se atrevieron a ser a un mismo tiempo acusadores, jueces y verdugos. La causa fué que en Inglaterra se dirigían los asuntos

por una mano invisible, por lo que había más reflexión y calma, y en Francia lo era por la multitud fogosa y sin límites. En Inglaterra la muerte del rey fué el origen de la república; ésta, por el contrario, causó en Francia la muerte del rey.

En Inglaterra se operó la expulsión política por los esfuerzos del más ardiente fanatismo religioso; en Francia se hizo en medio de las aclamaciones de una impiedad obscena, cada cual en razón del siglo y de sus costumbres.

En Inglaterra se tomaron por norma los excesos de la escuela lúgubre de Calvino; en Francia las doctrinas exageradas de la escuela moderna. En Inglaterra la revolución produjo una guerra civil; en Francia ocasionó guerras extranjeras, y a estos esfuerzos y contradicciones atribuyen con razón los franceses la causa de sus excesos; los ingleses no tienen ninguna excusa de esta clase.

En Inglaterra el ejército fué culpable de todos los furores, de todas las extravagancias y el azote de los ciudadanos; en Francia, al contrario, al ejército se le debe todo; sus triunfos en el exterior suavizaron o hicieron olvidar los horrores del interior; él fué el que dió a la patria la independendencia, la gloria y los trofeos.

En Inglaterra, la restauración fué obra de los mismos ingleses, y se recibió con la más viva exaltación; la nación salía de la esclavitud y creyó recobrar la libertad; en Francia no ha sido absolutamente lo mismo...

En fin, en Inglaterra un yerno derriba a su suegro del trono; toda la Europa le apoya y la obra queda inalterable y reverenciada; en Francia, al contrario,

el elegido del pueblo, que había gobernado ya quince años con el consentimiento interior y exterior, recobra una corona que cree corresponderle.

Europa entera se levanta en masa y lo declara fuera de la ley; un millón y cien mil hombres marchan contra su persona sola; sucumbe, se le encadena, ¡y aún se pretende infamar su memoria!

DOCTOR O'MEARA. — EXPLICACIÓN. — CONSULADO. — OPINIÓN DE LOS EMIGRADOS SOBRE EL CÓNSUL. — CIRCUNSTANCIAS FELICES QUE CONCURRIERON A LA CARRERA DEL EMPERADOR. — OPINIÓN DE LOS ITALIANOS. — CORONACIÓN POR EL PAPA. — LOS DESCONTENTOS SEDUCIDOS EN LA ÉPOCA DE TILSIT. — GUERRA DE ESPAÑA.

El Emperador me mandó llamar a las nueve; estaba incomodado con las disposiciones del nuevo gobernador, sobre todo con la idea de que osase violar el último asilo de su interior, y prefería la muerte a este ultraje, estando resuelto a correr el riesgo, aunque le parecía inevitable una catástrofe; suponía que habría sido ordenado y que sólo buscaban los pretextos.

«Lo espero todo—me decía en un acceso de pasión—; me matarán aquí, no hay duda...»

Hizo llamar al doctor O'Meara, para saber su opinión particular, y me encargó le tradujese que hasta aquella fecha no se quejaba de ningún modo de él; que, al contrario, le consideraba como un hombre de bien, y la prueba era que iba a confiarse de su palabra; se trataba solamente de explicarse. En su virtud, se le preguntó si se consideraba como el médico personal del Emperador o como el de una cárcel, sujeto

en un todo a su Gobierno; si era su confesor o su vigilante; si daba partes sobre él o los daría en caso de necesidad; que en uno de los dos casos, el Emperador continuaría gustoso recibiendo sus servicios, quedando agradecido a los ya recibidos, y en el otro, que le daba las gracias, rogándole los suspendiese en adelante.

El doctor respondió positiva y afectuosamente: dijo que correspondiendo su ministerio a su profesión con total independencia de la política, se consideraba como el médico de su persona, prescindiendo de cualquiera otra consideración; que no daba parte alguno, y que tampoco se lo habían pedido; que no preveía el caso en que se viese inclinado a darlo, si se exceptuaba el de enfermedad grave, en el cual se vería precisado a recurrir al auxilio de los facultativos, etc., etc.

A eso de las tres el Emperador salió al jardín, dispuesto para montar a caballo; había dictado mucho tiempo a Gourgaud, y casi completado su época de 1815; se hallaba muy contento de su trabajo.

Yo le recomendé en seguida la del Consulado: aquella época tan brillante, en que una nación casi disuelta se vió mágicamente indemnizada en pocos instantes en sus leyes, su religión y su moral.

Entonces estaba yo en Inglaterra; la mayoría de los emigrados, le decía yo, no pudo menos de admirarse de tales providencias; la amnistía en favor del clero y de los emigrados en general se recibió como un beneficio, y la pluralidad se apresuró a aprovecharse de ella.

Entonces me preguntó el Emperador qué decíamos en la emigración de su nacimiento, persona, etcétera, etc. Yo le contesté que nos había sido desconocido hasta que se le vió al frente del ejército de Italia, y

que ignorábamos enteramente su vida anterior privada y pública, no pudiendo nunca pronunciar su nombre de *Buonaparte*; esto hizo reír mucho.

En el decurso de la conversación dijo que muchas veces se había detenido a contemplar el conjunto raro de circunstancias secundarias que habían facilitado e impulsado su prodigiosa carrera.

«Primero. Si mi padre—decía—, que murió antes de llegar a los cuarenta años, hubiera vivido, lo habrían nombrado diputado por la nobleza de Córcega a la Asamblea constituyente; era partidario de ella y de la aristocracia. Por otro lado, era ardiente defensor de las ideas generosas y liberales; habría sido, o del lado derecho enteramente, o al menos de la minoría de la nobleza. En ambos casos, cualquiera que hubiese sido mi opinión, habría seguido sus huellas, y de consiguiente mi carrera sería interrumpida y perdida.

»Segundo. Si yo hubiera tenido más edad en el momento de la revolución, tal vez me hubieran nombrado diputado. Ardiente y activo, hubiera demostrado y seguido infaliblemente alguna opinión, y como en todo caso habría perdido la carrera militar, la política era probable corriese la misma suerte.

»Tercero. Si mi familia hubiese sido más conocida, más rica, y su nobleza más evidente, esto me habría perjudicado o proscrito, aun siguiendo el curso de la revolución; nunca hubiera adquirido la confianza ni mandado un ejército y, en caso de afirmativa, no me habría atrevido a hacer lo que he hecho. En la suposición misma de un éxito completo, no habría podido seguir la inclinación de mis ideas liberales con respecto al clero y a los nobles, nunca hubiera llegado a ponerme a la cabeza del Gobierno.

»Cuarto. Hasta el crecido número de mis hermanos y hermanas me ha sido de mucha utilidad, multiplicando mis relaciones e influjo.

»Quinto. La circunstancia de mi casamiento con madama de Beauharnais me puso en punto de contacto con un partido que me era necesario para concurrir a mi sistema de fusión de todos ellos, base de mi administración, y que la caracterizó especialmente. A no ser por mi mujer no habría podido tener una relación íntima con este partido.

»Sexto. Mi mismo origen extranjero, de que tanto se ha murmurado en Francia, me ha sido favorable, haciendo que todos los italianos me mirasen como a un compatriota suyo, lo que ha facilitado considerablemente mis triunfos en Italia. Estos hicieron que se inquiriese por todas partes la alcurnia de mi familia, que desde mucho tiempo había caído en la obscuridad; se halló, y supe por todos los italianos que había en otro tiempo representado un gran papel entre ellos; esta circunstancia la hizo considerar como una familia italiana, y tanto, que cuando se trató del casamiento de mi hermana Paulina con el príncipe Borghese, todos a una voz, los de esta familia y los allegados, en Roma y en Toscana, han dicho: *es bien hecho, pues acá, entre nosotros, esta familia es de las nuestras.*

»Mucho después, en la época de mi coronación en París por el Papa, este acto, de la mayor importancia, como lo han probado los acontecimientos subsiguientes, experimentó grandes dificultades: el partido austriaco se opuso a él obstinadamente en el cónclave; el italiano venció, añadiendo a las consideraciones políticas la del amor propio nacional: *en fin, una familia*

*italiana es la que imponemos a los bárbaros para que les gobierne; nos vengaremos de los galos.»*

En seguida, y por consecuencia misma de la conversación, habló del Papa, a quien suponía en cierto modo inclinado hacia él; decía que el Papa no le atribuía la orden de su traslación a Francia, y que había leído con desagrado en algunas obras que el Emperador hubiese cometido excesos contra su persona; que había recibido en Fontainebleau cuantas atenciones le eran debidas; por eso, vuelto a Roma, estaba lejos de conservarle rencor. Cuando supo su vuelta a Francia de la isla de Elba, dijo Su Santidad a Luciano, con un semblante que indicaba su confianza y parcialidad: *é sbarcato, é arrivato* (ha desembarcado y llegado). Algún tiempo después le dijo: «Usted va a París; pues bien, haga usted nuestra paz. Yo quedo en Roma y nunca tendrá que sentir conmigo.»

«Así es cierto—decía el Emperador—que Roma será un asilo natural y muy favorable a mi familia; puede creer que está en su casa. En fin—concluyó sonriéndose—, hasta el mismo nombre de *Napoleón*, poco conocido, poético y retumbante, vino a contribuir en algún modo a lo grande de la circunstancia.»

Entonces repetí al Emperador que la mayoría de los emigrados le hacían justicia. La opinión sensata de la rancia aristocracia, es cierto que le conservaba cierto odio; pero era únicamente porque le consideraba un obstáculo para sus miras; mas no por esto dejaba de apreciar justamente sus acciones y conocimientos, y, a pesar suyo, los admiraba. Aun los propios místicos no hallaban en él más que un defecto: ¡Ah! ¡Que no fuera legítimo! Decían muchas veces: «Austerlitz nos estremeció, pero no nos venció; Tilsit lo

subyugó todo.» Vuestra majestad—decía yo—ha debido juzgar y disfrutar, a su vez, de la opinión general, de las aclamaciones y de los votos.

«Eso quiere decir—repuso el Emperador sonriéndose—que si en aquella época hubiese podido o querido entregarme al reposo y a los placeres, si hubiese adoptado el partido de los holgazanes y hubiera restituido las cosas a su antiguo estado, me habrían ustedes adorado. Pero, querido amigo, aunque tales hubieran sido mis deseos (que, ciertamente, no fué así), las circunstancias no me lo habrían permitido.»

De esto pasó el Emperador a las dificultades sin número que le han rodeado y contrariado sin cesar, y al llegar a la guerra de España, dijo: «Esta combinación me ha perdido. Todas las circunstancias de mis desastres están ligadas a este nudo fatal; ha destruído mi reputación en Europa, complicado mis dificultades y abierto una escuela práctica al soldado inglés; yo he sido el que ha formado el ejército británico en la Península.

«Los sucesos han demostrado que cometí una gran falta en la elección de los medios, pues el yerro está más en el modo que en los principios. No hay duda que en la crisis en que se hallaba Francia, en la lucha de las nuevas ideas y en la gran causa del siglo contra el resto de Europa, no podíamos dejar a España atrasada y a disposición de nuestros enemigos; era preciso impulsarla y comprometerla, de grado o por fuerza, en nuestro sistema. El destino de Francia lo exigía así, y el código de la salud de las naciones no es idéntico siempre al de los particulares; bajo otro aspecto, a la necesidad de la política se unía, por lo que hace a mí, la fuerza del derecho. Cuando España me creyó en

peligro, es decir, cuando supo que corría riesgo en Jena, casi me declaró la guerra; la injuria no debía quedar impune; yo podía declarársela a mi vez, y ciertamente que el resultado no habría sido dudoso; esta misma facilidad me engañó. La nación despreciaba su Gobierno y reclamaba una regeneración. La suerte me había elevado a tal altura, que me creí destinado, y digna de mí la ejecución pacífica de tan grandiosa obra; quise economizar sangre; que no se manchase con una sola gota la emancipación castellana; liberté los españoles de sus odiosas instituciones, dándoles una Constitución liberal; creí necesario, tal vez con demasiada ligereza, mudar su dinastía; les puse un hermano mío en el trono, único extranjero entre ellos. Respeté la integridad de su territorio, su independencia, sus costumbres y el resto de sus leyes. El nuevo monarca llegó a la capital acompañado de los ministros, consejeros y cortesanos de la antigua corte: mis tropas iban a retirarse, dando así fin al mayor de los beneficios que jamás se haya hecho a ningún pueblo; así me lo decía a mí mismo, y me lo digo aún. Los mismos españoles, según me han asegurado, lo creían también esencialmente, y sólo se quejaban del modo de verificarlo. Yo esperaba sus bendiciones, pero sucedió de otro modo: desdeñaron el interés, dando importancia a la injuria; se indignaron con la idea de la ofensa; se sublevaron a la vista de la fuerza y todos corrieron a las armas. Los españoles, en masa, se condujeron como lo haría un hombre de honor en una cuestión privada; nada tengo que decir sobre esto, sino que han triunfado, que han sido castigados cruelmente. ¡Tal vez les pesará!... ¡Merecían mejor suerte!...

## «ILIADA», HOMERO

7.—El gobernador vino a eso de las cuatro: dió una vuelta alrededor del edificio, sin preguntar por ninguno de nosotros. Su mal humor se acrecentaba visiblemente, y sus modales eran cada vez más soeces y brutales.

El Emperador me hizo llamar a las cinco; el gran mariscal estaba ya con él tiempo hacía; cuando éste hubo salido, nos pusimos a hablar de literatura, pasando revista a todos los poemas épicos, antiguos y modernos. Se detuvo sobre la *Iliada*, tomó un libro y se puso a leer en alta voz muchos cantos de ella; esta obra le gustaba infinito. «Y es—decía—como el *Génesis* y la *Biblia*, la señal y testimonio de su tiempo. Homero, en su producción, es poeta, orador, historiador, legislador, geógrafo y teólogo; es el enciclopedista de su época.»

El Emperador creía que Homero era inimitable. El padre Hardouin osó atacar esta sagrada antigüedad, atribuyéndola a un fraile del siglo décimo. «Esto es una necedad»—decía Napoleón. Por lo demás, jamás le habían interesado tanto sus bellezas como en aquel momento, y las sensaciones que experimentaba lo confirmaba en la justicia de la aprobación universal. Lo que le agradaba más, observó, era el contraste que se advertía entre la rusticidad de los modales y la perfección de las ideas. Se ve en el poema que los héroes mismos matan las reses, preparan la carne con sus propias manos, y, sin embargo, pronuncian discursos de una elocuencia rara y de grande civilización.

## HOICHE.—DIFERENTES GENERALES.

10.—El tiempo estuvo malísimo; era imposible salir. El Emperador se vió precisado a pasearse en el comedor, mandando encender lumbre en el salón, y se puso a jugar al ajedrez con el gran mariscal. Después de comer nos leyó la historia de José, en la Biblia, y en seguida la *Andrómaca*, de Racine.

La flota de Bengala había entrado la víspera, compuesta de muchos buques; entre los pasajeros se hallaba lady Loudon, esposa de lord Moira, gobernador general de la India.

Habiéndose mentado en el curso de la conversación el nombre de Hoiche, uno dijo que había muerto muy joven, pero que daba ya muchas esperanzas. «Algo más que eso—repuso Napoleón—; dígame que ya había dado pruebas. Nos hemos visto y hablado dos o tres veces.» Hoiche le estimaba y admiraba, y Napoleón no tenía dificultad en decir que tenía sobre aquél la ventaja de una instrucción profunda y los principios de una educación particular. En cuanto a lo demás, suponía esto gran diferencia entre los dos. «Hoiche—decía—siempre trataba de hacerse un partido, y sólo lograba algunas criaturas; yo me había formado una inmensidad de partidarios, huyendo siempre de las popularidades. Además, Hoiche tenía una ambición hostil, provocativa; era hombre capaz de venir de Estrasburgo con veinticinco mil hombres y apoderarse del Gobierno, por la fuerza, al paso que yo no tuve nunca más que una política sufrida, arreglada siempre por el espíritu del tiempo y las circunstancias del momento.»

El Emperador añadió que, en lo sucesivo, o se habría corregido o habría sido destruído por él, creyendo lo primero, en razón a que gustaba del interés y de los deleites. Moreau, en igualdad de circunstancias, observó, no supo hacer lo uno ni lo otro; así es que Napoleón no hacía ningún caso de él, considerándolo como enteramente incapaz, dejando, sin embargo, intacto su mérito militar. «Pero era un hombre débil—decía—, dirigido por sus allegados y sometido servilmente a su mujer; era un general de rancia monarquía.

»Hoche—continuó el Emperador—murió repentinamente, y en circunstancias tan particulares, que dieron margen a muchas conjeturas; y como existiese un partido que me atribuyera todos los crímenes, trataron de esparcir la voz de que yo lo había hecho envenenar. Hubo un tiempo en que nada malo sucedía que yo no fuese el autor; así es que desde París yo hacía asesinar a Kleber, que estaba en Egipto; levantaba la tapa de los sesos a Desaix, en Marengo; daba garrote, degollaba en las cárceles, agarraba al Papa por los cabellos y mil otros absurdos semejantes. Sin embargo, como yo no hacía el menor caso de todo eso, se pasó la moda, y no veo que los que me han sucedido traten de renovarla; no obstante que, si hubiera sido cierto uno solo de esos crímenes, podían fácilmente justificarlo, teniendo a su disposición los documentos, los ejecutores, los cómplices, etc., etc.

»A pesar de todo, es tal el imperio del *dicere* de las gentes, por necio que sea, que es probable que todo eso lo haya creído el vulgo, y que aún lo crean no pocos; por fortuna, no sucede así con la Historia, que hace justicia.»

Después, volviendo a tomar la palabra, dijo: «Es una cosa muy notable que el número de los grandes generales que se han formado de repente en la Revolución, tales como Pichegru, Kleber, Massena, Marceau, Desaix, Hoche, etc., han empezado casi todos de simples soldados; pero también es verdad que parecen haberse agotado en ellos los esfuerzos de la Naturaleza; después acá no ha producido otros, esto es, de su mérito. Lo cierto es que todo en aquella época se dió por oposición entre treinta millones de hombres, y la Naturaleza debió entrar en goce de sus derechos, al paso que, posteriormente, volvimos a circunscribirnos a los estrechos límites del orden y de la sociedad. Llegaron a acusarme de que me había rodeado en lo militar y en lo civil de hombres medianos, para conservar mejor la superioridad; pero en el día, que no volverá seguramente a abrirse la oposición, a ellos toca elegir mejor; veremos lo que hallan.

•Otra cosa no menos notable es la extremada juventud de muchos de estos generales, que parecían salir formados de la mano de la naturaleza. Su carácter era a proporción; excepto el de Hoche, que era escandaloso, los otros no se ocupaban más que de su obligación: la *gloria* y la *patria*. Este era su círculo de rotación.

•A Desaix lo llamaron los árabes *el Sultán justo*, y los austriacos observaron un armisticio por obsequio a la veneración que les inspiraba Marceau; el joven Duphot era la misma virtud.

•Pero no puede decirse otro tanto de los que tenían más edad, y era porque participaban de las costumbres del tiempo recién pasado; Massena, Augereau, Brune y muchos otros eran unos saqueadores intrépidos.

»Massena, además, tenía una avaricia sórdida; se aseguró que yo le había jugado una mala partida: que incomodado un día con sus atroces rapiñas, había librado sobre su banquero por dos o tres millones. Grande apuro, pues mi nombre valía siempre alguna cosa. El banquero dijo que no podía pagar sin la autorización de Massena; se le contestó que pagase de todos modos y que Massena podría recurrir a los tribunales para que se le hiciese justicia; pero que aquél no recurrió, y pagó.

»O..., Murat y Ney, eran hombres comunes y no tenían más que su valor personal.

»Moncey es un hombre de bien; Magdonal, muy leal; B... es una de mis equivocaciones.

»Soult tenía también sus defectos y sus buenas cualidades: toda su campaña del Mediodía de Francia le hace honor, y lo que con dificultad se creará es que este hombre, cuya actitud y asiento indican un gran carácter, era esclavo de su casa. Cuando supe en Dresde la derrota de Vitoria y la pérdida de toda España, debida a ese pobre José, cuyos planes, medidas y combinaciones no eran del tiempo, y que parecían más bien de un Soubise que de mí, traté de buscar un hombre capaz de reparar tantos desastres; fijé los ojos en Soult, que estaba cerca de mí: me dijo que estaba pronto; pero me suplicó hablase de ello a su mujer; con la cual iba a tener mucho que sentir: le dije que me la enviase. Pareció, en efecto, con actitud hostil y tono altivo, diciéndome que su marido no volvería ciertamente a España, que había hecho ya bastante y merecía que le dejasen descansar. «Señora—le dije—no la he mandado llamar a usted para sufrir su algarabía; yo no soy su marido de usted, y si lo fuera haría tam-

bién lo mismo. » Estas pocas palabras la confundieron y se puso suave como un guante, obsequiosa, y se redujo a sacar algún partido: ni siquiera hice caso de esto y me contenté con felicitarla porque se había avenido a la razón. «Señora—le dije—; en las grandes crisis, la obligación de las mujeres es suavizar nuestros contratiempos; vuélvase usted con su marido y no le atormente más. »

### CONVITE RIDÍCULO DE SIR HUDSON LOWE.

17.—A las cuatro estaba yo en el aposento del Emperador. Entró el gran mariscal y le entregó una esquila. El Emperador, después de haber pasado la vista por ella, la devolvió encogiéndose de hombros, y dijo: «es demasiada necedad; que no se le dé respuesta: pasadla a Las Cases. »

¿Quién lo creería? Era una esquila del gobernador al gran mariscal, convidando al *general Bonaparte, viniese a comer* a Plantation House con lady Loupon, esposa del lord Moira: no pude menos de inmutarme al leer tal indiscreción. ¿Podrá imaginarse en el mundo cosa más soberanamente ridícula? A sir Hudson Lowe le parece una cosa muy sencilla; y sin embargo ha estado mucho tiempo en los cuarteles generales del Continente, y ha tenido parte en las transacciones diplomáticas de la época...

M. Skelton, teniente gobernador de la isla, y su esposa, que se iban a embarcar para Europa, vinieron a despedirse y se les hizo quedar a comer.

Estos apreciables sujetos, a quienes a pesar nuestro les habíamos causado el perjuicio de sacarlos de Longwood, privándoles de su existencia, por haberse su-

primido su plaza a causa de nuestra llegada; este digno matrimonio, al cual hemos causado verdaderos males personales, es, no obstante, el único en la isla a quien debíamos consideraciones constantes y atenciones no interrumpidas: así es que su partida nos fué sumamente sensible, y su memoria será siempre para nosotros del mayor interés.

NAPOLEÓN EN EL INSTITUTO, EN EL CONSEJO DE ESTADO. — MINISTERIO DE LA MARINA. — DECRÉS. — PROYECTO SOBRE LA INDIA.

12. — Paseándose el Emperador en el jardín, y tratando de diversos objetos, habló acerca del Instituto, su composición y espíritu. Cuando se presentó en él, a su vuelta del ejército de Italia, en su clase, compuesta de cerca de cincuenta miembros, dijo que podía considerarse como el décimo: Lagrange, Laplace y Monge eran los principales. Era un espectáculo interesante—añadió—y que llamaba mucho la atención de los curiosos, el ver a un joven general del ejército de Italia, en el rango de miembro del Instituto, disputando en público con sus colegas sobre objetos muy profundos y metafísicos. Le llamaban entonces el *geómetra* de las batallas y el *mecánico* de la victoria.

Cuando llegó a ser primer cónsul no causó menos admiración en el Consejo de Estado: presidió constantemente en todas las sesiones en que se discutió el *Código civil*. «Tronchet era el alma de la ley, y él—decía—su demostrador. Tronchet tenía un entendimiento eminentemente profundo y exacto; pero carecía de retórica, hablaba mal y no sabía defenderse.» Todo el Consejo—decía el Emperador—se oponía des

de luego a sus proposiciones; pero él, Napoleón, con su viveza y gran facilidad de comprender y de sacar inferencias luminosas y nuevas, tomaba la palabra; y sin otro conocimiento de la materia que las bases exactas presentadas por Tronchet, desenvolvía las ideas, respondía a las objeciones y zanjaba todas las dificultades.

Se habló de la Marina, y el Emperador trató la materia científicamente. No se atrevía a decir que estuviese completamente satisfecho de Decrés, y creía que tal vez le reprocharían su constancia respecto de él; mas la falta de inteligentes había sido la causa de conservarlo; pues a pesar de todo aseguraba que Decrés era lo mejor que había encontrado. Gantheaume no era más que un marinero nulo y sin conocimientos. Cafarelli había hecho concebir la idea de que su mujer era una intrigante, cosa que era para él—decía—una proscripción sin desquite. Missiessi no presentaba suficientes garantías, pues su familia había entregado Tolón. En algunos momentos el Emperador había pensado en Emeriau; pero vió que no era apto.

«En cuanto a lo demás—observó de paso el Emperador—yo había hecho tan fácil el desempeño de mis ministerios, que estaban al alcance de todo el mundo, con tal que tuviesen alguna aplicación, celo, actividad y deseos de trabajar. Podía exceptuarse, a lo más, el de Relaciones Exteriores, porque con frecuencia debía improvisar y seducir. A la verdad, por lo que hace a Marina, estábamos en una verdadera esterilidad, y Decrés era lo menos malo. Sabía mandar, y su administración era rígida y pura. Tenía mucho talento, mas solamente para su conversación y política personal; no creaba nada, ejecutaba mezquinamente y an-

daba sin querer correr; hubiera debido emplear la mitad del tiempo en los puertos y en los buques de guerra destinados a adquirir conocimientos prácticos; yo se lo habría agradecido; pero como cortesano temía alejarse de la silla poltrona; no me conocía; más bien defendido habría estado allá que en mi corte; su distancia hubiera sido su mejor abogado.»

El Emperador echaba de menos a Latouche-Fréville: decía que él solo le había presentado la idea de un verdadero marino; creía que este almirante habría dado otro impulso a los asuntos. Al menos el desembarco en la India y en Inglaterra se habrían emprendido, y quizá con éxito.

El Emperador reconocía su error en el plan de los peniches o transportes de Bolonia: mejor habría sido—decía—emplear navíos verdaderos en Cherburgo. No obstante, si Villeneuve hubiera tenido más vigor en el cabo de Finisterre, el desembarco aun era practicable. «Yo había combinado esta aparición de Ville-neuve muy de antemano y con mucha maña y cálculo en oposición a la rutina de los marinos que me rodeaban, y todo sucedió como yo lo había previsto; hasta el momento decisivo, en que la poltronería de Villeneuve lo echó todo a perder. Y Dios sabe las instrucciones que tal vez le habría dado Decrés; Dios sabe las cartas particulares que sobre el asunto se escribirían, y que jamás he podido sacar en claro; pues, aunque yo tenía bastante poder y era escudriñador, no pude, sin embargo, estar al corriente de cuanto pasaba a mi alrededor.

»El gran mariscal decía el otro día que era una cosa sabida entre ustedes, en la sala de recibo, que no se me podía hablar cuando acababa de salir el ministro de

Marina. ¿Cómo había de ser de otro modo? Nunca venía a otra cosa que a darme malas noticias: mi desesperación llegó a su colmo cuando supe los desastres de Trafalgar. Yo no podía estar en todas partes, teniendo demasiado que hacer con los ejércitos del Continente.

»Por espacio de mucho tiempo he pensado en una expedición decisiva sobre la India, pero me han contrariado constantemente. Trataba de enviar diez y seis mil hombres, todos sobre navíos de línea; cada buque de 74 habría llevado quinientos, siendo necesarios treinta y dos navíos. Llevarían agua para cuatro meses, y la habrían renovado en la isla de Francia o en cualquier otro punto habitado del desierto de Africa, del Brasil o del mar de las Indias. En caso necesario habrían hecho la conquista del agua en cualquier parte en que hubiesen querido fondear. Llegados a su destino se echaban a tierra los soldados y partían en seguida los buques, completando su tripulación con el sacrificio de siete u ocho de entre ellos que hubiesen sufrido más en la navegación; por manera que una escuadra inglesa que llegase de Europa en seguimiento de la nuestra habría quedado burlada.»

En cuanto al Ejército, abandonado a sí mismo y puesto en manos de un jefe seguro y capaz, hubiera continuado los prodigios que nos eran familiares, y Europa habría sabido la conquista de la India como supo la de Egipto.

VISITA DEL GOBERNADOR. — CONVERSACIÓN  
ACALORADA CON EL EMPERADOR.

16. — Desde la primera expresión maliciosa y brutal del gobernador, de que he hablado más arriba, estaba

escrito que no podíamos mirarnos recíprocamente con buen ojo. La frialdad y mala inteligencia aumentaba de día en día.

Se presentó a cosa de las tres, acompañado de su secretario militar; dijo que deseaba ver al Emperador para hablarle de algunos asuntos. Este estaba bastante malo y sin vestirse; sin embargo, me dijo que lo recibiría muy pronto. En efecto, de allí a pocos momentos pasó al salón y yo introduje a sir Hudson Lowe.

Habiéndome quedado en la antesala con el secretario, conocí por el metal de la voz del Emperador que éste se animaba y que la conferencia era viva. La audiencia fué muy larga y acalorada. Cuando salió el gobernador corrí al jardín, adonde me llamaba el Emperador; dos días hacía que no estaba muy bueno, y esto contribuyó a desconcertarlo completamente. «Con que, amigo—me dijo luego que me vió—, la crisis ha sido fuerte, me he incomodado mucho, me han enviado algo más que un carcelero: ¡sir Lowe es un verdugo! Sea lo que fuere, lo he recibido hoy con el semblante de un huracán, la cabeza inclinada y la oreja lista. Nos hemos considerado como dos gallos que van a reñir a muerte, y mi agitación debe haber sido muy vehemente, porque he sentido la vibración de la pantorrilla izquierda; esto es en mí una gran señal y no me había sucedido hace mucho tiempo.»

El gobernador se acercó al Emperador, algo sobrecogido, y le dijo en frases medio balbucientes que habían llegado unas piezas de madera...; que él, Napoleón, debía saberlo por los diarios..., y que desearía saber cuál era su opinión..., etc., etc. A lo que el Emperador respondió con el silencio y con un gesto

muy significativo, y después, pasando rápidamente a otros asuntos, le dijo con calor que no le pedía nada, que no quería nada de él, que solamente le suplicaba que le dejase en paz; que aun cuando se había quejado del almirante, había constantemente experimentado que tenía un buen corazón; que en medio de sus contrariedades siempre lo había recibido con perfecta confianza; que no sucedía lo mismo en el día, y que desde que estaba en otras manos hacía un mes, se había visto más insultado que durante los seis que estaba en la isla.

Habiendo contestado el gobernador que no había venido a recibir lecciones, «no será porque no las necesite usted—repuso el Emperador—; usted ha dicho que sus instrucciones eran mucho más terribles que las del almirante. ¿Son acaso las de hacerme morir con el acero o por el veneno? ¡Todo lo espero de vuestros ministros: aquí estoy; sacrificad vuestra víctima! Ignoro de qué medio se valdrá usted para el veneno, pero en cuanto a inmolar me con el acero, ya lo ha hallado usted. Si le aconteciera, según me ha amenazado, violar mi retiro, le prevengo que el esforzado 53 no entrará en él sino sobre mi cadáver.

»Cuando supe su llegada me lisonjeaba la idea de estar con un general de tierra, que habiendo presenciado los grandes acontecimientos del Continente sabría emplear medidas decorosas respecto de mi persona; me he engañado groseramente.» Habiendo contestado el gobernador que era militar, según el interés y modo de su nación, repuso el Emperador: «La conducta observada conmigo cubrirá de oprobio a su nación de usted, a su Gobierno y a usted mismo. Vuestros descendientes participarán de este baldón;

así lo querrá la posteridad. ¿Se habrá visto nunca barbarie más refinada que la de usted, cuando hace pocos días que me convidó a su mesa bajo la calificación de *general Bonaparte*, para que fuese la irrisión y entretenimiento de los concurrentes? ¿Habría usted acaso medido su consideración al título que le plugo darme? Respecto de usted, yo no soy el general Bonaparte; ni usted ni nadie sobre la tierra tiene derecho a usurparme las calificaciones que me son propias. Si lady Loudon hubiera estado en mi recinto, hubiera pasado a verla sin duda, porque no uso de etiquetas con una mujer, y habría creído honrarla mucho. Se me ha dicho que usted había ofrecido oficiales de su Estado Mayor para que me acompañasen en la isla en lugar de un simple oficial destinado en Longwood; señor mío, cuando los soldados han recibido el bautismo en el fuego de las batallas, todos me parecen iguales; su color no es lo que me importuna, sino la precisión de verlos, pues esto fuera un reconocimiento tácito del punto que yo niego. Yo no soy prisionero de guerra, y así no debo someterme a la suerte de tal. No estoy en poder de usted sino por consecuencia del más horrible abuso de confianza, etc., etc.»

Habiendo el gobernador, en el momento de salir, pedido permiso al Emperador para presentarle su secretario militar, le respondió éste que era inútil, porque si el oficial tenía delicadeza, le sería indiferente; que en cuanto a él, lo creía así; que, por otro lado, no podría nunca existir la mejor armonía entre carceleros y presos; en fin, que era enteramente inútil. En seguida despidió al gobernador.

## LA MARISCALA LEFÈVRE.

18.—El Emperador continuaba padeciendo, y a la vuelta de un paseo en calesa se fué a bañar, llamándome para que le acompañase; se puso algo alegre y hablamos con la mayor libertad hasta las ocho y media. Quiso comer en su gabinete y me hizo quedar con él; el sitio, la franqueza, la elegancia del servicio y el primor de la mesa me daban la idea — decía yo — de que éramos personas decentes; el Emperador se reía mucho.

Traté de distraerlo contándole algunas anécdotas y despropósitos, atribuidos sin duda gratuitamente a la mariscala Lefèvre, quien por espacio de mucho tiempo ha gozado del privilegio de ser el hazmerreir de nuestras tertulias y aun de las Tullerías. «Yo me entretenía también en esto así como los demás, hasta que un día lo suspendí para siempre al saber una acción suya que probaba la elevación de sus sentimientos y la bondad de su corazón.

»Madama Lefèvre, mujer de un soldado de guardias, y, por consiguiente, de una clase en proporción, no desdeñaba referir sus principios ni sus ocupaciones de aquella época, una de las cuales fué el haber su marido y ella servido de asistentes a su capitán el marqués de Vadaly, padrino de su hijo, y muy nombrado en la defección de los guardias, no menos que por su fanatismo por la república y la libertad, que sin embargo no le impedía poseer ciertos sentimientos generosos; pues siendo miembro de la Convención, pereció por haberse opuesto al sacrificio de Luis XVI, calificando enérgicamente este acto de un verdadero asesinato, y asegurando con la mayor fe del mundo

que había sido bastante desgraciado en ser rey, para que se le impusiese otro castigo.

»La viuda de este diputado, a su vuelta de la emigración, recibió al instante las atenciones y ofrecimientos de la familia de Lefèvre, que se hallaba ya en el más alto grado de esplendor y de crédito.

»Un día fué a su casa madama Lefèvre, y en su lenguaje usual le dijo: «Ustedes entre sí, señores nobles, no tienen el mejor corazón, según creo; nosotros los soldados, a la buena de Dios, lo hacemos mejor. Me acaban de decir que fulano, uno de nuestros antiguos oficiales y compañero de su marido de usted, ha llegado de su emigración y que lo dejan morir de hambre; ¡qué vergüenza!... Nosotros temeríamos ofenderle si le diéramos un socorro; usted es distinto, y todo lo recibiría bien. Llévelo usted eso de su parte—y le dió un cartucho de mil escudos.

»Señor, desde entonces perdí la gana de burlarme de madama Lefèvre, y en adelante la obsequiaba y respetaba profundamente: me apresuraba a darle la mano en las Tullerías, y me ensoberbecía paseándola por los salones de su palacio, a despecho de cuantos dicharachos zumbaban en mis oídos.

»Este es el modo—dijo el Emperador—de extinguir el furor de los tiempos; pues que semejantes procedimientos deben necesariamente producir desquites de beneficencia recíproca en los partidos opuestos, y es de creer que en los los últimos tiempos los favorecidos hayan servido, a su vez, aun cuando no fuese más que *quedar en paz*.»

Esta frase de *quedar en paz* me trae a la memoria un rasgo característico del Emperador, que debe ocupar aquí su lugar.

Cierto general había cometido algunos delitos en su departamento, los cuales, examinados en juicio, podían costarle el honor y tal vez la vida; mas este mismo sujeto había hecho grandes servicios a Napoleón en la jornada de brumario: éste lo mandó llamar, y después de haberle reprendido por sus infamias, le dijo: «Sin embargo, usted me ha favorecido y no le he olvidado. Voy quizás a traspasar las leyes y faltar a mis deberes. Le perdono a usted, retírese; pero sepa que desde hoy en adelante *quedamos en paz*, y cuidado con lo que hace, que no le quitaré *los ojos de encima*.»

EL GOBERNADOR DE JAVA.—EL DOCTOR WARDEN.—  
CONVERSACIÓN FAMILIAR DEL EMPERADOR SOBRE SU FAMILIA.

19.—El doctor Warden vino a almorzar conmigo, y en el entretanto llegó el gobernador de Java (Raffles), que con su Estado Mayor iba a Europa.

A las tres recibió el Emperador en el jardín a los ingleses procedentes de Java; y en seguida salió a paseo en calesa.

A su vuelta, a cosa de las seis, me dijo que le acompañara a su gabinete; y haciendo llamar al gran mariscal y a su mujer, se puso a hablar muy familiarmente hasta la hora de comer, refiriendo mil curiosas anécdotas sobre su familia, hasta sus más minuciosas interioridades relativas a la época de su poder; detúvose, pues, particularmente en la emperatriz Josefina. Dijo el Emperador que ambos habían vivido en la mejor armonía, con la mejor ternura y unión, sin tener, por espacio de mucho tiempo, más que una sola

habitación y un solo lecho: «Circunstancia muy moral—decía—que influye notablemente en un matrimonio, asegura el crédito de una mujer, la dependencia del marido, y mantiene la intimidad y las buenas costumbres. No se pierden de vista—continuó—pasando la noche juntos: de otro modo, bien pronto se convierten en extraños. Así es que mientras conservamos esta costumbre ningún pensamiento ni acción se le escapaba a Josefina: seguía, conocía y lo adivinaba todo, lo que algunas veces me incomodó y distrajo de los asuntos. Un momento de mal humor puso fin a nuestros hábitos en la época del campo de Bolonia.» Ciertos acontecimientos políticos sucedidos en Viena, y la nueva coalición que estalló en 1805, habían ocupado todo el día al primer cónsul, y dilataron su trabajo en la noche. Yendo a recogerse muy indispuerto, le mortificó mucho sobre el motivo de su tardanza, siendo los celos la causa o el pretexto. El se incomodó también, y no quiso volver a entrar en su antigua sujeción. El único temor del Emperador era que María Luisa hubiera exigido otro tanto, pues al fin le habría sido preciso ceder: este es el verdadero gaje y el incontestable derecho de una mujer—observaba el Emperador.

«Un hijo de Josefina—continuó—me habría sido necesario y hecho feliz, no sólo respecto de la política, sino aun de la paz doméstica.

»En cuanto a la política, porque ocuparía aún el trono, siendo indudable que los franceses le serían adictos como al rey de Roma; y yo no habría caminado sobre el abismo cubierto de flores que me ha perdido. ¡En vista de esto, quién, antes del fin, osara juzgar sobre lo que es feliz o desgraciado en este mundo!

»Respecto de la paz doméstica, porque esta prenda habría tranquilizado a Josefina, y dado fin a unos celos que no me dejaban descansar, siendo más bien políticos que sentimentales: Josefina preveía el porvenir y se estremecía de su esterilidad; conocía que un matrimonio no lo es realmente sino cuando tiene hijos, y se casó cuando ya nos los podía tener. A medida que se elevaba su fortuna, se acrecentaban sus inquietudes; empleó todos los auxilios de la medicina, y fingió algunas veces haber tenido buen éxito. Al fin, cuando tuve que renunciar a toda esperanza, trató de inducirme muchas veces a que accediese a una superchería política, y aun llegó a proponérmela directamente.

»Josefina gustaba con exceso del lujo; tenía en los gastos desorden y abandono, propios de las criollas; era imposible arreglar nunca sus cuentas, siempre estaba diciendo; y así es que en el momento de pagarlas había siempre disputas. Muchas veces le ha sucedido enviar a decir a casa de los comerciantes que no declarasen más de la mitad. Hasta en la isla de Elba han venido a sitiarme con deudas de Josefina de varios puntos de Italia.»

Se han dicho y escrito mil absurdos sobre el casamiento de Napoleón y Josefina. La primera causa de su conocimiento y de su unión se verá en *Las campañas de Italia*. Se hizo por Eugenio, que aun era joven. Después de vendimiario fué éste a pedir la espada de su padre al general en jefe del ejército del interior (el general Bonaparte); el ayudante de campo Lemarrois introdujo a este niño, quien al ver la espada de su padre se echó a llorar. El general en jefe se enterneció y le prodigó mil caricias. Por la relación de ellos que Eugenio hizo a su madre, así como de los

modales del general, joven aun, pasó Josefina a hacerle una visita.

«Todos saben—dijo el Emperador—que creía en los presentimientos y en los hechiceros; le habían profetizado en su infancia que tendría una gran suerte, que sería soberana; su sutileza es bien conocida, así es que me repitió muchas veces después que a los primeros informes de Eugenio le había palpitado el corazón y vislumbrado desde aquel instante un indicio de su destino y el cumplimiento de las profecías.

»Otro rasgo característico de Josefina era su constante negativa. En cualquier momento, y sobre cualquier asunto que la hablase, su primer impulso era negar, su primera palabra *no*, y este *no*—decía el Emperador—no era precisamente una mentira, sino una precaución o una simple defensa; esto es lo que nos distingue eminentemente — decía a madama Bertrand—de ustedes las señoras, lo que en el fondo no es otra cosa que la diferencia de sexo y educación: ¡ustedes aman, y les enseñan a decir *no*; nosotros, al contrario, nos gloriamos de decir que amamos, aun cuando sea falso. He aquí la clave de nuestra diversa conducta: no somos ni podríamos ser de la misma especie en la vida.

»En tiempo del terror, estando Josefina presa y su marido muerto en un suplicio, habían puesto a su hijo Eugenio en casa de un carpintero, en donde hizo efectivamente su aprendizaje y servicio. Hortensia no fué más dichosa; la pusieron, si no me engaño, en casa de una costurera.»

El primero que tocó la tecla fatal del divorcio fué Fouché, el cual, sin misión de nadie, aconsejó a Josefina disolviese su casamiento por el bien de la Francia; sin embargo, Napoleón creía que aun no había

llegado el tiempo. Semejante paso causó muchos disgustos y altercados en el matrimonio, irritó mucho al Emperador, y si no se deshizo de Fouché a instancias de Josefina, fué porque él, en su interior, había resuelto divorciarse, y hubiera sido semejante castigo una contradicción manifiesta de su conducta futura.

No obstante deberá decirse, haciendo justicia a Josefina, que obedeció desde que Napoleón lo quiso; fué para ella una pena mortal, pero se sometió de buena fe, sin querer hacer mérito ni uso de algunas armas que, aunque inútiles, pudo haberlas hecho valer (1), y se condujo con mucha gracia y sagacidad; trató de que el virrey interviniese en este asunto y aun ofreció sus servicios a la casa de Austria.

---

(1) Yo sé por el mismo príncipe Primat algunos pormenores curiosos sobre el casamiento y el divorcio. Madama de Beauharnais casó con el general Bonaparte por medio de un sacerdote no juramentado, y que había olvidado, por puro descuido, la autorización necesaria del cura de la parroquia. Mucho después el cardenal Fesch, dando alguna importancia a esta falta de formalidad, ya sea por escrúpulo u otra causa, trabajó tanto, que al fin consiguió antes de la coronación persuadir a los esposos se dejasen casar por él *a puerta cerrada, en virtud de la necesidad*. Cuando se trató del divorcio, el Senado pronunció la separación civil, y en cuanto a la religiosa no quisieron recurrir al Papa, y no fué necesario. La Curia eclesiástica de París (*l'Officialité de Paris*) anuló el consorcio, porque el cardenal Fesch lo había revalidado sin testigos, declarando que no había existido tal casamiento. Con motivo de esta sentencia, la emperatriz Josefina hizo llamar a Malmaison al cardenal Fesch, y le preguntó si osaría sostener y firmar que ella estaba bien casada. «Sin duda—respondió el cardenal—: lo sostendré en todas partes y voy a firmaros un testimonio de ello», como, en efecto, lo hizo.

—Pero, entonces—dije yo al príncipe Primat—, ¿qué es lo que ha fallado la Curia de París?

—Lo que debía—respondió el Príncipe.

Josefina habría deseado tratarse con María Luisa; con frecuencia hablaba de ella con mucho interés, e igualmente del rey de Roma. En cuanto a María Luisa, es cierto que consideraba y quería bien a Eugenio y a Hortesia, pero mostraba gran repugnancia respecto de Josefina, y sobre todo terribles celos.

«Un día—decía el Emperador—quise llevarla a Malmaison; mas no bien se lo hube dicho, cuando se puso a llorar. Me decía que no me impediría que fuese yo, contentándose con no saberlo. Sin embargo, desde que tenía la menor sospecha de ello no cesaba de emplear cuantas estratagemas le eran posibles para impedirlo; no me dejaba. Y como tales visitas le causasen mucho sentimiento, hube de abstenerme casi de ellas, aunque haciéndome violencia. Cuando me ocurría ir a Malmaison tenía que sufrir otras lágrimas y otras desazones. Josefina tenía siempre presente el ejemplo de la mujer de Enrique IV, que, decía ella, había vivido en París después de su divorcio, venía a la Corte y aun asistió a la consagración del mismo rey. Decía, además, que se hallaba en mejor posición, puesto que tenía sus hijos en París y que no podía tener otros.

•Josefina tenía un conocimiento completo del carác-

---

—Mas, de ese modo, ¿qué significa la declaración del cardenal Fesch? ¿Será acaso falsa?

—En mi opinión, no—dijo—, porque ha adoptado las doctrinas ultramontanas, por la que los cardenales pretenden tener el derecho de casar sin testigos, lo que no se reconoce en Francia, y por consecuencia es nulo.

De todos modos, parece que la emperatriz Josefina sólo exigió este documento para satisfacción propia, y no hizo uso alguno de él.

ter del Emperador, y un tacto admirable para ponerlo en acción. Jamás le sucedió—decía éste—pedir nada para Eugenio ni aun darme las gracias por lo que había hecho por él; tampoco me prodigó más atenciones o cariños los días de grandes favores; de este modo se había propuesto persuadirme que esto era puramente asunto mío y no suyo, y que yo podía y debía hallar en ello las ventajas; no hay duda alguna que tenía creído que yo lo adoptaría al fin por mi sucesor.

»En suma—concluía el Emperador—, Josefina había hecho la felicidad de su marido y mostrándose constantemente su más tierna amiga. Profesó en todas ocasiones la sumisión, el cariño y la más absoluta condescendencia; así es que siempre he conservado por ella una tierna memoria y un vivo reconocimiento.

»Josefina—decía el Emperador—consideraba estas cualidades como pertenecientes a la ciencia política de su sexo; desaprobaba y reñía con frecuencia sobre este punto a Hortensia y a su parienta Estefanía, que vivían mal con sus maridos, mostrando caprichos y afectando independencia.

»Luis era un niño; alucinado con la lectura de las obras de Rousseau, muy poco tiempo estuvo en paz con su mujer; muchas pretensiones de su parte y sobrada ligereza de la de Hortensia, he aquí las faltas recíprocas. Sin embargo, se amaban cuando se casaron, y se habrían querido después; este casamiento fué el resultado de las intrigas de Josefina, que halló su interés en ello. Yo habría querido enlazarme con otras familias, y por momentos pensé en una sobrina de M. de Talleyrand, que después se casó con M. de Noailles.

»A pesar de esto, Hortensia, que es tan buena, tan

generosa y constante, no deja de haber cometido algunas faltas a su marido; debo confesarlo, no obstante el afecto que le debo. Aun cuando Luis fuese extravagante e insoportable, al fin la amaba, y en tal caso, y con tan grandes intereses, una mujer debe vencerse y doblarse a amar también. Si hubiera sabido dominarse habría evitado las desazones de sus últimos pleitos, su vida sería más feliz y hubiera seguido a su marido a Holanda; Luis no se habría huído de Amsterdam; yo no me hubiera visto precisado a reunir su reino al Imperio, lo que ha contribuido a perderme en Europa, y muchas otras cosas hubieran tenido muy diferente resultado.

»La princesa de Baden se condujo con más tino; luego que vió el divorcio de Josefina conoció su posición y se puso en manos de su marido, y desde entonces formaron el matrimonio más feliz.

»Paulina era demasiado pródiga y muy abandonada; debería ser riquísima con todo lo que le he dado, pero a su vez lo repartía todo, y su madre pecaba por demasiada economía, llegando ya a la ridiculez; he llegado a ofrecerle sumas muy considerables mensualmente si quería distribuirlas; pero decía que las recibiría con la condición de poderlas conservar. En último resultado, todo esto no era otra cosa más que un exceso de previsión de su parte, porque tenía gran temor de quedarse un día sin nada; había conocido la necesidad, y estos terribles momentos no se le borraban de la imaginación; sin embargo, es necesario confesar secretamente que daba mucho a sus hijos. ¡Es tan buena madre!... En fin, esta misma señora a quien con tanta dificultad se le habría sacado un escudo—decía el Emperador—, me hubiera dado cuanto te-

nía a mi vuelta de la isla de Elba, y después de Waterloo hubiera puesto a mi disposición cuanto poseía para ayudar a restablecer mis asuntos; así me lo ofreció. Se habría reducido gustosa a pan y agua, porque en su alma las cosas grandes eran superiores a todo; lo sublime y la noble ambición podían en su corazón más que la avaricia.

• José apenas me ha ayudado, pero es un hombre muy de bien; su mujer, *la reina Julia*, es la criatura más apreciable. José y yo nos hemos entendido y querido mucho. No dudo que haría cuanto le fuese posible por mí, pero sus buenas cualidades no pasan de la esfera de un hombre privado; es extraordinariamente amable y bueno, tiene talento e instrucción. En las altas funciones que yo le había confiado, ha hecho cuanto ha podido; sus intenciones eran buenas, así es que la culpa no la tiene él principalmente, sino yo, que lo había puesto fuera de su esfera y en circunstancias muy grandes; la empresa era superior a sus fuerzas.

• La reina de Nápoles se ha formado mucho con los acontecimientos—decía el Emperador—; tiene fondo, carácter elevado y una ambición sin límites... Grande debe ser su sufrimiento en este instante, con tanta más razón cuanto que puede decirse que nació reina. No había experimentado como nosotros—notó el Emperador—la clase particular. Ella, Paulina y Jerónimo eran niños cuando yo era el primer hombre de Francia; así es que no se han juzgado de otra jerarquía que de la que han gozado en tiempo de mi poder.

• Jerónimo era un prodigio, cuyos gastos habían sido escandalosos, y se abandonó al más horrible libertinaje. Tal vez la excusa se hallaría en su edad y en las

personas que le rodeaban. A mi vuelta de la isla de Elba parecía haber ganado mucho y dar grandes esperanzas, existiendo un testimonio auténtico de ello, y era el amor que había sabido inspirar a su mujer; la conducta de ésta después de mi caída es admirable; esta princesa se ha inscrito desde entonces con sus propias manos en la Historia; su padre, ese terrible rey de Wurtemberg, tan despótico y tan duro, quiso hacerla divorciar.»

Con grande sentimiento nuestro vinieron a anunciarnos que nos esperaba la comida. El Emperador continuó hablando mucho toda la noche, recorriendo muy familiarmente una infinidad de asuntos y con particularidad la conducta de un gran número de personajes durante su ausencia y a su vuelta. Eran las doce cuando se retiró, terminando con estas palabras: «¿Qué es Francia en este momento? ¡París! ¿Y qué será de nosotros de aquí a un año...?»

#### Política.

*El 24.*—El Emperador sólo salió para pasear en calesa, y nuestro paseo duró cerca de hora y media; andábamos muy despacio, y a la vuelta apresuramos el paso. La conversación fué sobre la política, con motivo de la lectura de los últimos periódicos recibidos tres días antes.

El Emperador descubría en los debates del Parlamento de Inglaterra el preludio de la división de Francia; se le partía el corazón de dolor. «Todo verdadero francés—decía—debe estar desesperado; una inmensa mayoría de la nación debe sentirlo con el más agudo dolor. ¡Ah—exclamaba—, que no me halle

yo en otra posición! ¡Que no esté en un punto evidentemente libre e independiente, en el cual no pudiera sospecharse influencia ajena! ¡Yo admiraría al mundo! Dirigiría una proclama a los franceses y les diría: vais a desaparecer si no os reunís. El odioso, el insolente extranjero va a haceros pedazos y a anonadaros. ¡Levantaos en masa a cualquier precio, uníos, pues la salvación de la patria es antes que todo!...»

De todos modos creía que Rusia se opondría a esta división, debiendo temer que el aumento de poder de Alemania le fuese perjudicial.

Hablando el Emperador sobre Inglaterra, dijo que ella sola era la verdadera interesada en la destrucción de Francia. Y con la fecundidad y viveza de su entendimiento, se puso a recorrer los diversos planes que podía seguir. No debería acrecentar Bélgica, pues en tal caso Amberes podría hacerse tan formidable como lo fué bajo Francia; debería reducir esta potencia en su centro a ocho o diez millones de habitantes solamente, y rodearla de príncipes, duques o reyes de Normandía, Bretaña, Aquitania y Provenza; por manera que Cherburgo, Brest, el Garona y el Mediterráneo se hallasen en poder de otro. Esto sería—dijo—hacer retrogradar muchos siglos la monarquía francesa. «Pero felizmente, antes de llegar a este caso—observaba el Emperador—, Inglaterra tendría que allanar obstáculos invencibles; la uniformidad de la división territorial en departamentos, la similitud del lenguaje, la identidad de las costumbres, la generalidad del Código, mis muchos liceos, la gloria y el esplendor que yo he legado, son otros tantos nudos indisolubles e instituciones verdaderamente nacionales. Con tales elementos no se di-

vide ni se disuelve un gran pueblo, o al menos se renueva y resucita siempre; es el gigante del Ariosto a quien se ve correr en busca de sus miembros divididos, y aun de su misma cabeza, volvérsela a poner y combatir de nuevo.

BRUTO Y VOLTAIRE.

*El 25.*—Después de comer leyó el Emperador el *Edipo*, que alabó mucho; en seguida *Bruto*, del cual hizo un análisis muy particular. «Voltaire—dijo—no presentó esto bajo su verdadero punto de vista. A los romanos les guiaba el amor de la patria, así como a nosotros el honor; no ha pintado lo que es verdaderamente heroico en Bruto en el sacrificio de sus hijos (a pesar de sus angustias paternas) por la salvación de la patria; por el contrario, figuró un monstruo de orgullo, que inmolaba sus hijos a precio de su situación presente, de su nombre y celebridad. El tema de la pieza—continuó—está en proporción. Tulia es una ramera que vendía públicamente sus caricias, y no una mujer sensible cuya seducción e influjo peligroso arrastrase al crimen, etc.»

ESTADO DE LA INDUSTRIA EN FRANCIA.—SOBRE LAS FISONOMÍAS.

*El 27.*—El Emperador salió a eso de las dos; el tiempo era muy hermoso, y la estación muy diferente de cuando llegamos, pues era mucho más fresca. El Emperador, sin embargo, padecía mucho, y parecía que estaba desazonado; ha paseado a pie hasta la extremidad del bosque, esperando que llegase la calesa.

La conversación recayó sobre los adelantamientos y estado de la industria en Francia, a lo que dijo el Emperador que la había impulsado a un grado desconocido hasta entonces, y que no se creía en Europa ni aun en Francia mismo. Los mismos extranjeros se han admirado al examinarlo, y ni el abate Montesquieu, a pesar de ser ministro del Interior, pudo conocerlo exactamente.

El Emperador sentó por base que sin agricultura no puede haber industria, y, por consiguiente, fábricas y comercio, que son las partes secundarias. Él fué quien definió y puso en práctica de una manera muy sencilla los intereses de los fabricantes y los comerciantes; a él se le debe la adquisición del azúcar, añil y algodón. Había ofrecido un millón al que inventase el modo de hilar el lino como el algodón, no dudando que lo hubiera conseguido si la fatalidad de las circunstancias no hubiesen entorpecido este grandioso descubrimiento, etc.

De esta conversación pasó a decir que era admirable el contraste que se hallaba en el carácter de algunos. «Esto prueba—decía—que no debemos estimar los hombres por su cara; no se les conoce bien sino experimentándolos. ¡Sobre cuántos rostros he podido juzgar en mi vida! ¡Cuántas experiencias he tenido que hacer! ¡Cuántas denuncias, cuántos informes he oído! Así es que me había decidido a despreciar constantemente la magia de las facciones y las palabras. Sin embargo, preciso es convenir en que la fisonomía indica algunas veces los sentimientos del corazón. Por ejemplo, al considerar a nuestro excelentísimo (el gobernador), ¿quién no encontrará que tiene facciones de gato tigre? Otro ejemplo: tenía a cierto sujeto en

servicio íntimo cerca de mi persona; le apreciaba mucho, y no obstante, me vi precisado a separarlo, porque lo sorprendí varias veces robándome con demasiada imprudencia; pues bien, no hay más que mirarlo y se verá que tiene un oído de urraca.»

Otro citó con este motivo a Mirabeau, quien hablando de la cara de P..., decía: «Se parece al tigre y al becerro, y con particularidad a este último.» Lo que le hizo reír mucho, porque en efecto dijo que era exacto.

El Emperador quiso comer solo en su habitación; me mandó llamar a las diez; estaba algo mejor. Recorrió varios libros, de que estaba casi lleno su sofá. Dejó el *Alejandro*, de Racine, que le disgustaba mucho, y tomó la *Andrómaca*, que es una de sus obras favoritas.

LA CórCEGA Y EL PAÍS NATIVO.—PALABRAS DE PAOLI.  
MAGNANIMIDAD DE SU SEÑORA MADRE.—LUCIANO  
DESTINADO A CórCEGA.—CORTE DEL CÓNsul.

29.—Hacia algún tiempo que todas las noches nos prometía el Emperador, a fuerza de nuestras instancias, que a la mañana siguiente temprano saldría a pasear a caballo; mas cuando llegaba el caso le faltaban las fuerzas. Este día a las ocho y media salió al jardín; me hizo llamar y estuvimos hablando de Córcega más de una hora.

«La patria es siempre amada—dijo—, y aun Santa Elena lo sería para los que la deben el ser.» Córcega tenía mil encantos para él; refería su pormenor y el corte osado de su estructura física. Decía que los insulares tienen siempre algo original por su aisla-

miento, que los preserva de las irrupciones y de la alteración perpetua que sufre el Continente; que los habitantes de las montañas tienen una energía de carácter y un temple de alma que les es enteramente peculiar: se detuvo en pintar los atractivos del país natal; todo era mejor en él —decía—; sólo el olor bastaría aun para descubrirlo a ojos cerrados, asegurando que en parte alguna lo había hallado semejante. Recorría sus primeros años, sus amores, su juventud, en medio de los precipicios, saltando por las crestas de las montañas, en los profundos valles, en las estrechas gargantas, recibiendo los honores y los placeres de la hospitalidad, visitando a los parientes, cuyos enconos y venganzas alcanzan hasta la séptima generación. Una joven—decía—recibía en parte de su dote el número de sus primos. Se acordaba con orgullo que apenas teniendo veinte años, tuvo parte en una grande excursión de Paoli en Porto di Nuovo. Su séquito era numeroso; más de quinientos de los suyos le acompañaban a caballo: Napoleón marchaba a su lado; durante el camino, Paoli le explicaba las posiciones, los puntos de resistencia o de triunfo de la guerra de la libertad, haciéndole el pormenor de aquella lucha gloriosa; y por las observaciones, el carácter y opinión que Paoli formó de su compañero, le dijo: *¡Oh, Napoleón, no tienes nada de lo moderno; tú correspondes enteramente a Plutarco!*

Cuando Paoli quiso entregar aquella isla a los ingleses, la familia de Bonaparte se mantuvo constante al frente del partido francés, y sufrió la horrorosa desgracia de ser atacada por un levantamiento en masa de los habitantes de la isla. Doce o quince mil aldeanos atravesaron las montañas hacia Ajaccio, sa-

quearon la casa, la quemaron, talaron las viñas y se apoderaron de los ganados. Madama Bonaparte, acompañada de un pequeño número de fieles, se vió reducida a vagar algún tiempo sobre la costa, y hubo de retirarse a Francia. No obstante, Paoli, a quien esta familia había apreciado tanto y que él mismo profesaba una particular estimación a aquella señora, trató de persuadirla antes de emplear la fuerza y le mandó decir: «Renuncie usted a su posición, pues de lo contrario va usted a perderse, lo mismo que su familia y bienes; los males serán incalculables, y nadie podrá repararlos. En efecto; decía el Emperador que sin las ventajas que le había procurado la revolución, su familia habría quedado arruinada para siempre. La señora respondió, cual una heroína, como lo hubiera hecho Cornelia, que no podía reconocer dos leyes; que ella, sus hijos y su familia no conocían más que la del honor. Si el viejo arcediano Luciano hubiese vivido, se habría estremecido con la idea de la pérdida de sus ganados, y es probable que con su prudencia habría conjurado la tempestad.

Víctima de su patriotismo y de su adhesión a Francia, la madre de Napoleón creyó recibir en Marsella un acogimiento digno de una emigrada distinguida; pero muy al contrario, se vió desamparada y apenas segura, admirándose de no haber hallado más que un patriotismo exterior, y aun éste únicamente en la clase más despreciable del pueblo.

Napoleón había escrito en su juventud una historia de Córcega, que dedicó al abate Raynal, lo que le proporcionó algunas cartas y lisonjeras distinciones de parte de este escritor, entonces el hombre a la moda; esta historia se ha perdido.

El Emperador nos decía que en la época de la guerra de Córcega ninguno de los franceses venidos a la isla salía indiferente sobre el carácter de estos montañeses; los unos se iban llenos de entusiasmo, y los otros no creían ver en ellos más que forajidos.

En París se decía, en el Senado, que Francia había ido a buscar un señor en el país que los romanos no querían por esclavo. «Este senador pudo quererme injuriar—decía el Emperador—, pero no advirtió que hacía un gran favor a los corsos; decía bien: los romanos no compraban nunca esclavos corsos, porque sabían que no sacarían ningún partido de ellos; era imposible sujetarlos a la esclavitud.»

Paoli murió en Londres, de edad muy avanzada, habiendo conocido a Napoleón de primer cónsul y emperador, siendo su sentimiento no haber hecho las paces.

«Habría sido una gran satisfacción para mí y un verdadero trofeo—decía—; pero ocupado en los grandes asuntos públicos, apenas tenía tiempo para ocuparme de los personales.»

A la vuelta del Emperador en 1815, y a la llegada de Luciano a París, José le aconsejó enviase a aquél de gobernador general a Córcega; pero la importancia y la precipitación de los acontecimientos lo impidieron. Si hubiera sucedido así, decía el Emperador, se habría apoderado de ella, habiendo ofrecido aquel punto grandes recursos a nuestros compatriotas perseguidos. ¡A cuántos desgraciados habría servido Córcega de asilo! ¡Por lo demás, repetía muchas veces que quizás había cometido una gran falta al abdicar, de no haberse reservado la soberanía de la Córcega con algunos millones de súbditos, así como de

no haberse llevado todo lo más precioso, dirigiéndose a Tolón, desde donde nadie podía impedirle el paso; que entonces se habría hallado en su casa, de cuyos brazos y corazones hubiera dispuesto. Treinta ni cincuenta mil aliados no habrían podido someterle; ninguno se hubiera querido encargar de ello, pero le detuvo lo halagüeño de la misma posición; no quiso que se dijera que en el naufragio de Francia (que le era bien conocido) él solo había tenido la habilidad de llegar a puerto.

De aquí pasó a la época de su consulado y a las grandes dificultades que se presentaron en la composición de la especie de corte que se trató de formar entonces. La llegada del primer cónsul a las Tullerías fué después de las borrascas de los tiempos y costumbres, que él se había propuesto sepultar en el olvido; además, había estado siempre en el ejército y llegaba de Egipto; habiendo salido de Francia demasiado joven y sin experiencia, no conocía a nadie, y esto era para él un gran obstáculo. Lebrun le sirvió en aquellos primeros momentos de una especie de tutor excelente. Los banqueros o manipulantes eran entonces los que llevaban la voz. No bien fué nombrado cónsul, cuando infinitos de entre ellos se apresuraron a ofrecerle préstamos considerables; este desprendimiento parecía generoso, mas, en el fondo, encerraba una segunda intención; en general, eran hombres sin concepto, y, por lo tanto, fueron desechados; el primer cónsul abrigaba una repugnancia natural contra esta clase de gentes; se había propuesto, decía, adoptar otros principios que los de Scherer, Barras y el Directorio, y quería que la probidad viniera a ser el primer resorte y el carácter de su nuevo gobierno.

Bien luego se vió rodeado de las mujeres de los abastecedores, que todas eran hermosas y de la mayor elegancia, circunstancia que parecía estar unida a la clase de los maridos y entrar mucho en el resultado de las especulaciones. Mas el rígido Lebrun acudía a tiempo a ilustrar a su discípulo Telémaco, por lo que se resolvió no admitirlas en la corte de las Tullerías. Sin embargo, no se sabía de qué modo componerlo; los nobles no eran a propósito porque irritaban la opinión pública; tampoco los banqueros, porque se trataba de formar las nuevas costumbres; así es que no quedaba gran cosa de que echar mano, y por espacio de mucho tiempo no fué más que una especie de linterna mágica muy variada y poco duradera; no obstante, esta reunión tuvo bien pronto su divisa, su importancia y mérito.

El virrey halló en Moscou una correspondencia de la princesa Dolgorowski, que había vivido en París en aquella época, en la que se hablaba muy bien de las Tullerías. Aquella princesa decía que no era enteramente una corte, y mucho menos un campo, y sí una autoridad con un nuevo orden de etiqueta; que el primer cónsul no tenía, a la verdad, el sombrero bajo, el brazo ni la espada de acero, pero que tampoco era un hombre de sable, etc., etc.

«Y—continuaba el Emperador—, sin embargo, vean ustedes los que son los hombres y los informes. La princesa Dolgorowski fué muy maltratada por mí a causa de algunas expresiones semejantes, aunque presentadas bajo otro aspecto. Yo di la orden en aquel entonces para que saliese de Francia; la suponíamos en mal sentido y, como se ve, nos equivocábamos. La querida de M. de T..., que aun no era su mujer, ma-

dama G..., ha contribuído mucho a enemistarnos con los rusos.»

POLÍTICA.—INGLATERRA.—EXPRESIONES CARACTERÍSTICAS.

*Del 31.*—A las cinco pasé a ver al Emperador a su jardín, en donde estábamos todos reunidos. Hablaba de política, delineando la triste posición de Inglaterra en medio de sus triunfos, el abismo de su deuda, la locura, la necesidad y la imposibilidad para ella de ser un poder continental; los peligros de su constitución, los verdaderos apuros de los ministros y el justo clamor de todos. Inglaterra, con sus ciento cincuenta o doscientos mil hombres, hacía los mismos esfuerzos que él había hecho en tiempo de su mayor poder, y quizá más; jamás había tenido el Emperador más de quinientos mil hombres completos; todas las potencias del Continente seguían la senda de su sistema continental, y la hubieran seguido más, a medida que se hubiese consolidado; no tenía inconveniente en decir, y lo probaba, que a pesar de los últimos acontecimientos, Inglaterra habría ganado en permanecer fiel al Tratado de Amiens, así como la Europa entera, y que él sólo, Napoleón, y su gloria habrían perdido; que, no obstante, Inglaterra, y no él, fué quien lo rompió.

No queda más que un partido para Inglaterra, continuó, y es el de volver a su constitución y abandonar el sistema militar; no mezclarse en lo sucesivo en los asuntos del Continente, sino por lo relativo al influjo del mar, sobre el cual reinaría sola en adelante. Añadió que si adoptaba otros principios se le podían

pronosticar grandes desgracias, y era de temer que así sucediese, porque toda su aristocracia lo quería así, y la ineptia, el orgullo y la venalidad de su actual ministerio la haría persistir en su marcha presente.

Hablando el Emperador, después de comer, sobre nuestra situación y la conducta del gobernador, que este día vino rápidamente a dar su vuelta por nuestro recinto, repitió algunas cosas muy interesantes sobre su última entrevista con él. «Lo he tratado muy mal—decía—y sólo mi situación presente puede justificarme; en cualquiera otra ocasión me ruborizaría; pero en la actual, debe permitírseme siquiera el mal humor. Si una cosa igual me hubiera pasado en las Tullerías, me creería obligado a repararla. Jamás mientras mandé he maltratado a nadie sin que alguna palabra mía dulcificase o compusiese el todo; pero aquí no estamos en el mismo caso, y además, él se ha mostrado poco ofendido, su delicadeza no ha sufrido nada; por su honor habría querido, por ejemplo, que me hubiese manifestado enojo o cerrado la puerta con violencia a su salida; al menos estaría cierto que había en él algún resorte o elasticidad; pero hasta ahora lo ignoro.»

La conversación continuó sobre política, muy animada, viva y corriente, y de tanto interés, que llegué en algunos instantes a olvidar que estaba en aquel rincón del mundo; me creía todavía en las Tullerías o en la calle de Borgoña.

VOLTAIRE.—ROUSSEAU.—INGLESES Y FRANCESES; SU DIFERENCIA CARACTERÍSTICA.—ENFADOS FINGIDOS DEL EMPERADOR Y SUS PRINCIPIOS CON RELACIÓN A ELLOS.

*Del 1.º de Junio.* El Emperador me mandó llamar después de haber tomado un baño de tres horas; me dijo que adivinara lo que entretanto había leído; era la *Nueva Eloisa*, que tanto le agradó en Briars. Habiéndola analizado de nuevo, la destrozaba enteramente esta vez; citó la roca de la Mellería, y dijo que creía haberla destruido a causa del camino que hizo abrir para paso del Simplón; yo le aseguré que aun quedaba lo suficiente para conservar una exacta memoria; que sobresalía del camino y podría servir en caso de necesidad para el salto de Leucada.

El Emperador atribuía en gran parte al pomposo retrato de milord Eduardo, en la *Nueva Eloisa*, y a algunas piezas del teatro de Voltaire, la gran reputación del carácter inglés en Francia, admirándose de la gran fragilidad de la opinión en aquel tiempo. Voltaire y Rousseau la gobernaban a su antojo; pero en el día serían menos felices. Si Voltaire sobre todo reinó entre sus contemporáneos—decía—, si fué el héroe del tiempo, fué porque entonces no había más que pigmeos.

Pasando a la diferencia entre los ingleses y franceses, dijo que la primera clase entre los ingleses es orgullosa, y entre nosotros, por desgracia, sólo vana. En esto consistía la gran diferencia de los dos pueblos; últimamente, la masa del nuestro se presentaba, en efecto, como el pueblo de más espíritu nacional de to-

dos los de Europa; se había aprovechado de los veinticinco años de revolución; mas, por desgracia, la clase que ésta había elevado no ha correspondido a su alto destino, y sólo ha mostrado corrupción y veleidad; en las últimas crisis ni desplegó talento, ni carácter, ni virtud; por consecuencia, ha perdido el honor del pueblo.»

Se leyó al Emperador un discurso de M. de C..., que tenía por objeto declarar al clero apto para heredar; el tal proyecto dijo - era más bien un discurso académico que una opinión de legislador. Había en él mucha agudeza, poco sentido y ninguna mira. «Déjese que el clero herede, y nadie morirá sin que le sea forzoso pagar su absolución; pues, de cualquiera opinión que seamos, todos ignoramos nuestro destino después de la muerte. Esta es la grande y la última cuenta; así es que nadie puede responder de su última sensación, ni de la fuerza de su cabeza. ¿Quién puede decir: yo no moriré en los brazos de un confesor, y no me obligará a hacerle una manda aun por el mal que yo no habré hecho?»

Este discurso hizo recordar otro del mismo personaje, que en su tiempo causó gran rumor en el Instituto, con cuyo motivo el Emperador dió una gran reprobación a uno de sus ayudantes, terminándola con estas notables palabras: «...¡Cómo, pues, el objeto de mis desvelos y el fruto de mis esfuerzos se habría perdido! ¡Eso quiere decir que si yo faltase, mañana se degollarían ustedes entre sí muy lindamente!» Y paseándose precipitadamente, se daba palmadas en la frente diciendo: «¡Ah, pobre Francia, por cuánto tiempo necesitas aún de tutor!»

Y después repuso: «Yo he hecho cuanto he podido

para reconciliar todos los partidos; los he reunido en las mismas habitaciones, hecho comer en las mismas mesas y beber en las mismas copas; su unión ha sido el objeto constante de mis desvelos; y así, tengo el derecho de exigir que me imiten.

»Desde que me hallo al frente del Gobierno, ¿se me ha oído alguna vez preguntar lo que eran, lo que habían sido, lo que habían dicho, hecho o escrito? ¡Pues que se me imite!

»Jamás me han visto variar de sistema; mi cuestión ha sido siempre una sola: *¿Quiere usted ser buen francés conmigo?* Y con la afirmativa, los colocaba a todos en un desfiladero de granito sin salida a la derecha ni a la izquierda, y con la precisión de caminar hacia el otro extremo, en donde con la mano señalaba yo el honor, la gloria y el esplendor de la patria.»

La lección fué tan viva, que el sujeto a quien se dirigió, hombre de honor y de gran delicadeza, se creyó en el caso de pedir una audiencia al día siguiente con el fin de presentar su dimisión. Concedida que le fué, pasó a ver al Emperador, quien al divisarle dijo: «Amigo, usted viene por la conversación de ayer: le ha afligido a usted, a mí también; tal debe ser nuestro consuelo recíproco; que no se trate más de ello.» Y siguió hablando de otras cosas.

De este modo, y con frecuencia, atacaba el Emperador a toda una clase entera sobre individuos particulares, haciéndolo con gran aparato para llamar más la atención; pero estos enfados públicos, que tanto se exageraban, eran fingidos y ficticios. El Emperador decía que así había evitado bastantes delitos y ahorrádose muchos castigos.

Un día, en una de sus grandes audiencias, atacó a

un coronel con el mayor calor, y enteramente con el tono de la cólera, sobre algunos pequeños desórdenes cometidos por su regimiento contra los habitantes de los pueblos por donde acababa de pasar a su vuelta a Francia; y como el coronel creyese que el castigo era muy superior a la falta cometida, trataba de disculparse volviendo con frecuencia al asunto; el Emperador le decía, en voz baja y sin abandonar su reprehensión pública: «Bueno, bueno; pero cállese usted...; lo creo; pero no se dé usted por entendido.» Y luego, viéndolo solo, le dijo: «Con su persona azotaba yo a algunos de los generales que le rodeaban a usted, y si me hubiera dirigido directamente a ellos se habría sacado en claro que merecían la última degradación, y aun tal vez más.»

*Principio general.*—Las acciones del Emperador, por apasionadas que pareciesen, iban siempre acompañadas del cálculo. «Cuando un ministro mío—o cualquier otro gran personaje—había cometido una falta grave, y que en efecto merecía enfadarme de veras y ponerme colérico, y aun furioso, cuidaba de proporcionar un tercero en escena; mi regla era que, cuando me decidiese a castigar, los golpes alcanzasen a muchos: el que los recibía directamente no me odiaba ni más ni menos por eso; pero el testigo, cuyo semblante y alteración era preciso se mostrase, iba discretamente a transmitir fuera de allí lo que había visto y oído; y un terror saludable circulaba de vena en vena por todo el cuerpo social. Las cosas marchaban mejor; yo castigaba menos, y recogía infinitamente más fruto, sin haber hecho gran mal.»

## SOBRE LAS MUJERES, ETC.—LA POLIGAMIA.

El Emperador, después de un baño de tres horas, salió a pasear en el jardín; estaba muy triste y silencioso, y con apariencias de estar malo; subimos en la carretela, y poco a poco fué adquiriendo más vigor y habló.

A la vuelta se paseó aún algún tanto para hacer la guerra a una de las señoras que estaban con nosotros, y se entretuvo en declamar contra las mujeres. Nosotros, pueblos del Occidente—decía—no entendíamos nada de esto, y juzgábamos de su malicia por su modo de pestañear, habiéndolo echado a perder todo tratándolas demasiado bien; las habíamos elevado con gran insensatez a nuestra misma esfera. Los pueblos de Oriente tenían mucho más entendimiento y exactitud, habiéndolas declarado como la verdadera propiedad del hombre. «Y en efecto—dijo—, la Naturaleza las ha hecho nuestras esclavas, y sólo por los extravíos de nuestra imaginación aspiran a ser soberanas; abusan también de ciertas ventajas para seducirnos y gobernarnos. Por una que nos inspire alguna cosa buena, hay ciento que nos comprometen a hacer necedades.» Y volviendo a aplaudir las máximas de Oriente, apoyaba mucho la poligamia, la cual creía natural, y lo probaba muy sagaz y fecundamente. «La mujer—decía—se da al hombre para que tenga hijos, y una mujer única no es suficiente para este objeto, pues no puede servirle de tal cuando está embarazada, criando o enferma, y deja totalmente de ser su mujer cuando ya no puede parir; el hombre, a quien la Naturaleza no imposibilita ni por la edad ni por

ninguno de esos otros inconvenientes, debe tener diferentes mujeres, etc., etc.

»Y ¿de qué se quejarán ustedes, señoras?—continuó sonriéndose—. ¿No hemos convenido en que tenían ustedes un alma, y no ignoran que ha habido filósofos que han titubeado sobre el particular? Ustedes aspirarán a la igualdad, pero es locura; la mujer es nuestra propiedad, y nosotros de ningún modo la suya, pues ella nos da hijos y nosotros no se los damos a ella; luego es nuestra propiedad, como el árbol frutal lo es del jardinero. Si el hombre comete una infidelidad a su mujer, queda todo terminado con que se lo confiese y se arrepienta de ella; la mujer se incomoda, perdona o se compone con el marido y aun algunas veces gana. La infidelidad de la mujer es de otra especie; podrá confesarla y arrepentirse de ella, pero, ¿quién asegura que no tendrá resultado? El mal es irreparable y manifiesta la diferencia. Ustedes convendrán conmigo, señoras, en que sólo la falta de criterio, de ideas comunes y de educación, pueden arrastrar a una mujer a creerse en todo igual a su marido. Por lo demás, nada hay de afrentoso en la diferencia; cada uno tiene sus propiedades y sus obligaciones; las de ustedes son la belleza, la gracia, la seducción, dependencia y sumisión, etc.»

Después de comer, el Emperador envió a mi hijo a buscar las *Memorias del caballero de Grammont* y un tomo del *Teatro de Voltaire*, «imponiéndose—decía—la obligación de leer hasta las once»; leyó mucho tiempo en la primera obra, observando cuánto puede entretener cualquier cosa si se advierte en ella el verdadero mérito. En cuanto a Voltaire, recorrió a *Mahoma*, *Semiramis* y otras piezas, notando los vicios

y terminando, como de costumbre, con decir que Voltaire no había conocido ni las cosas ni los hombres ni las grandes pasiones.

ESCUELA MILITAR.—PLAN DE EDUCACIÓN ORDENADO POR EL EMPERADOR.—SUS INTENCIONES RESPECTO DE LOS ANTIGUOS MILITARES.—MUDANZAS EN LAS COSTUMBRES DE LA CAPITAL.

5.—El Emperador salió a cosa de las cuatro, a pesar de que no estaba muy bueno y había tomado un baño de tres horas; la temperatura era, sin embargo, deliciosa y parecía una hermosa tarde de Europa. Paseándonos fuimos a encontrar la carretela. Nuestra conversación recayó sobre la antigua Escuela militar de París, su lujo respecto de nosotros, y la rigidez que al contrario había adoptado el Emperador en las suyas.

En la Escuela militar de París nos servían y trataban magníficamente en un todo como a oficiales, y la mayor parte disfrutábamos más comodidades que nuestras familias y que las que algún día debíamos gozar. Decía el Emperador que en sus escuelas había querido evitar semejante inconsecuencia; quiso que estos oficiales, que debían mandar algún día a los soldados, empezasen por serlo verdaderamente ejercitándose en su mecanismo; «porque así—decía— tendrán una gran ventaja en lo sucesivo para poderlo seguir y hacer observar por los que deben obedecer». Así es que en Saint-Germain los alumnos limpiaban ellos mismos sus caballos, aprendían a herrarlos, etc. En Saint-Cyr se observaban los pormenores correspondientes; estaban reunidos en una sala, comían en un mismo plato, etc., sin que por esto el resto de las

instrucciones, análogas a su suerte futura, se alterase en lo más mínimo; en una palabra: no salían para el Ejército hasta que habían ganado realmente el grado de oficial y eran capaces de mandar y dar ejemplo a los soldados. «Así es que—decía el Emperador— los jóvenes que se presentaron en los cuerpos en el principio de esta Institución excitaron grandes celos; pero al mismo tiempo se vieron precisados a hacerles completa justicia por su comportamiento y capacidad.»

Se advierte que el mismo sistema de instrucción se seguía en Ecoeuén, Saint-Denis (1) y otros establecimientos que el celo benéfico de Napoleón creó para las hijas de los miembros de la Legión de Honor. En sus reglamentos, hechos por él mismo, se prescribía que no se usasen en ellos otros efectos sino los fabricados en las mismas casas y por mano de las educandas; de este modo se desterraba el lujo, la coquetería y el teatro, «pues semejantes establecimientos—decía el Emperador— debían tener sólo por objeto formar buenas directoras de familia y honradas esposas».

Napoleón, a quien el público pintaba en tiempo de su poder de un carácter rígido y un corazón insensible, fué, sin embargo, el soberano que ciertamente usó de más condescendencia; aunque en público procuraba evitar, de un modo propio de su talento, muchas demostraciones de sensibilidad, con el mismo interés con que otros ostentaban prodigarlas.

Había tomado bajo su protección a todos los hijos de los militares que murieron en Austerlitz; y una acción

---

(1) Saint-Cyr, Ecoeuén y Saint-Denis son unas escuelas que toman el nombre del pueblo en que están situadas.

de esta naturaleza no la había limitado a una mera formalidad, pues los había dotado.

Ya había hecho bastante en favor de los militares y los veteranos, y se proponía aún mucho más; cada día inventaba nuevos premios.

OPINIÓN DE NAPOLEÓN SOBRE LA MEDICINA. — «GIL BLAS». — GENERAL BIZANET. — HAZAÑAS DE LOS EJÉRCITOS FRANCESES. — REFLEXIONES, ETC.

6.—No vi al Emperador hasta las seis; se había quedado en su habitación indispuerto y aun no había comido en todo el día; decía que no estaba muy arreglado, y se entretenía en recorrer algunas estampas sobre la ciudad de Londres, que el doctor le había prestado; éste había tenido el honor de verle en aquel mismo día y le había divertido mucho. «Sabiedo que yo estaba indispuerto—decía el Emperador—, trató de apoderarse de mí, aconsejándome que tomase al instante una purga; a mí, cabalmente, que no me acuerdo de haber tomado ninguna en mi vida.»

Ya eran las siete de la tarde, y el Emperador dijo que el que se sentía con apetito no estaba malo. Pidió de comer y le trajeron un pollo que le gustó mucho; esto le repuso; habló bastante, y pasó en revista diferentes novelas francesas; la lectura de *Gil Blas* le ha ocupado la mayor parte del día; dijo que estaba lleno de agudezas, pero que habrían merecido ir a galeras tanto él como todos los suyos. En seguida se puso a hojear una *Colección cronológica* y se detuvo sobre la brillante acción de Berg-op-Zoom por el general Bizanet.

«¡Cuántas acciones distinguidas han ido a sepul-

tarse en la confusión de nuestros desastres, o bien en la multitud de las que hemos producido! La de Berg-op-Zoom es una de ellas. La guarnición que correspondía a aquella plaza sería tal vez de 8 a 10.000 hombres, y no contaba en aquel momento arriba de 2.700 combatientes. Un general inglés, favorecido de la noche y de inteligencia con los habitantes, se introdujo en ella con 4.000 hombres escogidos. Entran en la plaza y el pueblo se declara por ellos; ¡pero nada es capaz de amedrentar al valor francés! Se baten en las calles con el mayor denuedo, y casi todos los ingleses quedan muertos o prisioneros. A la verdad — decía el Emperador —, aquella fué una acción esforzada. ¡Al general Bizanet se le puede llamar valiente!»

Es cierto que en los últimos momentos, como decía Napoleón, una infinidad de proezas y de rasgos históricos han ido a sepultarse en la confusión de nuestros desastres y en el abismo de nuestras desgracias.

Tal es la extraordinaria y rara defensa de Huninga por el intrépido *Barba negra*; añadiéndose la expedición brillante del valiente Excelmans en Versalles, que hubiera podido tener consecuencias importantes si se hubiese sostenido según se había determinado; y en fin, otras varias.

De todos modos, semejantes hazañas en aquellos momentos decisivos han cubierto de gloria las filas del Ejército, mucho más que sus principales jefes. Habría sido de desear en aquella crisis fatal, y en medio de tan espantosa catástrofe, ver en nuestros primeros generales los mismos esfuerzos de valentía y aquellas acciones brillantes que señalaron el principio de nuestros triunfos y que el régimen de Napoleón había connaturalizado entre nosotros; ¿cuál habría sido el

resultado? Se hubiera salvado el honor nacional, y la Patria referiría con entusiasmo las convulsiones heroicas de su agonía; nuestro fin debía ser extraordinario.

En aquella dolorosa época teníamos más tropas fuera que dentro. Dresde contaba en su recinto un verdadero ejército; el segundo estaba en Hamburgo y el tercero en Dantzic; las muchas guarniciones intermedias habrían formado el cuarto; todos los esfuerzos del enemigo se limitaban a separar a estos valientes de Francia y a impedirles la entrada. ¿Por qué fatalidad no se le ocurriría a alguno de aquellos jefes aprovecharse de estas circunstancias para libertar el suelo sagrado, atacando audazmente y de por sí al enemigo y obligándole de este modo a dividirse? ¿Habría sido acaso imposible la reunión en masa de la mayor parte de estos Cuerpos?

La aglomeración de las fuerzas de Dresde, Forgau, Magdeburgo y Hamburgo, ¿no habría reunido un ejército formidable a retaguardia del enemigo, capaz de romperlo o comprometerlo? ¿No hubiera podido apoderarse de Berlín, libertar las guarniciones del Oder, socorrer a Dantzic e insurreccionar la Polonia, si se hubiese dispuesto bien, o, en fin, cualquiera otra cosa imponente, brillante e inesperada; en una palabra, digna de nosotros?

Y ¿qué se necesitaba para cambiar nuestro destino? Antes de la entrada de los aliados en Francia el más ligero episodio habría sido suficiente para concluir un Tratado razonable en Francfort; y aun después, estando el enemigo en nuestro territorio, la más pequeña inquietud sobre su retaguardia, en las heroicas épocas de Champaubert, Montmirail, Vauchamp,

Craon y Montereau, ¿no hubiera causado la pronta retirada de los aliados nuestro triunfo y tal vez su destrucción? Si el general que se hubiese decidido a ejecutarlo hubiera sucumbido, no hubiera sido peor para nosotros que, al cabo, hemos perecido; pero él, con nuestro espíritu nacional, se convertía en un héroe y se hacía inmortal.

En lugar de esto, Francia perdió con su inacción cerca de 500.000 hombres, y sufrió su destino *rutinariamente*, a lo que no estábamos acostumbrados tiempo hacía. Pero quizás hablo muy ligeramente y sin conocimiento de causa; tal vez me responderán victoriosamente, citándome las localidades y algunos obstáculos de salud de las tropas, la falta de recursos, la de órdenes, aunque el Emperador trató de darlas en este sentido; en fin, el temor de desbaratar el plan principal o el de exponerse a una responsabilidad demasiado grande, etc., etc.

Pero, ¿no sería más bien porque el verdadero foco de estos elevados conceptos y de su heroica ejecución no residía más que en Napoleón, y que donde él no se hallaba, como ha podido notarse muchas veces, las cosas quedaban abandonadas a su marcha ordinaria?

De cualquier modo que sea, en el momento de la capitulación de Dantzic, algo de esto se hizo presente al general en jefe que mandaba el ejército en aquella plaza. Es verdad que la idea vino de un oficial muy inferior, pero cuya temeridad, audacia y éxito, le daban algún derecho a emitir semejante opinión; éste fué el capitán Chambure, jefe de aquella compañía franca que se cubrió de gloria durante el sitio.

## NOVELA DEL EMPERADOR.—NAPOLEÓN CASI DESCONOCIDO EN SU MISMA CASA.—SUS IDEAS RELIGIOSAS.

*Del 7 al 8.*—En una larga conversación privada, habló el Emperador de nuevo de todos los horrores de nuestra situación presente, y agotó los cálculos de un porvenir más halagüeño.

Después de todos estos puntos que no puedo citar aquí, abandonándose a su imaginación decía que ya no había para él otro domicilio que Inglaterra y América. Su inclinación sería por esta última, porque en ella, decía, sería verdaderamente libre, no aspirando ya más que a la independencia y al reposo; y entonces formaba su novela: se consideraba cerca de su hermano José, y rodeado de una pequeña Francia, etc.

Sin embargo, la política, observaba, podía decidirle por Inglaterra, siendo quizás esclavo de los acontecimientos. Por lo demás, debía sacrificar su existencia a un pueblo que había hecho por él más de lo que él mismo le había pagado en recompensa: y entonces componía también otra novela.

Siguiendo la conversación, pasó a decir que no podía persuadirse que muchos de los que rodeaban y formaban su corte creyesen la mayor parte de los absurdos y cuentos ridículos que se habían propagado sobre él, llegando hasta dudar de la falsedad de los horrores con que se manchaba su carácter. Que en tal concepto, le creíamos resguardado con una coraza en medio de nosotros, esclavo del presentimiento y del fanatismo, sujeto a algunos accesos de rabia o de epilepsia; que había dado garrote a Pichegru y hecho

cortar la cabeza a un capitán inglés, etc., etc. Y su ataque contra nosotros era merecido en cierto modo: no teníamos otra cosa que responder si no que era tal la reunión de las circunstancias, que la mayor parte de su séquito se hallaba entonces, respecto de esto, a la misma altura del vulgo. Algunas veces veíamos su persona, decía yo; pero no teníamos comunicación alguna con ella, y todo era misterio para nosotros. Nadie se presentaba en la palestra para refutar; al paso que una multitud oculta, y algunos cerca de él, por extravagancia o mala intención, sólo se ocupaban de murmurar de continuo. En cuanto a mí, confesé de buena fe no haber tenido hasta entonces una idea cierta de su carácter, aunque me lisonjeaba de haberlo adivinado en parte. «Y, sin embargo—observó el Emperador—, usted me ha visto y oído muchas veces en el Consejo de Estado.»

Por la noche, después de la comida, se habló de religión. El Emperador se extendió mucho sobre esta materia. Voy a transcribir con esmero el resumen (enteramente característico) sobre un punto que sin duda ha debido excitar muchas veces la curiosidad de infinitas personas.

El Emperador, después de un movimiento muy vehemente, dijo: «Todo comprueba la existencia de un Dios, es indudable; pero todas las falsas religiones son evidentemente hijas de los hombres. ¿Por qué hay tantas? ¿Por qué no ha existido siempre la nuestra? ¿Por qué es exclusiva? ¿Adónde han ido a parar los hombres que nos han precedido? ¿Por qué se desacreditan, combaten y exterminan esas religiones? ¿Y por qué ha sucedido esto mismo en todos tiempos y lugares? Porque los hombres son siempre los mismos, y

porque el ministro de ellas ha manifestado en todas partes el fraude y la impostura. No obstante—decía el Emperador—, en cuanto tuve el poder en mis manos, me apresuré a restablecer la religión cristiana: me he servido de ella como de base y de raíz. A mis ojos ha sido el apoyo de la buena moral, de los verdaderos principios y buenas costumbres; y, sobre todo, es tal la inquietud del hombre que necesita de esta parte maravillosa que el dogma le presenta, y es mucho mejor que beba en aquella fuente que en la de Cagliostro, mademoiselle le Normand, u otra proclamadora de la buenaventura, y demás tunantes.»

Habiéndole dicho uno que no sería extraño que él mismo acabase por hacerse devoto, respondió con cierto aire de convencimiento que temía que no, y que lo decía con sentimiento, pues sin duda era un gran consuelo. «A pesar de esto—añadió—el hombre no debe asegurar nada por lo que repecta a los últimos instantes de su vida. Ciertamente estoy muy distante de ser ateo; pero no puedo creer todo lo que me han enseñado, so pena de ser falso e hipócrita (1).

»Siendo ya Emperador, y después del casamiento de María Luisa, hicieron todos los esfuerzos imaginables para decidirme a ir, según lo hacían nuestros reyes, con gran pompa a comulgar a Notre-Dame (la

---

(1) En todo este discurso se ven reproducidas las ideas erróneas que acerca de nuestra santa religión cundieron desgraciadamente en Francia durante la revolución. Al través de ellas, no obstante, se ve una justa veneración por la misma religión en cuyo seno nació, vivió y murió el Emperador. Y al restablecimiento de esta misma augusta religión en Francia y a sus brillantes hazañas debió, sin duda, la especie de adoración con que era mirado.

catedral de París), y me rehusé abiertamente a esta ceremonia.» Al llegar aquí, como citasen a uno que se había en cierto modo lisonjeado de no haber hecho su primera comunión, repuso el Emperador. «Ha hecho mal; pues ha faltado por lo menos a los preceptos de su educación, mostrándose culpable para con ella.» Y después, continuando el mismo asunto, dijo: «Yo soy como un reloj que existe y no se conoce. Sin embargo, los sentimientos religiosos son de tanto consuelo, que es un don del Cielo poseerlos. ¡Qué auxilio tan grande sería para nosotros aquí! ¡Qué poder tendrían sobre mí los hombres ni las cosas, si contemplando un Dios solamente, y no viendo más que él en mis desgracias y penas, aguardase impávido por recompensa la bienaventuranza futura!... ¿A qué no tendría derecho yo, que he seguido una carrera extraordinaria y borrascosa sin cometer un solo crimen? ¡Y he podido cometer tantos! ¡Yo puedo comparecer ante ese tribunal de Dios, y aguardar su sentencia sin temor! Jamás descubrirá en mí la idea del asesinato, del envenenamiento, ni de la muerte injusta o premeditada, tan común en las carreras semejantes a la mía! No he querido más que la gloria, la fuerza y el esplendor de Francia. Todos mis desvelos, facultades y esfuerzos se consagraban a este objeto. ¡Esto no podrá ser un crimen; yo lo he conceptuado como virtud! ¡Cuánto debería gozar si los encantos de un porvenir futuro se presentasen a mi imaginación con todas sus bellezas para coronar el fin de mi vida, etc., etc.!

En otra ocasión decía: «¡Pero de qué modo puede uno convencerse con las relaciones absurdas y las acciones ridículas de la mayor parte de los que nos instruyen! Me hallo rodeado de sacerdotes que repiten sin

cesar que su reino no es de este mundo, y se apoderan de cuanto pueden. El Papa es la cabeza de esta religión del cielo, y se ocupa mucho de la tierra. ¡Cuántas cosas me ofrecía para volver a Roma el actual, que, a la verdad, es un santo hombre! ¡La disciplina de la Iglesia ni la institución de los obispos eran nada para él, con tal que pudiera ser otra vez príncipe temporal! Hoy mismo, es amigo de todos los protestantes, que nada le niegan, porque no le temen. Del Austria católica es solamente enemigo, porque le cercena su territorio, etc.

»... No hay duda, añadía, que esta especie de incredulidad, en mi calidad de Emperador, era un beneficio para los pueblos. Y de otro modo, ¿cómo habría podido ejercer una verdadera tolerancia? ¿Cómo hubiera podido favorecer con igualdad unas sectas tan contrarias si me hubiera visto dominado por una sola? ¿De qué manera habría conservado mi libertad de pensar y de obrar bajo la sugestión de un mal confesor que me gobernaría sólo por temor del infierno? ¡Bajo este título, qué imperio puede ejercer un perverso, y tal vez el más estúpido de los hombres, sobre los que gobiernan las naciones! ¿No se parecería al despabilador de las luces que desde el bastidor puede mover a su voluntad al Hércules de la Ópera? ¿Quién duda que los últimos años de Luis XIV habrían sido muy diferentes con un buen confesor? ¿Tan penetrado estaba de estas verdades, que trataba, en cuanto me hubiera sido posible, de educar a mi hijo en la misma línea religiosa en que me hallo?, etc , etc.

El Emperador terminó esta conversación enviando a mi hijo a buscar el *Evangelio*; y leyéndolo desde el principio, no cesó hasta el discurso de Jesús sobre la

montaña: decía que estaba enajenado y en éxtasis con la sublimidad y la belleza de semejante moral, e igualmente lo estábamos nosotros.

RETRATO DE LOS DIRECTORES. — ANÉCDOTAS.  
18 FRUCTIDOR.

3.—El Emperador habló mucho de la creación del Directorio: él lo había instalado siendo general en jefe del ejército del interior. De esto pasó a hacer el retrato de los cinco directores. Ha pintado sus ridiculeces y sus defectos, desde donde pasó a los acontecimientos de fructidor, refiriendo un gran número de cosas muy curiosas. He aquí lo que he podido reunir sobre este asunto, parte de sus conversaciones perdidas y también de sus notas sobre las campañas de Italia.

«Barras—decía el Emperador—, de una de las buenas familias de Provenza, era oficial en el regimiento de la Isla de Francia; en la revolución fué nombrado diputado a la Convención nacional por el departamento del Var; carecía de conocimientos para la tribuna y de costumbre al trabajo. Después del 31 de Mayo le nombraron con Freron comisario del ejército de Italia, y en Provenza, entonces foco de la guerra civil. A su vuelta de París se incorporó al partido termidoriano: amenazado por Robespierre, así tomó Tallien, y todos los demás del partido de Danton, se reunieron e hicieron la jornada del 9 termidor. En el momento de la crisis la Convención lo eligió para obrar contra el Ayuntamiento, que se había sublevado en favor de Robespierre, y salió victorioso.»

Esta circunstancia le acarreó mucha celebridad.

Todos los termidorianos vinieron a ser los hombres de Francia.

«El 12 vendimiario, en lo fuerte de la crisis, se imaginó, para deshacerse de una vez de los tres comisarios cerca del ejército del interior, reunir en su persona los poderes de comisario y los de comandante de aquel ejército. Pero las circunstancias eran demasiado graves para él y superiores a sus fuerzas. Barras no había hecho la guerra, y sí dejado el servicio en la clase de simple capitán; además carecía de conocimientos militares.»

Los acontecimientos de termidor y de vendimiario lo elevaron al Directorio, y aunque no tenía las cualidades necesarias para tal destino, no obstante, lo hizo mejor de lo que esperaban los que le conocían.

Pues su casa, en un estado muy brillante, tenía un gran tren, e hizo un gasto extraordinario. Cuando salió del Directorio, el 18 brumario, todavía poseía un buen caudal, y no lo disimulaba. Esta fortuna es cierto que no la había adquirido en detrimento de la Hacienda nacional; pero el medio que empleó al efecto alteró la moral pública, favoreciendo demasiado a los hacendistas.

Barras era alto de cuerpo; habló algunas veces, en momentos borrascosos, y su voz llenaba toda la sala; sus facultades morales no le permitían ir más allá de tal cual frase. La vehemencia con que hablaba hacía creer que era hombre de resolución, y, a la verdad, no lo era; no tenía opinión formada sobre ninguna parte de la administración pública.

«En fructidor dispuso la mayoría, con Rewbell y la Reveillere-Lepaux, contra Carnot y Barthelemi; después de esta jornada, en apariencia fué el primer

hombre del Directorio; pero en realidad lo era Rewbell, que tenía el verdadero influjo en los asuntos. Barras representó constantemente en público el papel de un decidido amigo de Napoleón. En la época del 30 prairial tuvo el talento de atraer a su favor al partido dominante de la Asamblea, y no tuvo parte en la caída de sus colegas.

»La Reveillere-Lepaux, natural de Angers, era de una clase humilde, pequeño de cuerpo, corcovado y del exterior más desagradable que se pudiera imaginar: un verdadero Esopo. Escribía regularmente; su entendimiento alcanzaba poco, y no estaba versado en los asuntos ni en el conocimiento de los hombres; según los tiempos, lo dominaron alternativamente Carnot y Rewbell. El Jardín de plantas, y la *teofilantropía*, nueva religión, de la cual tuvo la manía de ser fundador, absorbían todos sus conatos. Por lo demás, era patriota vehemente y sincero, hombre de bien, ciudadano honrado e instruído; entró pobre en el Directorio, y salió lo mismo. La Naturaleza no le había concedido otras cualidades que las de un magistrado subalterno.»

Napoleón, después de su vuelta del ejército de Italia, sin que adivinase la causa, fué el objeto particular del cuidado, atenciones y obsequios del director la Reveillere, que le ofreció un día una comida estrictamente sin ceremonia: «Con la mira—decía él—de estar más reunidos.» El general la aceptó, y, en efecto, sólo concurrieron la mujer e hija del director, que, entre paréntesis, decía el Emperador, eran tres piezas sublimes de fealdad. Después de los postres, se retiraron las dos señoras, y la conversación se hizo seria. La Reveillere se extendió largamente sobre los in-

convenientes de nuestra religión y sobre la necesidad de tener una, exagerando muy minuciosamente las ventajas de la que él pretendía instituir (la *teoflantropía*). «La conversación—decía el Emperador—ya empezaba a hacérseme larga y pesada, cuando, de repente, y refregándose las manos con satisfacción, me dijo afectadamente y con un aire maligno: «¡Cuán importante sería, en efecto, una adquisición como la de usted! ¡De qué peso y utilidad sería su nombre! ¡Y qué glorioso sería para usted! Vamos, ¿qué le parece a usted?» El general estaba muy lejos de aguardar semejante proposición; sin embargo, respondió con humildad que no se reconocía digno de tal honor, a más de que en los caminos oscuros tenía la máxima de seguir siempre a sus predecesores; que así estaba resuelto en el particular a obrar como sus padres lo habían hecho. Tan terminante respuesta hizo ver al gran sacerdote que era asunto concluído, y no pasó adelante; pero también se acabaron las atenciones y zalame-rías.

«Rewbell—decía el Emperador—, nativo de la Alsacia, era uno de los mejores abogados de Colmar; tenía el talento que caracteriza a un buen legista; casi siempre influyó en las deliberaciones; fácilmente se preocupaba; creía poco en la virtud, y su patriotismo era bastante exaltado. Saber si se ha enriquecido o no en el Directorio es un problema; lo cierto es que estaba siempre rodeado de asentistas; pero, según la clase de sus conocimientos, es posible que sólo se complaciese con la conversación de hombres activos y emprendedores y que gustase de sus adulaciones, sin hacerles pagar las atenciones que les dispensaba; tenía un odio inexplicable contra el sistema germánico;

demostró energía en las asambleas, tanto antes como después de su magistratura; le gustaba trabajar y obrar, y había sido miembro de la Constituyente y de la Convención, nombrándole esta última comisario en Maguncia, en donde manifestó poco carácter, ningún conocimiento militar, y contribuyó mucho a la rendición de la plaza, que aún podía defenderse; como todos los legistas, y por espíritu de corporación, aborrecía a los militares.

»Carnot, natural de Borgoña, había entrado muy joven en el Cuerpo de Ingenieros, y defendió en él el sistema de Montalembert. Entre sus compañeros, pasaba por muy original, y era ya caballero de San Luis cuando estalló la revolución, que abrazó con mucho calor. Fué nombrado miembro de la Convención y de la Junta de salud pública con Robespierre, Barrere, Couthon, Saint-Just, Billaud-Varennes, Collot, D'Herbois, etc. Demostró grande encono contra los nobles, que les acarreó muchas disputas con Robespierre, quien, en la última época, los protegió abiertamente.

»Carnot era trabajador, sincero en todo; pero sin sagacidad y fácil de ser engañado. Fué destinado cerca de Jourdan como comisario de la Convención en el levantamiento del sitio de Maubeuge, en donde hizo buenos servicios; en la Junta de salud pública dirigió las operaciones militares, y fué de mucha utilidad; por lo demás, no tenía experiencia ni práctica de la guerra, demostrando siempre gran valor moral.

»Después del termidor, cuando la Convención hizo arrestar a todos los miembros de la Junta de salud pública, excepto a él, Carnot quiso participar de su suerte. Esta conducta fué tanto más noble cuanto que

la opinión general estaba violentamente contra la Junta. Después de vendimiario, fué nombrado miembro del Directorio; pero desde el tres termidor estaba afligido con las acusaciones de la opinión pública, que atribuía a la Junta toda la sangre que se había derramado en los patíbulos; conoció la necesidad de adquirir estimación, y, queriendo dirigir, se dejó llevar por los agentes del partido extranjero; entonces lo subieron a las nubes; pero no mereció los elogios de los enemigos de la patria; se halló colocado en una falsa posición, y sucumbió en fructidor.

•Después del 18 brumario, el primer cónsul le encargó el Ministerio de la Guerra; tuvo muchas disputas con el ministro de Hacienda y el director Dufrenes, en las cuales justo es decir que nunca tuvo razón. En fin, salió del Ministerio persuadido de que no podía ir adelante, por falta de medios.

•Miembro del Tribunado, habló y votó contra el Imperio; pero su conducta, siempre rígida, no dió la menor sospecha a la administración; después fué nombrado inspector en jefe de revistas, y recibió del Emperador una pensión de retiro de veinte mil francos (1).

•Mientras que las cosas prosperaron, el Emperador

---

(1) En esto hay algunos errores que es fácil corregir. He aquí la verdad: inmediatamente después de su regreso del destierro, Carnot fué nombrado inspector general de revistas, con el grado de general de división, y promovido en seguida al Ministerio de la Guerra.

Elegido miembro del Tribunado, votó en él contra el Imperio como lo había hecho contra el Consulado por vida. Cerca de nueve años después de su salida del Tribunado, fué cuando Napoleón, informado de sus pocos haberes, le concedió una pensión de 10.000 francos, *por recompensa de los servicios que había hecho como ministro de la Guerra.*

no volvió a oír hablar de él; pero después de la campaña de Rusia, época de las desgracias de Francia, Carnot solicitó volver al servicio, y se le confió la ciudad de Amberes, donde se portó bien. A la vuelta de 1815, el Emperador, después de alguna perplejidad, le nombró ministro del Interior, y no le dió motivo de arrepentirse; fué fiel, honrado, trabajador y siempre verídico. Nombrado en el mes de Junio miembro de la Comisión de Gobierno interino, nada apto para este cargo, le engañaron.

»Le Tourneur de la Manche nació en Normandía; había sido oficial de Ingenieros antes de la revolución; no es fácil explicar su nombramiento al Directorio, que sólo puede atribuirse a una de aquellas extravagancias propias de las grandes asambleas. No tenía gran talento, instrucción ni carácter; había en la Convención 500 diputados que valían mucho más que él; por lo demás, era íntegro y honrado, y así salió pobre del Directorio.»

Le Tourneur se hizo el hazmerreir de todo París; dicen que vino de su departamento a tomar posesión del empleo de director, en un carro, con su ama de gobierno, los chismes de cocina y otros trebejos. Los burlones de la capital lo sitiaron, y al punto dieron con su opinión en tierra. Decían que al volver del Jardín de plantas, que fué a visitar a su llegada, refería las rarezas que encierra, y que preguntándole si había visto allí a Lacepede, se admiró mucho de haberlo pasado por alto, asegurando que no le habían enseñado más que la Girafa (1).

---

(1) Me han asegurado después que parte de estos apodos recaían más bien sobre un tal Le Tourneur, ministro en aquella época.

«No bien se hubo establecido el Directorio, cuando se comprometió a los ojos de todos por sus extravagancias, costumbres y combinaciones. Todo se volvía errores y absurdos, y se vió desacreditado y perdido en el momento de su aparición. Aturdidos los directores con su elección, trataron de darse importancia: que para conseguirlo mejor, cada uno de los directores se formó una pequeña corte, en donde fué acogida la alta clase, hasta entonces perseguida y su enemiga natural, al paso que se desechaba la masa de los antiguos conocidos y compañeros como demasiado vulgar. Todos los que en la revolución habían demostrado más energía que los miembros del Directorio, o habían sido sus iguales, ya les eran importunos; y los apartaron de su sociedad, dando que reír a un partido, y perdiendo la voluntad del otro. Las cinco cortes exigían tanta más servidumbre, cuanto más subalternas y ridículas eran; pero un gran número de hombres no se pudo resolver a doblarse a unas formas que las circunstancias recientes, la naturaleza del gobierno y el prestigio de los Gabinetes no pudieron introducir.

»Por lo demás, fué en balde cuanto hizo el Directorio para atraerse los salones de París; pues pudo no adquirir la menor influencia en ellos, y el partido de los Borbones ganó terreno. Luego que lo hubo conocido el Directorio, retrocedió repentinamente; pero ya no pudo hallar apoyo en los republicanos que había agriado. Todo fué una perpetua oscilación y caprichos, navegando sin dirección, sin objeto y sin unión. No se quería ni terror ni realismo; pero se ignoraban los medios de conseguirlos.

»El Directorio creyó entonces remediar estos incon-

venientes, y evitar aquellas perpetuas oscilaciones, combatiendo a un tiempo ambos partidos extremos, ya fuesen o no culpables. Si hacían arrestar a un realista que hubiese conspirado o alterado la tranquilidad pública, al punto prendían a un republicano, aun cuando no hubiese cometido delito alguno; este sistema se llamó *el contrapeso político*. Su injusticia y arbitrariedad desacreditaron enteramente al Gobierno; todas las almas se oprimieron con aquel régimen de plomo; todos los buenos y generosos sentimientos se declararon contra el Directorio.

• Los manipulantes, los agiotistas y los intrigantes se apoderaron de los resortes, y disfrutaron de todo el crédito; se dieron los empleos a hombres viles, a favoritos o parientes; la corrupción se introdujo en todos los ramos de la Administración pública: pronto lo conocieron los dilapidadores y obraron sin temor. Los negocios extranjeros, los ejércitos, la hacienda y el interior, todo se resintió de un sistema tan vicioso.

• Semejante estado de cosas abortó muy luego una borrasca política, marchando a pasos agigantados hacia la crisis de fructidor.

• En aquella época, el sistema del Directorio conservaba la misma debilidad caprichosa e incierta: los emigrados vueltos a Francia, y los periodistas asalariados por el extranjero, desacreditaban audazmente a los mejores patriotas. La rabia de los enemigos de la gloria nacional irritaba y exasperaba a los soldados del ejército de Italia; éstos se pronunciaban abiertamente contra ellos: por su parte, los consejeros no les hablaban más que de clérigos, campañas y emigrados; obraban como verdaderos contrarrevolucionarios; así es que todos los oficiales del Ejército que habían figura-

dó más o menos en los departamentos, en los batallones voluntarios, y aun en la tropa de línea, sintiéndose atacados en lo que más de cerca les interesaba, fomentaban aún la ira de los soldados, y todos los espíritus estaban inflamados.

»En una circunstancia tan delicada, ¿qué partido debía tomar el general en jefe del ejército de Italia? Tres se le presentaban:

»1.º Hacerse del partido dominante en los Consejos. Para esto era demasiado tarde; el Ejército se pronunciaba y los agentes del partido, los oradores del Consejo, atacándolo sin cesar a él y al Ejército, no le dejaban la posibilidad de tomar esta resolución.

»2.º Abrazar el partido del Directorio y de la República. Este era el más sencillo y el del deber: el impulso del Ejército y de las circunstancias del momento lo exigían; pues todos los escritores que permanecieron fieles a la revolución se habían declarado de *motu proprio* defensores ardientes y celosos apologistas del Ejército y su jefe.

»3.º Dominar a las dos facciones, presentándose francamente en la lucha como regulador de la República. Aun cuando Napoleón se sintiera capaz de ello con el apoyo de los ejércitos y el crédito que disfrutaba en Francia, no creía que el espíritu del tiempo ni la opinión pública le permitiesen aún una marcha tan osada. Y, por otro lado, aun cuando este tercer partido llenara sus miras secretas, no habría podido adoptarlo inmediatamente sin decidirse primero por uno de los dos que se disputaban en el momento la arena política; era preciso, pues, alistarse bajo las banderas de los Consejos o del Directorio, aun cuando hubiera querido formar un tercer partido.

De manera que de los tres partidos elegibles, el tercero en su ejecución entraba en uno de los dos primeros; después de la renovación de los Consejos y el ataque formado ya por ellos contra Napoleón, difícil era adoptar ninguno de los otros.

Este análisis, observaba el Emperador, resultaba naturalmente, haciendo una profunda meditación sobre las circunstancias en que se hallaba Francia; el general debía, pues, estar quieto, dejar obrar las cosas y apoyar el impulso natural de sus tropas. Esto dió margen al manifiesto del ejército de Italia y a la famosa orden del día de su general:

*«Soldados: lo sé—decía—; vuestro corazón está acongojado por las desgracias de la Patria; mas si los ejércitos del extranjero llegaran a vencer, volaríamos desde las cimas de los Alpes, con la rapidex del águila, para defender una causa que nos ha costado ya tanta sangre.»*

Estas palabras decidieron la cuestión: enajenados los soldados, todos querían marchar sobre París; el grito resonó al punto en la capital, produjo en ella una verdadera explosión, y el Directorio, que todos creían perdido, se vió de repente fuerte con la opinión pública; al momento tomó la actitud y la marcha de un partido triunfante, aterrando al instante a todos sus enemigos.

El general del ejército de Italia dirigió al Directorio su manifiesto a los soldados, por medio de Augereau, que era de París y exaltado por las ideas del momento.

Sin embargo, los políticos de aquel tiempo se preguntaban: ¿Qué habría hecho Napoleón si los Conse-

jos hubiesen sido más fuertes; si aquella facción, que fué vencida, hubiera derribado al Directorio? En este caso, parece que estaba decidido a marchar sobre Lyon con 15.000 hombres. Allí, al instante se le habrían reunido todos los republicanos del Mediodía y de la Borgoña. Victoriosos los Consejos, no hubieran permanecido tres o cuatro días sin dividirse violentamente; pues si bien sus miembros estaban acordes en la marcha contra el Directorio, se sabía que estaban muy divididos en el objeto ulterior que se proponían. Los agentes, como Pichegru, Imbert-Colomé y otros vendidos al extranjero, excitaban violentamente al realismo y la contrarrevolución, mientras que Carnot y otros querían resultados enteramente contrarios. El Estado no hubiera podido menos de ser muy en breve presa de la confusión y de la anarquía. Entonces todas las clases de los ciudadanos, todas las facciones habrían visto con entusiasmo que Napoleón era el áncora de salvación, y un punto de reunión capaz, él solo, de salvarlos del terror real y del furor demagógico. Fácilmente podía, pues, llegar a París, y era natural que lo hubiesen puesto al frente del Gobierno, de acuerdo y con el consentimiento de todos los partidos. La mayoría de los Consejos era fuerte y positiva, a la verdad; pero únicamente contra los directores: se habrían subdividido a lo infinito, en cuanto hubiesen caído.

• La elección de tres nuevos directores, corriendo el velo que ocultaba las verdaderas intenciones de la contrarrevolución, la inmensidad de los ciudadanos, en su espanto se hubieran precipitado en los brazos de Napoleón, desplegando el estandarte nacional, porque los verdaderos contrarrevolucionarios, al cabo

eran pocos, y sus pretensiones demasiado ridículas y absurdas: todo habría cedido ante Napoleón. ¿Le hubieran apellidado César o Cromwell? Marchaba apoyado de una religión y de un partido, cuyas ideas eran fijas y populares; disponía de sus soldados y se hallaban llenas las cajas del Ejército; poseía, además, todos los medios capaces de asegurarse de su constancia y fidelidad, y si se trataba de decir si Napoleón hubiera deseado que los negocios hubiesen tomado aquel aspecto, diríamos que sí: que él triunfó de la mayoría de los Consejos y fué su deseo y esperanza; nos hallamos inclinados a creerlo por el hecho siguiente. En el momento de la crisis entre las dos facciones, una orden secreta, firmada por los tres miembros que componían el partido del Directorio, prevenía a Napoleón aprontase tres millones para sostener el ataque contra los Consejos; mas aquél, bajo distintos pretextos, no los envió, aunque le hubiera sido muy fácil, y ya se sabe que no era propio de su carácter detenerse por sacrificios pecuniarios.

• Así es que cuando se terminó la lucha, y el Directorio triunfante se apresuró a declarar públicamente que debía toda su existencia a Napoleón, conservó, sin embargo, en su corazón algunas ideas vagas sobre que éste no había abrazado su partido si no con la esperanza de derrocarlo y colocarse en su lugar.

• Sea lo que fuere, después del 18 fructidor el enajenamiento del Ejército llegó a su colmo, y completó el triunfo de Napoleón. Pero el Directorio, a pesar de su aparente reconocimiento, le rodeó desde aquel instante de infinitos agentes, que espiaban sus pasos y trataban de penetrar sus pensamientos.

• La posición de Napoleón era delicada; no obstan-

te que su conducta había sido tan regular y tan perfecta, que aun hoy divagamos sobre este objeto, y sólo creemos descubrir en lo crítico de su posición las principales razones de la conclusión de la paz en Campo Formio, de la negativa a permanecer en el Congreso y de la expedición a Egipto.

»Como sucede siempre en Francia, inmediatamente después del 18 fructidor desapareció de una vez el partido vencido, y la mayoría del Directorio triunfó sin moderación, abrogándose todo el Poder, y reduciendo los Consejos a la nada.

»Napoleón conoció entonces la necesidad de la paz que, terminando aquellos negocios, le atraería nueva popularidad; tenía motivos de temer en la continuación de la guerra, que podía suministrar a los que hubiesen sospechado pretextos plausibles contra él; también podían quererlo ver comprometido en una coyuntura difícil, y servirse en su daño del concurso de los otros generales.

»Dos de los más célebres de entre ellos habían demostrado positivamente su opinión sobre la jornada de fructidor: Moreau y Hoche.

»Moreau, que se había pronunciado abiertamente contra el Directorio con una conducta pusilánime y reprehensible, perdió de una vez todo con respecto al honor y al deber.

»Hoche se decidió sin reserva por el Directorio; y cediendo a la fogosidad de su carácter, hizo marchar sobre París una parte de su ejército, y erró el golpe por demasiada impetuosidad. Sus tropas recibieron contraorden de los Consejos, y él mismo se vió en la necesidad de huir de París por temor de verse arrestado por la misma autoridad.

»Hoche no había hecho nada en favor del éxito de aquella jornada; al contrario, la había perjudicado por su demasiado celo; pero se mostró enteramente decidido a la mayoría del Directorio, y podía entregarse ciegamente a sus brazos, aun cuando por su independencia hubiese estado a pique de perderse.

»Aquella misma mayoría del Directorio dudaba, por la inversa, de Napoleón, que la había hecho triunfar. Le quedaba siempre la idea de que este general pudo calcular que el Directorio sucumbiría a los Consejos, y podía elevarse sobre sus ruinas.

»Sin embargo, ¿de qué modo podía conciliar el Directorio la tal suposición con la conducta del general, que hizo cuanto le fué posible para hacerlo triunfar? Pues es evidente que, a no ser por la orden del día de Napoleón y el manifiesto a su ejército, el Directorio estaba perdido.

»Algunas personas muy instruídas piensan que verdaderamente Napoleón no había calculado con exactitud su influjo personal en Francia; que se dejó dominar en cierto modo por los libelos y periódicos dirigidos contra él; que creyó suficientes sus medidas, no para hacer triunfar enteramente al Directorio, sino para conducir las cosas a un punto en que él mismo viniese a ser el libertador y el verdadero apoyo de la República. Estas mismas personas añaden sólo que cuando Napoleón supo por los oficiales que tenía en París y toda la correspondencia de Francia que su manifiesto había repentinamente cambiado todo el espíritu público del interior, conoció que había hecho demasiado. Accederíamos tanto más gustosos a esta opinión, cuanto que nos es difícil comprender de qué modo pudo Napoleón pensar seriamente en conservar

tres directores, de los cuales no hacía el menor caso. El que más estimaba de todos (Carnot) era del partido opuesto, y sabemos que estaba indignado de la corrupción o debilidad de los otros.

»Un tal Bottot, agente íntimo de Barras, fué destinado cerca de Napoleón, con la misión secreta de profundizarle y saber por qué no había enviado los tres millones consabidos, de que tanto necesitó el Directorio.

»Bottot se reunió con el general francés en Passeriano; intrigó mucho con los allegados de Napoleón; pero los halló a todos muy dispuestos en favor del partido triunfante; y teniendo que arreglar algunos intereses personales, hubo de confesar en varias conversaciones privadas el secreto de su misión y las sospechas vagas del Directorio. Fácilmente se desengañó por la sencillez del séquito del general la franqueza de Napoleón, y, sobre todo, por la decisión de todo el Ejército y la Italia entera en su favor. Pero si el Directorio hubiera tenido razón, no habría sido difícil, en medio de aquella atmósfera, quitar a Bottot hasta la apariencia del más mínimo recelo con agasajos y algunas conversaciones francas y sencillas. Bottot escribió a París que los temores concebidos eran verdaderas quimeras, mucho menos peligrosas que el mal espíritu de las gentes que las querían hacer creer. — «Pero, ¿y los tres millones? — le decían. — ¿De dónde puede proceder esta negativa?» — Napoleón había probado que la orden remitida por el Directorio era misteriosa e irregular; y que rodeado de bribones tales como F... y otros que habían ya robado el Tesoro público, debió asegurarse prudentemente de la verdad, que al punto había mandado a

París a su ayudante de confianza Lavalette, y que luego que éste le hubo informado del verdadero estado de las cosas, iba a remitir los tres millones, cuando en esto se decidió la jornada.»

SOBRE LA DIPLOMACIA INGLESA.—LORD WHITWORTH, CHATAM.—CASTLEREAGH, CORNWALLIS, FOX, ETC.

La continuación del diálogo hizo decir al Emperador que no había cosa más peligrosa y pérfida que las conversaciones oficiales con los agentes diplomáticos ingleses. «Los ministros ingleses—decía—jamás presentan un asunto como de su nación a otra, sino más bien como de ellos mismos a su propia nación. Poco les importa lo que hayan dicho o digan sus adversarios; exponen con osadía lo que han dicho sus agentes diplomáticos, o lo que les hacen decir, prescindiendo de que estos individuos tienen un carácter público y auténtico, y que, por lo tanto, debe darse fe a sus exposiciones. De esta manera publicaron los ministros ingleses hace ya tiempo una larga conversación conmigo, bajo el nombre de lord Whitworth, que era enteramente falsa (1).»

Este embajador había solicitado una audiencia del primer cónsul, y algunas comunicaciones personales.

---

(1) Todos los que hemos estado en Santa Elena y hemos tenido alguna parte en los hechos alegados en el Parlamento de Inglaterra por el lord Bathurst, podemos afirmar delante de Dios y de todos los hombres que los ministros ingleses no han cesado de merecer las justas inculpaciones en que han incurrido en tiempo de lord Whitworth. Muchos ingleses allí mismo han convenido en esto con nosotros, y se han avergonzado, según decían, de su país.

Este, por su parte, que gustaba tratar directamente los asuntos, se prestó a ello voluntariamente. «Pero esto me sirvió—decía el Emperador—de lección, y me hizo cambiar mi método para siempre. Desde aquel punto nunca volví a tratar oficialmente los asuntos políticos, sino por el conducto de mi ministro de Relaciones Exteriores; éste al menos podía decir formal y auténticamente mentís; pero el Soberano no podía decirlo.

»Es enteramente falso—continuó el Emperador—que en nuestra entrevista personal haya ocurrido nada que saliese de los límites del decoro regular. El mismo lord Whitworth, al salir de la conferencia, se halló con otros embajadores, y les dijo que estaba muy satisfecho, y que no dudaba que todos nuestros asuntos terminasen en bien. ¿Y cuál fué la admiración de aquellos mismos embajadores al leer, algunos días después, en los papeles ingleses, la exposición de lord Whitworth, en la que me acusaba de haberme enfurecido y maltratádole? Entonces teníamos amigos decididos entre aquellos diplomáticos, y algunos llegaron a decir al inglés que lo extrañaban mucho, indicándole que lo publicado no estaba en armonía con lo que él mismo les había dicho al salir de la conferencia. Lord Whitworth se disculpó como pudo; pero sin dejar de sostener los asertos del documento oficial.

»El hecho es—observaba el Emperador—qué todos los agentes ingleses están en el caso de hacer dos relaciones sobre un mismo objeto: la una pública y falsa para los archivos ministeriales, y la otra confidencial y verdadera para los ministros solamente; y cuando la responsabilidad de éstos se halla comprometida, prospera la primera que, aunque falsa, lo zanja todo y

los pone a cubierto. Y de este modo—decía el Emperador—, las mejores instituciones se convierten en viciosas cuando dejan de tener la moral por base, y no se conducen los agentes sino por el egoísmo, el orgullo y la insolencia. El Poder absoluto no tiene necesidad de mentir y se calla. El Gobierno responsable, como tiene precisión de hablar, desfigura y miente sin vergüenza.

»Por lo demás, es cosa muy notable que en mi gran lucha con Inglaterra, su Gobierno haya tenido el arte de hacer recaer toda la odiosidad sobre mi persona y actos; que haya declamado tan impudicamente contra mi despotismo, egoísmo, ambición y perfidia, cuando precisamente él sólo era el causante de todo lo que osaban imputarme. Preciso es, pues, que existiese una grande preocupación contra mí, y que, en efecto, yo fuese muy temible, puesto que de tal manera se dejaban engañar. No se me oculta el enigma de parte de los reyes y los gabinetes, pues en ello estribaba su existencia; ¡pero los pueblos!...

»Los ministros ingleses no cesaban de hablar de mi dolo; ¿existía nada comparable a su maquiavelismo y a su egoísmo durante todo el tiempo de los trastornos y convulsiones que ellos mismos alimentaban?

»En 1805 sacrificaron a la desgraciada Austria, únicamente para escaparse de la invasión con que yo les amenazaba.

»En 1809 la volvieron a sacrificar con la sola mira de establecerse más cómodamente en la Península española.

»En 1806 sacrificaron a Prusia con la esperanza de recobrar Hannover.

»En 1807 no socorrieron a Rusia, porque prefiri-

rieron ir a echarse sobre algunas colonias lejanas, y porque trataban de apoderarse de Egipto.

»Dieron el espectáculo del infame bombardeo de Copenhague en plena paz, y del robo de la escuadra danesa de la manera más alevosa. Ya habían hecho lo mismo, apresando también en plena paz cuatro fragatas de guerra españolas, ricamente cargadas de plata; lo que no fué más que un robo de camino real.

»En fin, durante toda la guerra de la Península sólo trataban de prolongar la confusión y la anarquía, apresurándose a traficar con las necesidades y la sangre española, y haciendo comprar sus servicios y suministros a peso de oro y de privilegios.

»Cuando toda la Europa se degüella a favor de sus intrigas y subsidios, ellos en particular se ocupan solamente de su propia seguridad, de las ventajas de su comercio, de la soberanía de los mares y del monopolio del mundo. Por lo que hace a mí, jamás he hecho nada de eso, y hasta en el malhadado asunto de España, que fué después del de Copenhague, puedo decir que mi moralidad es inatacable. Mis transacciones habrán podido ser supresivas y dictatoriales, pero nunca pérfidas.

»Y si no, que me digan, ¿cómo es que habiendo sido Inglaterra en 1814 la verdadera libertadora de Europa, ningún inglés, sin embargo, puede dar un paso en el Continente sin oír por todas partes maldiciones, odio y execración? Porque todo árbol da su fruto, y sólo se recoge lo que se ha sembrado: tal debía ser el resultado de las maldades del Gobierno inglés, de la dureza e insolencia de los ministros de Londres y de la de sus agentes en todo el globo.

»De medio siglo a esta parte, los ministros ingleses continúan perdiendo el aprecio y estimación pública. En otro tiempo estaban en disputas con los grandes partidos nacionales, caracterizados por distintos sistemas; en el día ya no son más que debates de una misma oligarquía, sin variar de objeto, y cuyos miembros discordes se entienden entre sí, o por medio de concesiones y compromisos han convertido en una tienda al Gabinete de Saint James.

»La política de lord Chatam podía tener sus injusticias; pero al menos las proclamaba con audacia y energía, y había en ellas algo de grandeza. M. Pitt ha sembrado en Inglaterra la astucia y la hipocresía; lord Castlereagh, que se dice su heredero, ha reunido el colmo de toda clase de bajezas e inmoralidades. Chatam hacía gala de ser mercader; lord Castlereagh, con gran detrimento de su nación, se ha apropiado la calidad de caballero; ha sacrificado a su país por fraternizar con los magnates del Continente, y desde entonces le son comunes los vicios de las antesalas y el ansia del mostrador, la doblez y la humillación del cortesano y la dureza e insolencia del recién salido de la nada.

»La pobre constitución inglesa está hoy gravemente comprometida: hay gran distancia de éste (Castlereagh) a los Foxes, Sheridanes y Grayes, a aquellos fecundos ingenios y valientes caracteres de la oposición, que la oligarquía victoriosa tanto ha escarnecido.

»Lord Cornwallis—observaba el Emperador—es el primer inglés que me ha dado formalmente una buena opinión de su nación, después Fox, y en caso de necesidad añadiré el actual almirante Malcolm.

»Cornwallis—decía—era en toda la extensión de la palabra un hombre valiente y estimable. En la época del tratado de Amiens prometió firmar al día siguiente a cierta hora el convenio estipulado; alguna causa poderosa le impidió salir de su casa, y aquella misma noche un correo de Londres le trajo la orden de anular ciertos artículos de él: su respuesta fué que lo había firmado, y en seguida lo verificó así: ambos nos entendíamos perfectamente; yo le había mandado un regimiento que le gustaba mucho verle maniobrar; su memoria me es en todo y por todo muy grata, y es indudable que una petición suya habría quizás tenido más imperio sobre mí que la de un soberano. Parece que su familia lo adivinó, pues en su nombre se me han hecho algunas veces varias solicitudes y todas las he concedido.

»Fox vino a Francia inmediatamente después del tratado de Amiens. Estaba haciendo una historia de los Estuardos; solicitó el permiso de registrar nuestros archivos diplomáticos. Al punto hice que se pusiera todo a su disposición; muchas veces venía a verme; la fama de sus conocimientos era extraordinaria, y muy en breve descubrí en él una hermosa alma, un buen corazón, grandes miras generosas y liberales; es un adorno de la Humanidad; yo lo quería infinito. Hablamos muchas veces con la mayor franqueza sobre una multitud de objetos; cuando yo quería enfadarle le tocaba el asunto de la máquina infernal, le decía que sus ministros habían querido asesinar-me; entonces me combatía terriblemente y terminaba siempre diciéndome en su mal francés: *premier consul, ôtez-vous donc celà de votre tête...* Primer consul, quítese usted eso de la cabeza. Pero sin duda no estaba convencido de la

bondad de su causa, y es probable que su objeto fuese más bien defender el honor de su país que la moralidad de los ministros.»

El Emperador terminó diciendo: «Con una media docena de Foxes y de Cornwallis habría bastante para hacer la dicha de una nación... Con semejantes sujetos me habría yo siempre entendido, y bien pronto nos hubiéramos puesto de acuerdo. No solamente habríamos hecho la paz con una nación, en lo esencial muy estimable, sino que juntos se hubiera hecho mucho más.»

CARACTERES.—BAILLI, LAFAYETTE, MONGES, GREGOIRE, ETC.—SANTO DOMINGO.—EL SISTEMA QUE SE DEBE SEGUIR.—LO DICTADO SOBRE LA CONVENCION.

12. Un tiempo horroroso continuó por espacio de tres días, y el Emperador aprovechó de un momento sereno para salir en coche. Acababa de leer la historia de la Constituyente, por Rabeau de Saint Etienne. Contra éste decía, poco más o menos, lo mismo que contra Lacroix; de aquí pasó a pintar varios caracteres: «Bailli—decía—no ha sido malo, sino más bien un necio político.

»Lafayette era también otro tal. Su natural bondad política debía hacerlo siempre el juguete de los hombres y de las cosas. Su insurrección de las Cámaras a la vuelta de Waterlloo lo perdió todo. ¡Quién pudo persuadirle que yo no fuese a París si no para disolverlas, cuando no podía salvarme si no con ellas!» (1).

Habiéndole dicho uno de nosotros, como por vía de

(1) Véase la nota de la página 39.

excusa y atenuación: «Señor, sin embargo, es el mismo hombre que tratando después con los aliados se indignó de que le propusiesen la entrega de la persona de vuestra majestad, preguntándoles con ardor si en efecto osaban dirigirse al prisionero de Olmutz.» «Pero—repuso el Emperador—usted deja un asunto para tomar otro, o más bien concuerda usted con mi pensamiento lejos de combatirlo; yo no he atacado en manera alguna, ni los sentimientos, ni las intenciones de M. Lafayette; sólo me he quejado de sus funestos resultados.»

En seguida continuó el Emperador la revista de los primeros personajes de aquel tiempo.

«Por lo demás—observó—, no hay cosa más común que hallar algunos hombres de aquella época, muy al revés de la reputación que parecían justificar, por otro lado, sus palabras y acciones; Monges, por ejemplo, pasaría por un hombre terrible. Cuando se declaró decididamente la guerra subió a la tribuna de los jacobinos, y dijo que, ante todas las cosas daba sus dos hijas a los dos primeros soldados que saliesen heridos por el enemigo, cosa—decía el Emperador—que a todo rigor podía hacerlo por su parte; pero se extendía a querer que esto fuese una ley general que obligase a todo el mundo; que se exterminasen todos los nobles, etc... Y Monges era el más suave y débil de los hombres, que no habría dejado matar a una gallina si él mismo hubiera tenido que hacerlo o presenciarlo. Aquel furioso republicano, según creía, me tributaba una especie de culto o adoración, me amaba como a su querida.

«Otro ejemplo—decía el Emperador—: *Gregoire*, tan encarnizado con el clero, al que quería reducir a su

sencillez primitiva, podría haber pasado por un corifeo de irreligión; pues Gregoire, cuando los revolucionarios renegaban de Dios y abolían al sacerdocio, estuvo a pique de que lo asesinaran subiendo a la tribuna para proclamar allí en alta voz sus sentimientos religiosos y para protestar que moriría sacerdote. Cuando destruían los altares en todas las iglesias, Gregoire levantó uno en su cuarto y decía misa en él todos los días. En cuanto a lo demás, la suerte de éste no es dudosa: si lo echan de Francia debe irse a refugiarse a Santo Domingo; el amigo, el abogado y el panegirista de los negros será un dios o un santo entre ellos.»

La conversación recayó, naturalmente, sobre Santo Domingo; en mi juventud, yo había visto aquella colonia en su más alto grado de esplendor. El Emperador me hizo infinitas preguntas, y se informó de todos los pormenores de tan lejana época, y, después de mi respuesta, dijo: «Voy, sin duda, a admirar a usted; pues estoy persuadido, por su misma relación, que esta isla, al presente, no ha perdido un tercio, y con seguridad la mitad de su valor, y que en poco tiempo valdrá todo lo que ha valido.»

En efecto; no me admiraría de ello, vistos los absurdos que en Europa se habían esparcido sobre Francia, los cuales debían hacernos circunspectos en cuanto a las noticias divulgadas sobre Santo Domingo.

«Después de la restauración—decía el Emperador— el Gobierno francés ha enviado allí algunos emisarios, con proposiciones que han hecho reír a los negros. Por lo que hace a mí—añadió—, a mi vuelta de la isla de Elba, me habría compuesto con ellos; hu-

biera reconocido su independencia, y contentádome con algunas factorías, conforme se practica en las costas de Africa; habría tratado de unirles a la madre patria, estableciendo con ellos un comercio de familia, que no creo hubiera sido difícil conseguir.

»Reconozco que hice mal en la tentativa contra esta colonia en tiempo del Consulado; fué un yerro grande haber querido someterla por la fuerza. Debí contentarme en gobernarla por el intermedio de Toussaint; la paz no estaba todavía bien establecida en Inglaterra, y las riquezas territoriales que habría adquirido sometiéndola, sólo hubieran servido para enriquecer a nuestros enemigos.»

El Emperador desaprobaba tanto más esta tentativa, cuanto que decía haber sido contra su inclinación: pues, previsto el resultado de este asunto, no hizo más que ceder a la opinión del Consejo de Estado y a la de sus ministros, impulsados por las instancias de los colonos, que formaban en París un partido considerable, casi todos realistas y vendidos a la fracción inglesa.

El Emperador aseguraba que el ejército enviado a Santo Domingo se componía solamente de diez y seis mil hombres, y que era suficiente. Si no se consiguió el objeto, fué puramente por algunas circunstancias accidentales, tales como la fiebre amarilla, la muerte del general en jefe, una nueva guerra, etc.

«Toussaint—decía el Emperador—era hombre de algún mérito, aunque no tanto como se exageró en aquel entonces. Su carácter, a la verdad, no era muy propio para inspirar una verdadera confianza; bastantes motivos ha dado para quejarnos de él, por cuya razón hubiera sido preciso desconfiar siempre. Un oficial de Ingenieros o de Artillería le dirigía en gran

parte, el cual vino a Francia antes de la expedición de Leclerc; se conferenció mucho tiempo con él, y trató por todos los medios posibles de disuadir la empresa, pintando exactamente todas las dificultades, sin suponer, no obstante, que fuese imposible.»

El Emperador pensaba que los Borbones conseguirían la sumisión de Santo Domingo, si empleaban la fuerza; pero el resultado de las armas no era el que debía calcularse, sino más bien el del comercio y el de la política. Tres o cuatrocientos millones sacados de Francia y transportados a gran distancia, un tiempo indefinido para recoger su fruto y la aproximada certeza de verlos caer en poder de los ingleses o de los revolucionarios, etc., etc...; esto es lo que debía considerarse, y el Emperador terminaba diciendo: «El sistema colonial de que hemos gozado, se acabó para nosotros y para todo el continente de Europa; debemos renunciar a él, y reducirnos, en adelante, a la libre navegación de los mares y a la entera libertad de un cambio universal.»

La historia de la Convención, por Lacrosette, no agradaba mucho a Napoleón, y la combatía con frecuencia. «Muchas frases—repetía—, poco colorido y ningún resultado; M. Lacrosette es puramente un académico, pero no un historiador.» En seguida mandó llamar a mi hijo, y le dictó las dos notas siguientes, que transcribo literalmente a continuación, prescindiendo de alguna pequeña imperfección que pueden tener, pues nunca más las volvió a leer; de todos modos, creo que cuanto es de él es precioso:

«NOTA 1.<sup>a</sup>—La Convención, convocada por una ley de la Asamblea legislativa para dar una nueva constitución a Francia, decretó la República, no porque

los primeros ingenios no pensasen, desde luego, que el sistema republicano era incompatible con las costumbres presentes de Francia, sino porque no podía continuar la Monarquía sin elegir por monarca al duque de Orleans, que hubiera exasperado a una parte de la nación.

»La Convención decretó, para la marcha de los negocios de la República, un poder ejecutivo, compuesto de cinco ministros.

»Dos partidos se disputaban el Poder en la Convención nacional: el de los *girondinos*, compuesto de los hombres que habían influido en la Asamblea legislativa, y el de los *montañeses*, formado del Ayuntamiento de París, que había dirigido las jornadas del 10 de Agosto y 2 de Septiembre y subyugado la población de la capital.

»Vergniaud, Brissot, Condorcet, Gaudet y Rolland, eran los corifeos de los girondinos; Danton, Robespierre, Marat, Collot-de-Herbois, Billaud y Varennes, los de los montañeses; estos dos partidos eran igualmente exaltados sobre los principios de la revolución; sus agentes salían de las reuniones populares, que habían sucesivamente dominado.

»El partido de los girondinos era el más fuerte en saber; era eminentemente popular en las grandes ciudades de provincia, y con especialidad en Burdeos, Montpellier, Marsella, Caen, Lyon, etc.

»El partido de los montañeses tenía más energía y pasión; era extraordinariamente popular en la capital y en los clubs de los departamentos.

»El partido de los girondinos, que en la Asamblea legislativa fué el más ardiente por la revolución, vino a ser en la Convención el más moderado, porque te-

nía a la vista el otro, mucho más fogoso que él, que en la época de la legislativa se hallaba fuera de la Asamblea.

Los girondinos llamaban a sus adversarios *la facción de Septiembre*, y les echaban continuamente en cara los indignos asesinatos de que habían sido autores. Les acusaban de ser enemigos de toda Asamblea nacional y de querer gobernar a Francia por el Ayuntamiento de París. Pero, de este modo, los girondinos no hacían más que excitar contra ellos mismos los jacobinos de todos los departamentos.

Por su parte, el Ayuntamiento de París (los de la Montaña) llamaba a los girondinos *federalistas*, acusándoles de querer establecer en Francia un sistema federativo semejante al de Suiza. También les acusaba de querer excitar las provincias contra la capital, acarreando de este modo contra ellos el odio del pueblo de París, que no podía conservar su esplendor sino por medio de la reunión y unidad de todo el territorio. Cuando los girondinos acusaban a los de la Montaña de los asesinatos del 2 de Septiembre, éstos les reprochaban haber, en tiempos de la Legislativa, imprudentemente y sin razón, declarado la guerra a toda Europa.

Al principio pareció que los girondinos tomaban el ascendiente en la Convención; hicieron formar causa a Marat y ordenaron que se procediese a la averiguación de los hechos de Septiembre; pero, sostenido Marat por los jacobinos y el Ayuntamiento de París, fué absuelto por el tribunal revolucionario, y volvió a entrar en triunfo en la Asamblea.

El proceso del rey fué otra manzana de discordia: los dos partidos aparentaron estar de acuerdo, y, en

verdad, votaron por la muerte; pero la mayor parte de los girondinos añadió a su voto la cláusula de la apelación al pueblo, y aquí es difícil penetrar la razón de la conducta de este partido en aquella circunstancia. Si quería salvar al rey, dueño era de hacerlo, y no tenía más que votar por la deportación, el destierro o la suspensión; pero condenarlo a muerte y entregar su suerte en manos de la voluntad popular, fué el colmo de la inconsecuencia y de la impolítica; después de haber destruído la Monarquía, quisieron despedazar a Francia con la guerra civil.

»Desde aquel momento se verificó lo que se había pensado desde el principio de la revolución: que el partido más audaz y exagerado sería siempre victorioso. Sin embargo, los girondinos lucharon con valor, y muchas veces obtuvieron la mayoría en la Asamblea durante los meses de Marzo, Abril y Mayo; pero el partido de los montañeses usó en esta circunstancia del medio que constantemente había empleado. El 31 de Mayo decidió la suerte del partido girondino una insurrección de las secciones de París; se arrestaron veintisiete de entre ellos; fueron entregados al tribunal revolucionario, y condenados a muerte; setenta y tres de los mismos quedaron en las cárceles, y desde entonces, triunfante la Montaña, no tuvo ya obstáculos en la Convención. Entretanto, una parte de los miembros de la Diputación de Gironda, refugiados en Caen, enarbolaron allí el estandarte de la insurrección. Lyon, Marsella, Burdeos, Montpellier e infinitas ciudades de la Bretaña, abrazaron la causa de los girondinos, y se sublevaron también contra la Convención.

«Nada podían contra la capital todos aquellos es-

fuerzos aislados, y la Montaña permanecía en pacífica posesión de la tribuna nacional. Una particular circunstancia contribuía a asegurar la preponderancia de París, y ésta era los *asignados* (1), único recurso entonces que alimentaba al Tesoro público, pues no se pagaba imposición alguna.

»Las provincias supieron el acontecimiento del 31 de Mayo, y en seguida la muerte de los primeros hombres del partido girondino, y se conmovieron extraordinariamente. Los ejércitos se mantuvieron firmes, a pesar de aquellas catástrofes, sin tomar la menor parte en las insurrecciones de varias provincias; pues todos, al contrario, permanecieron fieles a la Convención y al partido que dominaba entonces en París.

»Cuando se tuvo conocimiento de las insurrecciones parciales de algunas ciudades en favor de los girondinos, todos los ejércitos habían prestado ya juramento y demás actos de adhesión a la Montaña; y sobre todo, para los franceses París era Francia. Por otro lado, los departamentos de Alsacia, del Mosela, del Franco-Condado y del Delfinado, en donde se hallaba la mayor parte de la fuerza de la República, no participaban del mismo espíritu que las ciudades federalistas.

»El 31 de Mayo privó a Francia de hombres de gran talento, defensores ardientes de la libertad, e identificados con los principios de la revolución. Semejante catástrofe pudo afligir a los buenos; pero no debió sorprenderlos. Era imposible que una asamblea que tenía que sacar a Francia de la crítica situación en que

(1) Papel moneda.

se hallaba pudiera continuar unida con dos partidos tan encarnizados e irreconciliables. Para salvar la República, preciso era que uno de los dos hiciese desaparecer al otro; y no hay duda que si el partido girondino hubiese triunfado, el destino de sus adversarios hubiera sido también el cadalso.»

El Emperador, que había dictado, como tenía por costumbre, puramente de memoria, ya fuese porque no estaba satisfecho de la marcha que acababa de tomar, o por cualquier otra razón, se interrumpió en este lugar para volver dijo—a comenzar de nuevo en otra ocasión.

«NOTA 2.<sup>a</sup>—La Convención empezó en Septiembre de 1792 y terminó en Octubre de 1795. Su reinado duró algo más de tres años, y cuenta cuatro épocas.

»La primera desde su instalación hasta el 31 de Mayo del 93, en que quedaron destruidos los girondinos.

»La segunda hasta Marzo del 94: destrucción del Ayuntamiento de París.

»La tercera hasta Julio del mismo año: caída de Robespierre.

»Y la cuarta hasta el 13 vendimiario (4 de Octubre de 1795): instalación del Directorio.

»Su primera época es de ocho meses, la segunda de diez, la tercera de cuatro, y la cuarta de catorce: total, tres años.

»Danton, Robespierre, Marat, Collot de Herbois, Billaud, Varennes, Carnot y Herault de Sechelles, eran los corifeos del partido de la Montaña. Bissot, Condorcet, Vergniaud, Gaudet, Gensonné, Pethion, Lasource y Barbaroux, los del de la Gironda.

»Ambos eran igualmente enemigos de los Borbones y de los realistas.

»Los hombres del primer partido tenían más energía; los del segundo más talento, y ambos querían la república; los de la Montaña para destruir cuanto había existido antes de la revolución, los hombres y las cosas; y los girondinos por ceguedad de juventud: Roma y Atenas eran su modelo y el recuerdo de la feliz antigüedad.

»Los montañeses existían desde la Asamblea constituyente, eran los energúmenos de la sociedad, y muy conocidos con el nombre de *jacobinos*: ellos fueron los autores de la insurrección del Campo de Marte.

»Durante la época de la Constituyente y la Legislativa, este partido se halló fuera de aquellas Asambleas.

»Los girondinos en la Legislación (que dominaron), fueron los enemigos de la Constitución del 91 y del rey. No quisieron absolutamente defenderlo, y lo dejaron sucumbir a los esfuerzos de la Montaña, que sin embargo era su enemiga. Los montañeses son los autores de las jornadas del 20 de Junio, 10 de Agosto y 2 de Septiembre; y entonces no tenían ningún partido en la Asamblea; pero obligaron a los girondinos a que se uniesen a ellos después de su victoria.

»La primera época de la Convención ofrece la lucha entre los girondinos y los montañeses: los primeros la dominaron desde luego por la superioridad de sus conocimientos, de su elocuencia y de su reputación adquirida de antemano: casi todos los presidentes fueron girondinos. Estos acusaban a la Montaña de querer destruir la Asamblea nacional y sustituir en su lugar una dictadura parisiense, así como también de los asesinatos de Septiembre, etc.

»La Montaña, por su parte, les echaba en cara que

querían una república federativa como la de Suiza; que eran enemigos de la capital, y tenían la República, sin necesidad, en guerra con toda Europa.

»La Montaña dominaba los jacobinos de París, y la mayor parte de las sociedades populares de la República; el Ayuntamiento de París, las secciones, el Tribunal revolucionario y el pueblo bajo de la capital estaban a su favor.

»Los girondinos tenía gran crédito en la mayor parte de los departamentos y entre las personas más instruidas de la nación: su partido estaba en las primeras clases de la sociedad. Los del lado izquierdo de la Legislativa, que se habían demostrado con tanta violencia contra el rey, los ministros y el lado derecho, se convirtieron, a su llegada a la Convención, en partido moderado o del mismo lado derecho, en contraposición a la violenta y fogosa Montaña, que ocupó en lo sucesivo el izquierdo.

»Los montañeses, siguiendo las doctrinas que habían adoptado en tiempo de la Constituyente, ponían en acción todas las pasiones y pedían descaradamente la muerte del rey: los girondinos pudieron salvarlo defendiéndolo abiertamente; pero adoptaron el raro sistema de condenarlo; y después de haber destruido así la monarquía, quisieron que la sentencia se confirmase apelando al pueblo; esto es, que se destruyera Francia por una espantosa guerra civil. Esta falsa combinación los perdió, y Vergniaud, una de las columnas de la Gironda, proclamó la sentencia de muerte del rey.

»La fuerza de los girondinos en la Asamblea era tal, que fueron necesarios muchos días de trabajo e insurrecciones para que la Convención los abandonase.

»Este partido habría dominado la Convención, gobernado Francia y pulverizado la Montaña, si su marcha hubiese sido más sencilla y franca: los metafísicos le dominaron demasiado.

»*La segunda época* de la Convención es el reinado de la Montaña. Veintidós de los principales girondinos subieron al cadalso o se suicidaron, y fueron presos setenta y tres. La Montaña reinó sin contradicción, creó el Gobierno revolucionario, y la Convención en masa se puso bajo el yugo de la Junta de salud pública y del Tribunal revolucionario.

»En esta segunda época las sesiones de la Convención no se parecían a las de la primera; ya no había discusión ni libertad: aquél fué el reinado de los decenviros. Una parte de los diputados gobernó a las Juntas de seguridad general de hacienda, etc., etc. La Junta de salud pública envió otras a los ejércitos y departamentos, que se convirtieron en verdaderos procónsules.

»La ferocidad del Gobierno y sus medidas sanguinarias se aumentaban cada mes, cada semana y aun cada día: todos los que no habían emigrado y pertenecían a las primeras clases de la nación, fueron sepultados en las cárceles como sospechosos y conducidos al cadalso a centenares.

»Después de haber considerado como sospechoso a todo el que era noble, sacerdote, comerciante o gran propietario, dirigiéndose sobre sí mismo, el furibundo partido dominó a los jacobinos, al Ayuntamiento de París, dispuso a su antojo de la Convención y la amenazó con su destrucción final; predicó el ateísmo, proscribió las artes, las ciencias y toda clase de conocimientos; encarceló a los artistas y sabios como sos-

pechosos; en fin, llegó el momento en que la Biblioteca nacional y el Jardín de plantas iban a ser incendiados y destruidos.

»Robespierre y Danton se indignaron y trabajaron de acuerdo para contener esta marcha espantosa del delirio popular. Entonces fué cuando el capuchino Chabot, Bazire, Fabre de Eglantine, Hébert, Chaumet y todos sus compañeros perecieron en el suplicio.

»Por primera vez, después del principio de la revolución, el pueblo vió conducir a la muerte a infinitos como ultrarrevolucionarios, y no ya por haber querido impedir su curso, lo que fué un trastorno y una verdadera revolución en sus ideas.

»Se llenaron las cárceles de *sans-culottes*, y de todo cuanto la sociedad tenía de más impuro; y se notó que los sacerdotes apóstatas abundaban en aquel partido.

»El pueblo vió sin admiración y con alegría el suplicio de aquellos cuya voz había seguido hasta entonces, y esta disposición, que fué una mudanza total, se escapó a Robespierre y Danton, o no supieron aprovecharse de ella.

«*La tercera época* presenta un espectáculo diferente de las dos primeras: Danton y Robespierre habían, sin grandes esfuerzos, contenido la revolución, y terminado el poder del Ayuntamiento de París; poco se dividieron después del triunfo.

»Danton, Camille-des-Moulins, Héraut-de-Séchelles y Lacroix, quisieron dar un paso de más, y ponen un término a los asesinatos del tribunal revolucionario. Danton y Lacroix habían traído algunas riquezas de su misión en Bélgica; Camille-des-Moulins, que

desde el principio de la revolución había tomado el título de procurador general de la linterna, se hallaba entonces seducido y templado por una joven. Osaron, pues, pedir que el golpe que acababa de darse a Herbert, o al resto del partido de Marat, tornase enteramente en provecho de la República entera; que no se condenase más a ningún inocente; que se pusiera un término al terror, y que se estableciese una junta de clemencia.

•Billaud-Varenne y Collot-de-Herbois, que dominaban en la Junta de salud pública y en la masa de los jacobinos, se opusieron a estas medidas con indignación y furor, y Robespierre, después de haber titubeado, no se atrevió a sostener a Danton y lo sacrificó. Danton, Camille-des-Moulins, Héraut-de-Séchelles, etcétera, perecieron en un cadalso, arrastrados hasta allí por todos los miembros de la Junta de salud pública y por los jacobinos furiosos. El pueblo se consternó, y por primera vez no dió ninguna señal de alegría.

•Sin embargo, lo que Robespierre no había osado, y que le habría sido fácil hacer si hubiera apoyado a Danton, se atrevió a intentarlo solo, después de la muerte de éste. Para poner un término al ateísmo, hizo proclamar la existencia de Dios y trató de rehabilitar las virtudes, las ciencias y las artes. Entonces Billaud-Varennes, Collot-de-Herbois y Barrère se estremecieron al ver el fin del Gobierno revolucionario: se reunieron a todos los representantes que en sus respectivas misiones habían sacrificado los infinitos amigos que Danton tenía en la Convención, tales como Tallien, Ferron y Legendre; y cuando Robespierre por su parte hizo vislumbrar que era preciso que terminase el reino de los procónsules, que era ne-

cesario hacer exterminar a los hombres impuros, que habían hecho odiosa la revolución en las provincias, subió al suplicio.

»La jornada del 9 termidor fué realmente el triunfo de Collot-de-Herbois y Billaud-Varenes, hombres más horribles y sanguinarios que Robespierre; pero aquella victoria no pudo conseguirse sobre los jacobinos y el Ayuntamiento sino por la apelación a todos los ciudadanos; por manera que para la clase media y el pueblo, la muerte de Robespierre fué el término del Gobierno revolucionario; y aunque después de varias convulsiones quisiesen continuar el terror los que habían sacrificado a Robespierre, como éste lo había hecho con Danton, porque quiso suavizar y moderar la revolución, se encontraron arrastrados y dominados por la opinión pública.

»En los últimos seis meses, se quejaban con frecuencia de Robespierre, y hacían odioso su nombre, atribuyéndole todos los asesinatos que se cometían. Los que le hicieron perecer eran hombres más horribles y sanguinarios que él; pero como la nación le atribuyese mucho tiempo hacía todos los asesinatos, se persuadió que la jornada había sido contra la tiranía, y esta creencia dió con ella en tierra.»

N. B. El Emperador no dictó más que hasta aquí; se puso a hablar de cosas indiferentes; y como no volviese más al mismo asunto, nos vemos privados de la cuarta época.

«EL MONITOR». — LIBERTAD DE IMPRENTA.

El Emperador acababa de recorrer varios *Monitores*, y dijo: «Estos *Monitores*, terribles y gravosos a

tantas reputaciones, sólo a mí me han sido constantemente útiles y favorables. Sólo por los documentos oficiales los hombres de juicio y los verdaderos sabios escribirán la historia; y como en éstos siempre se trata de mí, a ellos me refiero e invoco su justicia.» Añadía que el *Monitor* era el alma y la fuerza de su Gobierno, su intermediario en sus comunicaciones con la opinión pública dentro y fuera de Francia: todos los Gobiernos le han imitado después más o menos.

«Ocurría en el interior, entre los principales funcionarios, cualquier falta grave: al punto—decía el Emperador—tres consejeros de Estado formaban una Comisión de informe, hacían un sumario del hecho, lo comprobaban, discutían los principios, y yo no tenía más que hacer sino escribir debajo: *Remítase para hacer ejecutar las leyes de la República, o del Imperio, y mi ministerio terminaba; obtenido el resultado público, la opinión hacía justicia: éste era el más temible e inflexible de mis tribunales. Se trataba en el exterior de grandes combinaciones políticas o de algunos puntos delicados de diplomacia: los objetos se publicaban indistintamente en el *Monitor*, al punto se atraían la atención universal, y promovían la discusión; era el santo para los partidarios del trono, y al mismo tiempo una llamada para la opinión general; algunos han combatido al *Monitor* por sus notas cortantes y demasiado satíricas contra el enemigo; pero antes de condenarlas, sería preciso poner en la balanza el bien que pueden haber producido, la inquietud que algunas veces han causado al enemigo, el terror que han impreso en un gabinete vacilante, la lección que daban a los que marchaban con nosotros, la confianza y valentía que inspiraban a nuestros soldados, etc., etc.»*

La conversación recayó sobre la libertad de imprenta; el Emperador nos preguntó nuestra opinión sobre este particular: nosotros hablamos largamente y reproducimos muchísimos argumentos. Unos opinaban en contra: «Nada resiste a la libertad de imprenta—decían—; es capaz de trastornar todo Gobierno, turbar el reposo de cualquier sociedad y destruir la mejor reputación.» «El peligro está en la suspensión—decían otros—; si se la comprime es como una mina que produce una explosión.» A esto, decía el Emperador que estaba muy lejos de hallarse convencido; pero que al fin, aquella no era la cuestión; que en el día existían instituciones, siendo una de ellas la libertad de imprenta, sobre las cuales no se trataba de decidir si eran buenas o malas, sino solamente si era dable rehusarlas al torrente de la opinión. De lo que deducía que la suspensión de la libertad de imprenta en un Gobierno representativo era un anacronismo chocante y una verdadera locura. Así es que a su vuelta de la isla de Elba, abandonó la imprenta a todos sus excesos y creía que en nada había contribuido a su nueva caída. Cuando quisieron discutir en el Consejo, ante su presencia, los medios que deberían adoptarse para poner la autoridad al abrigo de sus asechanzas: «Señores—les dijo chistosamente—, desde luego ustedes mismos son los que quieren defenderse; pues por lo que hace a mí, en lo sucesivo, me desentiendo de todo eso. La imprenta se ha agotado sobre mí durante mi ausencia; al presente la desafío a que produzca nada nuevo o picante contra mi persona.»

## GUERRA Y DINASTÍA EN ESPAÑA. — FERNANDO EN VALENCEY. — YERROS EN LOS ASUNTOS DE ESPAÑA.

14. — El Emperador estuvo padeciendo toda la noche y aun el día; tomó un baño de pies, y no se halló en disposición de salir; comió solo en su habitación, y me mandó llamar a la caída de la tarde.

Se alivió un poco hablando, y el asunto fué constantemente la guerra de España. Ya he hecho antes mención del mismo objeto, en donde se verá que Napoleón se condena enteramente. Trataré de repetir lo menos que me sea posible, por cuya razón copiaré solamente lo que me ha parecido nuevo.

«El anciano rey—dijo—y la reina en la época del acontecimiento, eran el objeto del odio y desprecio de sus súbditos (1). El príncipe de Asturias conspiró contra ellos, les hizo abdicar, y ganó repentinamente el amor y la esperanza de la Nación: no obstante, este pueblo estaba dispuesto para grandes mudanzas y las solicitaba con vehemencia; entre ellos era yo muy popular, y en esta disposición de los espíritus se reunieron todos aquellos personajes en Bayona; el rey Carlos IV me pedía venganza contra su hijo, y el príncipe solicitaba mi protección contra su padre, pidiéndome además una mujer. Resolví, pues, aprovechar

---

(1) En todo este discurso debe tenerse en consideración que el que habla es Napoleón, y que trata de las circunstancias que precedieron y motivaron la guerra de España, negocio que, como él mismo confiesa, *fué la verdadera plaga y la primera causa de las desgracias de Francia*. Así que no es extraño que sea inexacto en la narración de unos sucesos que le obligaron a exclamar: *¡Esto es lo que me ha perdido!*

me de aquella ocasión para deshacerme de esa rama de los Borbones, continuar en mi propia dinastía el sistema de la familia de Luis XIV y encadenar España al destino de Francia. Fernando fué enviado a Valencey, y el rey Carlos IV a Marsella, que eligió; y mi hermano José fué a reinar a Madrid con una constitución liberal, adoptada por una junta de la nación española que había venido a Bayona para sancionarla.

•Creo—continuó—que ni Europa ni aun Francia han tenido nunca una idea justa de la situación de Fernando en Valencey. Se engañan groseramente en todas partes sobre el tratamiento que experimentó, y mucho más todavía, quizás, sobre sus disposiciones y opiniones personales relativas a su situación. El hecho es que apenas se le vigilaba en Valencey, y que no habría querido escaparse de allí. Si se tramaron algunas intrigas para favorecer su evasión, él fué el primero que las denunció. Un irlandés (el barón de Colli) penetró hasta su persona en nombre de Jorge III, ofreciéndole ponerlo en salvo; pero lejos de acceder, Fernando dió al punto conocimiento de ello a la autoridad.

•No cesaba de pedirme una mujer de mi elección; me escribía espontáneamente para cumplimentarme siempre que ocurría alguna cosa ventajosa para mí; expidió proclamas a los españoles para que se sometiesen, y reconoció a José, lo que quizás ha podido considerarse como forzoso; pero, además, le pidió su gran cordón; me ofreció a su hermano don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban a Rusia; cosas todas que de ningún modo tenía precisión de hacer. En fin, me instó vivamente para que

le dejase ir a mi corte de París; y si yo no me presté a un espectáculo que hubiera llamado la atención de toda Europa, probando de esta manera toda la estabilidad de mi Poder, fué porque la gravedad de las circunstancias me llamaba fuera del Imperio, y mis frecuentes ausencias de la capital no me proporcionaron una ocasión.»

En un principio de año, y en el momento de levantarse el Emperador, me hallé cerca del gentilhomme conde de Arberg, de servicio en Valencey cerca de los príncipes de España. Al llegar el Emperador a él, le preguntó de qué modo se conducían aquéllos, si tenían juicio, y en seguida añadió: «Usted me ha traído una carta muy expresiva: con toda reserva usted es quien la ha dictado.» El conde le aseguró que ignoraba hasta el objeto de su contenido. «Pues bien—dijo el Emperador—, es muy satisfactoria; un hijo no escribiría de otro modo a su padre.»

«Cuando las circunstancias se complicaron para nosotros en España—decía Napoleón—, propuse más de una vez a Fernando que se volviese a reinar a su pueblo, que nos haríamos francamente la guerra, y que la suerte de las armas decidiría la cuestión. «No—respondía el príncipe, que según parece estaba bien aconsejado y no varió de sistema—; mi país se halla agitado por convulsiones políticas; yo no dejaría de complicar los asuntos, pudiendo venir a ser la víctima y perecer en un suplicio: yo permanezco aquí; pero si queréis darme una esposa y concederme vuestra protección y el apoyo de vuestras armas, partiré y seré para con vos un aliado fiel.»

»Después, y en la época de nuestros desastres a fines de 1813, accedí a esta proposición, y se trató el

casamiento de Fernando con la hija mayor de José; pero las circunstancias no eran entonces las mismas, y Fernando pidió que se suspendiese el casamiento. — «Ya no podéis prestarme el apoyo de vuestras armas—decía—, y yo no debo casarme con una mujer que me dé un título de exclusión a los ojos de mi pueblo.» Y partió, según parece—continuó el Emperador—de buena fe, pues permaneció fiel a los principios estipulados entonces, hasta los acontecimientos de Fontainebleau.»

No hay la menor duda que si el resultado de la lucha de 1814 hubiera sido distinto, se habría verificado, aseguraba el Emperador, su casamiento con la hija de José.

Volviendo a tratar de nuevo estos asuntos, decía el Emperador que los resultados hacían recaer sobre él irrevocablemente toda la culpa; pero que, aun prescindiendo de esto, se reprochaba también algunos yerros graves en la ejecución. Uno de los mayores era haber dado tanta importancia al destronamiento de los Borbones, y mantener como base de este sistema por nuevo soberano precisamente al que por sus cualidades y carácter debía necesariamente errarlo todo.

En la época del Congreso de Bayona, el antiguo preceptor de Fernando y su principal director (Escoiquiz), conociendo al punto los grandes proyectos del Emperador, y defendiendo la causa de su amo, le decía: «V. M. quiere crearse un trabajo de hércules, cuando sólo se trata de un juguete. V. M. quiere deshacerse de los Borbones de España. ¿Por qué los temeríais, señor? Ya no son franceses; V. M. no tiene absolutamente sobre qué temerles: son enteramente extranjeros en Francia, y ya no tienen ni aun

sus costumbres. Aquí están madame de Montmorency y otras señoras de la actual dinastía; para ellos no hay diferencias de las unas a las otras, etc.»

Por desgracia, el Emperador decidió otra cosa. Yo me tomé la libertad de decirle que algunos españoles me habían asegurado que si se hubiera respetado el orgullo nacional, si el Congreso español se hubiese reunido en Madrid en lugar de Bayona, o bien que Carlos IV hubiera vuelto, reteniendo a Fernando, la revolución se habría hecho popular y las cosas tomado otro aspecto. El Emperador no lo dudaba, y convenía en que aquella empresa había sido mal dirigida, y que por mil otros medios se habría conseguido mejor resultado.

«No obstante—decía—, los españoles estaban ya cansados de Carlos IV, y habría sido preciso ponerlos en el mismo caso respecto de Fernando; el plan más digno de mí y más seguro para mis proyectos, era el de una especie de mediación semejante a la de Suiza. Yo hubiera debido dar una constitución liberal a la nación española, y encargár a Fernando que la pusiese en práctica. Si la cumplía de buena fe, España prosperaría y se pondría en armonía con nuestras nuevas costumbres; se conseguía la gran mira política; Francia adquiriría un aliado íntimo y una adición de poder verdaderamente temible. Si, por la inversa, Fernando faltaba a sus nuevos empeños, los mismos españoles lo habrían destronado y hubieran venido a suplicarme les diese un rey. De cualquier modo que sea—terminó el Emperador—, aquella malhadada guerra de España ha sido una *verdadera plaga y la primera causa de las desgracias de Francia*. Después de mis conferencias de Erfurt con Alejandro, In-

glaterra se veía precisada a hacer la paz por la fuerza de las armas o por la de la razón. Se hallaba perdida y desconceptuada en el Continente; el asunto de Copenhague había exasperado todos los espíritus; y yo, en aquel momento, brillaba con todas las ventajas contrarias, cuando ese infortunado negocio de España vino a cambiar repentinamente la opinión contra mí, y a reforzar a Inglaterra. Desde entonces pudo continuar la guerra, porque se le franqueron los mercados de la América meridional, organizó un ejército en la Península, y desde allí vino a ser el agente victorioso y el nudo temible de todas las intrigas que se urdieron en el Continente, etc., etc. *¡Esto es lo que me ha perdido!*

•Sin embargo, se me ha denigrado con injurias que yo no merecía: la Historia me esclarecerá. Se me acusa en este asunto de perfidia, de malos manejos y de peor fe, y no ha habido nada de todo eso. Jamás, por más que digan, he delinquido contra la buena fe ni violado mis palabras, ya sea respecto de España o de cualquiera otra potencia. Algún día se sabrá, a no dudar, que en los grandes acontecimientos de España no he intervenido en ninguna de las intrigas interiores de su corte; que no he faltado a mi palabra, ni para con Carlos IV ni con Fernando VII; que no he hecho traición a mis empeños respecto del padre ni del hijo; que no usé de ardid alguno para atraerlos a Bayona, sino que ambos a porfía se apresuraron a ir allí. Cuando los vi a mis pies y pude juzgar por mí mismo de lleno sobre su incapacidad, me condolí de la suerte de un gran pueblo, y cogí por los cabellos la única ocasión que me presentaba la fortuna para regenerar a España, sustraerla a In-

glaterra y unirla íntimamente a nuestro sistema. En mi sentir, era sentar una de las bases fundamentales para el reposo y seguridad de Europa. Pero en lugar de emplear al efecto tramas viles y rastreas, como se ha propagado por todas partes, muy al contrario, si he pecado ha sido por una audacia franca o por un exceso de energía. Mi conducta en Bayona no fué un asesinato de hecho pensado, sino una gran medida política: un tanto de hipocresía me habría salvado, o bien haber abandonado al príncipe de la Paz al furor del pueblo; pero esta idea se me figuró horrible y muy semejante a recoger el premio de una acción sangrienta, y, además, es indudable que Murat contribuyó en gran manera a destruirlo todo...

»De todos modos, yo desdeñé las vías tortuosas y comunes, ¡porque me reconocía demasiado poderoso!... Mi golpe fué excesivamente elevado: quise imitar a la Providencia, que remedia los males de los mortales por medios conformes a su voluntad, algunas veces violentos, porque no teme el juicio de nadie.

»No obstante, dirigí muy mal todo este negocio, lo confieso; la inmoralidad debió mostrarse demasiado patente y harto cínica; el todo aparece hoy feísimo, porque he sucumbido; el atentado no se presenta ya sino bajo su más negro colorido y privado de todo lo grandioso, de los infinitos beneficios que lo impulsaron. Si el éxito me hubiera sido favorable, la posteridad lo habría preconizado y con razón quizás, a causa de sus grandes y felices resultados: ¡tal es la suerte y el juicio de las cosas en este mundo!... Pero, lo repito, en este asunto no he delinquido contra la buena fe, ni empleado la perfidia ni tramas rastreas, ni aun siquiera hubo ocasión para ello.» Y desde aquí, conti-

nuó el Emperador refiriendo toda la historia de la guerra de España en conjunto y desde su principio, que sería inútil repetir, pues este asunto es muy trillado en el día, gracias a los escritos de los principales actores, el canónigo Escoiquiz, el ministro Ceballos, y, sobre todo, el honrado y respetable señor Llorente, quien, bajo la firma anagramática de *Nellerto*, ha publicado las Memorias de aquel tiempo, apoyadas por una colección de documentos oficiales. Además, si aun se deseasen más datos en este asunto, puede leerse la carta del Emperador escrita a Murat, que da más luces en el particular que pudieran hacerlo algunos tomos enteros: es admirable, y los acontecimientos que la han seguido le dan carácter de una obra clásica. Hace ver la rapidez y la ojeada de lince con que Napoleón juzgaba inmediatamente las cosas y las personas.

15. —Hacia un tiempo hermoso; dimos nuestro paseo en coche y descubrimos un buque grande muy cerca de tierra, cuya maniobra nos pareció rara. Por su traza creímos fuese el *Newcastle*, anunciado hacía tiempo para relevar al *Northumberland*; pero no era más que un barco de la Compañía de Indias.

Recorriendo el Emperador, en una parte del día, infinidad de objetos diferentes, se le ocurrió hacer mención de una multitud de personas que irían a acompañarlo a Santa Elena—decía—, si pudieran hacerlo; y se puso a analizar los motivos que las determinarían a ello, viniendo a parar a los que tuvieron las personas que entonces estaban en su compañía. «Bertrand—continuó—está en adelante identificado con mi suerte; esto ya es un hecho histórico. Gourgaud es mi primer oficial de ordenanza; es mi hechura y

mi hijo. Montholon es hijo de Semonville, cuñado de Joubert, criado en la revolución y en los campos de batalla. Usted, querido amigo, decía el cuarto, usted...—y después de haber reflexionado un instante, repuso—: Pero amigo, en verdad, ¿por qué diablo de casualidad se encuentra usted aquí?»

«Señor—le respondí—, por la suerte de mi estrella y para honor de la emigración.»

EFFECTOS ENVIADOS DE INGLATERRA.—EL EMPERADOR QUISO PROSCRIBIR EL ALGODÓN EN FRANCIA.—CONFERENCIA DE TILSIT.—REINA DE PRUSIA, REY, EMPERADOR ALEJANDRO.

16.—El tiempo era muy hermoso; el Emperador entró a las diez en mi cuarto, cuando me estaba vistiendo, y dictando a mi hijo mi *Diario*. Napoleón pasó la vista por él algunos instantes y nada dijo; lo dejó para tomar algunos dibujos empezados que eran la topografía, hecha a pluma, de varias batallas de Italia; un ensayo de mi hijo, o, por mejor decir, una sorpresa que habíamos convenido en ocultar al Emperador; hasta entonces lo habíamos trabajado en secreto.

Seguí al Emperador al jardín, donde habló largamente de los objetos que acababan de enviarnos de Inglaterra; la mayor parte eran muebles; hizo ver la poca gracia y la rudeza de los encargados de remitirnoslos; «y aun cuando nos hubieran sido muy agradables—observó—, siempre nos ofenderían»; por cuya razón estaba muy decidido a no hacer uso de ellos; mandó dar las gracias por dos escopetas que habían destinado particularmente para él; quiso almorzar al aire y nos convidó a todos.

Habló mucho, y el tiempo era muy apacible; después del desayuno se puso a pasear en una especie de alameda perpendicular a la fachada de la casa; la conversación se fijó sobre la famosa época de Tilsit, y he aquí los curiosos pormenores que recogí.

El Emperador decía que si la reina de Prusia hubiera venido en el principio de las negociaciones, habría podido influir mucho en su resultado; felizmente llegó cuando las cosas estaban ya muy adelantadas, y el Emperador se decidió a concluirlo todo venticuatro horas después. Se ha creído que el rey impidió su asistencia hasta aquel punto por un principio de celos de un gran personaje, que se asegura—decía el Emperador—tenían algún fundamento.

No bien hubo llegado, cuando el Emperador pasó a visitarla a su palacio; la reina de Prusia—decía—había sido muy hermosa; pero empezaba ya a disiparse algo de sus primeros atractivos.

Decía el Emperador que esta reina le recibió como mademoiselle Duchenois en Gimena, pidiendo y clamando justicia, manoseando, en una palabra, trágicamente; la escuchó un momento, y no encontró otro medio de salir del paso sino dando a la cosa toda la importancia y el tono de la comedia heroica que trató de poner en práctica, presentándole un sillón y obligándola a sentarse; no por eso dejó de continuar con un tono el más patético: «La Prusia, ciega con su poder—decía—, osó combatir a un héroe, oponerse al destino de Francia y abandonar su dichosa amistad. ¡Bien castigada ha sido!... ¡La gloria del gran Federico, su memoria y sus legados, habían ensoberbecido demasiado el corazón de Prusia y causado su ruina!... etcétera, etc.» Después solicitó, suplicó e imploró;

Magdeburgo era principalmente el objeto de sus esfuerzos y deseos. El Emperador hubo de contenerse lo mejor que pudo; felizmente llegó el marido, y la reina, con una mirada expresiva, desaprobó aquel contratiempo y demostró mal humor. «En efecto, el rey trató de dar su voto en la conversación, lo echó todo a perder, y yo me vi libre»—dijo el Emperador.

Este convidó a comer a la reina, la cual, durante la comida, desplegó todo su talento, que no le faltaba; todos sus modales, que eran muy lindos, y todos sus atractivos, no menos interesantes. «Pero yo estaba resuelto a mantenerme firme—añadía—; no obstante, fué preciso contenerme mucho para no comprometerme en ninguna clase de empeño, ni palabra alguna ambigua, con tanta más razón cuanto que Alejandro me observaba cuidadosamente.»

Habiéndose acercado Napoleón un momento antes de ponerse en la mesa a una rinconera, tomó una flor y se la presentó a la reina, cuya mano demostró por el pronto una especie de repulsa fingida; pero, arrebatándose al punto, le dijo: *Si; pero al menos con Magdeburgo.* A lo que el Emperador replicó: —«Pero... vuestra majestad observará que yo soy quien se la da y vos quien va a recibirla.» La comida y lo restante del tiempo continuaron del mismo modo.

La reina estaba a la mesa entre los dos Emperadores, que se esmeraron en obsequiarla; venida la noche y retirada la reina, el Emperador, que había estado constantemente muy afable, sin embargo de haberse visto algunos momentos a pique de titubear, resolvió terminarlo todo. Hizo venir a M. de Talleyrand y al príncipe Kourakin; habló con tesón, y después de desahogarse con libertad, observó que

una mujer y algunos galanteos no podían ni debían alterar un sistema concebido en pro del destino de un gran pueblo, que exigía que se terminase al instante el Tratado y se firmara sobre la marcha, que efectivamente así sucedió. «De este modo—decía—, la conversación de la reina de Prusia adelantó las negociaciones ocho o quince días.»

La reina se preparaba al día siguiente para venir a renovar sus ataques; se indignó cuando supo que ya había firmado el Tratado; lloró mucho y resolvió no volver a ver más al Emperador Napoleón; no quería aceptar su segunda comida, y Alejandro en persona tuvo que ir reducirla; se quejaba altamente y suponía que Napoleón había faltado a su palabra; pero Alejandro estuvo siempre presente y fué testigo peligroso, pronto a alegar en su favor el menor gesto y la más insignificante palabra escapada a Napoleón. «Nada os ha prometido—le dijo aquél—; si podéis probarme lo contrario, yo me comprometo a hacérselo cumplir de hombre a hombre, y lo hará, estoy seguro de ello.

»—Pero me lo dió a entender—repuso la reina.

»—No—dijo Alejandro—; y de nada tenéis que acusarle.»

En fin, asistió a la comida. Napoleón, que no tenía ya por qué contenerse, estuvo aún más amable con ella. Por algunos instantes representó el papel de coqueta ofendida, y acabada la comida, cuando quiso retirarse, Napoleón la condujo hasta el comedio de la escalera, en donde se detuvo; y apretándole ella la mano, le dijo con una especie de sentimiento: «¿Es posible que habiendo tenido la dicha de tener tan cerca de mí al hombre del siglo y de la Historia, no me

deje la libertad y la satisfacción de poder asegurarle que me ha prendado hasta la muerte?...» «Señora, soy digno de compasión; es un efecto de mi mala estrella.» Y se despidió al punto.

Cuando llegó a su coche prorrumpió en sollozos e hizo llamar a Duroc, a quien estimaba mucho; le renovó todas sus quejas, y le dijo, mostrándole el palacio: «¡He ahí una casa en donde se me ha atormentado cruelmente!»

«La reina de Prusia—decía el Emperador—tenía ciertamente talento, mucha instrucción y gran trato; reinaba hacía ya más de quince años; así es que, a despecho de mi destreza y de todos mis esfuerzos, constantemente mantuvo la conversación, la dominó siempre sosteniendo y promoviendo sin cesar sus asuntos, quizás demasiado, pero con mucho decoro y sin fastidiar; verdad es que el objeto le era de mucho interés y el tiempo precioso y corto.

«Uno de los altos contratantes le repitió muchas veces—decía el Emperador—que debió venir al principio o nunca. El mismo le hizo decir que, por su parte, había hecho cuanto le fué posible para que hubiese venido al punto. Querían—decía el Emperador—que se hubiese suscitado un interés personal; mas por la inversa, el marido opuso otro interés también muy personal.»

Napoleón cree que en aquella circunstancia estuvo muy oficioso y se portó como fiel amigo.

«El rey de Prusia me pidió una audiencia para despedirse el mismo día—decía el Emperador—, y yo la dilaté veinticuatro horas a vivas instancias secretas de Alejandro; jamás me lo perdonó el rey de Prusia; ¡tan ofendida creía la dignidad real con aquella repulsa!

»Otra cosa tuvo siempre contra mí en su corazón, y era haber yo violado — decía él — su territorio de Anspach en la guerra de Austerlitz. Ultimamente, en todas nuestras diferencias, por grandes que fuesen los intereses del momento, los dejaba a un lado para probarme que realmente había yo violado su territorio en Anspach; no tenía razón; pero, al fin, lo creía así, y su resentimiento era el de un hombre de bien. Todo esto disgustaba a su mujer, la cual deseaba que su esposo adoptase una política más elevada, etcétera, etc.»

Por lo demás, decía Napoleón que había hecho mal en haber recibido de modo alguno en Tilsit al rey de Prusia; su primera determinación fué ésta, y entonces no habría tenido que guardar con él consideración alguna; hubiera podido segregarle la Silesia, enriquecer con ella a Sajonia y reservarse de este modo otro porvenir. «Los políticos del día — continuaba — me vituperan mucho por el Tratado de Tilsit; después de mi desgracia, han visto que, en virtud de él, puse Europa a merced de los rusos. Pero si yo hubiera vencido en Moscou, y poco le faltó para ello, se habrían admirado, sin duda, de ver cuán al contrario, por aquel trato, puse a los rusos a merced de Europa. Yo tenía grandes miras sobre los alemanes...; pero he quedado vencido, y, por lo tanto, hice mal; esto es enteramente justo...»

En Tilsit, casi todos los días salían juntos, a caballo, los dos Emperadores y el rey; pero este último siempre era torpe y desgraciado. Los prusianos se incomodaban visiblemente. Napoleón iba siempre entre los dos soberanos, pues el rey a penas podía seguir, o bien tropezaba o incomodaba a Napoleón; volvían a

palacio los dos Emperadores, bajaban de un salto al suelo, y se daban la mano para subir la escalera; mas como en este caso correspondía a Napoleón obsequiar a sus huéspedes, no quería pasar adelante antes que entrara el rey, que tenía que esperarle bastante tiempo, y, como regularmente llovía, resultaba que los dos Emperadores se mojaban, con bastante incomodidad de los espectadores.

«Aquella torpeza resaltaba tanto más, cuanto que Alejandro — decía el Emperador — estaba lleno de atractivos, y se hallaba al nivel de cuanto había de más amable en las tertulias de París. Éste se hallaba algunas veces tan aburrido de su compañero, que con cualquier pretexto rompíamos de acuerdo la sociedad para deshacernos más pronto de él. Nos separábamos, sobre todo a la hora de comer, con pretexto de algunos asuntos particulares; pero Alejandro y yo nos volvíamos a reunir de nuevo en seguida para tomar el té en el palacio del uno o del otro, y entonces nos quedábamos hablando juntos hasta media noche y aun más tarde.»

Alejandro y Napoleón se volvieron a ver, algún tiempo después, en Erfurt, y se dieron mutuamente las mayores pruebas de afecto. Alejandro, por su parte, demostró los sentimientos de una tierna amistad y de una admiración verdadera. Pasaron algunos días en los placeres de una perfecta amistad y en las comunicaciones más familiares de su vida privada. «En terminos — decía el Emperador — que nuestros placeres en común no tenían nada de oculto del uno al otro.»

Napoleón había hecho venir a Erfurt todo lo más selecto de nuestros actores franceses. Una cómica

muy conocida, mademoiselle B..., atrajo la atención de su huésped, a quien se le ocurrió, en un momento de capricho, tratarla. Preguntó a su compañero si habría inconveniente. «Ninguno — respondió éste —; solamente —añadió con malicia— que es un medio seguro y rápido para que sea usted conocido pronto de todo París. Pasado mañana, día de correo, irán hasta las menores señales, y en poco tiempo no habrá estuario allí que no pueda sacar el retrato de su persona de usted desde los pies hasta la cabeza.» El peligro de semejante publicidad calmó al punto su ardor naciente; pues el suspirante—decía Napoleón—se mostraba muy circunspecto sobre este artículo, y, sin duda —observaba chistosamente —, por temor de aquel proverbio: *Cuando cae la máscara, se descubre al héroe.*

Si Napoleón hubiera querido, Alejandro le habría dado ciertamente su hermana en casamiento; su política se hubiera determinado a ello, aun cuando no su inclinación. Alejandro se sobrecogió cuando supo el casamiento con la de Austria: «*Voy a sepultarme de nuevo en mis bosques*» —exclamó. Si aparentó titubear, fué porque necesitaba algún tiempo para decidirse; su hermana era muy joven, y, además, necesitaba el consentimiento de su madre; el testamento de Pablo lo prevenía así, y la emperatriz madre era enemiga declarada de Napoleón. Persuadida de todos los absurdos y cuentos ridículos que la habían dicho sobre su persona, decía: «¿Casaría yo mi hija con un hombre que no puede ser marido de nadie? ¿Mi hija recibir un tercero en su cama, si se quiere que tenga sucesión? No nació para eso.» «Pero madre —le decía Alejandro—, ¿cómo puede usted dar crédito a los libelos de Londres y bufonadas de los salones de París! Si esa es

toda la dificultad, y lo único que la detiene, yo le aseguro a usted lo contrario, y muchas otras podrán hacer lo mismo.»

«Si el afecto de Alejandro para conmigo ha sido sincero—decía el Emperador—, sólo la intriga me lo ha enajenado. Algunos entrometidos, M..., u otros instigados por T..., no han cesado en tiempo oportuno de citarles las ridiculeces con que lo había denigrado—decían—, asegurándole, en Tilsit y en Erfurt, no bien volvía las espaldas, que yo me reía de él. Alejandro es muy quisquilloso, y lo habrán agobiado fácilmente. Lo cierto es que se quejó amargamente de esto en Viena, en la época del Congreso, y, sin embargo, todo era falso; al contrario, me agradaba, y le quería bien.»

LLEGADA DE LOS COMISARIOS EXTRANJEROS.—ETIQUETA FORZADA DE NAPOLEÓN: ANÉCDOTAS.—CONSEJO DE ESTADO.—CITAS DE ALGUNAS SESIONES: DIGRESIÓN.—GASSENDI.—EMBAJADORES.—LLAMAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL.—LA UNIVERSIDAD, ETC.

17.—El Emperador salió temprano, y pidió el coche para dar un paseo antes de almorzar; en el momento de subir, vinieron a decirnos que las fragatas *Newcastle* y *Orontes* estaban delante del puerto dando bordadas para entrar. Estos buques habían perdido de vista la isla en la noche, y tenían que maniobrar contra el viento. Habían salido de Inglaterra el 23 de Abril, y nos traían el *bill* relativo a la detención del Emperador; la legislatura inglesa había convertido en ley la determinación de los ministros sobre este

particular. Los comisarios de las potencias de Austria, Francia y Rusia, venían también a bordo de estas fragatas.

En el transcurso del día, hablando el Emperador de las formas, trajes y etiquetas que había prescrito dijo: «Ya me era imposible abandonarme a mí mismo, yo salía de la clase vulgar, y necesariamente debía crearme un nuevo exterior y una cierta gravedad; en una palabra, establecer una nueva etiqueta, pues, de lo contrario, me habrían despreciado. En Francia nos inclinamos naturalmente a una excesiva familiaridad, y yo debía, sobre todo, preservarme de los que habían recibido una mala educación; fácilmente somos cortesanos, muy obsequiosos en los principios y propensos a la lisonja y a la adulación; pero muy luego sucede que si no se reprime pasa a ser familiaridad, y luego degenera en insolencia; ya se sabe que nuestros reyes no estaban exentos de este inconveniente.» El Emperador citó una anécdota del tiempo de Luis XV, muy característica, cual es la de aquel cortesano a quien preguntó este príncipe, al levantarse, cuántos hijos tenía. «Cuatro, señor»—le respondió—. Habiendo el rey tenido ocasión de hablarle en público dos o tres veces en el día, le volvió a hacer precisamente la misma pregunta: «Fulano, ¿cuántos hijos tiene usted?» Y el otro le respondía siempre: «Cuatro, señor.» En fin, a la noche, y en el juego, habiéndole preguntado el rey nuevamente: «Fulano, ¿cuántos hijos tiene usted?» «Señor—le respondió aquella vez—, seis.» «¿Cómo, pues?—repuso el rey—; me parece que me había dicho usted cuatro.» «A fe mía, señor, que lo he dicho por temor de enfadar a vuestra majestad repitiéndole siempre la misma cosa.»

En otro momento del día, el Emperador habló mucho sobre las sesiones del Consejo de Estado; yo le cité varias y omití otras, por haberseme borrado de la memoria. «Pues bien—me dijo—; de aquí a algún tiempo apenas quedarán ni aun vestigios de ellas.» No pudiendo dormir aquella noche, me vinieron a la memoria estas palabras, y durante mi desvelo repasé minuciosamente cuanto presencié en el Consejo de Estado.

No había sesión presidida por el Emperador que no fuese del mayor interés, porque siempre hablaba, y cuanto decía era notable; yo salía entusiasmado; pero lo que más me sorprendía e indignaba era oír, por la noche, repetir en los salones algunas de sus cosas, siempre desfiguradas, y generalmente llenas de hiel.

¿De dónde podía nacer tan singular circunstancia? ¿Sería por la infidelidad de los que habían estado presentes, o por haberse adulterado en la casa en donde se había referido por segunda vez? El hecho es que era así.

En aquel tiempo, más de una vez estuve tentado de escribir todo lo que había presenciado, y mucho he sentido después no haberlo hecho; voy a transcribir aquí algunos fragmentos que se me presentan a la memoria:

Hablando un día el Emperador de los derechos políticos que deben concederse a los extranjeros de origen francés, dijo: «El más bello título sobre la tierra es haber nacido francés; es una gracia, dispensada por el cielo, que nadie en la tierra debiera poder quitar.

»En cuanto a mí, quisiera que un oriundo francés, aun cuando se hallase a su décima generación de ex-

tranjero, pudiera ser francés si lo reclamase: quisiera que si se presentase en la orilla opuesta del Rin diciendo «quiero ser francés», que su voz fuese más fuerte que la ley, que ante él se allanasen las barreras y entrase triunfante en el seno de la madre común.»

Otra vez decía, no me acuerdo sobre qué asunto: «La Asamblea constituyente obró muy neciamente aboliendo hasta la nobleza titular, cosa que humilló a infinitos. Yo lo hago mucho mejor, pues ennoblezco a todos los franceses, todos pueden envanecerse.»

En fin, otra vez, con motivo de un proyecto de derecho, de cuyo resultado no me acuerdo, pero que tenía por objeto determinar que los reyes de la familia imperial que ocupasen tronos extranjeros dejarán su título y su etiqueta de rey en la frontera, para no volverlos a tomar sino a su salida, respondiendo el Emperador a algunas objeciones y exponiendo los motivos, dijo: «Por lo demás, yo les reservo en Francia un título aún mucho más apreciable: serán más que reyes, pues serán príncipes franceses.»

Podría multiplicar hasta lo infinito una multitud de citas semejantes que seguramente deben existir en la memoria de todos los miembros del Consejo como en la mía.

Pero he aquí otros asuntos, unos jocosos y otros graves: un día, estando el general Gassendi, consejero de Estado, discutiendo sobre el asunto de que se trataba, se apoyó en la doctrina de los economistas; el Emperador, que lo quería mucho a título de antiguo compañero en la artillería, interrumpiéndole le dijo: «Pero, querido amigo, ¿quién le ha hecho a usted tan sabio? ¿De dónde ha tomado usted tales princi-

pios?» Gassendi, que hablaba rara vez, después de haberse defendido lo mejor que pudo y hallándose en los últimos apuros, dijo que principalmente de él (Napoleón) había tomado aquella opinión. «¿Cómo pues?—dijo el Emperador con viveza —¿Qué dice usted?; ¿será cierto? ¡De mí, que siempre he pensado que si existiese una monarquía de granito serían suficientes las ideas de los economistas para reducirla a polvo!» Y después de algunas otras aclaraciones, ya serias, ya irónicas, concluyó: «No hay duda, amigo; usted, se habrá quedado dormido en su despacho y soñado todo eso.» Gassendi, que se enfadaba fácilmente, le contestó: «¡Oh!, por lo que hace a dormirme en mi despacho, es otro asunto, señor. Yo quisiera que vuestra majestad estuviera allí; eso es atormentarme demasiado.» Todo el Consejo se echó a reír, y el Emperador más fuerte que nadie.

Otro día se nos propuso un proyecto de decreto relativo a los embajadores, que era de mucha importancia, y de que se tiene generalmente conocimiento, según creo. La frialdad que mostró el Consejo lo hizo desaparecer, así como otros muchos que tuvieron la misma suerte; lo que prueba hasta cierto punto la independencia del Consejo, y más moderación en el Emperador de la que se le suponía.

Napoleón, que parecía apoyar solo aquel decreto e interesarse en su éxito, dijo en su defensa cosas muy curiosas. Pretendía que los embajadores no tuviesen ni prerrogativas ni privilegios que los pusiesen al abrigo de las leyes del país: a lo más, les concedía que estuviesen sujetos a una jurisdicción más elevada. «Por ejemplo, no me opondría—dijo—a que sólo pudiesen juzgarse, previa una decisión de todos los

ministros y altos dignatarios del Imperio, y por un tribunal especial, compuesto de los primeros magistrados y funcionarios del Estado. Ustedes me objetarán que hallándose comprometidos los soberanos en la persona de sus representantes, no me enviarían más embajadores. ¿Y qué perdería en esto? Retiraría los míos y el Estado ganaría inmensos sueldos muy onerosos y con frecuencia inútiles. ¿Por qué se querrá sustraer a los embajadores de toda jurisdicción? No deben enviarse sino para ser gratos, para alimentar recíprocamente la amistad y benevolencia entre los soberanos respectivos. Si salen de estos límites, yo quisiera que entrasen en la clase de todos, en el derecho común. No podría admitir tácitamente que pudiesen ser cerca de mí unos espías pagados; pues entonces pasaría por un necio y merecería todo el mal que me acarreasen. Se trata solamente de entenderse y declararlo de antemano, a fin de no caer en el inconveniente de violar lo que se ha convenido en llamar hasta aquí el *derecho de gentes* y las costumbres recibidas.

»En lo más fuerte de una crisis célebre me vinieron a decir que un gran personaje se había ido a refugiar en casa de M. de Cobentzel, por creerse allí al abrigo, bajo las inmunidades de aquel embajador de Austria. Mandé llamar a éste para saber el derecho, y prevenirle que sería una desgracia que fuese así, pues que un uso pueril nada sería a mis ojos contra la salvación de un pueblo; que no titubearía en mandar prender al culpable y su privilegiado encubridor, entregar a ambos a un tribunal y hacerlos decapitar: y lo habría hecho, señores —añadió con firmeza y alzando la voz— Bien lo sabían, y por eso fueron prudentes.»

El Emperador, mucho tiempo antes de su expedición a Rusia, uno o dos años quizás, quiso establecer un reglamento de organización militar de toda la nación. En el Consejo de Estado se leyeron más de quince o veinte proyectos para el arreglo de los tres alistamientos de la Guardia nacional de Francia: el primero, de los jóvenes, tenía obligación de ir hasta la frontera; el segundo, de la edad media y de los casados, no salía del departamento respectivo, y, en fin, el último, de los hombres de edad, quedaba únicamente para la defensa de la ciudad.

El Emperador, que se interesaba mucho en este plan, lo recordó repetidas veces, y dijo sobre el particular cosas muy buenas y muy patrióticas; pero tuvo constantemente en el Consejo una oposición sorda e inerte. Los asuntos iban regularmente, y ocupado el Emperador en otros objetos, vió desaparecer aquel plan, que sin duda calculaba su previsión para nuestra salud, y que en efecto lo habría sido. De aquella manera más de dos millones de individuos se hubieran visto organizados y armados en el momento de nuestros desastres. ¿Quién se hubiera atrevido a atacarnos? En una de aquellas sesiones tuvo un momento de exaltación muy notable. M. Malouet usó de muchos circunloquios poco favorables a la organización, y el Emperador le dirigió su frase acostumbrada: «Hable usted con valentía, señor mío, sin mutilar su pensamiento, sino exponiéndolo con claridad; aquí estamos solos.»

Entonces declaró el orador que aquella medida alarmaría a todo el mundo, y que todos temerían verse alistados, persuadidos de que bajo pretexto de la defensa interior, sólo se pensaba en paliar el modo

de transportarlos al exterior. «En buena hora—dijo el Emperador—, ya le entiendo a usted; pero, señores—añadió, dirigiéndose a todo el Consejo—; ustedes todos son padres de familia, gozan de bienes considerables y ejercen empleos de importancia; por consiguiente, deben tener una inmensa clientela; muy torpes o muy poco ciudadanos deben ustedes de ser si con tales ventajas no influyen extraordinariamente en la opinión general; ahora bien, ¿cómo es que conociéndome ustedes tan bien, los demás me conocen tan poco? Y después, ¿cuándo me han visto ustedes emplear las intrigas y el fraude en mi sistema de gobierno? Yo no soy tímido ni me sirvo de vías oblicuas: si tengo algún defecto, es quizás el de explicarme con demasiada energía y laconismo; me contento con indicar; ordeno, porque descanso en seguida, por lo que hace a las fórmulas y los pormenores, sobre los intermediarios que ejecutan, y Dios sabe si sobre este punto tengo mucho que alabarme. Así, pues, si necesitara soldados los pediría osadamente al Senado, que me los concedería; y si no los obtuviese de él, me dirigiría al pueblo mismo, que verían ustedes seguirme. Quizás se admiran ustedes, pues parece que algunas veces desconocen el actual estado de las cosas. Tengan ustedes entendido que mi popularidad es inmensa e incalculable; por más que quieran decir, en todas partes el pueblo me quiere y estima; su sensatez es superior a la malevolencia de los salones y a la metafísica de los necios: me seguiría, a pesar de todos ustedes. Esto les parece a ustedes extraño, y sucedería así, no obstante; porque sólo me conoce a mí. Por mí sólo goza sin temor de cuanto ha adquirido; ve a sus hermanos e hijos indistintamente adelantados,

condecorados y enriquecidos; por mí ve empleados siempre sus brazos con facilidad, y recompensados sus sudores; constantemente me halla sin injusticia ni preferencia. Esto es lo que ve, toca y comprende nada más; mucho menos, la metafísica. No quiero decir por esto que deseche yo los grandes principios; el cielo me preserve de tal cosa; bien se ve cómo los pongo en práctica en cuanto lo permiten las circunstancias extraordinarias en que nos hallamos; pero trato de demostrar que el pueblo no concibe todavía las combinaciones complicadas; y en su defecto, me comprende enteramente y se fía en mí. No duden ustedes que obedecerá siempre cuanto arreglemos para su bienestar: no hay que dejarse llevar por la oposición mencionada, que no existe en la nación, sino en los salones de París. Declaro que en esto no tengo la menor mira oculta respecto del exterior; en este instante no me ocupo más que de la seguridad, del reposo y de la estabilidad de Francia en el interior. Continúen ustedes en los alistamientos de la Guardia nacional; que cada ciudadano conozca su puesto en caso de necesidad; que M. Cambaceres, que está presente, esté en el caso de tomar su fusil, si el peligro lo requiere; y entonces seremos una nación *construida de cal y canto*, capaz de desafiar a los siglos y a los hombres. Yo condecoraré a esta Guardia nacional en los mismos términos que lo he hecho con la tropa de línea: los antiguos oficiales retirados les servirán de jefes y padres, y haré que los grados se soliciten al nivel de los favores de la corte, etcétera, etc. »

## RECUERDOS DE WATERLÓO.

18.—El Emperador me hizo ir a su gabinete antes de comer; estaba leyendo los diarios que acababan de llegar; me dijo que los últimos papeles ingleses hablaban, sin el menor decoro, sobre la familia real... En seguida, otro artículo le hizo decir: «Las circunstancias actuales, las necesidades del momento, y una simpatía de fecha antigua, concurren notablemente a favorecer la vuelta de los frailes a Francia, y esto será tan característico como en los Estados del Papa.» Y deteniéndose sobre éste, concluyó: «Por lo que hace al Papa, ya se sabe, al menos, que es su negocio peculiar, porque puede volverle a dar una fuerza real. ¡Quién creerá que estando prisionero en Fontainebleau, y cuando aún estaba en duda si él mismo existiría o no, discutía seriamente conmigo la existencia de los frailes, y pretendía reducirme a su restablecimiento!... ¡Tal es el espíritu de la corte de Roma!... etcétera, etc.»

—Hoy es el aniversario de la batalla de Waterlóo—dijo uno de nosotros, y su recuerdo produjo una visible impresión en el Emperador.—«¡Jornada incomprendible!—pronunció con dolor—. ¡Concurso de fatalidades inauditas!... ¡Derlon!... ¡Ney!... ¡Grouchi!... ¡Hubo traición o sólo desgracia? ¡Ah! ¡Pobre Francia!...» Y se cubrió los ojos con la mano. «Y no obstante—dijo—¡se hizo cuanto dependió del arte! ¡Nada faltó hasta después de haber vencido!...»

En otra ocasión dijo sobre el mismo asunto: «¡Campana singular, en la que en menos de una semana he

visto tres veces escaparse de mis manos el triunfo seguro de Francia y la garantía de la estabilidad de su destino!

»Sin la deserción de un traidor, yo hubiera pulverizado a los enemigos al abrirse la campaña.

»Si mi izquierda hubiera hecho su deber, los hubiera aniquilado en Ligni.

»Lo mismo hubiera sucedido en Waterlloo si mi derecha no me hubiese faltado.

»...¡Derrota singular en la que, a pesar de la más horrible catástrofe, no sufrió la gloria del vencido ni se aumentó la del vencedor; la memoria del uno sobrevivirá a su destrucción, y la del otro se sepultará quizás en su mismo triunfo!...»

#### SALIDA DEL «NORTHUMBERLAND». — CAMPAÑAS DE RUSIA POR UN AYUDANTE DE CAMPO DEL VIRREY.

Salió el *Northumberland* para Europa.

Habíamos hecho el viaje en este navío; con mucha frecuencia habíamos hablado con todos los oficiales, que nos trataron perfectamente; la tripulación nos respetó mucho; en fin, el mismo almirante Cokburn, contra quien teníamos más mala voluntad que repugnancia, y cuyos defectos al fin no nos habían llegado al corazón; sea por todas estas cosas reunidas o por cualquier otra causa que no concibo, o también quizás por aquella disposición tan fuerte y natural que tenemos a interesarnos por nuestros semejantes y a crear nos lazos sociales, sea como fuere, el hecho es que no nos mostramos indiferentes a aquella salida y que nos parecía que perdíamos algo,

A las tres de la tarde el gobernador y el nuevo almirante, sir Pultency Malcolm, fueron presentados al Emperador, que, aunque estaba algo malo, los recibió con el mayor agasajo y benevolencia.

Antes y después de comer, el Emperador recorrió la obra de un antiguo ayudante de campo del virrey, sobre la campaña de Rusia; le habían dicho que era muy mala. Napoleón se había acostumbrado de tal manera a los libelos, que las declaraciones no le hacían ya daño. En estas obras sólo consultaba los hechos, y sobre este punto no la hallaba tan mala como le habían dicho. «Un historiador sacaría de ella algunas cosas buenas, cuales son los hechos, y dejaría a un lado las declamaciones, que sólo se hacen para los ignorantes. El autor prueba que los mismos rusos habían quemado a Moscú, Smolenko, etc., etc.; que habíamos sido victoriosos en todas las acciones, etc. Los hechos en esta obra—observaba el Emperador—se han reunido evidentemente para publicarse bajo mi reinado y en tiempo de mi poder; pero el autor ha intercalado las declamaciones después de mi caída, sin alterar el fondo de la obra, y sí sólo adornándola con bajezas, según la moda del día.

»En cuanto a los desastres de la retirada, nada he dejado que decir, ni aun a los libelistas; mi *Boletín* número 49 fué su desesperación; y llegaron hasta a culparme de que había exagerado; estaban furiosos, porque de aquel modo les privé de un campo vasto, quitándoles la presa.»

Después de la cita de aquel autor y de varios otros franceses, que todos desnaturalizaban nuestras victorias y declamaban contra nosotros mismos, no pudo menos de decir que no tenía ejemplo en la Historia

ver una nación encarnizándose de tal modo para arruinar su propia gloria, y elevarse de su mismo seno con las manos ocupadas en ajar y destruir sus laureles. «Pero de en medio de ella se verán salir indudablemente - dijo—algunos vengadores. Los tiempos venideros marcarán con infamia el delirio del día.» Y exclamaba: «¿Serán acaso franceses los que hablan y escriben así? ¿No tienen acaso corazón ni entrañas para la patria? No; no son franceses; hablan tal vez nuestra lengua, han nacido en el mismo suelo que nosotros, pero no tienen ni nuestro corazón ni nuestros sentimientos: ¡no son de ningún modo franceses!»

PALABRAS PROFÉTICAS, ETC. — LORD HOLLAND, ETC. — PRINCESA CARLOTA DE GALES. — CONVERSACIÓN PARTICULAR Y PERSONAL INAPRECIABLE PARA MÍ.

21. — El Emperador se paseaba en el jardín, y todos nosotros estábamos alrededor de él. La conversación recayó sobre la posibilidad de hallarse un día en Francia. «Queridos amigos—nos dijo con una verdadera emoción y con una expresión imposible de explicar—, ¡ustedes la verán!

»—¡No sin vuestra majestad!—repusimos todos.»

Y esto condujo a analizar las probabilidades de la salida de Santa Elena, y todo venía a perderse en la precisión y la necesidad de convenir que no podía ser sino por mediación de los ingleses, y el Emperador no alcanzaba el modo de llegar a este punto. «La impresión se hizo—dijo—demasiado profunda; siempre me temerán. Mr. Pitt les dijo: «No hay salud para

vosotros con un hombre que tiene toda una invasión en su cabeza».

—Pero —observó uno— si llegasen a crearse, sin embargo, nuevos intereses; si se formase un ministerio verdaderamente liberal y constitucional, ¿no resultaría alguna ventaja de que vuestra majestad fijase los principios liberales en Francia, propagándolos de este modo en todo el Continente? En efecto—dijo el Emperador—, eso es inteligible.

—El tal ministerio —continuaron — ¿no tendría, pues, una garantía en esos mismos principios liberales y en los propios intereses de vuestra majestad?

—Convengo también en ello—dijo el Emperador—. Si hallándome en París me escribiese el ministro lord Holland: «Si usted hace esto tendré que salir del ministerio», o bien la princesa de Gales, que me hubiera sacado de aquí, y me dijera: «Si usted obra de tal o cual modo, yo seré a los ojos de todos el azote de la nación», sería suficiente para que yo desistiese y quedara más encadenado que con la fuerza de los ejércitos, etc., etc.

»Y en último resultado, ¿qué tendrían que temer? ¿Que hiciese la guerra? Ya soy demasiado viejo. ¿Que volara todavía en pos de la victoria? Ya estoy cansado de ella y de tratarla a la vaqueta; y de paso diré que es una cosa que para el porvenir la he hecho a la vez muy común y harto difícil. ¿Que volviese a empezar de nuevo las conquistas? No las hice por manía, sino que fueron el resultado de un gran plan; más diré, de la necesidad; en su tiempo fueron razonables, y en el día imposibles.»

Dos de aquellos señores habían ido a la ciudad a ver a los recién llegados y a enterarse de las noticias.

Su vuelta y la relación de ellas detuvieron al Emperador algunos instantes en el jardín; a las seis entró en su gabinete, diciéndome que le siguiera.

Los recién llegados en el *Newcastle* hablaron mucho de mi *Atlas histórico*, por lo que el Emperador exageró bastante el favor que me hacía esta obra, añadiendo que era una cosa inaudita que él no hubiese tenido un exacto conocimiento de ella.

«¿Cómo no ha habido ningún amigo de usted que me haya dado una justa idea de esta obra? Sólo la he visto a bordo del *Northumberland*, y no hay nadie que no la conozca. ¿Por qué razón usted mismo no ha procurado hablarme de ella? Esto me hubiera hecho conocer el mérito de usted, y su suerte hubiera sido distinta. Tenía una idea de usted tan sumamente confusa y subalterna, que quizás no le era favorable. He aquí los soberanos y su desgracia, que apenas conocen los hombres que les rodean. Su obra de usted, o parte de ella, habría inundado los liceos; yo le hubiera dado otra celebridad, lo repito. ¿Por qué no ha procurado usted que yo la viese? Es un secreto agrio de confesar; pero, querido amigo, un poco de intriga es indispensable cerca de los soberanos; la modestia sucumbe casi siempre.

»Así, pues, debió usted buscar un amigo; o ¿por qué no vino usted mismo?

—Señor, todos cuantos rodeaban a vuestra majestad apenas pensaban más que en sí mismos, y su amistad no pasaba de buenos deseos: hablar y pedir para otro se llamaba *usar su crédito*, y lo reservaban todo entero para sí: además, hallándome yo cerca de su persona, no convenía que otras hablasen por mí, sino yo mismo, y los momentos eran tan cortos y vuestras

disposiciones tan inciertas, que era preciso llamar su atención en pocas palabras; y estaba tan poco seguro de hacerme entender, temía tanto dejar una impresión desfavorable y perderme enteramente, que preferí callar, pues no consiste todo en emplear la intriga, sino que es preciso obtener un buen resultado.

—Así es—dijo el Emperador—; usted hizo quizás bien, y considero la cosa en su verdadero punto de vista: por el conocimiento que tengo ahora de usted, de su reserva y timidez, veo que, en efecto, tal vez se habría usted perdido. También tengo presente (pues de todo me voy acordando ahora poco a poco) una circunstancia que quizá le ha sido a usted desfavorable. Cuando M. Montesquieu me propuso a usted para gentilhombre, me dijo que era usted un hombre acaudalado; poco después supe lo contrario, sin que por eso la falsa suposición le hubiese hecho daño, ni tuviese yo personalmente nada contra usted; pero otros que aspiraban al mismo empleo, gritaban porque no se les había preferido, teniendo verdaderamente más posibles, o bien lo citaban a usted si se les oponía que carecían de suficiente caudal: de este modo pasa todo en la corte.

—¿Mas eso quiere decir—continué—, señor, que por mi carácter, mi destino era vivir siempre desconocido de vuestra majestad?

—No por cierto—decía el Emperador—; casi lo había usted conseguido: ¿no le había yo de nuevo nombrado gentilhombre a mi regreso? El número de éstos fué muy pequeño. ¿No fué usted inmediatamente consejero de Estado? Usted era de la antigua aristocracia, había sido emigrado y había resistido a una gran prueba, lo que le daba a usted un título muy

grande de privilegio a mis ojos, y, además, en aquella última época muchos alabaron su conducta; tarde o temprano nos habríamos conocido a fondo, etc., etcétera.»

SOBRE LA MEMORIA.—COMERCIO.—IDEAS Y SISTEMA DE NAPOLEÓN SOBRE DIVERSOS PUNTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA.

23.—A eso de las tres de la tarde estuve en el aposento del Emperador. En cuanto recibió los nuevos libros, pasó toda la noche en leer y dictar algunas notas a Marchand; estaba muy fatigado, y mi visita le proporcionó un rato de descanso: se vistió y fuimos a dar una vuelta al jardín.

Durante la comida habló de lo mucho que había leído en su juventud: todos los libros que acababa de recorrer, relativos a Egipto, le hacían ver que nada había olvidado de cuanto había leído; poco o nada tenía que corregir de lo que había dictado sobre aquellas regiones; muchas cosas añadió que no había leído, y por aquellos libros vió que no se había equivocado.

Se habló de la memoria, y dijo que la cabeza que no la tenía era lo mismo que una plaza sin guarnición: la suya era feliz, pero no general y absoluta, sino relativa, fiel y sólo para lo que le era necesario. Habiendo dicho uno que su memoria dependía de la vista, que venía a ser confusa con la separación de los objetos a medida que mudaba de lugar, repuso el Emperador que la suya dependía del corazón, pues conservaba el retrato fiel de cuanto le había interesado.

A propósito de memoria fiel, citaré aquí un dicho del Emperador, que omití inadvertidamente a su tiempo. Contando un día en la mesa una de sus antiguas acciones en Egipto, nombraba número por número los ocho o diez regimientos que se hallaban en aquélla. Madama Bertrand no pudo menos de interrumpirle, preguntándole cómo era posible que después de tanto tiempo se acordase de todos estos números. «Señora, esto es lo mismo que el recuerdo de un amante por sus antiguas queridas»; fué la réplica picante de Napoleón.

Después de comer, mandó que le trajesen mi *Atlas* para comprobar el resumen de cuanto acababa de ver en sus libros sobre Africa; y se admiró mucho de hallarlo todo tan fielmente referido.

De esto pasó al comercio, a sus principios y a los sistemas que ha producido. El Emperador combatió a los economistas, cuyos principios podían ser ciertos—decía—en teoría, pero que llegaban a ser viciosos en la aplicación. La combinación política de los diversos estados—continuó—hace erróneos los tales datos; los intereses locales exigen a cada paso algunas alteraciones a su uniformidad. Las aduanas, que tanto combaten los economistas, no debían ser objeto de fisco, es cierto; pero deben ser la garantía y apoyo de un pueblo; deben estar en armonía con la naturaleza y objeto del comercio. Holanda, sin producciones, sin manufacturas y sin otro comercio que el de depósito y comisión, no debe tener ni trabas ni antemurales. Francia, por el contrario, rica en producciones y en toda clase de industria, debe preservarse constantemente contra las importaciones de una nación rival, que al fin vendría a ser superior: debe prepararse

igualmente contra la avaricia, el egoísmo y la indiferencia de los puros comisionistas.

«No hay que temer —decía el Emperador— que yo caiga en los precipicios de los hombres de los sistemas modernos; ni que me crea por mí solo y mis ideas, la sabiduría de las naciones. La verdadera sabiduría de éstas es la experiencia; y véase cómo discurren los economistas: nos ponderan sin cesar la prosperidad de Inglaterra, presentándonosla siempre por modelo. Pero su sistema de aduanas es el más complicado y absoluto; claman sin cesar contra ellas, y quisieran ver las nuestras abolidas. Proscriben las prohibiciones, e Inglaterra es la que dió el ejemplo de ellas; aunque, en efecto, son necesarias para ciertos objetos y contra las cuales no serían suficientes los derechos: el contrabando y el capricho burlarían el espíritu del legislador; en Francia todavía estamos muy atrasados sobre estas materias delicadas; son extrañas y confusas para la masa de la sociedad. ¡Sin embargo, qué paso había dado, qué rectitud de ideas se había comunicado con sólo la clasificación gradual que yo había establecido de la agricultura, la industria y el comercio! ¡Objetos tan diversos y de una graduación tan real y grande!

•1.º La *agricultura*, el alma y la primera base del Imperio.

•2.º La *industria*, la comodidad y la felicidad de la nación.

•3.º El *comercio exterior*, la superabundancia y el buen uso de ambas.

•La agricultura no ha dejado de ganar durante todo el curso de la revolución: los extranjeros la creían arruinada entre nosotros. Sin embargo, en 1814 los

ingleses se han visto en la precisión de confesar que poco o nada tenían que enseñarnos.

»La industria o las manufacturas y el comercio interior han hecho en mi tiempo unos progresos inmensos. La aplicación de la química a las manufacturas las ha hecho adelantar a pasos agigantados: he dado tal impulso, que toda Europa participará de él.

»El comercio exterior, de ningún modo comparable en sus resultados con los otros dos, ha sido en mi concepto constantemente inferior: éste se ha hecho para la posteridad de aquéllas, y no viceversa. Los intereses de estas tres bases esenciales son divergentes y muchas veces opuestos. Yo los he protegido sin cesar en su rango natural; pero nunca he podido ni he debido servirlos a la vez. El tiempo hará conocer lo que todos me deben, los recursos nacionales que he creado, y las franquicias de los ingleses que había evitado.

»Al presente tenemos el secreto del Tratado de comercio de 1783: Francia se queja de su autor; pero los ingleses lo exigieron so pena de volver a empezar la guerra; quisieron hacer lo mismo después del Tratado de Amiens, mas entonces era yo cien veces más poderoso. Respondí que, aun cuando fuesen dueños de las alturas de Montmartre, me opondría constantemente, y estas palabras cundieron por toda Europa.

»Un día intimidarán nuevamente, a menos que los clamores públicos y toda la masa de la nación no los obligue a retroceder, y, en efecto, semejante servidumbre sería una infamia más a los ojos de ese mismo pueblo, que empieza ahora a conocer sus verdaderos intereses.

\* »Cuando yo me puse al frente del Gobierno, los

americanos, que venían a nuestro país en virtud de su neutralidad, nos traían sus primeras materias y hacían el despropósito de irse de vacío para cargar en Londres de manufacturas inglesas, y aun cometían el disparate de hacernos sus pagos, si estaban en este caso sobre Londres; y hé aquí la causa de las grandes ganancias de los fabricantes y comisionistas ingleses, en detrimento nuestro. En su consecuencia, dispuse que ningún americano pudiera importar género alguno sin exportar desde luego su equivalente exacto. Las quejas de nuestros comerciantes eran muy amargas, y decían que yo lo había perdido. ¡Qué no hubiera yo conseguido en mejor situación!

»Así es como he naturalizado entre nosotros las manufacturas de algodón, que comprenden:

»1.º El *algodón hilado*: no lo hilábamos, y los ingleses nos lo vendían como por una especie de favor.

»2.º El *tejido*: no lo conocíamos todavía y nos llegaba del extranjero.

»3.º En fin, su *estampado*: este era nuestro único trabajo. Yo quise adquirir los dos primeros artículos, y propuse al Consejo de Estado se prohibiese la importación de ellos: todos se estremecieron. No obstante, llamé a Oberkamp, y consulté muy detenidamente con él: saqué en claro que esto ocasionaría, sin duda, alguna agitación; pero que al cabo de un año o dos de constancia sería una conquista de la que sacaríamos inmensas ventajas; entonces expedí mi decreto, a despecho de todos, que, a la verdad, fué una verdadera medida política.

»Por el pronto me contenté con prohibir el tejido; al fin llegué al algodón hilado, y en el día poseemos los tres artículos en ventaja de nuestra población, y

con detrimento y agudo dolor de los ingleses, lo cual prueba que, tanto para el gobierno interior como para la guerra, es necesario tener mucho carácter. Si hubiera podido conseguir que se hilase el lino como el algodón (ya había ofrecido un millón por premio de la invención, que indudablemente habría conseguido si no hubiesen ocurrido mis desgraciadas circunstancias), hubiera prohibido también el algodón, a menos que se hubiese cogido en el continente.

»No me ocupaba menos de fomentar las sedas: como emperador y rey de Italia, contaba ciento veinte millones de renta en cosecha de seda.

»El sistema de las licencias, indudablemente, era vicioso. Dios me libre de haberlo sentado como principio: era invención de los ingleses, y para mí, sólo fué un recurso del momento; el mismo sistema continental en toda su extensión y rigor no era, en mi opinión, más que una medida de guerra y de circunstancias.

»La paralización del comercio exterior en mi reinado consistía en la naturaleza de las circunstancias; un momento de paz lo habría vuelto todo a su nivel natural.»

#### ARTILLERÍA.—SU USO.—SUS VICIOS.—ESCUELAS ANTIGUAS.

24.—Dijo el Emperador que había pasado las veinticuatro horas enteras con sus *Monitores*, sobre la Constituyente, y que se había divertido como con una novela, viendo formar a los hombres que más tarde representaron un gran papel; sin embargo, confesó

que era preciso tener una idea de los resortes exteriores; de otro modo, no interesaba tanto lo que se leía sobre aquella Asamblea, perdía su colorido y varias veces dejaba de ser inteligible; el objeto de los primeros momentos e intereses de la revolución quedaban enteramente oscuros, etc.

Después de comer habló mucho de la artillería: hubiera deseado más uniformidad en las piezas y menos subdivisión. El general — decía — se halla con frecuencia sin saber cuál es su mejor uso, y nada es superior a las ventajas de la uniformidad en todos los instrumentos y sus accesorios.

Se quejaba que la artillería no tiraba bastante en una batalla.

Es un principio en la guerra que no se deben escasear las municiones, excepto cuando son raras, pues de lo contrario, el fuego ha de ser continuo. Él mismo, que tantas veces había estado a pique de perecer por algunas balas perdidas, que sabía la influencia que esto tiene en la suerte de la batalla y de la campaña, era de opinión que debía tirarse continuamente sin calcular el gasto de las balas. Si hubiese querido — decía — evitar el peligro, se habría puesto a trescientas toesas, más bien que a seiscientas, porque a la primera distancia las balas pasan casi siempre por encima de la cabeza, pero a la segunda es forzoso caigan en alguna parte.

Decía que no se debía dirigir el fuego de la artillería contra las masas de infantería, cuando aquélla estuviese hostilizada por una batería enemiga. «Esto es una cobardía natural — decía jocosamente — y un instinto violento de la propia conservación.» Un artillero que estaba presente se opuso a esta observación,

y el Emperador continuó: «Sin embargo, ustedes se ponen al punto en defensa contra el que los ataca, y tratan de destruirlo para no ser destruidos. Muchas veces cesan ustedes el fuego para que los dejen sosegar y se dirija el enemigo a las masas de infantería, que para la batalla son de mucho más interés, etc.»

El Emperador hablaba con frecuencia del Cuerpo de Artillería; decía que era el mejor y más bien organizado de toda Europa; que en el servicio era enteramente como si fueran todos de una familia; que tenía unos jefes paternales, valientes, honrados y puros como el oro; demasiado viejos, porque la paz había sido muy larga: los jóvenes se reían de ellos, porque la sátira y la ironía era de moda en aquel tiempo; pero les adoraban, y no hacían más que lo que era justo.

MIS INSTRUCCIONES A MI HIJO PARA LA IMPRESIÓN DE LAS «CAMPAÑAS DE TALIA».—IDEAS DEL EMPERADOR SOBRE EL GENERAL DROUOT.—SOBRE LA BATALLA DE HOHENLINDEN.

26.—El Emperador nos llamó, a mi hijo y a mí, y nos designó nuestro trabajo en los *Monitores* para el complemento y comprobación de los capítulos de nuestra *Campaña de Italia*.

Tantas veces me dijo que aquella obra se publicaría en mi nombre y que me la daba, que abandonándome a la ilusión de su impresión futura, hice mis planes para que mi hijo, reuniendo todos los materiales, pudiese seguirla en caso que yo faltase. Durante la comida habló el Emperador otra vez de sus gene-

rales. Elogió el carácter de muchos, cuya mayor parte ya no existe. Exageró hasta lo infinito el talento y conocimientos del general Drouot. «Todo es probable en la vida—decía—, y sólo por lo ya conocido es por donde puede llegarse a lo desconocido. Drouot—continuó—sabe cuanto es necesario para formar un gran general, y tengo razones suficientes para tenerle por superior a un gran número de mis mariscales: no dudo que sea capaz de mandar cien mil hombres, y tal vez él mismo no lo creerá.»

En seguida habló del prodigioso valor de Murat y Ney; «tan superior a sus alcances—decía—, que hubieran sido capaces de hacer tonterías (si es permitido creerlo posible), dado caso que hubiesen sabido conocer el peligro. Tal es el enigma—continuó—de ciertas acciones en algunas personas; la desigualdad entre el carácter y el talento lo explica todo».

La conversación nos condujo a la célebre batalla de Hohenlinden. Decía el Emperador que esta era una de aquellas grandes acciones producidas por la casualidad, y cuyo éxito se había obtenido sin combinaciones. Moreau—repetía—no tenía invención ni era bastante decidido; por eso era mejor para la defensa. La batalla de Hohenlinden fué una verdadera refriega; el enemigo fué atacado en el centro de sus operaciones y vencido por unas tropas que él mismo había ya cortado y debía destruir; el mérito estuvo en los soldados y generales de los Cuerpos parciales, que se vieron en el mayor peligro y se batieron como héroes.

LAS RATAS, VERDADERO AZOTE PARA NOSOTROS, ETC.  
IMPORTUNIDADES DEL LORD CASTLEREAGH. — HEREDERAS FRANCESAS.

27.—Poco faltó para que no tuviésemos nada para almorzar; una plaga de ratas que salieron de infinitos agujeros de la cocina, durante la noche, se lo llevaron todo: estábamos materialmente infestados de estos animales, enormes y atrevidos, que poco tiempo necesitaban para horadar las paredes y techos. Con sólo el tiempo de la comida tenían bastante para penetrar en el salón, a donde acudían al olor; nos ha sucedido más de una vez tener que apalearlas después de los postres; y una tarde, que al salir el Emperador uno de nosotros fué a darle el sombrero, saltó de él una enorme. Nuestros palafreneros quisieron criar gallinas; pero tuvieron que renunciar a ello porque las ratas las devoraban todas: hasta de noche las cogían colgadas en los árboles.

Traduciendo el Emperador una especie de revista o diario, en el que se decía que lord Castlereagh, en una grande reunión pública había asegurado que Napoleón, después de su misma caída, no tuvo dificultad en decir que mientras hubiera reinado habría continuado la guerra contra Inglaterra, porque se había propuesto destruirla, el Emperador no pudo menos de incomodarse con estas palabras: «Es preciso — dijo con indignación — que lord Castlereagh esté muy familiarizado con la impostura, y que cuente demasiado con la credulidad de sus oyentes. ¿Sería posible que no les chocase semejante necedad, que

nunca habría yo podido pronunciar aun cuando lo pensase así...?»

Más adelante se leía también que el mismo lord Castlereagh había dicho en pleno Parlamento que si el Ejército francés era tan decidido a favor de Napoleón, era porque éste hacía una especie de conscripción de todas las herederas del Imperio y las distribuía entre sus generales. «En esto—repuso el Emperador—miente groseramente el lord; él mismo ha estado en Francia, ha visto nuestras costumbres, nuestras leyes y la verdad de los hechos; debe estar seguro que era imposible semejante cosa y muy superior a mi poder. ¿Qué concepto ha formado de nuestra nación? Los franceses eran incapaces de sufrir nunca tal tiranía. Sin duda que he hecho muchos casamientos y hubiera querido hacer más: este era un gran medio de amalgamar y de confundir en una sola familia unas facciones irreconciliables. Si hubiese tenido más tiempo a mi disposición, lo habría empleado en multiplicar estas uniones en las provincias reunidas, y aun en la Confederación del Rin, a fin de estrechar más y más esas partes dispersas; pero en todo esto no he empleado más que mi influjo, y jamás mi autoridad. Lord Castlereagh no se detiene en estos pormenores; su política le precisa a hacerme odioso, y todos los medios le son permitidos; la calumnia no le detiene, porque está en completa libertad de ofenderme; yo estoy entre cadenas, y ha tomado sus medidas para taparme la boca e impossibilitarme toda réplica; además, estoy a mil leguas del teatro político del día; su posición es excelente, nada le incomoda; pero con verdad puede decirse que es el colmo de la imprudencia, de la bajeza y de la villanía.»

## PORMENORES DEL GOBERNADOR SOBRE LOS GASTOS EN LONGWOOD.—LA HERMOSA IRLANDESA, ETC.

28. —A cosa de la una nos mandó llamar el Emperador a mi hijo y a mí. Le llevamos el primer capítulo de las *Campañas de Italia*, con el nuevo trabajo que lo completa, y estuvimos en su compañía hasta cerca de las seis.

El gobernador fué a visitar al gran mariscal, y le dió a entender vagamente que era preciso hacer algunas reducciones en Longwood; dijo sencillamente que se creía en Londres que la libertad que se nos había ofrecido para volver a Europa hubiera disminuído mucho el acompañamiento del Emperador. Dijo también, sin que el gran mariscal hubiese podido comprenderlo, que si teníamos medios propios podíamos ayudarnos con nuestro dinero y librar sobre nosotros como lo había hecho, etc., etc. Añadió además que su Gobierno no había supuesto dar al Emperador otra cosa más que una comida diaria de cuatro personas a lo más, y un convite por semana... ¡Qué pormenores!... ¿Sería su intención insinuarnos que, por lo que hace a nosotros, debíamos pagar nuestro escote contribuyendo por nuestra parte en lo venidero para los gastos de la casa? Que no se tenga por increíble, pues diariamente aprendemos a conocer que todo es posible.

En otra ocasión, recapitulando el Emperador lo que acababa de leer sobre la historia de una irlandesa, con cuyo motivo Goldsmith lo trataba muy mal, dijo que se acordaba muy bien que yendo en Bayona

al palacio de Marrah, en las fiestas que dió la ciudad de Burdeos, vió al lado de la emperatriz Josefina una cara divina que le interesó: no dejó de observarse la impresión que le había causado. Y es de creer que este lance se había dispuesto de antemano, y sabe Dios—decía el Emperador—con qué intenciones.

Era una señorita que después se casó y que Josefina acababa de nombrar su lectora. Aquella joven siguió, pues, hasta Marrah, y no hubiera dejado de hacer grandes progresos. En efecto, ya la ilusión había hecho su efecto, cuando M. de Lavalette, que tenía el secreto de los correos, vino a destruir el hechizo, mandando directamente al Emperador una carta dirigida a la tal joven, de su madre o tía, en la que se le prevenía el papel que debía representar; le recomendaban la sagacidad e insistían, sobre todo, en que no dejase de aprovecharse a cualquier precio de cuantos medios pudieran prolongar su favor o reservarles grandes relaciones de interés. «Con aquella lectura perdí toda la ilusión—decía el Emperador—; la bajeza de la intriga, la torpeza de los pormenores, el estilo y la mano que los había hecho, y, sobre todo, su título de extranjera, reprodujeron en mí un repentino tedio, y la hermosa irlandesa fué, en efecto, como dice Goldsmith, puesta en una silla de posta inmediatamente y encaminada a París. Y he aquí de qué manera un libelista supone un crimen lo que, en verdad, es más bien una virtud y un acto de continencia, del cual podría jactarme quizás con más razón que el famoso Escipión; pero de este modo se escribe la historia.»

Después de comer, no sabiendo el Emperador de qué echar mano para leer, dijo que, puesto que era constante que ninguno de nosotros tenía bastante ta-

lento para referir un cuento o historia, debíamos condenarnos, al menos, a elegir por turno la lectura de la tarde; y él empezó indicando el poema de *la Pitié* (la Piedad), por el abate Delille. Los versos le parecían muy bien hechos y las ideas muy agradables; pero, sin embargo—añadió—carece de invención y viveza; es superior, sin duda, a Voltaire, en la versificación; pero está muy lejos de serlo de nuestros grandes maestros.

HISTORIA DE LA CORTE DE LONDRES DURANTE NUESTRA EMIGRACIÓN; JORGE III; MR. PITT Y PRÍNCIPE DE GALES.—ANÉCDOTAS, ETC.—CASA DE NASSAU.—VUELTA NOTABLE DE NAPOLEÓN SOBRE SÍ MISMO, ETC.

30.—El Emperador me hizo llamar temprano para que almorzase con él: estaba triste, serio, y apenas hablaba. Habiendo yo citado por casualidad a Londres y nuestra emigración, me dijo, sin duda para fijar alguna conversación y distraerse: «¿En Londres debe usted haber visto la corte, al rey, al príncipe de Gales, Mr. Pitt, Mr. Fox y otros grandes personajes que figuraban entonces? Dígame usted lo que sepa de esto: ¿cuál era su opinión? En fin, una idea histórica.»

«Señor, V. M. olvida en este momento, o quizás nunca ha sabido bien, la posición de un emigrado en Londres: dudo que nos hayan recibido en corte; el buen anciano Jorge III se interesaba mucho por nuestras desgracias individuales; pero no quería demostrarlo públicamente. Y aun cuando hubieran querido admitirnos en su corte, nuestros medios no lo habrían

permitido; por lo tanto, yo no la vi. Sin embargo, he visto la mayor parte de los que menciona V. M.; sobre todo, he oído hablar mucho de ellos.

»He visto y oído al rey de muy cerca y en distintas ocasiones en la cámara de los Pares; al príncipe de Gales en las mismas circunstancias, y además en las concurrencias de la capital, pues en Londres no es como en Francia: allí no se advierte nuestra inmensa distancia entre la corte y la masa de la nación; el país es tan unido, las luces tan generales, la educación tan parecida, tan comunes los bienes, y la esfera de actividad tan rápida, que parece estar toda la nación reunida en un mismo punto y bajo un mismo plan: a la vista de este conjunto, que pudiera calificarse de distinguido, se halla uno en la precisión de preguntar: ¿donde está el pueblo? Cuya pregunta se le atribuye a Alejandro cuando fué a visitar Londres.

»Resulta, pues, que habiendo tratado a infinitas gentes de todas clases, jerarquías y opiniones, debo haber adquirido nociones que necesariamente pueden aproximarse mucho a la verdad. Por desgracia, entonces apenas me ocupaba en observar ni recoger noticias, y temo que en el día tan largo intervalo haya confundido los pormenores en mi memoria; sin embargo, diré que, por un privilegio particular, el príncipe de Gales parece estar dotado del poder que los ingleses llaman *the fascination* (los hechizos). Puede decirse que su sola voluntad es bastante para apaciguar a la multitud y corromper en cierto modo la opinión, reconquistándola tan luego como lo desea.

»Su vida está llena de estas pérdidas y recuperaciones de popularidad, y tal vez consiste en la certidumbre de tan feliz secreto la osadía con que arrastra la

opinión pública, como se le ha reprochado muchas veces: sus enemigos han dicho que esta especie de valor llegaba en él hasta el heroísmo; le han echado en cara la audacia con que en medio de una vida doméstica la más desordenada se había obstinado en que su mujer no siguiera su ejemplo; inconsecuencia que no puede atribuirse sino a las funestas sugerencias de los perniciosos consejeros enemigos de su gloria y reposo.

»Sea como fuere, el hecho es que se ha empleado vanamente contra la princesa la más baja corrupción el poder de las leyes y toda la influencia del heredero del trono, cosa que, según decían, desesperaba al príncipe y le cubría de ridículo; pues se reían de la mala suerte, sin ejemplo, por no poder probar lo que otros infinitos maridos pagarían tan caro por tenerlo oculto.

»El encono se acrecentaba con sus nuevas derrotas así como los tormentos de la víctima: la redujeron a una especie de destierro a algunas millas de Londres, la quitaron su hija y la ultrajaron en presencia de los soberanos que fueron a aquella capital: sin embargo, las manifestaciones de afecto prodigadas por la muchedumbre la vengaban constantemente, y hubieron de reducirla a que se ausentase de Inglaterra, a lo que consintió con el apoyo de algunas pérfidas insinuaciones, quizás de sus pretendidos amigos.»

El Emperador me interrumpió al llegar aquí, diciendo que omitía un punto muy esencial. ¿Cuándo y cómo llegó el príncipe al poder real? ¿Cómo se compuso con la oposición? ¿Qué hizo con sus antiguo amigos?

«Señor—dije—, aquí acaban mis verdaderas infor-

maciones. Hubo un tiempo en que la crisis política obligó a V. M. a cortar toda comunicación entre Inglaterra y Francia: no recibíamos ni los diarios ni las cartas, y los dos pueblos suspendieron enteramente sus relaciones; existe un verdadero blanco que temería referir inexactamente. Sin embargo, creo haber oído decir que después de las caídas y recaídas del anciano rey, todos los partidos convinieron, en fin, a la regencia del príncipe de Gales con el pleno ejercicio de la autoridad soberana. Entonces llegó aquella época tan deseada de mudanzas y de esperanzas. El cielo se abrió al fin para esa oposición, desde tanto tiempo hacía panegirista del príncipe para aquellos antiguos amigos que desde la infancia parecían haber unido su destino al suyo: pero con gran admiración de todos, y por no sé qué ardid, según dicen, del lord Castlereagh, no se mudó nada. Aquellos antiguos ministros, después de tanto tiempo objetos de la reprobación del príncipe, permanecieron en sus destinos, y sus caros amigos, tan tiernos y tan lisonjeados, quedaron burlados.

• La oposición levantó el grito; pero le respondieron chistosamente que cuando el malvado príncipe de Gales se hubo vuelto un gran rey, su primer cuidado había sido deshacerse de cuantos le rodeaban; esto podría ser plausible, pero de ningún modo aplicable, pues los primeros hombres de la nación se hallaban al frente de la oposición y estaban muy lejos de ser unos Falstaff, y otros tunantes de este tenor; así es que desde aquel momento abandonaron al príncipe absolutamente; los unos no quisieron verle más, otros desdijeron sus convites y desecharon las promesas. Citan a uno que al fin admitió del príncipe una comida

privada: éste, recurriendo a sus medios constantemente victoriosos, trató de experimentarlo con su gracia acostumbrada, diciéndole que no había podido obrar de otro modo; y le rogó le informase cuál era la causa iusta de que le acusaban sus antiguos amigos. El convidado, todavía quejoso, se aprovechó de la ocasión, y le recapituló sin reserva todas sus faltas con tal calor, que la princesa Carlota, que se hallaba presente y se inclinaba quizás a la opinión del convidado, se echó a llorar. Habiendo llegado esta escena al día siguiente a conocimiento de lord Byron, la consagró en unos versos, que hicieron algún ruido.

»¡Llora, hija de los reyes—decía—, llora las faltas de tu padre! ¡Pudiera cada una de tus lágrimas borrar uno de sus yerros! ¡Pudiera, sobre todo, el pueblo de Inglaterra, presintiendo en tu dolor su feliz porvenir, pagarte con una de tus lágrimas!

»A mi ida a Londres, en 1814, tuve el honor de que me presentasen al príncipe de Galés en Carlton; House—. ¿Y qué diablos fué usted a hacer allí—me dijo el Emperador?—Vuestra majestad tiene mucha razón; pero debe saber que fuí por una especie de punto de honor, y porque creí no poder obrar diferentemente. Muchos franceses se hallaban en aquel momento en Londres; yo era el único que hubiese estado cerca de vuestra majestad, llevado sus insignias y seguido la marcha que entonces aparentaban reprobar; y habiéndome dicho uno que los otros no sufrirían mi presentación, me decidí al punto. En efecto, veintidós franceses juntos fuimos presentados al príncipe; diré que jamás he visto más gusto en los modales, más encanto en la expresión, ni más armonía en todo el conjunto—creí ver lo sublime del buen gusto. Concebí todo el po-

der y toda la verdad de aquella magia encantadora, que tantas veces había oído atribuirle, y aun en aquel momento, señor, considerando aquella hermosa persona en donde creía leer la elevación de alma, el aprecio y el deseo de la gloria, me pregunto a mí mismo: ¿cómo es que vuestra majestad se halla aquí, y cómo es que unos ministros atroces han podido hacerle condescender a declararse al carcelero, él...?

•—Querido amigo—me dijo el Emperador—es porque quizás no es usted fisonomista, y tomó la aureola de la coquetería por la de la grandeza y el deseo de agradar por el amor el de la gloria, y que además ésta no se ve precisamente pintada en la cara; se halla en el fondo del corazón, y usted no lo registró (1).

•Y, ¿no me traducía usted el otro día—decía el Emperador—no sé qué papel u obra, en que se decía que el príncipe regente había mostrado gran aparato de interés y de simpatía en favor de los últimos Estuardos; que daba mucha importancia a la adquisición de lo que les había pertenecido, y que hablaba de elevar un monumento al último de ellos? En esto hay—añadió el Emperador—más cálculo que magnanimidad; y por esta razón trata de afirmar y consagrar su extinción. Allí empieza—dice él—mi legitimidad y seguridad; tiene razón. Si en mi tiempo y en las circunstan-

---

(1) La gran víctima ha sucumbido después de entonces... Yo, su servidor, he visto comenzar sus tormentos; otros me han transmitido las angustias de su larga agonía. ¡Expiró!... Y dejaron ya de tiranizar el nombre del príncipe. Así la inmortal víctima ha grabado con sus propias manos estas terribles palabras: *¡Je lègue l'opprobre de ma mort a la maison regnante d'Angleterre!*... Lego el oprobio de mi muerte a la casa reinante de Inglaterra.

cias en que los ministros ingleses habían sumergido Inglaterra se hubiese encontrado todavía algún joven Estuardo valiente, emprendedor, capaz y al nivel del siglo, que hubiese desembarcado en Irlanda, apoyado de las doctrinas modernas, se hubiera visto indudablemente el espectáculo de los Estuardos regenerados, arrojando a su turno a los Brunswicks degenerados. También Inglaterra tuvo su 20 de Marzo; y con todo, véase lo que es un trono y la peste que lo rodea; apenas un hombre se ha sentado en él, cuando ya se resiente del contagio.

»—Estos Brunswicks, cuya marcha dirigieron las ideas liberales, que la voluntad del pueblo elevó al trono, apenas se sentaron en él abrazaron la arbitrariedad y todo el supremo poder; quieren absolutamente seguir el mismo carril que ha derribado a sus predecesores. ¿Y por qué? ¿Porque son reyes...? ¡Y luego dirán que es la marcha inevitable!... Esta bella rama de los Nassau, por ejemplo; estos patronos en Europa de una noble independencia, cuyo liberalismo debía estar injerto en su sangre y hasta en el tuétano de sus huesos; estos Nassaus, digo, que por su territorio siempre serán los últimos, al paso que por sus doctrinas podrían ser los primeros, acaban de colocarles en un trono. Infalliblemente les verá usted ocuparse solamente de hacerse lo que en el día se llama legitimar, y tomar los principios, la marcha, los errores, etc. ¡Ah, querido mío! ¿No ha visto usted que a mí mismo se me ha hecho este reproche? Y tal vez no sin alguna apariencia de razón, pues al cabo no es imposible que muchos matices se me hayan escapado. Yo declararé, sin embargo, en una circunstancia solemne, que a mis ojos la soberanía no consistía

en el título, ni el trono en su aparato. Se me ha reprochado que apenas tuve en mi mano las riendas del Poder, ya había ejercitado el despotismo y la arbitrariedad; ¿por qué no dijeron la dictadura, y las circunstancias me hubieran absuelto sobradamente? También me han reprochado de haberme dejado desvanecer mi alianza con la casa de Austria, de haberme creído más verdadero soberano después de mi casamiento; en una palabra, de haberme creído desde aquel instante Alejandro, hijo de un Dios. Pero todos estos reproches, ¿eran justos? ¿He dado motivos verdaderos para semejantes ilusiones? Me casé con una mujer joven, bella, agradable, ¿y no debía serme permitido manifestar mi alegría? ¿No podía, pues, consagrarle algunos instantes sin incurrir en la censura? ¿No me era permitido tener yo mismo algunos momentos de felicidad? ¿Acaso hubieran querido que, a imitación del príncipe de Gales, hubiese maltratado a mi mujer desde mi primera noche de casado? ¿O bien esperaban que, copiando a cierto sultán, hubiera hecho volar su cabeza para evitar los reproches de la multitud? ¡No, no, amigo; mi única, mi verdadera falta en esta alianza, fué el haber puesto en ella un corazón demasiado sencillo!... Varias veces había repetido que el corazón de un hombre de estado sólo debía estar en la cabeza... Desgraciadamente, en este negocio el mío se quedó en su lugar para los sentimientos de familia, y este casamiento me ha perdido, principalmente porque creía en la religión, la piedad, la moral y el honor francés. ¡Le estimaba esencialmente!... ¡Fui cruelmente engañado!... Quiero suponer que otro lo haya sido a su turno; por lo mismo, se lo perdono... Pero la Historia, ¿se lo perdonará? Sí, tal vez...»

Napoleón guardó silencio, apoyando la cabeza en las dos manos; luego, saliendo como de un profundo letargo, dijo, levantándose: «¡Qué novela tan extraordinaria es mi vida!... Pero abra usted la puerta y salgamos.»

SAQUEO DE LOS EJÉRCITOS.—CARÁCTER DEL SOLDADO FRANCÉS.—DETALLES DE WATERLÓO QUE DIÓ DE NUEVO EL ALMIRANTE.

*Del 1.º al 4 de Julio.*—Se habló sólo del saqueo de los ejércitos y de los horrores que arrastra consigo.

«Pavía—decía el Emperador—es la única plaza que he dejado saquear; lo había prometido a los soldados por veinticuatro horas; pero al cabo de tres, ya no pude resistir más y lo mandé cesar. No tenía más que mil doscientos hombres, y los clamores del pueblo que llegaron a mis oídos pudieron más que mi persona. Si hubiese habido veinte mil soldados, la gritería de éstos en masa hubiera sofocado los gemidos de la población y no hubiera oído nada. Además, la política está felizmente conforme con la moral para oponerse al saqueo. Muchas veces he meditado sobre este objeto, y varias se me ha puesto en el caso de permitirlo a mis soldados, y verdaderamente lo hubiera hecho si lo hubiese creído ventajoso. Pero no hay cosa más a propósito para desorganizar y perder un ejército. Un soldado, en cuanto se le permite saquear, ya no tiene disciplina; y si con el saqueo se ha enriquecido, desde luego es un mal soldado y no quiere batirse.»

A eso de las tres el nuevo almirante, sir Pulney Malcolm, y sus oficiales se presentaron al Emperador.

El primero habló a solas con este último cerca de dos horas. cuya conversación necesariamente sería muy interesante, porque al salir dijo que acababa de recibir una famosa lección sobre la historia de Francia.

Parece que el Emperador le dijo, al concluir, lo mismo que ya creo haber apuntado en otra parte hablando de este sujeto: «Ustedes han exigido en Francia una contribución de setecientos millones; yo he impuesto a Inglaterra una de diez mil millones. Ustedes han exigido la suya con la fuerza de las bayonetas, y la mía la exigió el Parlamento inglés—. Este es el verdadero análisis de los negocios—respondió el almirante.»

Éste se hallaba en Bruselas comiendo con lord Wellington, cuando Blucher mandó decir que le habían atacado. Wellington—decía el almirante—tenía en Waterlloo noventa mil hombres, y Blucher veinticinco mil, precisamente los mismos que había calculado el Emperador. El almirante venía de América con doce mil hombres de tropas veteranas, sin siquiera sospechar el nuevo estado de Europa. En el mar supo por un barco mercante la revolución del regreso de la isla de Elba, pareciéndole tan mágica que no podía creerla. Sin embargo, a la vista de Plymouth, recibió orden de continuar su viaje a toda prisa hacia Ostende; llegó a tiempo, pues cuatro mil hombres de sus tropas, que indudablemente eran los mejores de toda la línea, pudieron tomar parte en la batalla. ¡Quién es capaz de estimar lo que influyeron en el éxito de ella! Los ingleses todo el día la creyeron perdida, y confesaban que así hubiera sucedido sin la falta de Grouchy. Durante la batalla el almirante estuvo con Wellington.

ANÉCDOTAS SOBRE EL 18 BRUMARIO.—SIEYES.—GRAN ELECTOR.—CAMBACERES.—LEBRUN.

El 5, después de haberse paseado el Emperador un rato en el jardín, salió en coche. El tiempo era hermoso, y dimos dos carreras a galope. Yo estaba solo con él; me habló mucho de mi hijo y de su suerte futura, con un interés y una bondad que me enternecieron. Decía que, atendida su tierna edad, la circunstancia de haber estado en Santa Elena era inapreciable para el resto de su vida, pues su moral se había hallado en el caso de fortificarse contra los vaivenes de la fortuna.

Después de comer, el Emperador habló del 18 brumario, contándonos una infinidad de detalles lo más minucioso. Como mucho tiempo antes yo lo había dictado al general Gourgaud, me referiré a aquella obra por lo que respecta a la masa del acontecimiento, limitándome a consignar aquí algunos rasgos o pequeños accesorios, que tal vez allí no se entenderán.

La situación del Emperador a su regreso de Egipto fué única y original: al instante todos le solicitaron, todos los partidos le habían comunicado sus secretos. Tres había muy distintos. El *manejo*, de cuyos jefes era uno el general J...; los *moderados*, conducidos por Sieyes, y los *pòdridos*—decía—, a cuyo frente se hallaba Barrás.

La determinación que tomó Napoleón de asociarse con los moderados, según decía, le puso en un peligro inminente. De los jacobinos nada tenía que temer, pues le habían ofrecido la dictadura: «Pero después de haber vencido con ellos—añadía—desde luego hu-

biera sido necesario vencerles a ellos mismos; porque un club no consiente un jefe permanente, pues necesita uno para cada pasión. Luego servirse hoy de un partido para atacarle mañana, de cualquier modo que se mire, siempre es una traición y no estaba en mis principios.

»Amigo mío — me decía el Emperador en otra ocasión, hablando del acontecimiento de brumario —, con venga usted en que de esto a la conspiración de Saint Royal hay una enorme diferencia: ésta presenta más intrigas y menos resultados, al paso que la nuestra no fué más que un momento feliz. Es cierto — añadía — que no hay ejemplo en la Historia de una revolución tan grande que causase menos trastorno, porque todos la deseaban, y por lo mismo el aplauso fué universal.

»En cuanto a mí, puedo asegurar que toda la parte que tomé en la conspiración se limitó a reunir a una hora fija la multitud de conocidos que me visitaban, y marchar a su frente para apoderarme del Poder.

»Sin que ninguno de ellos estuviese prevenido de antemano, desde la puerta de mi casa les acompañé a aquella conquista: en medio de su brillante acompañamiento, de su viva alegría y de su ardor unánime, me presenté a la barra de los ancianos para darles las gracias por la dictadura que me encomendaban.

»Se ha discutido metafísicamente, y todavía se discutirá mucho tiempo, sobre si violamos las leyes, si fuimos o no criminales; pero esto son otras tantas abstracciones, buenas cuando más para los libros y las tribunas, y que deben desaparecer ante la imperiosa necesidad; tanto valdría acusar de destructor al marino que cortase los palos de un buque para libertarlo del peligro. Lo cierto es que sin nosotros la patria

estaba perdida, y que la salvamos. Y así, los autores y principales actores de aquel memorable atentado político, en lugar de denegaciones y justificaciones, pueden y deben, imitando a aquel célebre romano, contentarse con responder arrogantemente a sus acusadores: *Protestamos que hemos salvado la patria; venid con nosotros a dar gracias a los dioses.*»

Completada la revolución de brumario, había tres cónsules interinos: *Napoleón, Sieyes y Ducos*, y entre ellos era preciso que hubiese un presidente. La situación era crítica, y el general era un hombre necesario; por lo mismo tomó la presidencia sin que sus dos colegas se atreviesen a disputársela. Además, Ducos desde luego abrazó decididamente su partido, diciendo que sólo el general podía salvarles. Sieyes se mordió la lengua, y mal que le pesase hubo de hacer lo mismo.

«Cuando se trató de fijar una constitución—decía el Emperador—, Sieyes representó otra escena muy chistosa. Las circunstancias y la opinión pública habían hecho de él una especie de oráculo en esta materia; y por lo mismo, presentó misteriosamente y con mucha importancia a las Comisiones de ambos Consejos las diferentes bases de su nueva constitución, las cuales, buenas, imperfectas o malas, todas se adoptaron, y al fin coronó la obra descubriendo la cumbre del edificio, que era la cosa que se esperaba con una curiosidad más viva e impaciente. Propuso un gran elector, cuya residencia debía ser en Versalles, disfrutando un sueldo de seis millones anuales, el cual representaría la dignidad nacional, sin más función que la de nombrar dos cónsules, uno de paz y otro de guerra, enteramente independientes en sus funciones respectivas. Y en el caso que este elector hubiese hecho un

mal nombramiento, el Senado debía *absolverle*, esta era la expresión técnica, es decir, hacerle desaparecer, confundiéndole de nuevo, en forma de castigo, en la clase de los demás ciudadanos.»

Napoleón, ya por la falta de experiencia en las asambleas, ya también por una circunspección que exigen las circunstancias del momento, casi no había hablado una palabra en toda la discusión; pero cuando se llegó al punto decisivo se echó a reír en las barbas de Sieyes y zahirió a lo que él llamaba sus boberías metafísicas. Sieyes no era propenso a defenderse—decía el Emperador—ni tampoco era capaz de hacerlo. Sin embargo, en aquel momento quiso decir que al cabo un rey no era otra cosa. Napoleón le respondió: «Pero usted toma el abuso por el principio, y la sombra por el cuerpo. Además, ¿cómo ha podido usted imaginarse, señor Sieyes, que un hombre de algún talento y un poco de honor quiera resignarse a representar el papel de un gorrino, engordándose a la estaca con el aliciente de algunos millones?» Con este chiste todos los asistentes se echaron a reír a carcajadas; Sieyes quedó confuso, y no hubo medio de hablar más de su gran elector; se decidieron por un primer cónsul con decisión suprema y el nombramiento para todos los empleos, y dos cónsules accesorios sólo con voz deliberativa; es decir, que desde aquel instante se reconoció la unidad del Poder. El primer cónsul era un verdadero presidente de América, cubierto bajo las formas que todavía exigía el espíritu receloso del momento; y, en efecto, dice el Emperador que su reinado comenzó realmente aquel día.

Napoleón sintió en cierto modo que Sieyes no hubiese sido uno de los tres cónsules. Éste, que en aquel

momento lo rehusó, también lo sintió después; pero ya era tarde. Se había equivocado sobre la naturaleza del consulado; temía ver humillado su amor propio, creyendo que a cada momento estaría en discusión con el primer cónsul. «Que, en efecto, así habría sucedido—decía el Emperador— si todos los cónsules hubiesen sido iguales y, por una consecuencia clara, enemigos entre sí; pero como la Constitución les había sujetado, no podía haber lucha de amor propio, ni motivo de enemistad; antes por el contrario, lo había para una verdadera unión.» Sieyes lo reconoció así, pero muy tarde. El Emperador decía que hubiera podido ser utilísimo en el Consejo, y aun quizás mejor que los otros, porque a veces tenía ideas nuevas y muy luminosas; pero por otro lado era inútil para el mando. En último análisis—añadía—, para mandar es necesario ser militar: sólo se gobierna con botas y espuelas; y Sieyes, sin ser medroso, la menor cosa le espantaba, pues hasta sus espías de política le interrumpían el sueño. En Luxemburgo, durante el consulado interino, a cada instante despertaba a Napoleón su colega, llenándole la cabeza de las tramas y conspiraciones que comúnmente descubría con su política particular. «Pero, ¿han seducido nuestra guardia?—le decía éste—. No—. Pues bien, váyase usted a dormir. En guerra y en amor, amigo mío, es menester verse de cerca. Cuando ataquen a nuestros seiscientos hombres, lugar tendríamos para inquietarnos.»

Por lo demás, decía el Emperador que en Cambaceres y Lebrún había elegido dos hombres de mérito, ambos distinguidos, sabios, moderados y de gran talento, pero de opiniones diversas. El uno era el defensor de los abusos, de las preocupaciones, de las ins-

tituciones antiguas, del restablecimiento de los honores, distinciones, etcétera, etc. El otro, frío, severo e insensible, oponiéndose a aquellos puntos, cedía sin hacerse ilusión, y era, naturalmente, propenso a la ideología.

SOBRE EL MARISCAL LANNES.—MURAT; SU MUJER.

*Día 14.*—Hablándose de sobremesa de lujo y adornos personales, se dijo que entre los personajes que han figurado en estos últimos años, ninguno había sido tan extremado como Murat, siendo de notar que las más de las veces era tan singular y ridículo, que el público le llamaba el rey Franconi (1). El Emperador se rió mucho, no pudiendo menos de confesar que ciertos trajes y vestidos algunas veces le daban efectivamente un aire de farsante o saltimbanqui; dijose también que Bernadote era muy esmerado en el vestido, y que Lannes pasaba mucho tiempo también componiéndose. El Emperador se sorprendió de lo que decían de estos dos, y recordando al mismo tiempo el sentimiento de la pérdida del último, decía: «Este desgraciado Lannes había velado toda la noche precedente a la batalla de Viena; por la mañana entró en la pelea sin haber comido nada, y todo el día se estuvo batiendo en ayunas; circunstancias que, al decir de los médicos, contribuyeron mucho a su muerte; porque después de su herida hubiera necesitado muchas fuerzas físicas para restablecerse, al paso que estando las suyas extenuadas, no hubo remedio.

---

(1) Con alusión a Franconi, director y propietario del circo de juegos de caballos que hoy se halla en París.

• Dicen comúnmente — prosiguió el Emperador — que hay ciertas heridas que hacen preferir la muerte. Les aseguro a ustedes que son muy raras, pues en el momento de perder la vida es cuando se hacen mayores esfuerzos para conservarla. Lannes, el más valiente de los hombres; Lannes, privado de ambas piernas, no quería morir, irritándose hasta el extremo de decirme que debiera mandar ahorcar a los dos cirujanos que tan brutalmente habían curado a un mariscal. Y esto sólo porque oyó que los dos facultativos que le cuidaban, hablando entre sí, decían que era imposible salvarle la vida.

• Este infeliz, a cada instante me estaba llamando; me cogía las manos sin querer soltarlas, pudiendo decirse que en sus últimos instantes todo su afecto y todos sus pensamientos se fijaban en mi persona. Es indudable que quería más a su mujer y sus hijos; pero lo cierto es que ni siquiera los nombraba, probablemente porque no se le ocurría la idea de que ellos pudiesen salvarle; antes al contrario, él era su protector y apoyo natural, al paso que consideraba en mí alguna cosa vaga e incierta de una naturaleza superior, y por lo mismo imploraba mi socorro... »

Alguien objetó entonces que en los salones se contaba la cosa de una manera muy diferente: se decía que Lannes había muerto como un furioso, maldiciendo al Emperador y su suerte; añadían que siempre lo había mirado con sobrecejo, y aun que varias veces se lo había manifestado con bastante insolencia.

« ¡Qué absurdo! — repuso el Emperador —; antes al contrario, Lannes me adoraba entrañablemente, y seguramente era uno de los hombres con cuya fidelidad podía contar en este mundo. Es muy cierto que con su

carácter fogoso podría escapársele alguna expresión contra mí, pero no es lo menos que era hombre capaz de romper la cabeza a cualquiera que me hubiese tomado en boca.»

Volviendo luego a Murat, observó alguno que había influido mucho en las desgracias de 1814. «Las decidió enteramente—dijo el Emperador—; él es una de las causas principales de que estemos aquí; pero la primera falta es mía. Eran muchos los que había elevado más allá de la esfera de sus conocimientos. No ha muchos días que estaba leyendo la proclama que hizo cuando se separó del virrey, que aun no la había visto. No se puede dar infamia más vergonzosa; dice en ella que ya llegó el tiempo de escoger entre dos banderas: la de la virtud y la del crimen. Es claro que era la mía la que llamaba del crimen; y esto, ¿quién lo escribe? ¡Murat, mi hechura, el marido de mi hermana, que me debe cuanto es y cuanto vale, que sin mí nadie lo hubiera conocido, ni hubiera sido nada en este mundo!... No, no es fácil separarse de la adversidad de una manera más brutal, correr con más insolencia y bajeza en pos de una nueva fortuna.»

La madre del Emperador, desde aquel instante, no quiso tratarse más con él ni con su mujer. A pesar de sus continuos esfuerzos para reconciliarse con ella, respondió constantemente que aborrecía los traidores y la traición. En cuanto llegó a Roma, después de los desastres de 1814, desde luego Murat le mandó ocho hermosísimos caballos de sus caballerizas de Nápoles; pero ella no quiso admitirlos, y aun despreció todas las tentativas de su hija, Carolina, que decía continuamente no tener ella la conducta del marido, y

que no podía mandarle; su madre la respondió cual otra Clitemnestra: «Si no pudiste mandarle, debías oponerte; y si no, ¿qué oposición hiciste?, ¿qué sangre se derramó? Sólo debías permitir que tu marido llegase a lastimar a tu hermano, tu bienhechor y soberano, pasando por encima de tu cadáver, que debía servirle de antemural.»

•A mi regreso de la isla de Elba, Murat se puso fuera de sí en cuanto supo que había desembarcado; la primera noticia que recibió fué de que yo me hallaba en Lyon, y como estaba acostumbrado a mis extraordinarios retornos de fortuna, pues varias veces me había visto en circunstancias prodigiosas, ya me creyó dueño de Europa, y sólo pensó en robarme Italia, dirigiendo a eso sus miras y esperanzas. En vano varios hombres de crédito, entre los pueblos que quería levantar, se arrojaron a sus pies diciéndole que se hacía ilusión, que los italianos tenían un rey, único objeto de su amor y estimación; nada le detuvo: se perdió y contribuyó segunda vez a nuestra pérdida, porque los austriacos, persuadidos de que obraba a instigación mía, no quisieron creer mis palabras de paz y desconfiaron de mí. La muerte desgraciada de Murat fué consecuente a su conducta. Murat tenía muchísimo valor y muy poco talento; su grandísima diferencia en estas dos cualidades explican suficientemente su carácter. Era muy difícil, y aun imposible, ser más valiente que Murat y Lannes, con la diferencia que el primero nunca pasó de valiente, y el segundo había adquirido talento al nivel de su valor, se había hecho muy temible.

•En resumen—continuó—, bajo cualquier aspecto que se mire, la muerte Murat no es menos horrorosa.

En las costumbres modernas de Europa, es un acontecimiento que hace época, una infracción al decoro público. ¡Un rey mandó arcabucear a otro rey reconocido por tal en todas las cortes!... ¡Se rasgó el velo de la ilusión!... ¡Qué ejemplo para los pueblos!...

ORDEN DE NUESTRO DESTIERRO.—BEAUMARCHAIS.—  
RESUMEN HISTÓRICO DE LAS OBRAS DE CHERBURGO.

*Día 15.*—A eso de las diez entró el Emperador en mi cuarto; quería salir a paseo y vino a sorprenderme. Salimos andando hacia el bosque, y la calesa, que ya hacía algún tiempo que estaba descansando, llegó al poco rato. Estábamos los dos solos y hablamos largamente sobre el *bill* (orden) de nuestro destierro. Cuando estuvimos de vuelta, el Emperador estuvo indeciso sobre si almorzaría a la sombra de los árboles, pero se decidió a entrar en casa; no volvió a salir en todo el día y comió solo.

Después de comer me mandó llamar: estaba leyendo en los Mercurios o diarios antiguos varias anécdotas y circunstancias de Beaumarchais; que el Emperador, durante su consulado, constantemente le había apartado de sí, a pesar de su talento, a causa de la mala reputación y poca moralidad. Esta lectura era mordaz, por la gran diferencia de costumbres de aquellos tiempos, tan inmediatos a nuestros días; se detuvo algún tiempo sobre el viaje de Luis XVI a Cherburgo; luego pasó a las obras de este puerto, y recorrió su resumen histórico con aquella claridad, precisión y atractivo que caracterizan cuanto dice.

«Era una magnífica y gloriosa empresa—decía—, muy

considerable en sí misma, y aun más atendido el estado del Tesoro en aquella época. Imaginaron formar el dique por medio de unos conos colosales que, vacíos por dentro, se construían en el puerto y luego los llevaban a remolque hasta su destino, y allí los sumergían con el peso de las piedras de que los llenaban (1), invención que era ciertamente muy ingeniosa. Luis XVI honró con su presencia aquellas operaciones, abandonando Versalles, que se notó como acontecimiento memorable. En aquellos tiempos, un rey nunca salía de su palacio; sus excursiones, cuando más, se extendían a una correría de caza; no viajaban como ahora, desde que yo he contribuído a movilizarlos.

»Bajo el reinado de Luis XVI se continuó aquella obra, sin interrupción; y nuestras asambleas legislativas duplicaron su actividad; pero los grandes desórdenes que sobrevinieron muy luego, la paralizaron, quedando enteramente abandonada, y cuando entré al Consulado, no quedaba ni siquiera vestigio visible de tan famoso dique. La imperfección primordial, el tiempo y la violencia de las olas habían hecho desaparecer toda la obra hasta muchos pies debajo del nivel de la marea baja.

»Sin embargo, en cuanto tomé las riendas del Gobierno, uno de mis primeros cuidados fué el de tener conocimiento de una obra tan importante; en efecto, nombré algunas comisiones, hice discutir el negocio delante de mí mismo, me apoderé de los planes, y desde luego decidí que el levantamiento del dique se

---

(1) Estos conos tenían 60 pies de alto, 104 de diámetro en su base y 60 en la cumbre.

emprendería de nuevo con la mayor actividad; que los dos extremos, con el tiempo, formarían dos fortificaciones, y que desde aquel instante se trabajaría, a fin de ponerlo muy en breve en estado de establecer en el centro una batería provisional considerable. Entonces empezaron los inconvenientes, las objeciones, el interés particular de unos, el amor propio de las opiniones de otros, etc., etc. Varios decían que esto era impracticable; pero no escuché a nadie: insistí, quise, y se hizo. En menos de dos años se vió nacer, como por encanto, una isla verdadera, en la cual se colocó una batería de grueso calibre. Los ingleses hasta entonces se habían reído de nuestra obra; habían juzgado desde el principio, decían, que no tendría resultado; habían creído que los conos se destruirían, que las piedras pequeñas obedecerían al movimiento de las olas, y sobre todo contaban con nuestra fatiga e inconstancia; pero entonces ya mudaron de tono, y por ello amenazaron querer impedir la continuación de la obra; pero era tarde, pues ya estábamos en estado de resistirles. La entrada occidental había quedado, inevitablemente, demasiado ancha, y las dos fortificaciones de los extremos, que cada una defendía su propia entrada, no pudiendo cruzar sus fuegos, podían permitir que un enemigo audaz y constante forzara el paso del Oeste, viniera a fondear dentro del mismo dique, y renovase allí el desastre de Aboukir; pero con mi batería central interina ya lo había remediado; sin embargo, como yo soy amigo de lo sólido y permanente, mandé construir en el interior del dique, en su centro y como apoyo y refuerzo del mismo, que al propio tiempo le servía de abrigo, un enorme pastel elíptico, dominando la bate-

ría central, formando sobre dos casamatas a prueba de bomba, cincuenta piezas de grueso calibre con veinte morteros de largo alcance; como también sus cuarteles necesarios, almacén de pólvora, aljibe, etc.

• Tuve la satisfacción de ver acabada esta magnífica obra.

• Concluída la defensiva, ya sólo debía ocuparme de la ofensiva, que consistía en poder reunir en Cherburgo toda la masa de nuestra flota. Pero la rada no podía abrigar más que quince navíos, y para aumentar el número de éstos hice abrir un nuevo puerto: ¡no, nunca los romanos emprendieron obra tan grandiosa, tan difícil ni de mayor duración! Se abrió la roca viva y el granito hasta cincuenta pies de profundidad; y para solemnizar su fin, María Luisa fué en persona cuando estaba en los campos de batalla, en Sajonia. De esta manera había lugar para quince navíos más; pero todavía no era bastante, y por lo mismo contaba darle muchísimo más ensanche. Estaba resuelto a renovar las maravillas de Egipto en Cherburgo: ya había levantado una pirámide en el mar; también hubiera tenido mi largo Moeris. Mi gran proyecto era poder concentrar en Cherburgo todas nuestras fuerzas marítimas, que con el tiempo hubieran sido inmensas, a fin de poder dar el golpe mortal a nuestro enemigo. Establecía mi terreno de manera que ambas naciones hubiesen, por decirlo así, podido agarrarse cuerpo a cuerpo, y entonces el éxito no hubiera sido dudoso, pues habríamos sido cuarenta millones de franceses contra quince de ingleses, y hubiera terminado con otra batalla de Actium; y después, ¿qué hubiera hecho de Inglaterra? ¿La hubiera destruído? No, ciertamente; sólo la hubiera pe-

dido el término de una usurpación intolerable. El goce de unos derechos imprescriptibles y sagrados, la franquicia, la libertad de los mares, la independencia y el honor de las banderas; yo hablaba en nombre de todos, y lo hubiera obtenido de buen grado o por fuerza, el buen derecho, y el voto general de las naciones, etc.»

LARGA AUDIENCIA CONCEDIDA AL GOBERNADOR.—CONVERSACIÓN NOTABLE.

16.—A las nueve salió a paseo el Emperador en coche; se avistaba un navío, y se detuvo a mirarlo con el antejo; hizo subir al doctor, que encontró haciendo lo mismo, y a su regreso almorzamos todos juntos debajo de los árboles; habló mucho con el doctor sobre la conducta del Gobierno para con nosotros, sobre las continuas vejaciones, etc., etc.

A eso de las dos vinieron a preguntar al Emperador si quería recibir al gobernador. Estuvo hablando con él más de dos horas recapitulando, sin incomodarse, todos los puntos en discusión, todas nuestras quejas, sus culpas, hablando sucesivamente a su razón, a su espíritu, a sus sentimientos y a su corazón. Le facilitó los medios de remediarlo todo y ponerse de acuerdo, pero fué en vano; porque aquel hombre no tiene fibras—decía—y por lo mismo nada había que esperar de él.

Le había asegurado—decía el Emperador—que cuando hizo arrestar al criado de M. Montholon, no sabía que estuviese a nuestro servicio, añadiendo que no había leído la carta cerrada de madama Bertrand.

El Emperador le había dado a entender que su carta al conde Bertrand estaba concebida en términos enteramente extraños a nuestras costumbres y opuesta a nuestras preocupaciones; que si él mismo, siendo simple general y confundido en la vida privada, hubiera recibido semejante invectiva del gobernador, necesariamente hubieran medido sus espadas, pues no se insulta impunemente, so pena de reprobación social, a un hombre tan conocido y venerado en Europa como debía serlo el mariscal Bertrand; que se alucinaba sobre su situación con respecto a nosotros; que todo cuanto hacía aquí, incluso la conversación del momento, pertenecía a la Historia; que diariamente deshonoraba su mismo Gobierno y a su nación con la conducta que observaba; que al cabo su Gobierno la desaprobaba, y que tildaría su nombre con una mancha que redundaría contra sus hijos. «¿Quiere usted—le decía el Emperador—que le diga francamente lo que pensamos de usted? Le creemos capaz de todo, *pero de todo*; y mientras conservemos el odio, pensaremos lo mismo. Todavía aguardo algún tiempo, porque quiero estar seguro; y entonces me quejaré de que el peor proceder de los ministros no ha sido mandarnos a Santa Elena, sino de haber encargado a usted el mando de la isla. Con respecto a nosotros, usted es un azote mil veces más intolerable que las miserias de este espantoso peñasco.»

El gobernador respondía a todo esto que daría cuenta a su Gobierno; que con el Emperador al menos se instruíra de algo; al paso que con nosotros no hacía más que agriarse, pues teníamos el arte de emponzoñarlo todo.

Por lo que respecta a los comisarios de las poten-

cias aliadas, que el gobernador pidió permiso de presentar al Emperador, éste se negó rotundamente a recibirlos como hombres revestidos de un carácter político; pero al mismo tiempo dijo al gobernador que recibiría con mucho gusto su visita como hombres privados, pues no sentía la menor repugnancia por ninguno de ellos, incluso el de Francia, M. de Monchenu, que podía ser un excelente hombre, y había sido súbdito suyo durante diez años, a más de que, habiendo sido emigrado, probablemente le era deudor de la gracia de su regreso a Francia; sobre todo, era francés, título para él indeleble, que ninguna opinión podía alterar, etc.

Por último, en cuanto a las nuevas obras que debían hacerse en Longwood, cuya propuesta había motivado la visita del gobernador, le respondió el Emperador que no las quería, prefiriendo vivir mal como estaba, a comprar alguna mayor comodidad a costa de mucho ruido y trapisonda; que las construcciones que le proponían necesitaban años enteros para ejecutarse, y antes que se concluyeran, o ya no valdríamos lo que costábamos, o la Providencia les habría desembarazado de nosotros, etc., etc.

SOBRE LAS LINDAS ITALIANAS.—MADAMA GASSINI.—  
MADAMA V... Y BERTHIER.

17.—El Emperador me mandó llamar a las dos; se vistió, y salimos en coche. Madama Montholon vino con nosotros, haciendo su primera salida de recién parida. La conversación recayó principalmente sobre las italianas, su carácter y hermosura.

El joven conquistador de Italia, desde el primer instante que se presentó en aquel país excitó todos los entusiasmos y ambiciones; el Emperador se complacía en repetirnoslo: principalmente el bello sexo, todo, en general, aspiraba a agradarle y conmover su corazón. Pero fué en vano. Su alma era demasiado fuerte para caer en el lazo, conociendo que debajo de las flores se ocultaban las espinas. Su posición era muy delicada, porque tenía bajo sus órdenes varios generales ya veteranos; y, por lo mismo, debía usar de mucha circunspección y obrar con mucho talento, porque todos sus movimientos eran notados por ojos celosos y perspicaces. Su fortuna estribaba en su prudencia: podía haber tenido una hora de distracción, y ¡cuántas victorias—decía—han dependido de mucho menos!

Algunos años después, cuando se coronó en Milán, la célebre cantante madama Gassini le llamó la atención; como las circunstancias eran menos austeras, la mandó llamar, y, después del primer momento de un repentino conocimiento, ella le recordó que había hecho su primera salida a las tablas precisamente cuando el general del ejército de Italia hizo sus primeras hazañas. «Entonces—decía ella—estaba yo en todo el lustre de mi belleza y talento; sólo se hablaba de mí en las vírgenes del Sol; seducía todos los ojos e inflamaba todos los corazones. Solamente el del general estuvo frío, a pesar de que él solo ocupaba el mío; ¡qué rareza tan singular! Cuando yo podía valer algo, cuando toda Italia estaba a mis pies y yo la despreciaba heroicamente por sólo una mirada vuestra, no pude obtenerla, y he llamado vuestra atención ¡ahora, que ya no soy ni siquiera mi sombra, ni, mucho menos, digna de vos!»

La famosa madama V... también se contaba entre la multitud de las Armidas; cansada de perder su tiempo se acogió a Berthier, que desde aquel instante no vivió sino para ella. Un día el general en jefe le regaló (a Berthier) un magnífico brillante que valía más de cien mil francos. «Tome usted—le dijo—; como a menudo jugamos nuestro resto, acaso algún día podrá servirle de recurso en caso necesario.» No bien se habían pasado veinticuatro horas, cuando madama Bonaparte fué a hablar a su marido de un rico diamanté que causaba la admiración general; era el recurso en caso necesario, que de las manos de Berthier ya había pasado a la cabeza de madama V... Desde entonces, ésta no ha cesado de gobernarle en todas las circunstancias de su vida.

Habiendo el Emperador, posteriormente, colmado a Berthier de honores y riquezas, le instaba para que se casase; pero éste se resistió constantemente, diciéndole que sólo madama V... podía hacerle feliz. No obstante, habiendo llegado a París una princesa de Baviera, con deseos de que el Emperador le escogiera un marido, el hijo de madama V... hizo conocimiento con ella. Madama V... creyó hacer maravillas y fomentar la fortuna de su hijo casando al mismo tiempo a su amante, y con esta mira decidió a Berthier a casarse con la princesa de Baviera; pero ¡no hay proyecto sabio que esté al abrigo de un capricho de la fortuna! Decía el Emperador que apenas se hubo consumado el casamiento, cuando murió el marido de madama V..., y ésta quedó libre. Entonces ella y Berthier estaban en el colmo de la desesperación e inconsolables. Éste se presentó llorando al Emperador, que no

quiso oírle. «¡Qué desgracia! — decía —. Con un poco más de constancia se hubiera casado con madama V...», etc., etc.

ARRABAL DE SAINT-GERMAIN.—ARISTOCRACIA, DEMOCRACIA.—EL EMPERADOR QUISIERA HABERSE CASADO CON UNA FRANCESA.

18.—A las cuatro, el Emperador me mandó llamar; estaba muy débil, porque habiéndose puesto a léer dentro de un baño caliente, se había estado tres horas en él leyendo dos volúmenes enteros, y se había quemado el muslo derecho con el caño de agua hirviendo. Luego se afeitó; pero no quiso vestirse.

A las siete y media mandó poner dos cubiertos en su gabinete; y contrariando su deseo con quitar sus papeles para desocupar la mesa, los hizo colocar de nuevo como estaban y mandó servir la comida en otra mesa pequeña.

La conversación duró mucho tiempo, preguntándome sobre asuntos varias veces discutidos, por cuyo motivo debo esmerarme en no repetir lo ya dicho; tanto más, cuanto la materia no deja de serme un tanto lisonjera. Hablamos de nuestra juventud, de nuestros estudios en la Escuela Militar, y luego de las Escuelas que había establecido en Saint-Cyr y Saint-Germain; y por último, vino a parar a la emigración y lo que llama nuestros *enmohecidos*. Se animó, e insensiblemente tomó buen humor al oír unas anécdotas que le conté del barrio de Saint-Germain, relativas a su persona; y como los objetos más pequeños se hacen muy grandes en cuanto él los toca, dijo:

«Ya veo que tomé mal mis medidas con respecto a vuestro barrio de Saint-Germain. Hice demasiado, o muy poco; bastante para descontentar el partido opuesto, y poco para atraerme enteramente el otro; por unos cuantos que había codiciosos de dinero, la masa se hubiera contentado con honores y viento, que hubiera podido darles hasta la saciedad sin herir en el fondo nuestros principios modernos. Amigo mío, a pesar de que me ocupé mucho de este negocio, creo que me quedé corto. Desgraciadamente, mis buenas intenciones estaban aisladas. Cuantos me rodeaban las contrariaban en vez de apoyarlas; al paso que no podía haber más que dos partidos con respecto a ustedes, a saber: el de extirpar y el de dilatar o confundir. El primero no podía entrar en mis ideas, y el segundo, aunque no era fácil, no lo creí superior a mis fuerzas, pues aunque nadie me había ayudado yo lo había conseguido; si yo hubiese permanecido, la cosa estaba hecha. Esto parecerá prodigioso al que sepa juzgar el corazón humano y el estado de sociedad, y yo estoy persuadido que no se puede citar un ejemplo en la Historia de un resultado obtenido en tan poco tiempo. Ya había yo calculado toda la importancia de ello; debía completar la unión a cualquier precio, y con ella hubiéramos sido invencibles. Lo contrario nos ha perdido; todavía puede prolongar mucho nuestros males, y tal vez acarrear la agonía de la pobre Francia. Lo repito de nuevo: hice demasiado, o muy poco; debí haberme atraído toda la emigración cuando entré, pues la aristocracia fácilmente me hubiera adorado; al cabo yo necesitaba una, porque es el verdadero y único apoyo de una Monarquía; es su moderador, su palanca, su punto de resistencia; sin ella, el Estado es

lo mismo que un navío sin timón o un globo aerostático en los aires. Lo mejor de la aristocracia, o, por mejor decir, su parte mágica está en su antigüedad y en el tiempo, precisamente las dos cosas que yo no podía crear, pues me faltaban intermediarios. Monsieur de Breteuil se había introducido cerca de mi persona y me excitaba a ello; pero M. de Talleyrand, que, sin duda, no era querido, empleaba todos los medios para disuadirme. La democracia razonable se limita a proporcionar a todos la igualdad para pretender y obtener; por ello la verdadera marcha que hubiera debido seguirse era el haber empleado los gestos de la aristocracia con las formas e intenciones de la democracia; y, sobre todo, era necesario ensalzar los nombres antiguos que figuran en nuestra historia, pues era el único medio de envejecer al instante las instituciones más modernas.

»Sobre este particular yo tenía ideas enteramente más. Si Austria y Rusia habían levantado dificultades, iba a casarme con una francesa; hubiera escogido un nombre de los más antiguos de la Monarquía, como era mi primer pensamiento, y aun diré mi verdadera inclinación; sólo mis ministros pudieron impedírmelo oponiéndome la política. Si yo me hubiese rodeado de los Montmorencys, los Nerles, Clisson y otros, hubiera adoptado sus hijas y casádas con los soberanos extranjeros. Mi orgullo y mi placer hubieran consistido en extender estas bellas estirpes francesas, si se hubiesen unido enteramente y de buena fe con nosotros. ¡No supieron prever mis ideas! Tanto ellos como los míos no han visto en mí sino preocupaciones, cuando yo obraba consecuente a las combinaciones más profundas. Comoquiera que sea, la noble-

za antigua ha perdido mucho más de lo que cree... No tiene espíritu ni conoce la verdadera gloria. ¿Por qué desgraciada inclinación ha preferido ir a encenagarse en el fango de los aliados; en vez de seguirme a la cima del Simplón? (1) ¿Para imponer respeto y admiración a todo el resto de Europa? ¡Insensatos!... De otra parte, sólo el tiempo me faltó; yo tenía en mi librito de Memorias un proyecto que me hubiera atraído la mayor parte de aquellas gentes, al paso que era muy justo: éste se reducía a que todo descendiente de un antiguo mariscal, ministro, etc., etc., tuviese derecho para hacerse declarar duque, presentando la dotación requerida; y todo hijo de general, gobernador de provincia, etc., etc., para en cualquier tiempo hacerse reconocer conde, etc. Lo que hubiera adelantado a unos, habría mantenido las esperanzas de otros, excitado la emulación de todos y no hubiera humillado el orgullo de nadie, siendo grandes estímulos enteramente inocentes y, de otra parte, conformes con la marcha de mis combinaciones.

»Las naciones viejas y corrompidas no se gobiernan como los pueblos antiguos y virtuosos; por un hombre que en el día de hoy se sacrificara por el bien público, hay millares y millones que sólo conocen sus intereses individuales, sus placeres y su vanidad: por lo mismo, sería un acto de demencia el querer regenerar a un pueblo en un solo instante o, como si dijéramos, en posta. El gran talento del artista consiste en saber emplear los materiales que tiene a la mano; y he aquí, amigo mío, uno de los secretos del restablecimiento de todas las formas monárquicas, de todos

(1) Montaña muy elevada de los Alpes.

los títulos, cruces y cordones. El gran secreto del legislador debe cifrarse en saber sacar partido de las cosas, aun a pesar de los que pretenden dirigir. A más de que, en nuestro caso, todo esto presenta pocos inconvenientes y muchas ventajas. El grado en que nos hallamos de civilización es muy a propósito para llamar los respetos de la muchedumbre, imponiendo al propio tiempo el de sí mismo; y puede así satisfacerse la vanidad del débil, sin espantar las cabezas fuertes, etc. » Era ya muy tarde, y el Emperador me despidió diciéndome: «Vamos, amigo mío, he aquí una noche bien aprovechada.»

DEPÓSITO DE MENDICIDAD EN FRANCIA.—PROYECTOS DE NAPOLEÓN SOBRE LA ILIRIA.—HOSPITALES.—HUÉRFANOS.—PRESOS DE ESTADO.—IDEAS DEL EMPERADOR.

20.—Por la mañana me mandó llamar el Emperador; estaba leyendo una obra inglesa que trataba del contingente de los pobres, de su inmensidad, de los innumerables individuos que están a cargo de sus parroquias; no se cuenta más que por millones de hombres, y centenares de millones de dinero.

El Emperador creía haber leído mal, o no haber entendido lo que leía, porque le parecía imposible. No comprendía qué especie de vicios podían dar motivo a que hubiese tantos pobres en un país tan rico, industrial y abundante de recursos para el trabajo cual es el de Inglaterra. Todavía entendía menos por qué maravilla los propietarios, sobrecargados por sus espantosas imposiciones ordinarias y extraordinarias,

podían además socorrer las necesidades de aquella multitud. «Pero en Francia no hay cosa que se pueda comparar à esta ni en una centésima, ni en una milésima parte. ¿No me ha dicho usted que yo le había enviado en misión a los departamentos sobre el asunto de la mendicidad? Veamos: ¿cuántos pordioseros teníamos? ¿Cuánto costaban? ¿Cuántas casas de beneficencia establecí? ¿Cuántos mendigos había en ellas? ¿Cuál era el estado de la extirpación proyectada?»

A tan multiplicadas cuestiones me vi precisado a responderle que como se había pasado ya mucho tiempo, durante el cual muchísimos otros asuntos habían ocupado mi espíritu, me sería imposible responderle de memoria; pero que entre los pocos papeles que tenía conmigo, precisamente debía encontrarse el informe que le presenté sobre esta materia, y que cuando gustase podría satisfacerle completamente. «Tráigamelo usted al instante—me dijo—: las cosas no fructifican sino cuando se aplican a propósito.»

En dos minutos puse en sus manos el informe. «Bueno—me dijo el Emperador poco rato después (pues no se detuvo mucho en examinarlo)—; esto, en efecto, en nada se parece a Inglaterra. Sin embargo, nuestra organización era defectuosa; yo ya la había sospechado, y por esta razón le había mandado con este encargo. El informe de usted hubiera llenado completamente mis ideas. Usted entra francamente en la cuestión como un hombre honrado, sin temor de desagradar al ministro quitándole una multitud de nombramientos de empleados.

» Veo aquí muchos pormenores que me gustan; ¿por qué no me los presentó usted mismo? Yo lo habría celebrado mucho; porque así hubiera conocido su

mérito.—Señor, esta vez me hubiera sido imposible, porque ya estábamos en la mayor confusión y trastorno, a causa de nuestras desgracias. — Usted hace aquí una observación muy justa, y sienta una base incontestable, cual es que en el estado floreciente del Imperio en ninguna parte se podría encontrar un brazo que pudiese faltarle el trabajo; por consiguiente, sólo los vicios y la pereza podían criar mendigos.

»Usted es de parecer que su extirpación total era posible; también yo estaba convencido de lo mismo.

»El proyecto de usted de levantar en masa una vasta y única cárcel en cada departamento, era propio para la tranquilidad de la sociedad, y al mismo tiempo para el bienestar de los presos; su idea de hacer de estos edificios unos monumentos para muchos siglos hubiera llamado mi atención. Esta empresa gigantesca, su utilidad, su importancia y la duración de sus resultados, todo entraba en mi modo de pensar.

»En cuanto a la universalidad del pueblo, de que usted habla, temo mucho que no fuese un bello fantasma de filantropía, a la manera del Abate de Saint-Pierre. Pero al cabo, yo hubiera nombrado una comisión que analizara sus proyectos, usted los habría sostenido por su autoridad, y yo, con conocimiento de causa, hubiese pronunciado por mi propio juicio y única decisión. Tal era mi modo de obrar y mis intenciones. Yo he dado el ímpetu a la industria, la he abierto una carrera rápida en toda Europa, y hubiera querido hacer otro tanto con todas las facultades intelectuales; pero no me han dado lugar para ello: érame preciso fecundar con prontitud, y las más de las veces no sembraba más que en arena y terrenos estériles.

»¿Qué otros encargos le había yo dado a usted?— Uno en Holanda y otro en Iliria.—¿Tiene usted los informes?—Sí, señor.—Tráigamelos usted...; pero no; vale más evitar semejantes lecturas..., pues al cabo ya no tienen objeto.»

¡Cuánto decían estas pocas palabras!...

Con respecto a Iliria, continuó el Emperador: «Mi intención adquiriendo Iliria nunca ha sido de conservarla, ni menos entró en mis ideas la destrucción de Austria; antes, por el contrario, era indispensable a mis planes; pero Iliria en nuestro poder era una vanguardia en el centro de Austria, capaz de contenerla una centinela a las puertas de Viena para forzarla a andar derecha; y además, yo quería introducir y arraigar nuestras doctrinas, nuestra administración y nuestros códigos; era un paso más hacia la regeneración europea. A más de esto, sobre Iliria no he formado un solo proyecto, porque los cambiaba muy a menudo; tenía yo pocas ideas realmente fijas, pues lejos de obstinarme a dominar las circunstancias a medida que éstas se presentaban, me sujetaba a su imperio, cambiando de opinión siempre que lo reconocía útil. Sin embargo, después de mi casamiento, mi idea dominante ha sido de que Austria lo tuviese por prenda e indemnidad de Galitzia, cuando a cualquier precio restableciese Polonia en corona separada e independiente, importándome muy poco que recayese en un amigo, enemigo o aliado mientras que la cosa se efectuase, pues todo me era igual. Amigo mío, yo he formado proyectos muy vastos y en crecido número, y a buen seguro que todos eran para el interés de la razón y el bienestar de la especie humana. Me temían como el rayo; me acusaron de tener una mano

de hierro; pero en cuanto esto hubiese llegado al punto de su destino, todo se hubiera suavizado, y todo el mundo hubiera estado contento. ¡Cuántos millones de hombres me hubieran bendecido entonces y en la posteridad! Pero es menester convenir en que muchas fatalidades se acumularon contra mí cuando iba a concluir mi carrera. Mi desgraciado casamiento, las perfidias que le siguieron, esta úlcera de España, sobre la cual no podía volver atrás; la funesta guerra de Rusia, que tuvo efecto por una equivocación; el espantoso rigor de los elementos, que devoró todo un ejército...; ¡y además, el Universo entero contra mí!... ¿No es, sin embargo, maravilla que haya podido resistir tanto tiempo, y que más de una vez me haya visto a punto de vencer todos los obstáculos y salir de este caos más poderoso que nunca? ¡Oh, destino de los hombres!... ¡Oh, sabiduría! ¡Oh, previsión humana!...» Y luego, volviendo repentinamente a mi informe, me dijo: «He visto que usted visitó un gran número de departamentos; la misión, ¿fué muy larga? El viaje, ¿fué agradable? ¿Se aprovechó usted de todas las circunstancias? ¿Juzgó usted bien de la situación del país, de la opinión pública, etc.?»

«Señor —le respondí—; jamás se ha verificado una misión más agradable y satisfactoria bajo todos aspectos. Es cierto que su único objeto era la inspección de los depósitos de la mendicidad y casas de corrección; pero conociendo la necesidad de hacerme útil al Consejo de Estado, aprovechando los servicios de mi situación, espontáneamente me adelanté a inspeccionar con escrupulosidad las cárceles, hospitales, oficinas y establecimientos de beneficencia, etc., como también de visitar todos nuestros puertos y escuadras.

¡Qué magnífico conjunto me presentó el cuadro que esta feliz circunstancia desarrollaba ante mis ojos!

»En cuanto a los depósitos de mendicidad, que era el objeto especial que se me había encargado, puedo decir, señor, que las intenciones de vuestra majestad habían sido mal entendidas, y que el objeto principal había sido enteramente equivocado. En la mayor parte de los departamentos no sólo no se había destruído la mendicidad, sino que ni tan siquiera se había procurado; porque varios prefectos, lejos de construir los depósitos como un espantajo para los *pordioseros*, no veían en ellos sino un refugio para los pobres; en vez de presentar la reclusión como un castigo, la hacían solicitar como un asilo; de manera que los hombres del campo laboriosos de las inmediaciones podían envidiar la suerte de los reclusos. De este modo podía inundarse Francia de semejantes establecimientos, que todos se hubieran llenado sin que hubiese menos *pordioseros*, que ordinariamente son hombres que lo toman por oficio y lo abrazan con gusto. Sin embargo, tuve motivos fundados para creer muy posible la extirpación de esta lepra del Estado, y fué bastante para convencerme de ello el ver algunos departamentos en los cuales habían entendido mejor el proyecto. En algunos había desaparecido casi enteramente.

»Una observación que se presenta muy notable es que, considerando las cosas desde un punto de vista igual, la mendicidad es mucho más rara en los países pobres y estériles, mucho más común en las provincias fértiles y abundantes y, al mismo tiempo, infinitamente más difícil de disipar en los parajes en donde el clero ha sido más rico y poderoso. En Bélgica, por ejemplo, se ven *pordioseros* que se hacen un honor a

su profesión, y anagloriándose de ejercerla desde muchas generaciones; estos son sus títulos de nobleza, teniendo además sus barrios para vivir.» «Pero esto no me admira—dijo el Emperador—; el nudo de este grande negocio consiste enteramente en la estricta separación del *pobre* que infunde respeto, del *pordio-sero* que debe excitar la cólera; así es que nuestros delirios parece que mezclan también estas dos clases que quieren hacer de la mendicidad un mérito o una especie de virtud, y la excitan presentándole recompensas; pues al cabo los pordio-seros no son más ni menos que unos frailes descalzos, y esto es tan cierto, que en la nomenclatura se ven los frailes mendicantes. ¿Cómo es posible que semejantes ideas no acarreen la confusión y el desorden a la sociedad? Se han honrado un gran número de personas, cuyo gran mérito era la mendicidad, y parece que les han premiado por lo que en buena policía no hubiera debido merecer más que el castigo de su holgazanería y la reclusión, sin que de otra parte esto hubiese impedido que luego mereciesen el cielo; pero prosiga usted.»

«Señor, examiné los pormenores de los establecimientos de beneficencia, no sin alguna emoción. Cuando contemplaba la solicitud, los esmeros, la ardiente caridad de tantas bellas almas, pude ver palpablemente que estábamos muy distantes de ceder en nada a ningún otro pueblo; que sólo presentábamos menos ostentación y acaso menos arte para hacernos valer; sobre todo en el Mediodía, y, en particular, en el Languedoc, se hacía notar por un exceso de celo y fervor, del cual difícilmente nadie podrá hacerse una idea justa; en todas partes los hospitales y hospicios

eran numerosos y generalmente bien servidos. Los expósitos se habían multiplicado desde la revolución, lo que me hizo presumir desde luego que ésto era un efecto de la desmoralización del tiempo; pero me hicieron observar, y una atención sostenida me convenció, de que, muy al contrario, este resultado era debido a otras causas muy satisfactorias. En otro tiempo—me decían—los niños expósitos estaban tan mal cuidados, mal alimentados y peor vestidos, que todos ellos presentaban un aspecto miserable, mezquino y moribundo, de manera que por cada diez apenas vivía uno; al paso que ahora el alimento, la limpieza y el cuidado que se tiene de ellos es tal, que se salvan casi todos y presentan una niñez magnífica, de manera que sólo se han multiplicado por su propia conservación. Además, la vacuna ha contribuído también prodigiosamente. En el día es tal el cuidado que se tiene de aquellos niños, que ha producido un abuso singular; algunas madres, aun estando acomodadas, a veces exponen sus hijos, y luego, con una caridad aparente, se presentan en el hospicio, toman un niño para criarlo en sus casas y es el suyo mismo que toman, pero con la ventaja de no costar salario. Todo se hace por empeños de los mismos empleados del establecimiento, y las más de las veces proporcionan de este modo una pensión, aunque pequeña, a algún pariente allegado. En Bélgica encontré otro abuso de este género, y, si cabe, mucho más singular, cual es: muy de antemano se hacen inscribir en los registros para entrar en el hospital. Un matrimonio joven, al tiempo de casarse, obtenía la gracia de tener sus puestos asegurados que les tocaban de derecho al cabo de tantos años, y esto constituía parte del dote. «¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó el

Emperador encogiéndose de hombros y riendo a más no poder—. ¡Y luego haga usted reglamentos y leyes!...» «Pero, por lo que respecta a las cárceles, puedo asegurar que casi universalmente no vi más que un cuadro de horror y verdadera miseria, la parte más vergonzosa de nuestros departamentos, unas verdaderas pocilgas hediondas, reductos abominables, que me vi en la necesidad de atravesar las más de las veces corriendo, cuyo hedor y porquería me repugnaba a la vista a pesar de todos mis esfuerzos. En algún tiempo, en Inglaterra, había visitado ciertas cárceles y me reía de la especie de lujo que se ostentaba en ellas; pero aquí era bien diferente, pues me indignó el ver un exceso contrario. No hay falta, y aun se puede decir crimen, que no esté suficientemente castigado sólo con haber habitado semejantes encierros; y, al salir de ellos, seguramente que, haciendo la justicia debida, poco o nada queda que purgar, y con todo, aquello no es más que la reclusión de los simples acusados, pues los condenados, los verdaderos culpados, los grandes criminales, tenían sus cárceles especiales, las casas de corrección, en las cuales estaban quizá demasiado bien, pues allí el jornalero virtuoso podía aún tener envidia de la suerte de aquéllos y hacer una comparación injuriosa a la sociedad. Además, todavía se notaba otro inconveniente en aquellas casas de corrección, cual era la mezcla y comunicación habitual de toda especie de condenados, no debiendo unos y otros permanecer más que un año, cuando estaban por faltas leves, al paso que otros cubiertos de crímenes estaban allí por quince, veinte años o toda la vida; necesariamente debía resultar una especie de igualdad moral, no para la enmienda de los facinero-

sos, sino más bien para la absoluta perdición de los menos culpados.

»En las cárceles de Rennes vi entre los presos un niño de doce a catorce años, que lo habían llevado allí con una compañía de ladrones, cuando no contaba más que algunos meses; toda la compañía fué condenada a muerte en el suplicio, y el niño se había quedado allí por no haberse tomado decisión con respecto a él. ¡Júzguese cuál sería su moral! ¡Qué será un muchacho que en toda su vida no ha visto, conocido ni oído sino a malvados! Es claro que creerá que no hay otra casta de hombres.

»En el monte de San Miguel me llamó particularmente la atención una mujer bastante bien parecida, con un exterior amable y un aire modesto, que estaba presa hacía ya catorce años, porque en aquel tiempo había tomado una parte muy activa en los tumultos de la Vendée, acompañando constantemente a su marido, jefe de batallón de insurgentes, y aun habiendo ella misma tomado el mando cuando éste murió. La miseria y el llanto la habían ajado. Debió encontrarme un aire muy severo mientras me estuvo contando su historia, porque yo lo afectaba para disimular mi emoción. Sus buenos modales y otros méritos le habían creado una especie de imperio sobre las demás mujeres groseras y depravadas que la rodeaban. Se había dedicado a cuidar enfermos de la cárcel, cuya enfermería habían puesto a su cuidado, y era generalmente adorada.

»Después de esta mujer, encontré algunos sacerdotes y dos o tres antiguos espías de los *Chuanes*; todo el resto no era más que depravación e inmoralidad.»

El Emperador se detuvo largo rato sobre los abu-

sos que acababa de manifestar, y concluyó diciendo: «Desde luego, amigo mío, para proceder con alguna regularidad, sería necesario averiguar si le han dicho o no la verdad; sería menester oír contradictoriamente a los acusados, y luego debemos confesar buena-mente que los abusos son inherentes a toda sociedad humana. Usted ve que casi todo cuanto acaba de manifestarme, precisamente lo cometieron los mismos que tenían el encargo expreso de impedirlo. ¿Y cuál es el medio de remediarlo, cuando un hombre no puede verlo todo? Pues existe una especie de red extendida sobre la multitud, es necesario que una malla se rompa o una casualidad, como la de usted, para que alguna cosa llegue al trono. Por ello, uno de mis sueños era que en cuanto nuestros grandes acontecimientos de guerra se hubiesen concluído y allanado, y hubiese yo podido estar tranquilo en el centro del Imperio, hubiera buscado diez o doce verdaderos y buenos filántropos, de estos hombres honrados que sólo viven para hacer bien y existen para ponerlo en práctica; les hubiera diseminado por todo el Imperio, que hubieran recorrido en secreto para luego darme cuenta: hubieran sido los *espías de la virtud*.

•Se habrían dirigido directamente a mí, hubieran sido mis confesores, mis directores espirituales, y mis decisiones tomadas con ellos habrían sido mis buenas obras secretas. Mi grande ocupación, cuando hubiera estado enteramente tranquilo, hubiera sido desde la cumbre de mi poder ocuparme a fondo de mejorar la condición de toda la sociedad; hubiera querido extenderme hasta los placeres individuales, y si para conseguirlo no hubiera bastado mi natural, el cálculo me hubiera decidido a ello, porque después de haber ad-

quirido el mayor grado de gloria a que un mortal puede aspirar, no me quedaba otro medio de aumentarla, y como yo sabía muy bien que debía existir toda esta multitud de abusos y quería evitar o hacer más difíciles las tiranías subalternas e intermediarias, había imaginado, para nuestros tiempos de crisis, una organización de cárceles de Estado.— Es cierto, señor; pero este proyecto no mereció la aprobación de nuestros salones, y contribuyó en gran parte a hacerlos impopular; por todas partes se clamaba contra las *nuevas bastillas* (1), contra el restablecimiento de las *lettres de cachet* (órdenes reservadas de prisión o destierro).— No lo ignoro—dijo el Emperador—, estas voces resonaban en toda Europa y me acarrearón el odio general; sin embargo, ¡vea usted lo que puede la fuerza de las palabras, cuando las emponzoña la mala fe! Todo vino principalmente de la impropiedad del título del decreto que me pasé por distracción o por cualquier otro motivo, pues en el fondo, repito que aquella ley era un gran beneficio, y hacía en Francia la libertad individual más completa y más asegurada que en ningún otro país de Europa.»

«Después de las crisis que acabábamos de pasar—dijo—, con las facciones que nos han dividido, las conspiraciones que se habían tramado y las que todavía se urdían, los encarcelamientos eran indispensables y, por lo mismo, eran un beneficio, porque reemplazaban al cadalso. Por cuya razón yo quería que estos encarcelamientos fuesen legales, quería que no dependiesen del capricho, de la arbitrariedad, del odio o de las

---

(1) Cárcel de Estado que se derribó al principio de la revolución.

venganzas. Por mi ley nadie podía ser encarcelado ni detenido como preso de Estado sin la decisión de mi Consejo privado, que se componía de diez y seis personas, las primeras, las más independientes y distinguidas del Estado. ¿Qué pasión personal se hubiera atrevido a comprometerse con semejante tribunal? ¿No me había yo mismo prohibido con esta medida la facultad de una arrestación caprichosa? Nadie podía estar preso más de un año sin una nueva decisión del Consejo privado, y cuatro votos entre los diez y seis bastaban para que se le pusiese en libertad; dos consejeros de Estado iban a conferenciar con los presos, y desde aquel instante se constituían sus celosos defensores en el Consejo privado. Además, estos presos tenían a su favor la Comisión de la libertad individual en el Senado, de la cual sólo se ha leído el público, porque aquélla no ostentaba sus esfuerzos y sus resultados; pero es constante que ha hecho grandes servicios, pues sería conocer muy poco el corazón humano el imaginar que unos senadores que nada podían esperar de los ministros, con quienes rivalizaban en rango, no hubiesen hecho uso de sus prerrogativas para importunarles o humillarles ante mí, si hubiesen hallado una ocasión flagrante. De otra parte, yo había encargado a los tribunales la vigilancia de los presos y la policía de las cárceles, y con esta medida se paralizaba, desde luego, toda arbitrariedad en los demás ramos de la Administración y de sus numerosos agentes subalternos. Con semejantes precauciones, aseguro que con la firma de aquel decreto la libertad civil en Francia estaba asegurada todo lo posible. Se desconoció, o se fingió desconocer esta verdad, pues el principal alimento de la nación francesa es la murmuración.

»Lo cierto es que en la época de mi caída, en las cárceles de Estado apenas había doscientos cincuenta individuos, al paso que cuando entré al consulado había nueve mil. Examínense los estados que se habrán encontrado, búsquense las causas y motivos de su detención, y se verá que apenas había uno que no mereciese la muerte, a que infaliblemente hubiera sido condenado y puesto en juicio, y de ello se deducirá por consecuencia si mi detención fué o no un beneficio. ¿Por qué ahora no se publica nada contra mí sobre este particular? ¿En dónde están los grandes desafueros que me echan en cara? La verdad es que no han encontrado nada.

»Lo repito: en mi época los franceses han gozado de más libertad que ningún otro pueblo de toda Europa, sin exceptuar los mismos ingleses, pues en Inglaterra, si una crisis viene a suspender el *habeas corpus*, todo individuo puede ser encarcelado con sólo la voluntad o capricho de los ministros, sin que éstos deban justificar los motivos ni dar la razón por qué lo hicieron, y mi ley tenía otros límites muy diferentes. Por último, si a pesar de mis buenas intenciones, si a pesar de todos mis desvelos, todavía existía cuanto usted acaba de referir, y seguramente muchas cosas más, es porque no es tan fácil como se cree el establecer el bien. Lo que es muy notable es que todos los países que se han separado de Francia han echado de menos las leyes bajo las cuales yo les gobernaba; lo que seguramente es un homenaje que se tributa a su superioridad. El verdadero y único medio de condenarme victoriosamente sobre el mal que han acarreado, sería poder presentarme en otra parte alguna cosa mejor. Otro tiempo sucederá, se verá, etc., etc.»

SOBRE EGIPTO.—SAN JUAN DE ACRE.—EL DESIERTO.—ANÉCDOTAS, ETC.

21.—A las tres, el Emperador me mandó llamar y salimos juntos hasta el fondo del bosque, en donde el coche vino a buscarnos. Durante el paseo observamos dos buques que llegaban.

En la comida habló muy largamente; acababa de trabajar en su campaña de Egipto, que había abandonado algún tiempo, y nos dijo que había de ser tan interesante como un episodio de una novela. Hablando de su expedición a San Juan de Acre, decía:

«No dejó de ser una insigne audacia el haberse atrevido a pasar por el centro de Siria sólo con doce mil hombres. Me encontraba a quinientas leguas de Deseix, que formaba el otro extremo de mi ejército. Sidney-Smith ha dicho que en San Juan de Acre perdí diez y ocho mil hombres, y mi ejército no tenía más que doce mil. Un mocoso, escapado del colegio, que, según parece, no entendía una palabra en lo que decía (hermano de cierto individuo que favorecí mucho, y que formaba parte de mi Consejo de Estado), seguramente con el prurito de imprimir algunas frases, acaba de publicar sobre este acontecimiento un opúsculo que cabalmente hoy mismo me ha venido a la mano y me ha incomodado por su tontería y el mal colorido que procura dar a la gloria y operaciones de aquel ejército, etc., etc.

»Si yo hubiera sido dueño del mar, también lo hubiera sido del Oriente, y la cosa era tan posible, como que no dependió más que de la estupidez o mala conducta de algunos marinos.

»Volney, viajando en Egipto antes de la revolución, había escrito que no se podía ocupar aquel país sin sostener tres guerras considerables: contra Inglaterra, el gran señor y los habitantes; principalmente la última, le parecía difícil y terrible; pero por lo que respecta a ésta, lo erró enteramente, porque para nosotros no fué nada, pues en poco tiempo habíamos conseguido tener a los habitantes por amigos y unir su causa a la nuestra.

»¡Un puñado de franceses bastó, pues, para conquistar aquel hermoso país, que nunca debieran haber perdido! ¡Realmente, hicimos prodigios de guerra y política! Nuestra expedición en nada se parecía a las cruzadas; porque éstas eran innumerables y movidas por el fanatismo, al paso que mi ejército era muy pequeño, y los soldados tan poco entusiasmados por la empresa, que en el principio varias veces estuvieron tentados de robar sus banderas y volverse a Francia. Sin embargo, conseguí reconciliarlos con el país, en donde todo era tan abundante y tan barato, que una vez estaba tentado de ponerlos a medio sueldo para conservarles la otra mitad en reserva. Tal era el imperio que había adquirido sobre ellos, que una simple orden del día hubiera bastado para hacerlos mahometanos, de lo que se hubieran reído, pues la religión les era indiferente; la población hubiera estado satisfecha, y los mismos cristianos de Oriente hubieran creído su causa ganada y hubieran aprobado nuestra resolución, creyendo que era lo mejor que podíamos hacer para ellos y para nosotros.

»Los ingleses han temblado al vernos ocupar Egipto, porque enseñábamos a Europa el verdadero medio de privarles de la India; todavía no se han tranquil-

zados, y tienen razón. Si algún día, cuarenta o cincuenta mil familias europeas fijan su industria, sus leyes y su administración en Egipto, los ingleses pierden la India, más bien por la fuerza de los acontecimientos que por la de las armas.»

Siguiendo la conversación, el gran mariscal recordó al Emperador una conversación que tuvo con el matemático Monge, en Cutakie, en medio del desierto. «¿Qué le parece a usted todo eso, ciudadano Monge?—decía Napoleón—. Pero ciudadano general—respondió Monge—, yo siento que si algún día se ven aquí tantos coches como en la Opera, preciso será que haya habido famosas revoluciones en Europa.» El Emperador se reía mucho de este recuerdo, y, sin embargo, entonces tenía allí un coche con seis caballos, que seguramente era el primero que había atravesado el Desierto, con grande admiración de los árabes.

Decía el Emperador que siempre había mirado el Desierto con un afecto particular; nunca lo atravesó sin una cierta emoción, pues a él se le representaba la imagen de la inmensidad sin límites, sin principio ni fin; era un océano en tierra firme. Este espectáculo encantaba su imaginación, y se complacía en hacer notar que Napoleón quiere decir *león del Desierto*.

Añadía que cuando se supo que estaba en Suria, en El Cairo habían consentido en no volverlo a ver: y entonces nos contaba el robo y desvergüenza de un chino que tenía a su servicio. «Era un enano, feo y disforme, que había encaprichado a Josefina en París—decía—; era el único chino que había en Francia, y, por lo mismo, mi mujer lo llevaba a la trasera del coche. Lo paseó en Italia; pero como le robaba cuanto podía, no sabía qué hacerse de él: para quitarle esta incomo-

didad me lo llevé a Egipto, pues al cabo, dejándolo allí, le facilitaba la mitad del viaje para que pudiera volverse a su país. Sin embargo, cuando estábamos en El Cairo, este monstruo de fealdad estaba encargado de la intendencia de mi bodega; pero no bien hubo pasado el Desierto, cuando, queriendo hacer dinero, vendió a vil precio dos mil botellas de excelente vino de Burdeos, persuadiéndose, sin duda, que yo no volvería jamás. Cuando se supo mi regreso, no se sobresaltó; antes bien, salió a recibirme, y a impulsos de su fidelidad, según él decía, me descubrió la dilapidación de mi vino, atribuyéndola descaradamente a cuantos le dió la gana de acusar; pero no pudiendo sostener la impostura, al instante quedó convicto. Muchos me aconsejaron que lo mandara ahorcar; pero no quise, porque, en justicia, hubiera debido hacerse otro tanto con todas las casacas bordadas que con conocimiento de causa habían comprado y bebido mi vino. Me limité a echarlo de mi casa, y lo envié a Suez, en donde hizo lo que le dió la gana.»

Nótese de paso que algunos meses antes nos dijeron que en un barco de China que tocó en Santa Elena volviendo a Europa había un chino que decía haber servido al Emperador en Egipto. El Emperador creyó entonces que era su ladrón, cuya historia acabo de contar; pero, en realidad, sólo era un cocinero de Kleber.

El Emperador, más alegre de lo acostumbrado, concluyó repentinamente la conversación, volviéndose a madama Bertrand. «Conque, madama—le dijo riéndose—, ¿cuándo estará usted en su habitación de las Tullerías? ¿Cuándo dará usted sus magníficas comidas de embajadores? Pero se dice que, al menos, debe-

rá usted cambiar sus muebles » Entonces se habló del gran lujo que habíamos visto en tiempo de su poder.

Al día siguiente el Emperador habló muy largamente sobre los sueños, previsiones, presentimientos, etc.; dijo cosas muy curiosas, que omito para no ser difuso.

NUEVA MALICIA DEL GOBERNADOR.—PROYECTO DESESPERADO DEL CORZO SANTINI.—SAN JUAN DE ACRE.—  
«BODAS DE FÍGARO».

29 y 30.—Desde algunos días el tiempo se había puesto malo. El Emperador aprovechó un instante para visitar una tienda de campaña muy elegante que el almirante le había mandado levantar por los marineros de su fragata, habiéndole oído quejarse en la conversación de que no había sombra y que, por consiguiente, no podía estar al aire libre. El Emperador habló con el oficial y los hombres, que estaban acabando en aquel instante, y mandó que se diera un napoleón a cada marinero.

Supimos que un barco recién llegado había traído una obra sobre los asuntos del día, escrita por un miembro del Parlamento, dirigida al Emperador, según nos dijeron. Parece que la mandaba el mismo autor, y que en la cubierta había un rótulo en letras de oro que decía: *A Napoleón el Grande*, por cuyo motivo el gobernador detuvo el libro; severidad por su parte que forma un singular contraste con la prisa que había tenido en mandarnos los libelos que tan infamemente hablaban del Emperador.

Durante la comida, éste, mirando con severidad á

uno de sus criados, le dijo, con general admiración: «¿Cómo se entiende, infame? ¿Tú querías matar al gobernador?... ¡Miserable!... Si otra vez te vuelve una locura semejante, yo te ajustaré la cuenta; verás cómo te compondré.» Y luego, dirigiéndose a nosotros, nos dijo: «¡Señores, miren ustedes: Santini ha querido matar al gobernador! Este bribón iba a hacernos un buen negocio. ¡Ha sido menester emplear toda mi autoridad y mi cólera para detenerle!»

Para mayor inteligencia de este lance, debo decir que a Santini, en otro tiempo portero de cámara del Emperador, el grande afecto que le profesaba le había movido a seguir a su amo, para servirle, según decía, bajo cualquier título que se le quisiese dar; era corzo, hombre de sentimientos profundos y que se exaltaba con la mayor facilidad. Incomodado ya desde algún tiempo del mal trato del gobernador, y no pudiendo resistir los ultrajes que diariamente se prodigaban al Emperador; agriado de ver que la salud de éste cada día iba desmejorando, y, de otra parte, él mismo, afectado de una profunda melancolía, hacía ya dos días que había cesado en todo servicio interior, y bajo pretexto de procurarse algunos pájaros para el almuerzo del Emperador, parecía que no se ocupaba más que de cazar en las inmediaciones. En un momento de confianza descubrió a su compatriota Cypriani que había formado el proyecto de matar al gobernador y luego suicidarse; todo—decía—, para quitar de la Tierra a un monstruo.

Cypriani, que conocía el carácter de su compatriota, espantado de semejante resolución, la comunicó a otros criados; y todos se reunieron para disuadir a Santini de su proyecto; pero su elocuencia, lejos de

suavizarle, le irritaba más y más; entonces tomaron el partido de descubrirlo todo al Emperador, quien al instante le mandó venir a su presencia. «Sólo con mi autoridad *imperial y pontifical*—me decía después— pude conseguir aterrar la resolución de este diablo. Vea usted ahora en qué danza nos hubiera metido. Yo hubiera pasado por el asesino del gobernador, y en la realidad no hubiera sido fácil borrar esta opinión de la cabeza de mucha gente, etc., etc.»

Después de comer nos leyó la *Muerte de Pompeyo*, que, según decían los diarios, en aquel momento metía mucha bulla en París con motivo de sus alusiones.

El día siguiente, 30, después de haber dado algunas vueltas en el jardín, entró el Emperador en casa del general Gourgaud, en donde con el compás y el lápiz en la mano pasó un gran rato fijando las dimensiones de la costa de Siria y del plan de San Juan de Acre, de que le había encargado; mientras señalaba algunos puntos alrededor de esta plaza, decía: «¡Muy malos ratos he pasado en estos parajes!»

Por la noche, las *Bodas de Figaro* nos divertieron e interesaron mucho más de lo que nos habíamos prometido. El Emperador, cerrando el libro, dijo: «Esto ya era la resolución en acción.»

«MELANIA», DE LA HARPE.—RELIGIOSAS.—CONVENTOS.—TRAPENSES.—CLERO FRANCÉS.

31.—El tiempo fué espantoso; apenas a eso de las tres pudo el Emperador pasar al salón de madama Montholon, en donde leyó un rato *Mil y una noches*, que le vinieron a la mano; y luego, mirando casual-

mente un tomo del *Monitor*, con el cual trabajaba entonces M. de Montholon, y que estaba abierto en las negociaciones para un armisticio marítimo en 1800, se encaprichó en aquella lectura y la siguió más de una hora.

Después de comer leyó, primeramente, la *Madre culpable*, que nos interesó mucho, y luego, *Melania*, de La Harpe, que encontró mal concebida y peor ejecutada. «Una declamación altisonante — decía —, enteramente en el espíritu de aquel tiempo, llena de calumnias a la moda y de falsedades absurdas. Cuando La Harpe escribía esta pieza, seguramente que un padre no hubiera tenido poder para obligar a su hija a ser religiosa, porque la autoridad no le hubiera favorecido. Este drama, representado en la época de la Revolución, sólo debió su buen éxito a las veleidades del momento. En el día de hoy, que la pasión ha caído, lo silbarían. La Harpe no ha hecho más que pinturas falsas; no debía atacar instituciones viciosas con instrumentos viciosos.»

También decía que La Harpe, según su opinión, había errado de tal manera el objeto que se proponía, como que todo el interés se lo llevaba el padre, y el mal humor era contra la hija; y añadía que no le había visto representar una sola vez sin tener tentaciones de levantarse de su silla y decir a la hija: «Diga usted solamente *no*, y cuantos estamos aquí la apoyaremos; cada ciudadano será su defensor.»

Nos contaba que estando en su regimiento había asistido muchísimas veces a ver tomar el hábito.

«Era una ceremonia muy concurrida de los oficiales, que nos irritaba mucho, principalmente si las niñas eran bonitas. Todos escuchábamos con atención, y

si alguna de ellas hubiese dicho *no*, nos la hubiéramos llevado y la hubiésemos defendido con la espada en la mano; luego es evidentemente falso que se emplease la violencia; pero sí únicamente las seducciones; acaso alucinaban a aquellas jóvenes, como se hace con los reclutas; pero el hecho es que antes de concluir su voto pasaban por las religiosas, la superiora, el director, el obispo, el oficial civil y, por último, los espectadores. Y ¿cómo se puede mancomunar tanta gente para concurrir a un crimen?»

Era igualmente contrario de los conventos en general, como establecimientos inútiles y escuelas de ociosidad; pero, de otra parte, observaba, hay algo que decir a su favor. Tolerarlos, obligar a sus miembros a ser útiles, no reconocer sino votos anuales, según su modo de pensar, era el mejor *mezzo termino*, como él le había adoptado.

Se lamentaba de no haber tenido tiempo para completar ninguna de estas instituciones. Se había propuesto añadir a las casas de San Dionisio y Ecoeu un cierto número de cuartos para servir de asilo y hospicio a viudas de militares o mujeres ancianas, etc. «Además, es menester también convenir—añadía—en que hay caracteres e imaginaciones de toda especie; y por lo mismo no se deben violentar las inclinaciones, mientras no sean perjudiciales; pues un Imperio como Francia podía y debía tener algunos hospicios de *trapenses*.» En cuanto a éstos, hacía notar que si a un hombre le viniera a la imaginación el imponer a otro las prácticas que aquéllos observaban, pasaría justamente por una tiranía, la más abominable; y no obstante, pueden hacer las delicias de aquel que se las impone voluntariamente... ¡He aquí el hombre,

sus caprichos o su locura!... Había permitido los frailes del Mont-Cenis; pero al menos éstos eran útiles, muy útiles, aun se puede decir heroicos.

Cuando se organizó la Universidad dijo a su Consejo de Estado: «Mi opinión es que los frailes serían los mejores cuerpos para la enseñanza, si fuese posible dominarlos y apartarlos de un jefe extranjero. Tengo propensión a ellos, y quizás hubiera tenido el poder de restablecerlos; pero ellos mismos me lo han imposibilitado. Nada hago por el clero que al instante no dé motivos para arrepentirme: no quiero decir con esto que me queje precisamente del clero antiguo; antes por el contrario, estoy bastante satisfecho; pero forman los nuevos sacerdotes bajo una doctrina sombría y fanática, de manera que el clero moderno nada tiene de galicano.

»Nada tengo que decir contra los antiguos obispos: se han manifestado reconocidos a cuanto yo había hecho por la religión, y han correspondido a mis esperanzas.

»El cardenal de Boisgelin era un hombre de talento y honrado, que me había adoptado lealmente. El arzobispo de Jours Burrel, hombre de mucha instrucción, y que nos ha servido mucho en nuestras discusiones con el Papa, siempre me ha conservado su afecto.

»El digno cardenal du Belloy y el buen arzobispo Roquelaure, me apreciaban sinceramente. No tuve ninguna dificultad en poner al obispo Bausset en el número de las dignidades de la Universidad, y no dudo que ha sido uno de los que más sinceramente se han conducido conforme a mis intenciones.

»Todos estos antiguos obispos merecieron mi con-

fianza, y ninguno abusó de ella: lo que hay de más singular es que los que me han dado motivos de queja, precisamente son los que había hecho yo mismo; tan cierto es que la santa Unción, atándonos al dominio celeste, no nos liberta de las fragilidades de la tierra, de sus caprichos, de sus miserias y de sus baiezas, etc.»

Luego se habló de la escasez de sacerdotes en Francia, de la obligación de tomar jóvenes de diez y seis años y de la dificultad o, por mejor decir, imposibilidad de encontrarlos de veintiuno, etc.

El Emperador quería que se ordenaran mucho más tarde. «Esto es demasiado, le respondían los obispos y el mismo Papa; vuestro raciocinio es muy justo; pero si aguardáis a esta edad no encontraréis ninguno; y no obstante, admitis que son necesarios.

»No cabe duda—añadía el Emperador—que después de mí vendrán otros príncipes. Tal vez verán en Francia una conscripción de clérigos y religiosas, lo mismo que en mi tiempo veían una conscripción militar. Tal vez mis cuarteles, con el tiempo, serán conventos y seminarios. ¡Así va el mundo!... ¡Pobres naciones! A pesar de toda vuestra ilustración, de toda vuestra sabiduría, permaneceréis sometidas a los caprichos de la moda como los simples individuos.»

Ya era cerca de la una de la noche cuando el Emperador se retiró. «Esto es una verdadera victoria contra el fastidio—dijo—, muy ventajosa para el que no tiene sueño.»

MARÍA ANTONIA. — COSTUMBRES DE VERSALLES. — ANÉCDOTA. — «BEWERLEY». — «EL PADRE DE FAMILIA», DE DIDEROT.

1.º de Agosto. — El tiempo seguía constantemente malo. A las tres, el gran mariscal vino a buscarme para presentar unos ingleses al Emperador; precisamente yo acababa de salir un instante a tomar el aire. El Emperador me mandó llamar a las cinco; estaba de mal humor, y un poco contra mí, decía, porque la visita de los ingleses, el mal tiempo, el estar el salón ocupado y la falta de intérprete, todo le había contrariado.

Estaba leyendo las *Veladas de la quinta*, que le fastidiaban mucho: las dejó para tomar los *Cuentos de la reina Margarita de Navarra*.

Luego se puso a hablar de Versalles. La corte, la reina, madama Campan y el rey, fueron los principales objetos que le suministraron materia; dijo muchas cosas, de las cuales ya he citado algunas y suprimo otras, porque no vienen al caso; y entre ellas, que la reina había cambiado las costumbres de Versalles; la gravedad antigua y la severa etiqueta se habían transformado en primores acomodados y en chismería de retrete. Todo hombre sensato, ningún hombre de peso, podía evitar los chascos y burlas de los jóvenes cortesanos, cuya disposición natural a la mofa se veía aún excitada con los aplausos de una reina joven y hermosa.

Citó en apoyo de esto una anécdota de las más características: un excelente y digno general alemán llegó a París con una recomendación especial para la

reina, de parte de su hermano el Emperador José. La reina creyó que el mayor obsequio que podía hacerle era admitirle en su sociedad privada. El buen hombre se encontró en ella un poco desorientado, como es fácil concebir; pero como querían tratarle bien, se hicieron una ley de hacerle hablar. Fué desgraciado en la elección de los asuntos y en el modo de entablarlos; habló mucho de su *yegua blanca* y su *yegua gris*, que las estimaba más que todo cuanto tenía. Los cortesanos le preguntaban maliciosamente sobre una multitud de detalles minuciosos, a los cuales respondía bondadosamente con mucha importancia; y, en fin, uno de ellos, para acabar, le preguntó a cuál de las dos yeguas daría decididamente la preferencia. «A fe mía, respondió enfáticamente el general, debo confesar que si un día de batalla estuviese montado en mi yegua blanca, creo que no me apearía para montar la gris.» Salió el buen hombre, y Dios sabe cuánto se rieron de él. Habiendo tomado la conversación un rumbo diferente, se discutió con mucha finura y sagacidad sobre las rubias y las morenas; y habiendo preguntado la reina a uno cuál sería su preferencia, éste, al instante, tomando el tono solemne del austriaco, dijo: «A fe mía, señora, debo confesar que si un día de batalla estuviese montado...—Basta—respondió la reina—, dispéñseme usted el resto.»

Después de comer, el Emperador nos leyó *Bewerley* y *El padre de familia*; éste ha excitado particularmente su censura: nos pareció malísimo. Lo que más divertía al Emperador, decía éste, es que fuese de Diderot, el corifeo de los filósofos y de la *Enciclopedia*. Todo es falso y ridículo, añadía; discutió mucho sobre los detalles, y concluyó diciendo: «¿De qué sirve ha-

blar a un insensato cuando está en la fuerza de la calentura? Lo que necesita son remedios y grandes medidas, pero no argumentos. ¿Quién ignora que la fuga es la única victoria contra el amor? Mentor, cuando quiere libertar a Telémaco, lo precipita en el mar. Ulises, cuando quiere preservarse de las sirenas, se hace atar después de haber tapado con cera los oídos de sus compañeros.»

#### HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN EN COBLENZA.—ANÉCDOTAS.

2.—Siempre el mismo tiempo. El Emperador no estaba muy bueno; el dolor de nervios le incomodaba mucho.

Me hizo llamar para almorzar con él: estando en la mesa, la conversación recayó de nuevo sobre la emigración. Ya he dicho en otra parte que muy a menudo me hablaba de lo mismo; pero esta vez me preguntaba sobre los pormenores de Coblenza, nuestra situación, nuestro espíritu, nuestras sociedades, nuestra organización, nuestras miras y nuestros recursos; y después de todas mis respuestas, concluyó diciendo: «Ya varias veces me ha dicho usted una gran parte de todo esto; pero con todo observo que no se me queda en la memoria, porque no viene ordenado. Escriba usted un bosquejo histórico con método. ¿En qué puede usted ocupar mejor el tiempo? Y al cabo será un trozo ya corriente para insertarlo en su Diario.» Esto era la petición de Dido a Eneas, y lo mismo hubiera podido exclamar *Infandum regina jubes...* Sin embargo, hice este bosquejo, en cuanto me lo permitió mi

memoria, porque entonces yo era muy joven, y van ya pasados muchos años. Hele aquí, sobre poco más o menos, tal cual lo leí a Napoleón:

«Señor, después del día memorable en que se derribó la Bastilla, y se puso toda Francia en movimiento, los más de nuestros príncipes que se hallaban comprometidos, desde luego figuraron sólo en el objeto de ponerse en salvo. Desde luego varios sujetos de rango y muchos jóvenes les siguieron: los primeros, por las relaciones que con ellos tenían, y los segundos, porque este paso traía consigo un no sé qué de señalado, generoso y noble. En cuanto se vieron ya reunidos un cierto número de hombres, les vino la idea de cambiar a favor de la política, lo que hasta entonces sólo el buen celo y la casualidad habían acarreado. Creyeron que si con el auxilio de semejantes reuniones podían crear una especie de pequeña potencia, ésta podría tener mucha influencia sobre el interior, constituyéndose una especie de palanca de insurrección, que conmovería los espíritus y entorpecería las operaciones, al paso que en el exterior sería un título o pretexto para dirigirse a las potencias extranjeras y llamar la atención. He aquí el origen de la emigración, y se asegura que este proyecto elevado salió de los cascos de M. de Calonne, cuando atravesaba Suiza, acompañando uno de nuestros príncipes, que dejaba Turín para pasar a Alemania.

\*La primera reunión se hizo en Worms, bajo la dirección del príncipe de Condé; pero la más famosa fué en Coblenza, bajo los auspicios de los dos hermanos del rey, uno de los cuales vino de Italia, en donde desde luego se había refugiado junto a su suegro, rey de Cerdeña, y el otro llegó a Bruselas, ha-

biendo conseguido escaparse de los arrestos que motivaron el de Luis XVI en Varennes.

»Yo fuí del origen de la reunión de Worms; cuando llegué allí apenas había cincuenta hombres con el príncipe. Con toda la efervescencia y primer calor de mi juventud, volaba en pos de la gloria con la más inocente sencillez de corazón; y todas las mañanas, al despertarme, mi primera oración era un capítulo de Bayard; prometiéndome, en cuanto llegase a Worms, recibir los cordiales abrazos de todos mis hermanos o compañeros de armas; pero con gran sorpresa, allí recibí la primera lección de los hombres; en vez de una tierna acogida, un compañero mío y yo, no encontramos, desde luego, más que una multitud de preguntas e interrogatorios para asegurarse de que no éramos espías, y luego una curiosidad extremada para averiguar el interés, las miras y las pretensiones que podían habernos movido a juntarnos con los demás; en fin, hicieron muchos esfuerzos para probarnos y hacer presentar al príncipe, como se repetía cada vez que llegaba un nuevo adepto, que el número crecía demasiado, y que ya excedía en mucho a los empleos y gracias que se podían conceder. Mi compañero se incomodó tanto, que me propuso volvernos inmediatamente a París.

»Los que formábamos la reunión con ánimo de ser útiles o hacernos importantes, nos poníamos tres o cuatro por turno en una especie de servicio regular o guardia cerca del príncipe, pues ya no soñábamos más que conspiraciones y asesinatos: tanto nos considerábamos poderosos y temibles; y cuando salíamos de esta especie de guardia voluntaria, teníamos el honor de ser admitidos a la mesa del príncipe. Tres

generaciones de Condé hacían su principal adorno, circunstancia singular que se renovó con más lustre en el ejército de Condé, en el cual el abuelo mandaba el centro cuando el hijo y el nieto mandaban las dos alas; ambos fueron heridos, creo, en un mismo día.

• La princesa de Mónaco había seguido al príncipe de Condé; posteriormente se ha casado con él; pero ya entonces dirigía su casa. Varias veces en aquella mesa oímos que algunos convidados decían y repetían al príncipe que ya éramos sobrados para poder entrar en Francia; que su nombre y un pañuelo blanco eran más que suficientes; que al fin la estrella de los Condés iba a manifestarse de nuevo; que la ocasión era única y oportuna, y por lo mismo era necesario aprovecharla, y no dudaría que hubiesen conseguido infundir al príncipe algunas miras personales muy interesadas.

• Worms, por la naturaleza de su reunión y el carácter de su jefe, siempre presentó más regularidad y una disciplina más austera que Coblenza, en donde se notaba más movimiento, más lujo y más diversión. Por ello Worms se llamó *el campo*, y Coblenza, *la ciudad o la corte*.

• La masa de la reunión especulaba sobre la importancia de su jefe, por cuyo motivo el príncipe de Condé notaba con disgusto que se le iban escapando sin que se le olvidara fácilmente. Esto no impidió que yo me fuese a Coblenza en cuanto este punto hubo adquirido algún esplendor; allí reunía yo varios parientes y amigos, y, además, presentaba más lustre, agitación y grandeza. En poco tiempo Coblenza se transformó en un hogar de intrigas extranjeras y domésticas, en donde se traslucían dos partidos distintos: Mrs. de Avray, de Jaucourt y otros, eran los

confidentes y consejeros íntimos del príncipe, hoy Luis XVIII y obispo de Arras; el conde de Vaudreuil y otros, los de su alteza el conde de Artois (1); y aun entonces se aseguraba que estos dos príncipes ya manifestaban muy distintamente las mismas diferencias políticas que, según se supone, posteriormente les han caracterizado. M. de Breteuil, establecido en Bruselas, que se titulaba apoderado general e ilimitado de Luis XVI, formaba mi tercer partido, y complicaba todavía más nuestra situación política.

»M. de Calonne era nuestro recurso pecuniario, y el anciano mariscal de Broglie y el mariscal de Castries, nuestros jefes militares. El valiente y hábil M. de Bouillé, que salió de Francia después del acontecimiento de Varennes, no pudo quedarse con nosotros, y siguió al rey Gustavo III a Suecia.

»Sin embargo, la emigración había tomado un gran carácter a favor de los resortes que se habían puesto en movimiento para propagarla. Varios agentes habían recorrido todas las provincias, circulando avisos en las casas principales, invitando a todo noble para que fuese a unirse con los príncipes a fin de cooperar a la salvación del altar y del trono, vengar su honor, y recobrar los derechos perdidos. Se predicó una verdadera cruzada, y con tanto más fruto, cuanto que se dirigían a unos hombres ya dispuestos a escucharles. Entre todos los nobles y privilegiados, no había uno solo que no se sintiese vivamente ofendido por los decretos de la Asamblea; todos habían perdido lo que más amaban, empezando por los rangos más elevados hasta el último hidalgo; pues a los primeros les había

(1) Carlos X.

quitado sus títulos y vasallos, y el último había visto insultar su torreoncillo y su palomar, o habían muerto a sus liebres, que criaba en bosque ajeno. Por ello, al instante fué universal el movimiento para ponerse en camino; nadie podía faltar, so pena de deshonor, y las mujeres enviaron ruelas a los que estaban vacilantes o se movían con demasiada lentitud. Fuese cólera, pusilanimidad o punto de honor, lo cierto es que la emigración degeneró en una especie de enfermedad; precipitábanse con furor del otro lado de las fronteras, y lo que contribuyó no poco a aumentarla fué que los corifeos de la revolución la excitaban en secreto, aparentando en público oponerse a ella; es cierto que en la tribuna declamaban vagamente contra este abuso; pero al mismo tiempo tenían buen cuidado de dejar abiertos todos los pasos. Si se calmaba un momento el entusiasmo, las declamaciones eran mucho más violentas, y se decidían a cerrar estrictamente todos los caminos; entonces los que se habían quedado atrás se desesperaban de no haber aprovechado el momento favorable: pero accidentalmente, o por descuido, los caminos se abrían de nuevo, y entonces se arrojaban con precipitación por miedo a llevarse otro chasco. Con este arte astuto la Asamblea ayudaba a sus enemigos para que ellos mismos se precipitasen en el abismo que les perdió.

Los grandes jefes del partido desde luego habían juzgado que esta medida iba a desembarazarles de las partes heterogéneas que entorpecían su marcha, y que los bienes de todos aquellos proscritos voluntarios les proporcionarían recursos incalculables; los oficiales creían hacer maravillas desertando de sus regimientos, mientras que los corifeos procuraban por

otro lado hacer sublevar a los soldados para excitar la misma deserción; de esta manera quitaban de en medio unos enemigos que les paralizaban, y con los sargentos y cabos que pasaban a oficiales adquirían unos cooperadores celosos, que, con el tiempo, han sido los héroes de la causa nacional y han formado los grandes capitanes que han batido todas las tropas veteranas de los extranjeros.

• Sucedió, pues, que Coblenza en breve tiempo reunió todo lo más ilustre de la corte de Francia y todos los ricos y distinguidos de las provincias. Juntamós muchos millares de hombres de todas las armas, uniformes y clases; poblábamos la ciudad y habíamos invadido el palacio. Nuestras reuniones diarias cerca de los príncipes eran como otras tantas fiestas espléndidas; éstos parecían los verdaderos soberanos de aquella corte brillante, en términos que el pobre elector, enteramente deslucido, se veía del todo aislado en medio de nosotros, lo que dió motivo a que cierto sujeto le hiciese advertir muy chistosamente, ya con sencillez o malicia, que entre tanta gente como se reunía en su palacio, él era el único extranjero.

• En las grandes solemnidades, hubo días de gala pública, en los cuales se permitía a los principales habitantes que hiciesen el círculo de las mesas. Nosotros estábamos muy ufanos de ver que las gentes del país admiraban la buena presencia y el aire caballero del conde de Artois; nos envanecíamos sabiendo que celebraban los conocimientos y el talento del príncipe Luis (Monsieur), y era cosa de ver la especie de arrogancia con que ostentábamos todos la importancia y lustre de nuestra monarquía, y, sobre todo, la superioridad de su jefe y la elevación de nuestros

príncipes. En los círculos alemanes, para designar al rey de Francia, decíamos enfáticamente: *S. M. el rey*; pues, según nuestro modo de pensar, éste debía ser su título por excelencia para toda Europa. El abate Maury, a quien en un principio recibimos con muchas aclamaciones, y que, entre paréntesis, en poco tiempo perdió mucha opinión, nos decía haber descubierto que tal era su derecho y prerrogativa. Todavía voy a citar otro ejemplo de vanidad y exageración.

•Posteriormente, en medio de nuestros desastres, y cuando nuestra causa estaba enteramente perdida, un oficial superior austriaco, encargado de pliegos interesantes para el Gobierno de Londres, convidó a comer a algunos de nosotros, con quienes en otro tiempo había tenido relaciones íntimas en el continente; al final de la comida se habló de política, y, entre otras cosas, dijo que a su salida de Viena se hablaba mucho del casamiento de nuestra princesa real (hoy duquesa de Angulema) con el archiduque Carlos, cuya fama entonces hacía mucho ruido. «¡Eso es imposible! —le respondió con viveza uno de los convidados. — ¿Y por qué?—Porque no es un casamiento proporcionado para nuestra princesa. — ¡Cómo se entiende! —dijo el austriaco, escandalizado—, su alteza real el archiduque Carlos, ¿no es un esposo proporcionado para vuestra princesa?— ¡Oh, no, señor! Esto no sería más que un casamiento de guarnición.»

•En suma, estas pretensiones elevadas provenían de la educación; tal era nuestro sentimiento nacional, sin que nuestros príncipes estuvieran exentos de la misma vanidad, y en prueba de ello, los hermanos del rey tenían a menos el título de alteza real, llegando

hasta el extremo de escribir a todos los soberanos con el título de hermano, y todo lo demás era consecuente; por ello en toda Europa no se oía más que un grito universal contra nuestros modales de Versalles y las pretensiones de nuestros príncipes.

»Nos decía Gustavo III, en Aquisgrán: «Vuestra corte de Versalles era intolerable; su vanidad y estilo burlesco también era excesivo; cuando estuve en ella apenas nadie me miraba, y cuando me ausenté me regalaron el título de *zopenco, majadero*.»

»La duquesa de Cumberland, casada con el hermano del rey de Inglaterra, en el mismo tiempo y en la propia ciudad, se quejaba de que la princesa de Lamballe no le concedía los honores que le eran debidos.

»El anciano duque de Gloucester, en Londres, se quejaba personalmente de uno de nuestros príncipes y aun añadía que el príncipe de Gales se reía mucho de que llamando *monseñor* a uno de nuestros príncipes, éste hacía un estudio particular en el modo de tergiversar las frases para no volverle el tratamiento.

»Con todo, en Coblenza, yo no sé si con motivo de las circunstancias, nuestros príncipes se dignaban modificar sus costumbres sobre este particular, poniéndose al nivel de los príncipes extranjeros; hallábanse entonces con el elector de Treves, príncipe de Sajonia, hermano de su madre, a quien es de notar que en aquel entonces le estábamos comiendo un costado, y posteriormente fuimos causa de que perdiese sus Estados; a este elector, digo, se dignaban llamarle *tío*, permitiéndole que les llamase *sobrino*, y un día les dijo, según me han asegurado: «Estas expresiones tan tiernas las debo a vuestros infortunios, pues en Versalles sólo me hubierais llamado *señor abate*, y ¡quién sabe

si me hubierais recibido todos los días!» Añadían que esto era muy cierto y que el conde de Luzaze, que se hallaba presente, lo había experimentado por sí mismo

»Generalmente los príncipes pasaban las noches en sus intimidades particulares: el uno, la mayor parte del tiempo, iba a casa de madama de Polastron, obsequiándola con un esmero, que su constancia y buenos modales hacían respetable. Varias veces intentaron, pero en vano, distraerlo de aquella sociedad, pues los intrigantes no estaban satisfechos de madama Polastron, que como era señora amable, bondadosa, excelente y enteramente desinteresada, y queriendo vivir absolutamente apartada de los negocios, se había reducido a una sociedad muy limitada. Y tuve la fortuna de ser admitido en ella bajo los auspicios de una parienta mía; pero era necesario retirarse antes que llegase el príncipe, y nunca tuve el honor de verle en aquella casa.

»El príncipe Luis pasaba las noches en casa de madama Balby, dama de compañía de la princesa. Esta señora, viva, ingeniosa, amiga acalorada y enemiga decidida, reunía en su casa a todo lo más distinguido; era un insigne honor ser admitido en ella, pues allí se encontraba el centro del buen gusto y del gran tono. El príncipe algunas noches quedaba hasta muy tarde, y cuando la multitud se había retirado y había un corto número de individuos, a veces, nos contaba historietas, y es menester confesar que nos era tan superior por la amenidad de su conversación, como por su rango y dignidad».

»He aquí lo respectivo a la exterioridad de nuestras tertulias en Coblenza; este era nuestro lado brillan-

te, porque no eran tan felices bajo el aspecto político, pudiendo decirse que formaba la parte vergonzosa».

»¡Ah! ¡Ah!, bueno —dijo el Emperador—, ya empezaba a encontrar un poco difusos estos pormenores de salón. Bien que en usted es indispensable, porque se complace en ello hablando de su juventud; mas siga usted».

»Señor, toda aquella muchedumbre no era más que una brillante y noble batahola; toda nuestra reunión presentaba la imagen de una confusión completa. Era la anarquía agitándose en el exterior, para establecer, según decía, el orden en el interior; una verdadera democracia guerreando para restablecer su aristocracia; en una palabra, representábamos en miniatura, sobre poco más o menos, la repetición de todo lo que se hacía en Francia. Entre nosotros había celadores tenaces de nuestras formas envejecidas y amantes ardientes de la novedad; teníamos nuestros constitucionales, nuestros intolerantes y nuestros moderados; teníamos nuestros empíricos, que se arrepentían de no haberse apoderado del rey para obrar hostilmente en su nombre o buenamente hacerle declarar incapaz; en fin, teníamos nuestros jacobinos, que al entrar en Francia todo lo querían matar, destruir, etc.

»Nuestros príncipes no ejercían ninguna autoridad positiva sobre la multitud; es cierto que eran nuestros soberanos, pero nosotros éramos unos súbditos muy difíciles y descontentadizos; la menor cosa excitaba nuestra murmuración, y, sobre todo, los recién llegados eran el blanco general, porque nos robaban una parte de la gloria a que tenían derecho, decíamos, nuestras hazañas y nuestras esperanzas. Siempre se había llegado tarde, decían todos en cuanto quedaban

admitidos; en adelante, añadían, ya no podía haber ningún mérito; porque continuando a recibir a cuantos llegasen, Francia entera pronto estaría de nuestra parte y al cabo no habría uno solo digno de castigo, etcétera.

»Entonces diluviaban de todas partes las acusaciones contra los que llegaban. Un príncipe de San Mauricio, hijo del príncipe de Montbarey, no pudo resistir la tempestad a pesar de verse formalmente apoyado de todo lo más distinguido, incluso el príncipe, que se dignó implorar en su favor, diciendo: «Señores, ¿cuál es el hombre exento de reproches en la revolución? Yo también he cometido faltas, y, olvidándolas ustedes, me han autorizado a interceder por otros.» Mas, a pesar de esto, el príncipe de San Mauricio tuvo que escaparse a uña de caballo; su crimen no era otro que el de haber sido miembro de la Sociedad de amigos de los negros y verse perseguido con encarnizamiento en medio de nosotros por un gentilhomme que acusaba a San Mauricio de haberle hecho quemar algunos palacios, y pocos días después se descubrió que el alborotador ni tenía ni había tenido palacio, ni era gentilhomme, ni de la provincia que él decía, y sí sólo un aventurero.

»Monsieur de Cazales, que había llenado Francia y Europa con el lustre de su espíritu y elocuencia en la Asamblea nacional, en Coblenza había perdido el favor popular. Cuando se presentó recién llegado de París, corrió la voz entre nosotros de que los príncipes no le recibirían, o le recibirían mal. Monsieur de Cazales era el honor del Languedoc, motivo por el cual, a pesar suyo, nos reunimos ochenta de la misma provincia para servirle de escolta, y de esta manera

le condujimos a los príncipes, que le recibieron bien.

»Un diputado del pueblo, que por su realismo se había distinguido mucho en las Constituyentes, estaba entre nosotros, y un día uno de los príncipes, dirigiéndole la palabra, le dijo: «Usted, que es tan hombre de bien, ¿me dirá usted cómo ha podido en el tiempo prestar el juramento del juego de pelota?» El diputado, atónito con la pregunta, dijo con un acento balbuciente que le habían cogido con sorpresa..., que no podía prever las consecuencias funestas... Pero luego, volviendo sobre sí, replicó con viveza: «Además, no puedo menos de observar a vuestra alteza real, que no es esto lo que ha perdido a la Monarquía francesa, sino la reunión de la nobleza, que vino a encontrarnos en virtud de una carta muy tierna de vuestra alteza. «¡Hola!—dijo el príncipe, dándole palmadas en el hombro—cálmese usted, amigo mío; no ha sido mi intención enfadarle con esta pregunta.»

»A pesar de todos los contratiempos, bien o mal, se consiguió regularizar alguna cosa: nos clasificaron por cuerpos y provincias; nos señalaron acantonamientos, y nos dieron armas; los guardias de Corps del rey se reunieron, vistieron, equiparon y pagaron; muy luego presentaron un Cuerpo magnífico por su firmeza y regularidad. La coalición de Auvernia y el Cuerpo de la Marina, parte a pie y parte a caballo, se hicieron notar especialmente por su disciplina, su instrucción y fraternidad. No es dable admirar suficientemente nuestro rendimiento y nuestra abnegación; cada oficial no fué más que simple soldado, sujeto a prácticas y fatigas muy ajenas de sus costumbres, y sometidos a las mayores privaciones, pues no había paga, y muchos de ellos pronto no tuvieron otro re-

curso que el escote de sus compañeros más felices. Merecíamos mejor suerte, o, por mejor decir, éramos dignos de mejor empresa. Habían reunido con mucho esmero toda la oficialidad de cada regimiento, con la mira de que presentasen el cuadro formado a sus soldados, que creíamos no dejarían de pasarse a nosotros en cuanto los viesen. ¡Tal era nuestra ceguedad! Con el mismo objeto se habían reunido los nobles de cada provincia, creyendo que influirían notablemente en la masa de la población; yo no sé si sería debilidad en las fibras cerebrales o calentura, lo cierto es que estábamos firmemente persuadidos de que nos estaban esperando con el mayor afecto.

»Todas estas reuniones se ejercitaban y maniobraban públicamente; no obstante, cuando se hacían interpelaciones diplomáticas sobre el particular, se respondía con el mayor descaro con una negativa absoluta. Se habían nombrado generales, formado un estado mayor y todo lo que caracteriza un cuartel general, incluso un gran preboste. Insensiblemente, nuestros príncipes se habían rodeado de cuanto constituye un verdadero Gobierno; tenían ministros para los negocios del momento, y aun para cuando entrásemos en Francia, pues esta victoria nos parecía infalible y muy inmediata.

»Monsieur de Lavalheurnois, de quien tanto se ha hablado posteriormente en una conspiración real, y que fué a perder la vida en Sinnamary después de fructidor, tenía el ministerio de la policía. Marchó de antemano para ir a ejercerla clandestinamente en París; me había tomado tanto afecto, que quería resueltamente que me casase con su hija, y me hizo las más vivas instancias para que le siguiese; pero yo no quise,

porque la naturaleza de su ministerio me repugnaba mucho. Si hubiese condescendido a sus deseos, ¡cuál hubiera sido mi suerte!

•También teníamos relaciones directas con casi todas las Cortes; los príncipes tenían sus enviados en todas ellas, y recibieron los de éstas en Coblenza. Su alteza real el conde de Artois fué a Viena, si no me engaño; pero, de cierto, a Pilmith. La nobleza escribió en cuerpo a Catalina, que nos envió M. de Romanzoff como embajador. Esta emperatriz miraba con placer la tempestad que se formaba en el Mediodía de Europa y atizaba gustosamente un incendio que, sin aventurar nada, podía serle muy favorable; por ello se manifestaba acalorada en sus sentimientos y pródiga en sus promesas. No desesperaba en esta circunstancia de engañar a Gustavo III, cuya actividad, demasiado vecina, le era muy importuna; dicen que le había decidido a alistarse en la cruzada, lisonjeándole con que sería generalísimo. Yo no sé si este príncipe, que tenía mucho espíritu, tal, que ciertamente era un águila para su tiempo, se dejó alucinar; ello es cierto que se mostró muy entusiasmado a favor de nuestra causa, y que manifestó deseos de batirse personalmente. Cuando marchó de Aquisgrán para ir a Suecia a tomar las últimas disposiciones al efecto, le oí decir a la princesa Lamballe, al despedirse: «Pronto nos volveremos a ver; pero antes por mí mismo debo dar algunos pasos y guardar ciertas consideraciones, pues el papel que estoy representando es muy delicado. Sabed que yo, que quiero volver para pelear al frente de vuestros aristócratas, soy el primer demócrata de mi país, etc., etc.»

•También recibíamos enviados de Luis XVI, que

presentaban mensajes públicos reprobando nuestra conducta, y tenían conferencias confidenciales, tal vez enteramente distintas; por lo menos, nuestro modo de obrar daba motivo para suponerlo así, declarando que estaba cautivo y que, por lo mismo, no debíamos hacer caso de sus órdenes; que debían obrar en un sentido contrario a todo lo que le hacían decir, y que si nos exhortaba a la paz era porque quería la guerra. Por ello yo creo que fuimos muy perjudiciales a aquel desgraciado monarca y que nos corresponde una parte muy especial en el perdón que en su testamento concedió a todos sus amigos, «que tanto mal le habían causado—dice—con su celo indiscreto».

•Sin embargo, nuestra emigración se iba prolongando, a pesar de todas las promesas que nos hacían y de las esperanzas que alimentábamos; ¡cuántas ilusiones, cuántas ficciones ridículas y absurdas no se ponían en movimiento para entretener nuestra impaciencia, ya fuese para evitar nuestro desaliento, ya porque se alucinasen a sí mismos! No faltó quien, en vista de nuestras cartas y gacetas, se entretuvo a calcular que en menos de diez y ocho meses habíamos puesto en movimiento cerca de dos millones de hombres, sin que apareciesen a nuestra vista. «Pero con mucho misterio—nos decían los altos iniciados—, estas tropas sólo marchan de noche para sorprender mejor a nuestros demócratas, o, si pasan de día, van en partidas y sin uniformes.» Además, había una multitud de cartas de diversos países, todas muy verídicas, en estilo enigmático, que decían ser sólo inteligibles para nosotros. A uno le decían que acababan de despachar para su país cincuenta mil cristales de Bohemia; a otro le daban aviso del próximo envío de diez

mil porcelanas de Sajonia; a otro le anunciaban veinticinco balas de cacao, y otras tonterías semejantes.

»¿Cómo es posible, me digo ahora a mí mismo, que unos hombres de talento, pues es indudable que había muchos entre ellos, que unos antiguos ministros que habían gobernado, y otros que se formaban para gobernar un día, pudiesen dar crédito a semejantes faramallas, o que, según el buen sentido de la multitud, no nos hayamos reído en sus bigotes? Pero no; estábamos encaprichados y firmemente convencidos de que tocábamos al término de nuestros deseos; que este momento se acercaba; que era infalible, y que sólo con dejarnos ver todo se humillaría a nuestros pies, persuadidos de que nos aguardaban con la mayor impaciencia.»

Al llegar aquí, el Emperador, que me había interrumpido varias veces para reírse y chocarrear, me dijo con seriedad: «¡Realmente, el bosquejo que usted ha delineado debe ser muy fiel, pues estoy viendo el retrato de muchos de ustedes! Sí, amigo mío; sea dicho sin insultar a nadie, la jactancia, la credulidad, la inconsecuencia y aun la misma tontería, a pesar de todo su talento, se puede decir francamente que son su verdadera herencia. Cuando algunas veces, queriendo divertirme, me he avenido a ello, poniéndome a su nivel para animarles a hablar con confianza, yo mismo les he oído en las Tullerías, ya siendo cónsul, ya Emperador, todo lo mismo que usted me está diciendo. Todo lo encontraban fácil y llano; el amor de los franceses a sus reyes, todo enterito, había pasado a mi persona, me decían; ya podía en adelante hacer cuanto me diese la gana, seguro de que no encontraría el menor obstáculo, salvo un puñado de incorregi.

bles, generalmente vilipendiados.» «Esta contrarrevolución tan temida—me decía otro—, para mí no había sido más que un juego de niños ni me había costado el menor trabajo.» Reíame de compasión, aunque apenas podía contenerme; pero él hablaba con la mayor sinceridad, persuadido de que tal era la opinión y aun de que la generalidad pensaba como él. Pero siga usted.»

«La aparición repentina del duque de Brunswick en Coblenza, y la llegada del rey de Prusia al frente de sus tropas, llenaron de placer y esperanza a toda la emigración. «Al fin, el Cielo había oído nuestras súplicas»—decían—; íbamos, pues, a entrar en la tierra prometida. Sin embargo, los hombres de juicio y experiencia vaticinaron desde luego que nuestra crisis tendría el mismo resultado que otras semejantes que nos presentaba la Historia, y que al cabo no seríamos más que instrumentos o pretextos para los extranjeros, que sólo buscaban su interés, sin que el nuestro les moviese a dar un paso.

»Monsieur de Cazales, que en poco tiempo había aprendido mucho, nos lo dijo muy enérgicamente. Nos extasiábamos mirando los prusianos que desfilaran por las calles de Coblenza dirigiéndose a nuestras fronteras. «Juventud insensata—nos decía—, admiráis con simpatía esta tropa y todo su aparato, su marcha os alegra; ¡más bien debería estremeceros! En cuanto a mí, quisiera ver el último de estos soldados sumergido en las aguas del Rhin. ¡Infeliz el que llama al extranjero a su país! ¡Oh, amigos míos, continuad con vehemencia; la nobleza francesa no sobrevivirá a esta desgracia! ¡Tendrá el desconsuelo de morir lejos de la Luna! Yo soy tanto o más culpable

que los demás: lo veo, hago lo mismo que todos; pero no por complacer, sino porque no puedo impedirlo. Lo repito: ¡infeliz el que se dirige al extranjero y se fía de él!...»

»¡Estas últimas palabras eran un oráculo de sabiduría! Muy pronto la experiencia nos habría convencido si hubiésemos estado menos alucinados o si hubiese sido dable que una multitud pudiese raciocinar y obrar bien; pero nuestras miserias nos habían condenado a enriquecer la Historia con una lección digna de la meditación de los hombres. Muy bien podíamos reunirnos hasta veinte o veinticinco mil hombres armados, y ciertamente que semejante masa, llena de ardor, desnudo y buena voluntad, combatiendo por sus propios intereses, acorde con los elementos simpáticos del interior, obrando contra una nación desconcertada en la confusa agitación de unos derechos modernos todavía no consagrados, ni siquiera bien entendidos, podía dar golpes decisivos; pero nuestra fuerza, nuestros buenos resultados y su prontitud no hubieran convenido a los extranjeros; y, por lo mismo, bajo pretexto de esta misma influencia, y para ponerla en movimiento, según decía, en varios puntos a un mismo tiempo, nos inutilizaron dividiéndonos o, por decirlo mejor, nos hicieron prisioneros en medio de sus respectivos ejércitos; de suerte que seis mil de nosotros se dirigieron contra Alsacia, bajo las órdenes del príncipe de Condé; cuatro mil, con el duque de Borbón, debieron operar en Flandes, y los restantes, doce o quince mil, se quedaron en el centro con los dos hermanos del rey para atacar la Champaña.

»El plan y las miras de nuestros príncipes había sido que el mayor, como heredero del trono y sustituto na-

tural de Luis XVI, vista la cautividad de éste, se proclamaría regente del Reino en cuanto pisásemos el territorio francés; que marcharía con sus emigrados al frente de la expedición, y que los aliados seguirían únicamente como auxiliares; pero éstos se rieron del plan y nos relegaron detrás, bajo las órdenes del generalísimo duque de Brunswich, que nos hizo prece-der por un manifiesto el más absurdo, haciéndonos el favor, publicándolo en su nombre, de exonerarnos de cuanto tenía de ridículo y odioso.

»Sin embargo, no puedo omitir que algunas cabezas maduras de nuestro partido, como más avisadas, no les había faltado previsión en este negocio; por ello habían propuesto en el Consejo de los príncipes penetrar en cualquier punto de Francia antes de la llegada de los aliados y alimentar nosotros solos la guerra civil. Otros, más desesperados o más ardientes, aconsejaban el apoderarnos luego de los Estados del elector de Amberes, nuestro bienhechor, ocupar Coblenza y su fortaleza y hacer allí el centro de reunión de todos los descontentos, un punto de apoyo independiente del cuerpo germánico; y cuando levantábamos el grito contra semejante perfidia e ingratitud, nos respondían que, «a gran mal, gran remedio». No se puede saber cuál hubiera sido el resultado de semejantes medidas, que, de otra parte, más bien se adaptarían a la audacia de estos tiempos modernos que a las costumbres de entonces. Por lo mismo, no se siguió aquella opinión, y, además, era ya muy tarde, estábamos demasiado empeñados con los extranjeros; nos consideraban ya como cosa suya, y nuestra suerte debía cumplirse...

»Por lo que respecta a la masa, estábamos muy dis-

tantes de prever nuestras desgracias. Emprendimos alegremente nuestra marcha, sin que ninguno de nosotros no estuviese firmemente persuadido que al cabo de quince días estaría en su casa triunfante, rodeado de sus vasallos, sometidos, humillados y en mayor número. Una prueba daré de ello, que aunque personal y minuciosa, no será menos característica. Atravesábamos la ciudad de Tréveris, en donde había estado de gobernador, nombrado por Luis XIV, durante la conquista en tiempo de la guerra de sucesión, un hermano de mi abuelo; fuí a visitar su sepultura, que estaba en una capilla de los cartujos de aquella ciudad. Mi fogosa juventud y las circunstancias del momento me movieron a quererle erigir un pequeño monumento, con una soberbia inscripción análoga a las circunstancias. Todo lo encontraba llano; pero mis buenos frailes no eran tan fáciles. El prior quiso que me entendiese con el abad, que era una especie de obispo, y obispo alemán. Su discreción y tibieza, además de sus muchos blasones, cuando yo le estaba dando parte de mi proyecto caballeresco, desde luego me dispusieron contra él; pero cuando, después de muchos circunloquios, vino a parar en que las circunstancias presentes..., la prudencia..., la discreción..., si por casualidad los franceses entraban en la ciudad... Al oír estas últimas palabras, mi indignación llegó a su colmo, de modo que tan siquiera me detuve a contestarle una sola palabra. Salí al instante lleno de furor, firmemente persuadido de que era el más terrible jacobino, y sólo una generosidad natural y el respeto de mí mismo pudieron impedirme de contar el caso a mis compañeros, que seguramente hubieran destruído el convento. Y con todo, el abad

tenía la vista más perpiscas que yo; pues antes de tres semanas los republicanos estaban en Tréveris, el pobre abad fugitivo, y las cenizas de mi buen pariente profanadas por los infieles.

•En fin, apenas entramos en campaña, apenas pisamos el suelo francés, desde luego fué muy fácil de concebir, a menos de incurrir en la nota de estúpidos y ciegos, que era muy posible que nos hubiésemos equivocado. Nos encontrábamos en medio de los prusianos, que entorpecían todos nuestros movimientos; sin su permiso no podíamos ir adelante ni atrás, a derecha ni a izquierda, y nunca nos lo concedieron; nuestras subsistencias y todos nuestros recursos dependían únicamente de su voluntad; en resumen, sufríamos la vergüenza de presentarnos como esclavos en el país que pretendíamos dominar.

•En cuanto a nuestros compatriotas, en vez de recibirnos como a libertadores, cual lo habíamos creído, sólo nos manifestaron desprecio y repugnancia. Si algunos señores solariegos venían a juntarse con nosotros, la masa entera de la población huía y nos consideraba hostilmente con la nota de infamia y el silencio sañudo de la reprobación. Parecía decirnos: «¿No os estremecéis al manchar de esta manera el suelo patrio? ¿No nacisteis franceses? ¿Nada os dice el corazón con respecto a este suelo natal? ¿Os llamáis ofendidos; pero ¿hay culpa, hay injuria que puedan nunca dar a un hijo el derecho de despedazar a su madre?... Dicen que en otro tiempo Coriolano, patricio acalorado, tuvo la infamia de combatir a su patria; pero al menos a su furor juntaba la elevación: se presentó con brazo victorioso, imponía su propia voluntad, no iba siguiendo bárbaros extranjeros, sino que

les mandaba, y todavía se dejó enternecer. ¿Seríais vosotros incapaces de este afecto, y no temeríais nuestras maldiciones, que se perpetuarán en vuestros hijos y nietos? Y todavía en este caso, cualesquiera que sean los resultados que podáis obtener, no igualarán vuestro dolor. Pretendéis venir a mandar, y vosotros mismos sois esclavos de los extranjeros que os rodean, etcétera, etc.»

»En Verdun o Estain nos alojaron en la ciudad. A mí y a algunos compañeros nos tocó una casa de bella apariencia; pero no tenía más que las paredes; muebles y propietarios, todo había desaparecido, excepto dos muchachas jóvenes que nos entregaron las llaves. Esta última circunstancia nos pareció un buen presagio; quisimos hacérselo notar y galantearlas. «Señores — nos dijo agriamente una de las dos amazonas —, nos hemos quedado aquí para tener el gusto de decir a ustedes en su presencia que nuestros novios están armados contra ustedes, y que sólo ellos poseen nuestro afecto y nuestros corazones.» Este idioma era inteligible, por cuya razón no pedimos más y fuimos a alojarnos a otra parte.

»Como quiera que sea, ya estábamos en Francia a la cola del ejército prusiano, que continuaba brillantemente sus triunfos, dejándonos tres o cuatro etapas detrás; y fuese para reirse de nosotros, porque les habíamos asegurado que todas las ciudades abrirían sus puertas en cuanto nos viesan, o fuese para liberarse de nuestras importunidades, nos encargaron el sitio de Thionville: nos acercamos a la plaza, y porque una de aquellas rarezas singulares que presenta la casualidad, el Cuerpo de Marina se encontró allí precisamente opuesto a los voluntarios nacionales de

Brest; al instante se reconocieron, y sabe Dios el diluvio de epítetos e injurias que se enviaban unos a otros.

»Sin embargo, la plaza de Thionville, como es cosa sabida, es una de las más fuertes, y al cabo no podíamos tomarla con las manos ni con los dientes, pues estábamos faltos de todo, y para obtener de los austriacos de Luxemburgo dos cañones de veinticuatro, fué necesario entablar una negociación. Después de muchas idas y venidas, llegaron los cañones en triunfo, y con este formidable aparato intimamos la rendición de la plaza; con su respuesta negativa se le tiraron de noche algunos centenares de cañonazos, que no produjeron otro resultado que el de gastar pólvora en salvas. Cuando estuve de vuelta después de la emigración, hablé casualmente con el general Wimpfen, que en aquella época mandaba esta plaza; preguntóme cuál podía haber sido nuestra intención o especie de burla. «Yo creo — le dije — que se contaba con usted. Pero aun cuando esto hubiese sido, todavía ustedes debían ponerme en el caso de rendirme, pues no podían suponer que yo debiese ir a solicitarles que me atacasen, etc.» Todo en proporción: la más mínima salida ponía todas nuestras fuerzas en movimiento; la menor circunstancia, para nosotros era un acontecimiento memorable; esto era muy natural, porque no entendíamos una palabra; por ello, dejando el valor aparte, no dudo en creer que cien bigotes retorcidos de la Guardia imperial hubieran derrotado toda nuestra reunión; por fortuna, nuestros adversarios no eran más hábiles que nosotros; entonces todos eran pigmeos, bien que poco tiempo después en todas partes hallé gigantes.

»Con todo, no estábamos muy contentos de nuestra posición en nuestras tiendas de campaña, sin más techo que un poco de paja podrida; pero a la francesa, nuestra alegría nos salvaba; nuestro mal humor se exaltaba en pullas y majaderías. A cada jefe le habíamos puesto su apodo, sin que hasta el venerable mariscal de Broglie, nuestro generalísimo, dejase de tener el suyo, y esto me recuerda el cuento con que gratificamos a uno de sus segundos, que le aterró. Si mis compañeros de tienda alguna vez leen esto, estoy persuadido que todavía se reirán.

»En una salida que nos causó la mayor inquietud, como era costumbre, todos fuimos a hacer frente al enemigo. No teniendo caballos, los oficiales de artillería tiraban ellos mismos de dos cañones de campaña que habíamos comprado. «Pues mire usted—dijo el Emperador—, precisamente yo pudiera haber sido uno de los que arrastraban aquellos cañones, en cuyo caso, ¡quién podría calcular las diferentes combinaciones que hubiera tenido mi destino, y aun el de todo el mundo! Pues al cabo es incontestable, y nadie se atrevería a negar que yo le he dado una dirección enteramente mía; pero siga usted.»

»Nuestros dos cañones seguían directamente el camino real, cuando el general, jefe de día, llegó al galope, quejándose agriamente al ver andar los cañones hacia la plaza con la culata a la delantera. «¿Qué es esto, señores?—dijo gritando como un energúmeno—. ¿Es posible que unos caballeros conduzcan de esta manera sus cañones hacia el enemigo? Y si éste se presentase, ¿cómo podrían ustedes hacer fuego contra él?» Y el bueno del hombre se obstinaba en no querer entender lo que los oficiales se cansaban de repetirle,

a saber: que a menos que él no inventara otro nuevo método, era imposible conducir los cañones de otra manera; y desde aquel instante le despachamos su patente de invención, que le confirmó todo el ejército.

»Pero muy pronto toda esta broma tomó repentinamente un carácter muy serio; la escena cambió mágicamente, y nuestras desgracias empezaron para no acabar. Ya fuese traición, debilidad, interés de su política o enfermedad del ejército, fuese fuerza real o solamente buena maña del general francés, lo cierto es que el rey de Prusia trató secretamente con él, dió repentinamente una media vuelta, y se retiró hacia la frontera, y entonces empezó el espantoso desorden y derrota que sufrimos; no, no es posible describir los indignos tratamientos que toleramos, ni el justo resentimiento de que es susceptible un corazón generoso contra los prusianos, nuestros aliados. ¡Nuestros príncipes, degradados, desconocidos e insultados; nuestros equipajes, nuestros efectos más necesarios y hasta nuestras ropas, saqueadas; nuestras personas, indignamente maltratadas! ¡De esta suerte, mezclados y confundidos unos con otros, nos vimos arrojados indecentemente fuera de la frontera por nuestros amigos y aliados!

»Yo, desde el principio de la retirada, sucumbiendo a la fatiga de las marchas forzadas entre lodazales, torrentes y lluvias, agobiado bajo el peso de un fusil y demás armamentos, que mi complexión no podía soportar, me aproveché de mi prerrogativa de voluntario para salir de las filas y hacer mi retirada solo, según mis fuerzas me lo permitían. Me ponía en camino cuando podía, y nunca llegaba a la parada de los de-

más; el primer cortijo que encontraba me servía de asilo; y sea felicidad de mi estrella, o sea que en efecto tropecé con aldeanos de buena índole y sin exasperación contra nosotros, tuve la felicidad de evacuar sin el menor tropiezo el territorio francés. Sólo algún tiempo después pude medir toda la extensión del peligro a que había estado expuesto, cuando leí en los papeles públicos que quince o veinte compañeros nuestros, rezagados como yo en el camino, muchos de los cuales habían estado en mi misma compañía, habían sido presos, conducidos a París y ajusticiados en las plazas públicas, en una especie de auto de fe, como por vía de expiación y escarmiento.

»Al instante, fuera de Francia, nos intimaron a todos que debíamos disolvernó; bien que no era necesario, porque las necesidades y la absoluta falta de todo hacían nuestra separación indispensable. Cada cual tomó la dirección que le dictó su buena o mala estrella, acompañados de la rabia y la desesperación; atravesamos como fugitivos, la mayor parte del tiempo a pie, y algunos casi desnudos, los mismos parajes en que poco tiempo antes habíamos explayado nuestro lujo y esplendor, ¡felices cuando no nos cerraban las puertas o no nos desechaban con brutalidad! En un instante nos vimos expulsados oficialmente de todas partes; nos prohibieron la morada o la entrada en todos los Estados vecinos, y fuimos a tierras lejanas, arrostrando en toda Europa el espectáculo de nuestras miserias, que debieron ser una grande lección de moral y política para los pueblos, los grandes y los reyes.

»Sin embargo, las hazañas de los franceses hicieron pagar muy caro a los extranjeros las indignidades con

que nos habían abrumado; al paso que de nuestro lado tuvimos una especie de consuelo al ver que el honor de la emigración francesa encontraba un asilo en el ejército de Condé, que levantaba su frente erigida, y ocupa una bella página de la Historia, como un modelo de lealtad, valor y constancia.

»Tal es, señor, aquella famosa época, aquella determinación fatal, que para un crecido número no fué más que el error de la juventud y falta de experiencia; pero a éstos nadie tiene derecho a hacerles el menor reproche sino ellos mismos, pues los sentimientos que les guiaron eran tan puros, tan naturales, generosos y sin mezcla de egoísmo, que en caso necesario pueden publicarlos con honor, y no puedo omitir que estas disposiciones eran generales entre nosotros, particularmente la multitud de nobles de las provincias, que, sacrificando cuanto tenían y no aguardando nada, careciendo de fortuna y de esperanza, patentizaban un desprendimiento heroico en hacer una cosa que, según su modo de pensar, era un deber. Por lo demás, todo el vicio estaba en nuestra educación política, que nos vendaba los ojos para no ver nuestros deberes, induciéndonos a tributar sólo al príncipe lo que pertenecía a toda la patria. ¡Los errores pasan con las generaciones, pero la verdad es indeleble! Por ello, en lo venidero, cuando las pasiones adversas estén apagadas, cuando sólo queden los vestigios de los intereses opuestos o de la ceguedad y furor de los partidos, lo que fué dudoso para nosotros será positivo para otros; lo que para nosotros era lícito o digno de excusa, que lo mirábamos por un antiguo orden de cosas establecido luchando con otro moderno que se creaba, se considerará como criminal

entre los que se guíen por doctrinas fijas. Entonces se mirarán como artículos de fe: 1.º Que el mayor de los crímenes es el introducir extranjeros en el seno de la patria. 2.º Que la soberanía no puede estar vacilante, sino que es inseparable del territorio y está íntimamente ligada con la masa de los ciudadanos. 3.º Que la patria no puede ser movable, sino que es inmutable y fija en el suelo sagrado que nos vió nacer, en el cual descansan los huesos de nuestros progenitores. ¡Tales son las grandes máximas, y todavía otras muchas que habrá producido nuestra emigración, y tales las sólidas verdades que habrán transmitido nuestras desgracias!

«Muy bien—dijo el Emperador—; perfectamente; esto es lo que se llama no tener preocupaciones. ¡Estas son verdaderas miras filosóficas! Y podrán decir de usted que ha sabido aprovecharse de las lecciones del tiempo y de la adversidad.» Y luego, con su rapidez acostumbrada, recapituló los varios puntos que yo había referido, deteniéndose sobre lo absurdo, la inconsecuencia, el gran error de nuestra emigración, los verdaderos males que había causado a Francia, al rey y a nosotros mismos. «¡Ustedes establecieron y consagraron en Francia—dijo—un cisma semejante al que los católicos y los protestantes diseminaron en la Europa religiosa, cuyas consecuencias han causado tantas desgracias, que si bien yo había conseguido destruirlas, es muy probable que vuelvan a renacer.» Y en seguida explicaba los medios de que se había servido para aniquilar este azote destructor, las precauciones que debió tomar para conseguirlo y los resultados que se había prometido. ¡Cómo sus palabras cambiaban la faz de las cosas! ¡Qué aspecto

tan grandioso tomaban a mis ojos a medida que iba hablando! «Y lo más raro de mi situación—añadía—es que en todo esto yo mismo navegaba constantemente en medio de los escollos. Cada cual, juzgando según se lo permitían sus alcances, atribuía a afecciones particulares, a simples preocupaciones o pequeneces, lo que en mí eran miras profundas, grandes conceptos y máximas de Estado de la mayor elevación; cualquiera hubiera podido decir que yo reinaba en un pueblo de pigmeos en inteligencia, porque nadie me entendía. El partido nacional estaba celoso y resentido de lo que me veía hacer a favor de los emigrados, y éstos, por su parte, se persuadían de que yo no buscaba más que darme lustre con su apoyo. ¡Pobre gente!... (1).

»Sin embargo, a pesar de la ceguedad y de las preocupaciones recíprocas, había conseguido mi obje-

(1) Después de mi regreso a Europa, refiriendo estas palabras de Napoleón a un gran dignatario de la Corona, con quien había tenido el honor de hablar particularmente muchas veces (el conde de S...), me contó otra conversación, precisamente sobre el mismo asunto; y como coincide con lo que se acaba de leer, voy a transcribirla. El Emperador le decía un día: «¿Por qué cree usted que procuro rodearme de los hombres ilustres de la antigua monarquía?—Señor, acaso por el lustre de nuestro trono y por ciertos miramientos aparentes a la vista de toda Europa.—Vaya, ya entró usted con su orgullo y preocupaciones de clase. Pues sepa usted que mis victorias y mi fuerza me recomiendan en Europa mucho más que todos estos grandes y pomposos nombres, y que en el interior de Francia mi predilección aparente para ellos me perjudica mucho y me quita una gran parte del afecto del pueblo. Usted atribuye a miras mezquinas lo que en realidad las tiene muy grandes y dilatadas. Yo constituyo de nuevo una sociedad, una nación, y me encuentro con elementos enteramente antipáticos. Los nobles y los emigrados no son más que un punto en la masa, y ésta siempre les es enemiga y está agriada, perdonándome difi-

to y tenido la satisfacción de establecer la calma en el cuerpo, cuando me engolfé en pos de mis grandes empresas.»

BAILES DE MÁSCARA.—MADAMA DE MEGRIGNY.—  
 CANALES DE FRANCIA.—SUEÑOS SOBRE PARÍS.—  
 VERSALLES.—FONTAINEBLEAU, ETC.

4.—El tiempo se había serenado; el Emperador quiso salir en coche, y durante el paseo se habló de los bailes de máscara. El Emperador deseaba que se diesen a menudo, porque le gustaban mucho; tenía la certeza de encontrarse con cierta cita que nunca faltaba; todos los años le salía al encuentro la misma máscara, recordándole ciertas antiguas intimidades, y le solicitaba con ardor que se dignase admitirla y recibirla en su corte. era una mujer muy amable, hermosa y de un bellísimo carácter, que había hecho muchísimos favores a diversos sujetos. El Emperador, que no dejaba de apreciarla, siempre la respondía:

---

cilmente haberles permitido de nuevo la entrada. Yo lo hice porque creí que era un deber; pero si les dejase existir en cuerpo, algún día podrían servir al extranjero, sernos perjudiciales y correr ellos mismos los mayores peligros; y por lo mismo, procuro disolverlos y aislarlos. Si coloco a algunos cerca de mi persona en las administraciones, es a fin de identificarlos con la masa y hacer de manera que el todo no haga más que uno, o, por mejor decir, que todos estos elementos divididos formen un solo cuerpo de nación; pues como soy mortal, si yo llegase a faltar antes que esta misión se hubiese verificado, justedes verían entonces cuántos inconvenientes acarrearían estas partes heterogéneas y los riesgos terribles de que podrían ser víctimas ciertos individuos! Así, pues, amigo mío, todas mis miras son consecuentes a la alta política, pero no a las vanas y tontas preocupaciones.»

«No niego que usted sea hermosa; pero considere sus deseos, juzgue usted misma y hágame justicia. Usted tiene dos o tres maridos e hijos de todo el mundo; no hay duda que se consideraría como una dicha el haber sido cómplice en la primera falta, habría motivos para enfadarse de la segunda, y acaso se disimularía; pero, luego, luego... Ahora sea usted Emperador y decida: ¿qué haría usted en mi lugar, estableciendo por principio que me veo precisado a restablecer ciertos decoros? Entonces, la bella solicitadora guardaba el silencio o decía: «Al menos no me quitéis enteramente la esperanza aguardando al año siguiente para ser más feliz.» Y cada cual de los dos—decía el Emperador—era exacto a la nueva cita.

En aquellos bailes se complacía principalmente en hacerse insultar, y, según decía, facilitaba medios para ello. Un día, estando en casa de Cambaceres, se rió mucho de oír decir a madama de San D ... que por su carácter se incomodaba fácilmente, que había ciertas personas en el baile que debería echárselas a patadas, pues era imposible que hubiesen entrado en él sino con boletines robados.

Otra vez, él mismo había precisado a la excelente y tímida madama de Megrigny a levantarse colérica y retirarse con las lágrimas en los ojos, diciendo que seguramente se abusaba con ella de la libertad que da un baile de máscara. El Emperador le recordó un favor muy notable que en otro tiempo la había hecho, añadiendo que nadie dudaba que le hubiese indemnizado concediéndole el derecho de prelación. «Es así que sólo yo—decía—podía decirselo sin insultarla; porque si bien corrió la voz en algunas sociedades, yo sabía bien que era falso.» He aquí la historia:

Yendo el Emperador a coronarse en Milán, descansó una noche en Troyes. Le presentaron a las autoridades de la ciudad, y con éstas una joven suplicante en vísperas de casarse, que venía a solicitar una gracia de intereses, y como el Emperador deseaba hacer alguna cosa brillante, que al paso que metiese ruido fuese agradable al país, la circunstancia le pareció favorable, y por lo mismo la dió buena acogida con toda la gracia imaginable. Esta joven (era madama de Megrigny) pertenecía a una de las primeras familias de la provincia, pero enteramente arruinada por consecuencia de la emigración: apenas llegó a la miserable vivienda de sus padres, cuando un paje entró con mucho ruido llevando el decreto del Emperador, por el cual la reintegraba en treinta mil francos o más de renta. Júzguese el ruido y efecto que produciría semejante acontecimiento; sin embargo—decía el Emperador—, como la niña era muy elegante y hermosa, quisieron que sus prendas hubiesen contribuído en algo a la gracia, a pesar de que pocas horas después él se ausentó de la ciudad sin que se acordase más de ella; pero la murmuración no tiene límites. Es muy sabido cómo se fabrican los cuentos en casos semejantes, y como precisamente aquella señorita se casó con un caballero suyo, y por consiguiente ella vino a la Corte, la maledicencia mezcló todas estas circunstancias como es costumbre en tal grado, porque habiéndola nombrado posteriormente teniente de aya del rey de Roma, la elección escandalizó un momento a la rígida madama de Montesquieu, que temía no ver en este nombramiento sino un convenio estudiado.

En Turín renovó la misma fineza que había hecho

en Troyes, en la persona de madama de Lascaris; en ambos casos no podía menos de aplaudirse su liberalidad, pues no había sembrado en terreno estéril: ambas familias le han dado pruebas de su buen afecto y reconocimiento.

En el curso de la conversación, decía el Emperador que nunca la Geografía había hecho tantos progresos como en estos últimos tiempos, debiéndose atribuir en parte a sus expediciones. Luego habló de los canales que había mandado abrir en Francia; citó particularmente el de Estrasburgo a Lyon, que creía haber dejado bastante adelantado para que se viesen en la precisión de concluirlo, pues sobre treinta millones que debía costar, le parecía que ya iban gastados veinticuatro.

•En el día se podía comunicar por el interior de Burdeos a Lyon y París; había mandado construir un crecido número de postas, y había proyectado muchas más.

Habiendo uno observado entonces que si el Cielo hubiera concedido a Napoleón un reinado de sesenta años, como a Luis XVI, hubiera dejado monumentos muy grandiosos. «Si el Cielo me hubiese concedido solamente veinte y un poco de tranquilidad—repuso vivamente—, en vano hubiera sido buscar el antiguo París, pues sólo hubieran quedado vestigios, y tal vez hubiera cambiado la faz de toda Francia. Arquímedes lo prometía todo mientras le dejasen fijar un extremo de su palanca, y yo hubiera hecho otro tanto en cualquier parte que me hubiesen dejado fijar mi energía, mi perseverancia y mis presupuestos... Con los presupuestos se puede crear un mundo nuevo...; los reyes de Francia nunca han tenido nada de administra-

tivo ni de municipal..., siempre se han manifestado como unos grandes señores arruinados por sus mayor-domos.

»La misma nación, en su carácter y en sus gustos, cuanto tiene es provisional y mal empleado; todo para el momento y el capricho, y nada durable... he aquí nuestra divisa y nuestras costumbres francesas; cada cual pasa su vida trabajando, sin que haya nada permanente. ¿No es indecente que París no tenga ni tan siquiera un teatro francés, ópera, ni nada digno de su grandeza?

»Varias veces me he opuesto a las fiestas con que quería obsequiarme la ciudad de París. Todo se reducía a comidas, bailes, fuegos de artificio, que costaban cuatro, seis u ochocientos mil francos, cuyos preparativos obstruían los caminos públicos durante muchos días, y luego, para deshacerlos, costaban otro tanto trabajo y dinero. Yo les probaba que con estos gastos inútiles hubieran podido hacer monumentos duraderos y magníficos.

»Es necesario haber hecho tanto como yo para conocer toda la facultad que hay para hacer bien, y muchas veces me vi en la precisión de emplear todo mi poder para salir con buen éxito. Si se trataba de chimeneas, tabiques, muebles o alhajas en los palacios imperiales, todo se hacía volando; pero si se trataba de prolongar el jardín de las Tullerías, de dar salubridad a algunos cuarteles de París, de desobstruir algunas alcantarillas o efectuar alguna cosa en beneficio del público, era necesario todo mi carácter, escribir ocho o diez cartas cada día, y al último, enfadarme para conseguirlo. Más de treinta millones he empleado en mandar abrir alcantarillas, por cuyas obras ni tan si-

quiera me han dado las gracias; para formar la plaza del Carrousel (1) y descubrir el Louvre, mandé derribar casas por valor de diez y siete millones. Es inmenso todo lo que hice; pero lo que tenía decidido y había proyectado, todavía lo era muchísimo más.»

Entonces uno notó que las obras del Emperador no se habían limitado a París ni a Francia, sino que casi todas las ciudades de Italia presentaban monumentos de su creación. Por cualquier parte que se viaje, tanto en la nación como en la cima de los Alpes, en los arenales de Holanda, en las márgenes del Rhin, se encuentra Napoleón, y siempre Napoleón.

A esto, observó que había resuelto desaguar las tierras pantanosas de Pontins. «César—dijo—iba a ocuparse de estas obras cuando pereció.» Y volviendo a Francia: «Los reyes—decía—tenían demasiadas casas de campo y objetos inútiles. Un historiador imparcial podrá vituperar con justicia a Luis XVI por los gastos excesivos y espantosos que hizo en Versalles, sobre todo con sus guerras, sus impuestos y sus desgracias; agotó su Tesoro para no crear al cabo sino una ciudad bastarda.» Entonces analizó las ventajas de una ciudad administrativa; es decir, hecha para la reunión de las administraciones, ventajas que le parecían verdaderamente problemáticas.

Siento mucho no haber escrito a su tiempo la serie de razones que dió, que eran muy variadas e ingeniosas; en el día, la exactitud no me permite tomar sobre mí el reproducirlas.

El Emperador no dejaba de reconocer que vivir en la capital algunas veces es inaguantable para los

(1) Gran plaza frente al palacio del rey o de Tullerías.

soberanos; pero, de otra parte, tampoco lo era Versalles para los grandes, los ministros y los cortesanos; luego Luis XVI cometió un grande error si emprendió la construcción de Versalles solamente para domicilio de los reyes, cuando Saint-Germain estaba mucho más a la mano; la naturaleza parece que lo había hecho a propósito para el verdadero domicilio de los reyes de Francia. El mismo Napoleón había cometido faltas en este particular, pues no debía alabarse, decía, de todo lo que había hecho; hubiera debido sacrificar Compiègne, por ejemplo, y sentía haber celebrado allí su casamiento en vez de haber ido a Fontainebleau. «He aquí—añadió—el verdadero domicilio de los reyes, la casa de los siglos; quizás, tomado en todo rigor, no era un palacio de arquitectura, pero sí, seguramente, una habitación bien calculada y perfectamente conveniente bajo todos los aspectos. Indudablemente, se puede llamarlo el más cómodo y más bien situado de Europa para un soberano, etc.»

Entonces recapacitaba las capitales que había visitado y las casas de reyes que había visto, y nos concedía con mucha ventaja la superioridad. «Fontainebleau—añadía—era al mismo tiempo la situación política y militar más conveniente.» Se arrepentía de los gastos que había hecho en Versalles; pero al mismo tiempo decía no podía dejarlo arruinar. En la revolución se había tratado de destruir una gran parte de este palacio, quitando el edificio del centro y dejando separados los dos costados. «Realmente me hubieran hecho un gran servicio—decía—, pues nada hay tan dispendioso ni tan verdaderamente inútil como esta multitud de palacios; y si se me ha visto emprender el del rey de Roma es porque en ello tenía miras

peculiares más, a más de preparar el terreno, dejándolo en tal estado.

»Mis gastos en este artículo al cabo no podían ser muy grandes. Gracias a mis presupuestos, estos errores cada año se notaban y corregían, y nunca podían exceder más que una pequeña parte de la falta principal.»

El Emperador había tenido un trabajo increíble para hacer comprender y adoptar su sistema de presupuestos. «Se me proponía un plan de treinta millones que me convenía, lo concedía; pero para verificarse en veinte años; es decir, un millón y medio cada año. Hasta aquí todo iba muy bien; pero, ¿qué me darán ustedes por mi primer año? Pues, aunque quiero que mi gasto sea dividido en partes, quiero, no obstante, que el resultado del trabajo me llegue entero y acabado; es decir, quiero tener desde luego un abrigo, un cuarto, un aposento, no importa qué, pero cualquier cosa completa por mi millón y medio de francos. Los arquitectos ya no querían hablar de la obra, porque esto entorpecería su magnífico plan, su gran efecto. Desde luego hubieran querido construir toda una fachada, que durante mucho tiempo hubiera sido enteramente inútil, y de esta manera irse engolfando en gastos inmensos, que, si por casualidad se interrumpen, no dejan nada que pueda servir.

»Con este método, realmente mío, y a pesar de tantas circunstancias políticas y militares, pude, sin embargo, hacer tantas cosas. Había reunido a la Corona cuarenta millones de muebles y cuatro millones, por lo menos, de plata labrada. ¡Cuántos palacios he restaurado! ¡Tal vez demasiados! Gracias a mi modo de obrar pude habitar Fontainebleau desde el primer

año que se empezó la obra sin que me costase más de quinientos mil a seiscientos mil francos. Si posteriormente he gastado allí mismo seis millones ha sido en seis años, y con el tiempo hubiera gastado mucho más. Mi objeto principal se reducía a que el gasto fuese insensible, y el resultado, eterno.

»Cada vez que iba a Fontainebleau se convidaban, conducían y alojaban mil quinientas personas, y más de tres mil podían comer cómodamente allí, sin que costara casi nada al soberano, gracias al orden establecido por la sabia economía de Duroc, pues veinticinco o treinta príncipes, dignatarios o ministros, tenían la precisión de tener allí su casa establecida.

»Yo condenaba a Versalles en su creación; pero en mis ideas, algunas veces gigantescas, sobre París, discurría el modo de sacar un gran partido de aquella ciudad, reduciéndola con el tiempo a una especie de arrabal, un sitio inmediato, un punto de vista de la gran capital; y para apropiarla más a este objeto había concebido una idea muy singular, y aun había hecho formar el proyecto.

»Mandaba quitar de aquellos hermosos bosquecillos todas las ninfas de mal gusto y los adornos a la *Turcaret*, sustituyéndolos por unos panoramas en mampostería de todas las capitales que habíamos visitado victoriosos, y todas las célebres batallas que habían ilustrado nuestras armas. Estos hubieran sido otros tantos monumentos eternos de nuestros triunfos y de nuestra gloria nacional, puestos a la puerta de la capital de Europa, que todo el resto del universo, indudablemente, hubiera venido a visitar.» Y cortando repentinamente la conversación se puso a leernos *El Distraído*, cuyo volumen hacía rato tenía en la mano;

pero casi al instante interrumpió su lectura, ya fuese porque sus ideas le ocupaban la cabeza, o ya por una tos nerviosa que desde algún tiempo le incomodaba bastante después de comer; lo cierto es que su salud diariamente iba desmejorando.

PROYECTO DE MI «HISTORIA EUROPEA». — SELIM III. —  
FUERZAS DE UN SULTÁN TURCO. — LOS MAMELUCOS. —  
SOBRE LA REGENCIA.

3. — El Emperador estaba en el baño cuando llegó sir H. Lowe, por cuyo motivo, no queriendo verle, lo prolongó hasta que el gobernador se hubo marchado. A eso de las cinco salimos a paseo.

Estando en el baño acababa de leer dos volúmenes de la *Historia otomana*. Había formado el proyecto, que sentía mucho no haber podido ejecutar, de hacer escribir todas las historias de Europa desde Luis XIV, sirviéndose de los mismos documentos de nuestras relaciones exteriores, en las cuales se encuentran las notas regulares de todos los embajadores.

«Mi reinado —añadía— hubiera sido una época excelente para este objeto. La superioridad de Francia, su independencia y su regeneración, ponían al Gobierno en estado de publicar todas estas materias sin el menor inconveniente. Hubiera sido lo mismo que si se hubiese publicado la historia antigua, cosa, realmente, preciosa.»

Luego, pasando a Selim III, decía que una vez le escribió: «Sultán, sal de tu serrallo, ponte al frente de tus tropas, y comienza de nuevo los bellos días de tu monarquía.»

Selim, que le era muy afecto y además muy favorable, sólo le respondió que esto era bueno en los primeros príncipes de su dinastía, cuyas costumbres estaban muy distantes de las nuestras; pero que semejante modo de proceder, en el día, sería fuera de razón y enteramente inútil.

Sin embargo, añadía que seguramente nadie conocía la fuerza de la voluntad súbita de que sería capaz un sultán de Constantinopla que supiese ponerse al frente de su pueblo, darle energía y ponerse en marcha con esta multitud fanática; después decía, por lo que respecta a sí mismo, que si en Egipto hubiese podido juntar a los mamelucos con sus franceses, se hubiera considerado como dueño del mundo. «Con este puñado de hombres escogidos, el populacho—añadía riendo—que se había reclutado en el país para servirse de ellos en caso necesario, no hay cosa que no hubiese emprendido. Argel, tembló.

»Pero si alguna vez tu sultán se encaprichaba en venir a visitarnos—decía un día el bey de Argel al cónsul francés—no habría ninguna seguridad, pues destrozó a los mamelucos—. Nótese, que, en efecto, en todo Oriente los mamelucos eran objeto de veneración y terror; era una milicia que, hasta que se batió con nosotros, se había considerado invencible.»

Esperando el Emperador la comida entre nosotros, abrió un libro que estaba a su lado, encima del canapé; casualmente era la regencia. Dijo que era aquella una época de las más hediondas de nuestros anales; sentía que la hubiesen descrito con la veleidad del tiempo, y no con la severidad de la historia; en vez de hacer la justicia debida, la habían cubierto con las flores del buen tono y el colorido de las gracias. La

regencia—añadía—es el reinado de la depravación del corazón, de la vergüenza del espíritu y de la más profunda inmoralidad; en términos, que creía todos los horrores y abominaciones que se reprochaban en las costumbres del regente, en el seno de su propia familia; al paso que no lo creía de Luis XV, que aunque estaba sumergido en la más obscena y hedionda relación, con todo, no podía dar crédito a unas monstruosidades tan escandalosas, y le justificaba muy bien de ciertas imputaciones, que hubieran tocado muy de cerca a uno de los antiguos ayudantes del mismo Napoleón. Por último repitió que la época del regente había sido la ruina de todas las haciendas, y la pérdida de la moral pública: nada se había respetado en las costumbres ni en los principios, y hasta el mismo regente se había cubierto personalmente de infamia. En el asunto de los príncipes legitimados había manifestado el último grado de bajeza y cometido un gran abuso de autoridad. Sólo el rey podía autorizar semejante sentencia, y el mismo regente se complació en deshonorarse gratuitamente en la persona de su mujer, hija natural de Luis XIV, no obstante que le acomodó mucho casarse con ella, reinando este rey, etcétera, etc.

CAMPAÑAS DE ITALIA.—ÉPOCA DE 1815.—GUSTAVO III.—GUSTAVO IV.—BERNADOTTE.—PAULO I.

7.—Después de haber almorzado en la tienda, el Emperador quiso repasar algunos capítulos de la campaña de Italia; mandó venir a mi hijo, y concluyó con él los de Pavía y Liorna; luego después se paseó

hacia el fondo del bosque, habiendo mandado que fuese a encontrarle allí con el coche. Durante el camino, decía que ya miraba las campañas de Italia y de Egipto como enteramente acabadas, creyéndolas en estado de poderse presentar al público; esta sería indudablemente una obra muy lisonjera para los franceses e italianos, pues es el libro de su gloria y de sus derechos, etc. Sin embargo, no creía deber poner su nombre, y repetía que las diversas épocas de sus memorias harían mención de los de sus fieles compañeros, etc.

Cuando llegó el coche, siguiendo la conversación sobre el mismo asunto, se le instó mucho para que acabara 1815; se discutió vivamente su importancia, gravedad y los resultados. «¡Pues, bien!—dijo sonriéndose—; ya veo que es necesario que me dedique enteramente a ello; por lo menos da gusto verse animar; pero también es menester tener buen humor para trabajar, y aquí nos atosigan con disgustos y chismes; parece que nos envidian el aire que respiramos.»

Cuando entré con él en su cuarto, la conversación fué muy interesante y notable; se trató de Gustavo III, de Suecia, de Rusia, de Gustavo IV, de Bernadotte, Paulo I, etc. etc.

Le conté que, en Aquisgrán, Gustavo III vivía entre nosotros como un simple particular, bajo el nombre de *conde de Haga*; hacía las diligencias de la sociedad por la viveza de su espíritu y el interés que ponía en sus narraciones. De su misma boca había oído contar su *famosa revolución* de 1772, y me encontraba en la posición más feliz para conocer a fondo esta época de la historia de Suecia; al mismo tiempo conocía

mucho un barón de *Sprengporten*, el cual, después de haber servido a Gustavo con mucho celo, había tenido la desgracia de pasar a Rusia para volver a combatir a su patria al frente de los extranjeros, por cuyo motivo le habían condenado a muerte en Suecia. Éste, en aquel momento, se hallaba también en Aquisgrán; y cuando llegó Gustavo se salió voluntariamente por cortesía, pero no se alejó más de media legua; de manera que todo cuanto yo oía contar al rey por la noche, al día siguiente por la mañana lo contradecía el barón, modificaba o confirmaba. Había sido muy íntimo en la confianza de aquel príncipe; me daba los más grandes detalles, asegurándolos como positivos, sobre el nacimiento de Gustavo IV, que han querido suponer enteramente ajeno de Gustavo III, de su entero conocimiento y plena voluntad.

Observaba el Emperador que este mismo *Sprengporten* había sido precisamente el enviado de Paulo I, cerca de su persona, siendo cónsul. Y sobre Gustavo IV, dijo que este príncipe, en un principio, había acabado como un loco, señalando su falta de juicio con ciertos rasgos muy notables; hasta en su niñez se le vió insultar a Catalina, rehusando a su nieta en el momento en que esta grande emperatriz, sentada en su trono y rodeada de su corte, le estaba esperando para la ceremonia del casamiento.

Posteriormente no había insultado menos a Alejandro, después de la catástrofe de Paulo, prohibiendo la entrada en sus Estados a un oficial del nuevo Emperador, y respondiendo a las quejas oficiales que se le dirigieron sobre el particular, que Alejandro no debía llevar a mal que Gustavo, todavía inconsolable por el asesinato de su padre, cerrase la entrada en sus Esta-

dos a uno de los que la voz pública acusaba del asesinato del suyo (Paulo).

«Cuando subí al trono—decía el Emperador—se declaró mi mayor antagonista: hubiera podido decirse que quería resucitar al gran Gustavo Adolfo; corrió toda Alemania para sublevarla contra mí. Cuando la catástrofe del duque de Enghien, juró vengarla personalmente, y después volvió aisladamente el águila negra al rey de Prusia, porque éste había recibido mi Legión de honor, etc.

»Por último, llegó el momento fatal: una conspiración poco común le arrebató del trono y le desterró fuera de sus Estados; la unanimidad contra él es una prueba indudable de sus faltas. Quiero suponer que fuese inexcusable y aun loco; sin embargo, es muy extraordinario y sin ejemplo, en una crisis semejante, que no se desenvainase ni una sola espada en su defensa, ya fuese por afecto, reconocimiento, virtud, o por tontería, si se quiere; y verdaderamente esta fué una circunstancia que hace muy poco honor a la atmósfera de los reyes.»

Este príncipe, traído al retortero, engañado por los ingleses, que querían hacerle su instrumento, y repellido por sus allegados, manifestó querer renunciar al mundo; y como se hubiese sentido su existencia ajada por el alto desprecio con que miraba los hombres y su disgusto por las cosas, fué voluntariamente a perderse entre la multitud.

El Emperador decía que después de la batalla de Leipzig, Gustavo le hizo entender que ciertamente había sido su enemigo; pero que, desde algún tiempo, Napoleón era el soberano de quien tenía menos motivos de queja, y que por lo mismo, desde entonces

ya sólo tenía hacia él admiración y simpatía; que las desgracias del momento le permitían explicarse francamente; que se ofrecía para ser su ayudante de campo y le pedía un asilo en Francia. «Me conmovió; pero desde luego consideré que si le daba acogida mi dignidad exigía que hiciese algún esfuerzo en favor suyo, pero yo ya no gobernaba el mundo; además, los espíritus mezquinos no habrían dejado de ver en mi interés por él un odio impotente contra Bernadotte; en fin, Gustavo había bajado del trono por el voto del pueblo, y el voto del pueblo me había elevado, lo que hubiera presentado inconsecuencia en mí y falta de armonía de principios en abrazar su causa. En una palabra, temí complicar todavía más los negocios, y sofoqué la generosidad. Hice responderle que apreciaba los ofrecimientos que me hacía con la mayor sensibilidad; pero que la política de Francia no me permitía abandonarme a mis sentimientos particulares, pues por el momento hasta me imponía el dolor de negarle el asilo que me pedía; que por lo demás se equivocaría muchísimo si me supusiese otros sentimientos que los de una extraordinaria benevolencia, y los más sinceros deseos para su felicidad, etc., etc.

»Algún tiempo después de la expulsión de Gustavo y la sucesión al trono, hallándose vacante, los suecos, para lisonjearme y asegurarse la protección de Francia, me pidieron un rey. Se trató un instante del virrey; pero hubiera sido necesario que éste cambiase de religión, cosa que yo juzgaba muy inferior a mi dignidad y a la de todos los míos. Además, no juzgaba el resultado político bastante grandioso para excusar un acto tan opuesto a nuestras costumbres; sin embargo, acaso di demasiada importancia a ver el

trono de Suecia ocupado por un francés, que en mi posición fué un sentimiento pueril. El verdadero rey, conforme a mi política y a los verdaderos intereses de Francia, era el rey de Dinamarca; porque entonces yo hubiera gobernado Suecia por mi simple contacto con las provincias dinamarquesas. Bernadotte fué elegido, debiéndolo a su mujer, por ser hermana de la de mi hermano José, que reinaba entonces en Madrid.

»Bernadotte, ostentando una gran dependencia, vino a pedirme permiso, atestiguando con una inquietud demasiado visible que sólo aceptaría en cuanto esto pudiese serme agradable.

»Yo, monarca elegido por el pueblo, debía responderle que no sabía oponerme a las elecciones de los otros pueblos: así se lo dije a Bernadotte, cuya situación moral descubría visiblemente la congoja que le causaba la incertidumbre de mi respuesta; añadiendo que debía aprovecharse de la benevolencia que se le dispensaba; que hoy no quería entrar por nada en su elección, pero que, no obstante, podía estar seguro de que merecería mi aprobacion. Sin embargo, lo diré, experimenté un cierto presentimiento que me hacía la cosa desagradable y penosa. En efecto, Bernadotte ha sido una serpiente criada en nuestro seno; apenas se apartó de nosotros, que ya entró en el sistema de nuestros enemigos y debimos vigilar sobre su conducta y temerle. Posteriormente, él ha sido una de las causas grandes y activas de nuestras desgracias; él ha dado a nuestros enemigos la clave de nuestra política y la táctica de nuestros ejércitos; ¡él les ha enseñado el camino del suelo sagrado de la patria! En vano diría para excusarse que en el momento que

aceptó el trono de Suecia sólo debió ser sueco; excusa banal, buena, cuando más, para el populacho y el vulgo de los ambiciosos. ¡Para tomar una mujer nadie renuncia a su madre, y aun mucho menos se contrae la obligación de abrirle el pecho para arrancarle las entrañas! Dicen que más tarde se ha arrepentido, es decir, cuando ya no era tiempo y el mal estaba hecho. Lo cierto es que viéndose últimamente en medio de nosotros, notó que la opinión le hacía justicia, y se sonrió herido mortalmente; entonces abrió los ojos, porque es imposible saber en su ceguedad cuántos prestigios hubiera podido formarle su presunción y vanidad.» Y como, a consecuencia de esto y varias otras cosas, me tomé la libertad de hacerle observar, como una casualidad bien extraordinaria, que el soldado Bernadotte, llamado a una corona a la cual el protestantismo era de rigor, cabalmente había nacido protestante, y que su hijo, destinado por consiguiente a reinar en Escandinavia, se presentaba en medio de aquel pueblo precisamente con el nombre nacional de *Oscar*. «Amigo mío—repuso el Emperador—, es porque esta casualidad tan citada, de la cual los antiguos hacían una divinidad, que cada día nos admira y conmueve a cada instante, no nos parece tan singular, extraña y extraordinaria, sino porque ignoramos las causas ocultas y naturales que le han acarreado; y con todo, esta sola combinación basta para crear cosas maravillosas y formar misterios. En nuestro caso, por ejemplo, en cuanto el primer artículo de haber nacido protestante, nada tiene que ver la casualidad, y por lo mismo, borre usted este punto; y aunque, en cuanto al segundo del nombre de *Oscar*, yo fui el padrino, cuando le puse el nombre tenía la

cabeza llena del *Osian*, y se me ocurrió, naturalmente: ahora vea usted cuán sencillo es lo que le ha causado tanta admiración, etc.»

A lo último de la conversación, el Emperador volvió a hablar de Paulo, de los furiosos que en cierta ocasión le causó la felonía del Ministerio inglés. Le habían prometido la isla de Malta en cuanto se hubiesen apoderado de ella, por cuyo motivo se apresuró a hacerse nombrar gran maestro de ella. Rindióse Malta, y los ministros ingleses negaron la promesa. Se asegura que cuando Paulo leyó este vergonzoso mensaje, se indignó tanto, que en pleno consejo tomó el despacho y lo atravesó con su espada, mandando que por respuesta lo devolviesen en este estado. «Si esto es una locura—decía el Emperador—es menester convenir en que es un parto de un alma bella o la indignación de la virtud, que hasta entonces no había podido sospechar semejante baja.»

En aquella misma época, los ministros ingleses, tratando con nosotros de un cambio de prisioneros, no quisieron comprender en la misma línea los prisioneros rusos que habíamos hecho en Holanda, que estaban al servicio de los ingleses. «Yo había adivinado—decía el Emperador—el temple del carácter de Paulo; y por lo mismo no dejé escapar esta ocasión: hice reunir los rusos prisioneros, los mandé vestir y se los envié gratuitamente. Desde entonces, aquel corazón generoso fué enteramente mío; y como yo no tenía ningún interés opuesto a Rusia, además de que nunca hubiera hablado más que de justicia y buenos procederes, es indudable que en lo venidero hubiera dispuesto del Gabinete de San Petersburgo. Nuestros enemigos conocieron el peligro, y se supone que esta

benevolencia de Paulo le haya sido funesta: esto podría ser muy bien, porque hay algunos Gabinetes para los cuales nada es sagrado.»

VIÑA PATRIMONIAL DE NAPOLEÓN, ETC.—SU AMA DE LECHE. — SU CASA PATERNA.—LLANTO DE JOSEFINA DURANTE LAS REFRIEGAS DE WURMSER EN LAS INMEDIACIONES DE MANTUA.

8.—A las once entré en el cuarto del Emperador, que se se estaba vistiendo, y, al mismo tiempo, examinaba con su ayuda de cámara varias muestras de perfumería y olores que habían enviado de Inglaterra, informándose de todos sin conocer ninguno, y riéndose mucho de su crasa ignorancia, como él la llamaba. Quiso almorzar en la tienda de campaña donde nos reuníamos todos. Quejábase de la mala calidad del vino, citando como testigo a su mayordomo Cipriani, que era corso, para probar que lo tenían mejor en su país. A propósito de esto, dijo haber tenido en patrimonio la primera viña de la isla, grande y considerable, llamada *l'esposata*, de la cual no podía hablar sin reconocimiento, porque a ella debía el haber hecho, en su juventud, sus viajes a París, y le suministraba para los gastos de sus semestres. Le preguntamos qué se había hecho de la tal viña, y nos dijo haber dispuesto de ella hace ya mucho tiempo a favor de su ama de leche, a la cual creía haber dado en la isla, quizás, ciento veinte mil francos en bienes raíces, y aun había querido darle su casa paterna; pero considerándola superior al estado de aquella mujer, la había condonado a la familia Ramolino, su más allegada del lado materno,

con la condición de que ésta cedería la suya al ama de leche (1).

En resumen, la había transformado en una gran señora. Cuando se hicieron las fiestas de la coronación, vino a París y obtuvo una audiencia del Papa de más de hora y media. «¡Pobre Papa—decía el Emperador—; preciso es que tuviese mucho tiempo de sobra! Por lo demás, ella era muy devota; su marido era un marinero costeño de la isla. Agradó mucho en Tullerías, y en particular a toda la familia, por la viveza de su idioma y de sus gestos; la emperatriz Josefina le regaló algunos diamantes.»

Después del almuerzo, el Emperador, fiel a su resolución de la víspera, se puso a trabajar, y dió la última mano al capítulo de Castiglione, y después se fué al bosque con ánimo de esperar allí al coche. Continuando la conversación sobre el mismo artículo, nos contaba que Josefina se puso en camino con él para Brescia; así comenzó la campaña contra Wurmser. Cuando llegamos a Verona presencié algunas esca-

---

(1) La casa patrimonial y cuna de Napoleón, poseida efectivamente en el día por M. Ramolino, miembro de la Cámara de los diputados, ha sido siempre, como es fácil de concebir, un objeto de curiosidad y gran veneración para los viajeros, y particularmente para los militares.

Sé por testigos oculares que cada vez que llega algún regimiento a Córcega, aquella casa presenta un espectáculo constantemente renovado. Los soldados se precipitan en ella en tropel, y se hacen introducir con autoridad; de suerte, que cualquiera diría que creen tener un derecho para ello: uno, mirando a todas partes, levanta las manos al cielo; otro, se arrodilla; otro, besa el suelo; otros, lloran, y los hay que parecen locos. Algo semejante se ha dicho de la sepultura del gran Federico: ¡tal es el imperio de los héroes!

ramuzas, y de regreso a Castel Nuovo, viendo pasar heridos, quiso volver a Brescia, pero ya la detuvo el enemigo en Ponte Mónaco. En la inquietud y agitación del momento se apoderó de ella el miedo, y lloró mucho al separarse de su marido, que le dijo, abrazándola con una especie de inspiración: «¡Wurmser pagará muy caras las lágrimas que te cuesta!» Ella se vió en la precisión de seguir en coche muy cerca del sitio de Mantua; desde la plaza tiraron a su coche, y aun hubo algún herido de su séquito; atravesó el Po, Bolonia, Ferrara, y llegó a Lugues, rodeada de temores y de los rumores falsos que ordinariamente cundían en nuestros ejércitos patriotas, pero retenida interiormente por la gran confianza que tenía en la feliz estrella de su marido.

Tal era ya la opinión en Italia, añadía, y los sentimientos que había impreso el general francés, que, a pesar de la crisis del momento y de todos los falsos rumores que la acompañaban, el Senado de Luca recibió a su mujer y la trató como si fuese una gran princesa; fué a cumplimentarla y le presentó los aceites de olor, de todo lo cual tuvo motivo de aplaudirse, pues poco después anunciaron los correos los prodigios de su marido y la entera destrucción de Wurmser.

## CATALINA II. — GUARDIAS IMPERIALES. — PAULO I. PROYECTO SOBRE LA INDIA, ETC.

10.—El Emperador sufrió mucho y tomó un baño; a eso de las tres se paseó un rato y pidió el coche; acababa de leer la historia de Catalina. «Esta era una

mujer enérgica—decía—y digna de la virilidad. La catástrofe de Pedro, la de Paulo, eran revoluciones de serrallo, acometidas de genizaros. Estas milicias de los palacios—añadía—son temibles; y tanto más peligrosas, cuanto más absoluto es el soberano. En otras manos que las mías, mi Guardia imperial también hubiera podido ser fatal.»

Asimismo decía que él y Paulo habían sido muy amigos. Cuando la catástrofe de éste (en la cual el público no perdonó ni a los suyos ni a sus aliados), en aquel mismo momento los dos estaban proyectando una expedición a las Indias, que indudablemente se hubiera puesto en ejecución. Paulo le escribía muy a menudo y con extensión, y su primera comunicación fué muy curiosa y original. «Ciudadano primer cónsul—le había escrito de su puño—, yo no quiero discutir el mérito de los derechos del hombre; pero cuando una nación pone a su cabeza una persona de un gran mérito y digna de estimación, ya tiene un gobierno, y de aquí en adelante así considero a Francia, etc., etc.»

Después de comer estuvo hojeando el Emperador dos tomos del *Teatro francés*, sin encontrar nada que pudiese llamarle la atención.

SOBRE LA GUERRA DE RUSIA.—FATALIDADES, ETCÉTERA.—M. DE TALLEYRAND, ETC.—«CORINA» DE MADAMA DE STAËL.—MR. NECKER.

13.—El Emperador me llevó muy temprano bastante lejos por el bosque, habló más de una hora sobre la situación de Francia, e insensiblemente fué a parar a los hombres que han hecho traición, el sinnúmero

de fatalidades que le arrastraron, y la pérfida seguridad en que le adormeció su casamiento con la casa de Austria (1). La ceguera de los turcos, que hicieron la paz precisamente cuando debían hacer la guerra; la estupidez de Bernadotte, que obedeció a su amor propio y a sus resentimientos, más bien que a su verdadera grandeza y su estabilidad; una estación rigurosa más allá de toda medida; hasta el talento superior de M. Narbonne en Viena, que descubriendo las miras de Austria, la precisó a acelerar su decisión; en fin, hasta los mismos felices resultados de Lutzen y Bautzen, que trayendo de nuevo al rey de Sajonia a Dresde, pusieron en sus manos las firmas hostiles de Austria, sin dejarla medios para paliar. «¡Qué desgraciado concurso de circunstancias!—decía con el acento más expresivo—; y con todo, el día siguiente a la batalla de Dresde, Francisco había enviado ya a uno para tratar. Fué preciso que el descalabro de Vandame llegase a punto dado, como para cooperar a que se cumpliese el hado.»

Monsieur de Talleyrand, sobre cuya conducta hablaba el Emperador muy a menudo para saber—decía—a punto fijo cuándo había comenzado a serle verdaderamente traidor, le había excitado mucho a la paz, después de su regreso de Leipzig. «Débole—añadía—esta justicia; él reprobó mi discurso al Senado, pero aprobó mucho el que hice al Cuerpo legislativo; repetíame continuamente que yo estaba en un error

---

(1) En efecto, el ilustre Cautivo dejó en su peñasco estas palabras notables: «No vacilo en asegurar que mi asesinato en Schoenbrun hubiera sido menos funesto para Francia que mi union con la casa de Austria».

en lo tocante a la energía de la nación, que ésta no me apoyaría, que me vería abandonado, y que era menester que hiciese la paz a cualquier precio. Parece que entonces hablaba de buena fe, y que todavía no me había hecho traición. Para mí nunca ha sido elocuente ni persuasivo, daba muchos y dilatados rodeos antes de expresar una idea. Tal vez porque conociéndome de antigua fecha se había formado un sistema para tratar conmigo; por lo demás, era tan astuto y evasivo, que después de horas enteras de conversación se marchaba, evitando muchas veces las aclaraciones u objetos que me había prometido manifestar al verle llegar, etc.»

En cuanto a los negocios del momento y al asunto de los últimos diarios, que pintaban a Francia en una agitación cada día en aumento, el resultado ha sido que para toda Europa los casos venideros parecen indefinidos, multiplicados e inagotables; que en aquel instante existía un hecho constante que se nos confirmaba de todas partes, cual era que nadie en toda Europa se creía en posición estable, cada cual parecía temer o presentir nuevos acontecimientos, etc.

El Emperador quiso que almorzara con él en la tienda; luego se mandó traer la *Corina*, de madama de Staël, de la cual leyó algunos capítulos sin poderla acabar; madama de Staël se había pintado tan al natural en su heroína, que había conseguido hacerla detestar. «La veo—decía—, la oigo, la siento, quiero huir de ella—y tiró el libro—; tenía de esta obra mejor idea que la que experimento en el día; quizá será porque en aquel tiempo la leí con el índice, como dice muy ingeniosamente el abate de Pradt, y no sin alguna verdad. Sin embargo insistiré, porque quiero ver

el fin, pues siempre me parece que no dejará de ser interesante. Por lo demás, no puedo perdonar a madama de Staël el haber humillado a los franceses en su novela; ¡ciertamente es una familia muy original la de esa madama de Staël! Su padre, su madre y ella misma, los tres de rodillas en constante adoración los unos de los otros, perfúmanse con un incienso recíproco para la mejor edificación y mixtificación del símbolo. No obstante, ella puede vanagloriarse de haber aventajado a sus nobles parientes, cuando se ha atrevido a escribir que sus sentimientos hacia su padre eran tales, que ella misma se había sorprendido de reconocerse celosa de su madre.»

Madama de Staël era muy ardiente en sus pasiones; con el tiempo había reunido todos sus esfuerzos y empleado todos los recursos de su talento para seducir al general del ejército de Italia; estando lejos le había escrito sin conocerle, y presente, le había hostigado. Si se le escuchaba, era una monstruosidad la unión del ingenio con una criolla insignificante, incapaz de apreciarle o de entenderle, etc. El general no respondía a todos estos preliminares sino con una fría indiferencia que las mujeres nunca perdonan; y en efecto, no es muy perdonable — añadía riendo.

Cuando llegó a París le persiguió con la misma vehemencia; pero él continuó en su reserva y silencio. Sin embargo, resuelta madama de Staël a apurar el asunto y luchar con el vencedor de Italia, le atacó en la gran fiesta que M. de Talleyrand, ministro de Relaciones Exteriores, daba al general victorioso. Le interpelló en medio de un gran círculo, preguntándole cuál era a sus ojos la primera mujer del mundo, muerta o viva. «La que ha hecho más hijos» —respon-

dió Napoleón con mucha sencillez. Madama de Staël, por de pronto un poco desconcertada, procuró volver sobre sí, diciéndole que tenía reputación de estimar poco a las mujeres. «Perdone usted, señora—repuso Napoleón—; aprecio mucho la mía.»

El general del ejército de Italia indudablemente hubiera podido llenar la medida al entusiasmo de la Corina ginebrina—decía Napoleón—; pero temía demasiado sus infidelidades políticas y su intemperancia de celebridad; tal vez hizo mal, pues la heroína se había adelantado demasiado, y se había visto muy despreciada para dejar de volverse una enemiga ardiente. «Desde luego suscitó un servidor momentáneo que no entró muy noblemente en la carrera; cuando la formación del Tribunado, éste empleó las más vivas instancias cerca del primer cónsul para ser comprendido en el nombramiento. A las once de la noche todavía estaba a mis pies, y a las doce, hecha la gracia, ya se había exaltado. La primera reunión de los tribunos fué para él una excelente ocasión de escribir injurias; por la noche hubo iluminación en casa de madama de Staël, que coronó a su Benjamín en medio de una reunión brillante, y lo proclamó un segundo Mirabeau. A este sainete, que no era más que una escena ridícula, siguieron otros planes más peligrosos. Cuando el Concordato, contra el cual madama de Staël estaba furiosa, unió repentinamente contra mí los aristócratas y republicanos. «No tienen ustedes más que un momento—les decía—; mañana el tirano tendrá cuarenta mil clérigos a su servicio.»

Finalmente, habiendo madama de Staël apurado toda la paciencia, fué desterrada; su padre ya le había desagradado vivamente cuando la campaña de Marengo.

«De paso quise verle—decía el Emperador—, y sólo encontré un pesado regente del colegio, muy hinchado. Poco tiempo después, esperando sin duda por mi medio volver a figurar en el teatro del mundo, publicó un folleto, en el cual probaba que Francia ya no podía ser república ni monarquía. No está muy claro—decía el Emperador—qué era lo que había de ser: en aquella obra llamaba al primer cónsul el *hombre necesario*, etc. Lebrun le respondió con una carta de cuatro páginas, en su bello estilo satírico y mordaz: preguntábale si no había hecho bastante mal a Francia, y si, después de su ensayo de la Constituyente, no se cansaba de pretender regentar de nuevo.

»En su desgracia, madama de Staël combatía con una mano lo que solicitaba con la otra. El primer cónsul le hizo decir que le dejaba la libertad de beneficiar todo el universo, que le abandonaba el resto de la tierra, no reservándose más que París, cuya entrada le prohibía; pero París precisamente era el objeto de todos los deseos de madama de Staël, mas el cónsul fué constantemente inflexible. Con todo, ella renovaba de cuando en cuando sus tentativas; bajo el Imperio quiso ser dama de palacio; seguramente no había más que decir sí o no; pero ¡era imposible tener a madama de Staël quieta en palacio, etc., etc.!»

Después de comer, el Emperador nos leyó los *Horacios*, que nuestra admiración nos hizo interrumpir muchas veces. Nunca Corneille nos había parecido tan grande, tan hermoso y tan sólido como en nuestro peñasco.

## CUMPLEAÑOS DEL EMPERADOR.

15.—Este día era el cumpleaños del Emperador; habíamos proyectado ir a cumplimentarle todos juntos a las once; pero nos lo impidió él mismo, presentándose muy alegre en nuestras habitaciones a las nueve de la mañana; el tiempo estaba sereno; pasó al jardín, y al punto le seguimos todos, incluso el gran mariscal, su mujer e hijas. Napoleón almorzó rodeado de sus fieles amigos, en la hermosa tienda de campaña, que íué verdaderamente una feliz adquisición; la temperatura era bellísima; y él también estaba alegre y muy chistoso, manifestándonos cuánto agradecía la expresión de nuestros sentimientos, y nos dijo que quería pasar todo el día entre nosotros, como así sucedió, hablando, trabajando y paseándose, a pie o en carruaje.

IDEAS RELIGIOSAS DE NAPOLEÓN.—DE VOISINS, OBISPO DE NANTES.—EL PAPA.—LIBERTAD DE LA IGLESIA GALICANA.—ANÉCDOTAS.—CONCORDATO DE FONTAINEBLEAU.

17.—El Emperador almorzó bajo la tienda, y entretanto, dos de aquellos señores le contaron los excesos de que habían sido testigos en el Ejército, y que él ignoraba; las multiplicadas violaciones de sus órdenes, los abusos de la autoridad y aun otros grandes delitos, etc. El Emperador escuchaba y le repugnaban algunos pormenores, porque los hallaba demasiado fuertes. «Vamos, señores—repuso—, eso no son libelos.»

El tiempo era pésimo; llovía de cuando en cuando, y la humedad le precisó a retirarse.

Después de comer se leyó *Zaira* y los bellos pasajes de *Edipo*, entre los cuales distinguía el del reconocimiento, que dijo era el más hermoso y completo del Teatro.

Hablando de sacerdotes y religión, dijo: «El hombre, que se ve en el mundo, se pregunta a sí mismo: ¿De dónde vengo? ¿Quién soy? ¿Adónde voy? Estas son otras tantas cuestiones misteriosas que nos llaman a la religión; la buscamos por un instinto natural, pero la instrucción nos detiene; esta es la historia y el mayor enemigo de la verdadera religión, desfigurada con las imperfecciones de los hombres. ¿Por qué, se dice, la de París no es como la de Londres ni la de Berlín? ¿Por qué la de San Petersburgo difiere de la de Constantinopla, y ésta de la de Persia, del Ganges y de la China? ¿Por qué la de la antigüedad no existe en el día? Entonces la razón se resiste dolorosamente, y exclama: ¡Religiones!, ¡religiones! ¡Oh, hijas las más de los hombres!... Se cree fácilmente en Dios porque todo lo proclama alrededor de nosotros y porque los primeros ingenios lo han creído; no solamente Bossuet, que era su oficio, sino aun Newton y Leibnitz, que no estaban en ese caso: pero no se sabe qué pensar de la doctrina que algunos enseñan, y nos consideramos como el reloj, que anda sin conocer al relojero... Véase, sin embargo, la necedad de los que nos educan; deberían alejar de nosotros la idea del paganismo y de la idolatría, porque semejantes absurdos provocan nuestros primeros razonamientos y nos preparan a resistir la creencia pasiva; y, no obstante, nos educan en medio de los griegos y de los romanos

con sus diez mil divinidades. Tal ha sido, respecto de mí y al pie de la letra, la marcha de mi entendimiento: me han precisado a creer y he creído; pero mi creencia se ha visto combatida y vacilante desde que he sabido algo, desde que tuve uso de razón, que empezó ya a los diez años; quizás creeré de nuevo ciegamente. ¡Dios lo quiera! No lo resisto ni pido otra cosa mejor, pues me persuado que debe de ser una grande y verdadera dicha.

»Sin embargo, en las grandes oscilaciones, en las sugerencias accidentales de la misma inmoralidad, la falta de esta fe religiosa, lo afirmo, nunca ha influido en mí en manera alguna, y nunca he dudado de Dios, pues si mi razón no hubiera bastado para comprenderlo, mi interior lo habría adoptado siempre, porque mis nervios simpatizaban con esta sensación (1).

»Cuando empuñé el timón del Estado ya tenía ideas fijas sobre todos los grandes elementos que constituyen la sociedad; había pesado la importancia de la religión, y estaba persuadido y resuelto a establecerla. Mas con dificultad se creará la resistencia que tuve que vencer para restablecer el catolicismo; de más buena gana me hubieran seguido si hubiese enarbolado el estandarte protestante: hasta tal punto, que en el Consejo de Estado, en donde trabajé infinito para hacer adoptar el Concordato, muchos de entre ellos no concurrieron sino para oponerse e intrigar. «Pues bien —se decían los unos a los otros—; hagámonos protestantes y quedaremos fuera de esa ley.» Es probado que del desorden a que yo sucedí, y sobre las ruinas en que me hallaba colocado, podía elegir entre

---

(1) Véase la nota puesta en la página 91 del tomo II.

el catolicismo y el protestantismo, y debe decirse que las circunstancias de aquel momento favorecían esta última religión; pero además de que yo prefería la religión nativa, tenía grandes motivos para decidirme por ella. Proclamando el protestantismo, ¿qué habría obtenido? Hubiera creado en Francia dos grandes partidos, casi iguales, cuando yo quería que no hubiese ninguno; habría reproducido el furor de las disputas religiosas en una época en que las luces del siglo y mi voluntad tenían por objeto hacerlas desaparecer enteramente; el combate de estos dos partidos hubiera aniquilado a Francia y héchola esclava de Europa, cuando yo tenía la ambición de hacerla señora. Con el catolicismo llegaba con más seguridad a todos mis grandes propósitos; en nuestro interior el mayor número absorbía al pequeño; y yo me prometía tratar a éste con tal igualdad que muy en breve no conociese la diferencia. Fuera de Francia, el catolicismo me conservaba al Papa; y con mi influjo y nuestras fuerzas en Italia no perdía las esperanzas, «tarde o temprano, por un medio o por otro, de adquirir la dirección de ese mismo Papa; y desde entonces, ¡qué impulso de opinión sobre el resto del mundo, etc., etc.!» Y terminó diciendo: «Francisco I se halló verdaderamente en el caso de adoptar el protestantismo en su nacimiento y declararse jefe de él en Europa. Su rival Carlos V tomó con calor el partido de Roma porque creyó con este medio ver un camino para esclavizar a toda Europa. Esto sólo no fué bastante para indicarle la necesidad de encargarse de su independencia; pero dejó lo más por lo menos: se decidió a seguir su mal pleito de Italia, y con la idea de adular al Papa hizo quemar algunos reformistas en París.

»Si Francisco I hubiese abrazado el luteranismo, tan favorable a la supremacía real, habría ahorrado a Francia las terribles convulsiones religiosas suscitadas después por los calvinistas, cuya propensión enteramente republicana estuvo a punto de derribar el trono y disolver nuestra hermosa Monarquía. Por desgracia, Francisco I no conoció nada de esto, pues no podría dar por disculpa sus escrúpulos, cuando hizo alianza con los turcos y los trajo a nuestra casa. Fué, sencillamente, porque no alcanzaba más ¡Necedad del tiempo! ¡Inteligencia feudal! Y, sobre todo, Francisco I no era más que un héroe de teatro, un elegante de tertulia y uno de los grandes hombres pigmeos

»El obispo de Nantes (de Voisins) me hacía volverme realmente católico por la sabiduría de sus racionios, su excelente moral e ilustrada tolerancia. María Luisa, de quien era confesor, le consultó un día sobre la obligación de comer de viernes. «¿En qué mesa come vuestra majestad?—le dijo el obispo. —En la del Emperador.—¿Manda vuestra majestad en ella?—No.—Entonces nada podéis hacer, señora; ¡lo haría él por sí mismo?—Creo que no.—Sométase entonces vuestra majestad y absténgase de provocar un escándalo; vuestro primer deber es obedecerle y hacerle respetar; vuestra majestad no dejará de hallar otros medios, que serán beneméritos a los ojos de Dios.»

»Sucedió lo mismo con una comunión pública el día de Pascua, que algunos aconsejaron a María Luisa; no se decidió a ello sin consultar antes a su sabio confesor, el cual la disuadió con las mismas razones. «¡Qué diferencia—decía el Emperador—si se hubiera visto aconsejada por un fanático! ¡Cuántas disputas y disensiones habría producido entre nosotros! ¡Cuánto

mal hubiera podido hacer en las circunstancias en que me hallaba! El obispo de Nantes—agregaba el Emperador—había vivido con Diderot en medio de los incrédulos, y siempre le miraron con decoro; así es que tenía respuesta para todo. Su principal talento estaba en abandonar cuanto no se podía sostener; esto es: hacer retrogradar a la religión de todo lo que él no podía defender. «Un animal que se mueve, obra y piensa, ¿no tiene alma?—le preguntaban. —¿Por qué no?—respondía. —Pero ¿adónde va?; pues no es igual a la nuestra.—Qué le importa a usted; tal vez se quede en el limbo.» Se retiraba, pues, a las últimas trincheras, en la misma fortaleza, y allí conservaba siempre un buen terreno. De este modo argumentaba mucho mejor que el Papa, y con frecuencia lo desconsolaba; era entre nuestros obispos el más firme apoyo de las libertades galicanas; era mi oráculo y mi antorcha; le había entregado mi ciega confianza sobre las materias religiosas; pues en mis disputas con el Papa mi primer cuidado (por más que digan los intrigantes y los frailes) era no tocar al dogma; tanto, que en cuanto el venerable y buen obispo de Nantes me decía: «En eso se toca al dogma», sin entretenerme en disertar con él, y aun sin tratar de comprenderlo, me separaba del camino para volver a él por otras vías; y como no poseía mi secreto, ¡cuánto se habrá admirado de mis rodeos! ¡Deberé haberle parecido extravagante, obstinado, caprichoso e inconsecuente! Pero yo me proponía un objeto, y él no lo sabía.

»Los Papas no podían perdonarnos nuestras libertades de la Iglesia galicana; sobre todo las cuatro famosas proposiciones de Bossuet excitaban su resentimiento: según ellos, era una verdadera declaración

de guerra, y así es que nos consideraban fuera de su gremio, al menos, tanto como los protestantes; nos juzgaban tan culpables, y quizás más, y si no nos habían fulminado sus rayos ostensibles era porque temían las consecuencias: nuestra separación. El ejemplo de Inglaterra les arredraba. No habían querido cortarse el brazo derecho con su propia mano; pero no dejaban de espiar una ocasión favorable, y la aguardaban con el tiempo. No hay duda que creerán que ha llegado ya el día; sin embargo, las luces del siglo y nuestras costumbres actuales lo combatirán.

» Algunos días antes de mi coronación quiso verme el Papa, y vino él mismo a mi palacio; había hecho mil concesiones y venido a París para coronarme; consentía en no colocarme la corona y me dispensaba de la comunión en público antes de la ceremonia; según él, tenía motivos para esperar grandes recompensas. Por lo tanto, había pensado en la Romaña y las legaciones; pero empezaba a sospechar que le era preciso renunciar a todo. Se redujo, pues, a una pequeña gracia (decía él): solamente a firmar un título antiguo, un papelote muy usado que conservaba de Luis XIV. «Concededme esta gracia—decía—; en el fondo no significa nada.—Con mucho gusto, santísimo padre; la cosa es hecha si es asequible.» Y como fuese una declaración en la que Luis XIV, poco antes de morir, y seducido por madama de Maintenon, o ganado por sus confesores, desaprobaba los famosos artículos de 1682, base de las libertades galicanas, el Emperador respondió maliciosamente que por su parte no tenía que hacer ninguna objeción personal, pero que, sin embargo, era preciso, por la fórmula, que hablase a los obispos, sobre lo cual el Papa se esfor-

zaba en repetir que no era absolutamente necesario, y que la cosa no merecía tanto aparato. «Nunca enseñaré la tal firma—decía—, así como no lo he hecho con la de Luis XIV. — Pero entonces de nada sirve—decía Napoleón—; ¿para qué firmarla? Y si puede ser de alguna importancia conviene que, por decoro, consulte con mis doctores.»

Sin embargo, por no negarse siempre, el Emperador quiso demostrar que no estaba lejos de ello. Entonces el obispo de Nantes y los verdaderos prelados franceses se opusieron al punto. «Estaban furiosos—decía Napoleón—y me hacían la guardia, como la habrían hecho a Luis XIV en el lecho de muerte para impedirle que se hiciera protestante. Se llamó a los de San Sulpicio, que eran los *jesuitas condescendientes*; éstos querían saber cuál era mi opinión, y se limitaban a conformarse con ella.»

El Emperador terminó diciendo: «El Papa me dispensó la comunión pública, y por aquella determinación de su parte juzgué de la sinceridad de su creencia religiosa; había reunido una congregación de cardenales para arreglar el ceremonial. La mayoría insistía fuertemente en que yo comulgase en público, pretextando que sería un gran ejemplo para los pueblos, y que era preciso que lo diese. El Papa, al contrario, temiendo que yo no cumpliese aquel acto sino como uno de los artículos del proyecto de M. de Segur, no veía en ello más que un sacrilegio, y, por lo tanto, se opuso constantemente. «Napoleón—decía él—quizás no es creyente; sin duda vendrá un tiempo en que lo sea; entretanto, no carguemos su conciencia ni la nuestra.»

«En su caridad cristiana—decía el Emperador—es

verdaderamente bueno, dulce y honradísimo; nunca perdió las esperanzas de que llegaría yo un día penitente a su tribunal, y muchas veces se le escapó esta idea; otras hablábamos de esto con libertad y buena armonía. «Tarde o temprano vendréis—me decía con una inocente dulzura—, llegaréis a mí o a otros, y entonces veréis qué contento y qué satisfacción para vos mismo, etc., etc.» Entretanto, era tal mi influjo sobre él, que con la sola fuerza de mi conversación privada le arranqué aquel famoso Concordato de Fontainebleau, por el cual renunció a la soberanía temporal; hizo ver después que temía el juicio de la posteridad, o, más bien, la desaprobación de sus sucesores; no bien hubo firmado, cuando se arrepintió; al día siguiente debía comer conmigo en público; pero durante la noche se puso, o fingió ponerse, enfermo. La causa fué que inmediatamente que me hubo dejado cayó en las manos de sus acostumbrados consejeros, que le amedrentaron por lo que acababa de hacer. Si nos hubieran dejado solos hubiera hecho de él lo que hubiese querido; entonces hubiera gobernado el mundo religioso con la misma facilidad que dirigía el político; verdaderamente era un cordero, un buen hombre en toda la extensión de la palabra, un perfecto hombre de bien, a quien estimo y quiero mucho, y quien por su parte me corresponde un poco; no lo dudo. No se le oirá quejarse mucho de mí, ni hacerme ninguna acusación directa y personal, ni tampoco a los otros soberanos. Tal vez algunas exclamaciones vagas y triviales de ambición y mala fe, pero nada de positivo ni directo, porque los hombres de Estado saben muy bien que una vez pasado el tiempo de los libelos no podría hacerse una acusación pública sin aducir las

pruebas, y ningunas podrían presentar de esta clase; tal será la historia. Nada habrá en contra, sino algún que otro cronista bastante limitado que se habrá dejado llevar de algunas bufonadas de corrillo, o intrigas sobre los hechos auténticos; o bien los autores de memorias, que, engañados por los errores del momento, morirán antes de poderlos corregir, etc., etc.

» Cuando se sepa la verdad de mis diferencias con el Papa no dejarán de admirarse de cuánto atormentó mi paciencia, pues ya se sabe que yo no era muy sufrido. Cuando se despidió de mí, después de mi coronación, partió con el secreto despecho de no haber conseguido de mí las recompensas que creía haber merecido. Pero por grandes que fuesen los favores que yo le debiera, no podía en manera alguna traficar con los intereses del Imperio para satisfacer el deseo de mis propios sentimientos, y, además, mi delicadeza era extremada para que aparentase haber comprado aquellas contemplaciones. Apenas pisó el suelo italiano, cuando los intrigantes enredadores y los enemigos de Francia se aprovecharon de su disposición para dirigirlo; y desde aquel instante todo fué hostil por su parte. Ya no era el dulce y pacífico Chiaramonti, aquel digno obispo de Imola, que desde tan joven se dió a conocer digno de las luces de su siglo. No ponía su firma sino al pie de unos escritos más propios de los Gregorios y de los Bonifacios que de él. Roma se convirtió en el foco de todas las conspiraciones tramadas contra nosotros; en vano traté de atraerlo por la razón; ya no me era posible llegar hasta él. Los agravios fueron tan grandes, tan patentes los insultos, que me fué preciso obrar también. Me apoderé de sus fortalezas y de algunas pro-

vincias, y hube al fin de ocupar también a Roma, siempre declarando terminantemente que él permanecería sagrado para mí en sus atribuciones espirituales, cosa que estaba muy lejos de llenar sus intenciones. Entretanto, se presentó una crisis, y se creyó que la fortuna me abandonaba en Exling; y al punto se apresuraron en Roma a sublevar la población de aquella gran capital. El jefe que mandaba en ella creyó no poder escapar del peligro sino deshaciéndose de la persona del Papa, que hizo poner en marcha para Francia. Semejante determinación se tomó sin orden alguna, y aun muy contra mi voluntad. Al punto di mis órdenes para que se hiciese detener al Papa en el punto donde se le encontrara; se le estableció en Savona, colmándole de atenciones y esmeros, pues yo quería hacerme temer, pero sin maltratarlo; someterle, mas no envilecerle; ¡tenía otras miras! Este incidente acrecentó los resentimientos y las intrigas. Hasta entonces los altercados no habían pasado de lo temporal; los directores del Papa, con la idea de recuperar sus intereses, las complicaron con la parte espiritual, y fué preciso entonces combatirlo también sobre este punto; tuve mi consejo de conciencia, mis concilios, e investí a mis tribunales imperiales de la apelación en caso de abuso; pues para todo esto mis soldados no servían de nada y era necesario combatir al Pontífice con sus propias armas; a sus eruditos, ergotistas, legistas y escribas debía oponerles los míos.

\*Estando en Savona, los ingleses urdieron una trama para llevárselo; ésta me fué útil, porque le hice conducir a Fontainebleau; pero allí debía ser el término de sus miserias y la regeneración de su esplendor.

dor; todas mis grandes miras se hallaban cumplidas bajo el disfraz y el misterio; había traído las cosas a un punto que el resultado era infalible, naturalmente y sin esfuerzos. Así se ve que el Papa mismo lo consagró en el famoso Concordato de Fontainebleau, a despecho de mis reveses de Moscou. ¿Qué no hubiera sido si hubiese vuelto victorioso y triunfante? Al fin, había conseguido la separación tan deseada de lo espiritual y lo temporal, que es tan perniciosa a su santidad, y cuya unión produce el desorden en la sociedad en nombre y por las mismas manos del que debe ser el centro de la armonía; y desde entonces iba a suspender para con él toda otra medida, a rodearlo de pompa y de homenajes; lo habría reducido a no sentir más lo temporal, y hubiera hecho de él un ídolo conservándole cerca de mí; París vendría a ser la capital del mundo cristiano, y yo habría dirigido el mundo religioso como el político. Era además un medio de estrechar íntimamente todas las partes federativas del Imperio y mantener en paz lo que quedaba fuera de él. Hubiera tenido mis juntas de concilio religiosas, así como mis sesiones legislativas; mis concilios habrían sido la representación de la cristiandad, y los Papas no hubieran tenido en ellos más que la presidencia; yo habría abierto y cerrado estas asambleas, aprobado y publicado sus decisiones, como lo hicieron Constantino y Carlomagno, y si se les escapó a los emperadores esta supremacía, fué porque cometieron la falta de dejar residir lejos de ellos a los jefes espirituales, que se aprovecharon de la debilidad de los príncipes o de la crisis de los acontecimientos para libertarse y someterlos a su vez.

• Pero para llegar a este caso, debí maniobrar con

mucha sagacidad: ocultar sobre todo mi pensamiento verdadero, y operar enteramente el cambio de opinión; presentar al pasto público algunas pequeñeces vulgares, a fin de ocultar mejor la importancia y profundidad de la mira secreta. Por esto me veía, con una especie de satisfacción, acusado de barbarie para con el Papa, y de tiranía en materia de religión. Los extranjeros, sobre todo, me servían particularmente llenando sus asquerosos libelos de mi mezquina ambición, que, según ellos, había tenido necesidad de saciarse con el miserable patrimonio de San Pedro, etcétera. Pero en último resultado, sabía muy bien que los míos me aplaudirían y que los extraños llegarían al punto de no poderlo remediar. ¡Cuánto habrían hecho para impedirlo si lo hubiesen adivinado a tiempo! ¡Qué imperio adquiriría Francia en lo sucesivo sobre todos los países católicos y qué influjo sobre los que aun no lo son, con la ayuda de algunos miembros de esta religión que se hallan esparcidos entre los últimos, etc.!»

El Emperador decía que esta independencia de la corte de Roma, la indicada reunión legal y la dirección religiosa, en manos del soberano, habían sido constantemente el objeto de sus meditaciones y sus deseos. «Inglaterra, Rusia, las coronas del Norte y una parte de Alemania, la poseen—decía—; Venecia y Nápoles, la gozaron; no puede gobernarse sin ella; de otro modo, una nación se halla a cada paso herida en su reposo, dignidad e independencia. Pero era muy difícil—añadía—; a cada tentativa vislumbraba el peligro, y juzgué que una vez comprometido, la nación me hubiese abandonado. Más de una vez sondeé la opinión y traté de provocarla; pero fué en vano; me con-

vencí de que jamás habría obtenido la cooperación nacional.» Y esto me explica un incidente de que fui testigo.

El Emperador, en una de sus grandes audiencias del domingo, que era extraordinariamente numerosa, descubriendo al arzobispo de Tours (de Barral), le dijo en voz muy alta: «Señor arzobispo, ¿cómo van nuestros asuntos con el Papa?—Señor, la Diputación de vuestros obispos va a ponerse en camino para Savona. —Pues bien; trate usted de hacer de manera que el Papa se avenga a la razón, hágalo usted moderado; de otro modo perderá siempre con nosotros. Dígale usted terminantemente que ya no estamos en los tiempos de los Gregorios, y que yo no soy un Ludovico Pío; tengo el ejemplo de Enrique VII, sin tener su maldad; tengo más poder que él; que tenga entendido que cualquiera que sea el partido que yo tome, me seguirán seiscientos mil o un millón de franceses, para obrar por mí, para mí y del mismo modo que yo; los aldeanos, los menestrales, no conocen más que a mí, y me depositan su confianza ciega. La parte sensata e ilustrada de la clase media, los que conocen sus intereses y buscan la tranquilidad, me seguirán también. No quedará, pues, a su favor, sino la clase murmuradora, que al cabo de ocho días lo habrá olvidado, para chismear sobre objetos nuevos.» Y como el arzobispo, muy turbado, quisiese articular algunas palabras: «Usted está fuera de ese caso, señor arzobispo—repuso el Emperador con una voz muy templada—; yo profeso las mismas doctrinas que usted, honro su piedad y respeto su carácter.»

Ahora comprendo bien al Emperador; sin duda había soltado estas palabras para que les diésemos pu-

blicidad, haciéndolas fructificar; pero se engañaba sobre nuestra disposición, al menos por lo que respecta a los del palacio. Una porción, la más insignificante, no titubeaba en aquellas ocasiones en vituperarlo sin reserva; la otra parte, mejor intencionada, se guardaba bien de divulgar una sola palabra de ésta, temerosa de manchar su opinión, pues tal era en general nuestro error, nuestro raro modo de juzgar y de interpretar al Emperador, bien que sin mala intención, sino solamente por ligereza o por moda; por manera que, en lugar de tratar de hacerle popular, contribuimos quizás a hacerle mayor mal que los otros. Me acordó muy bien, precisamente por ese famoso Concordato de Fontainebleau, que la mañana que apareció inopinadamente en el *Monitor*, se decía confidencialmente en los salones de Saint-Cloud que nada era menos cierto que la realidad de aquel documento, y que era falso; otros se decían al oído que en el fondo era verdadero, sin duda, pero que se lo habían arrancado al Papa por el temor que le había inspirado la ira del Emperador y su violencia. Así no extrañaría que aquel feliz episodio tan dramático, de Napoleón en Fontainebleau *arrastrando al padre de los fieles por sus venerables canas*, no saliese precisamente del poetastro consabido, sino que lo hubiera, en efecto, oído y recogido de boca de los mismos servidores del Emperador; ¡y, sin embargo, he aquí cómo se escribe la Historia!

## CONVERSACIÓN ANIMADA CON EL GOBERNADOR Y EL ALMIRANTE.

18. — El tiempo estuvo horrorosísimo durante todo el día y la noche. A cosa de las tres, aprovechando el Emperador algunos instantes de buen tiempo, pasó a mi casa, desde donde nos dirigimos a la del general Gourgaud, que estaba enfermo, y desde allí a la de madama de Montholon, que nos siguió al jardín; el Emperador estaba muy alegre, y se echaba de ver por la conversación, pues indujo a madama de Montholon a que hiciese su confesión general, insistiendo, sobre todo, en el punto de la partida. «Vamos—decía—, hable usted sin temor, que el vecino no nos estorba; considéreme usted como el confesor, y un cuarto de hora después ya no seremos nada, etc.»

Y, ciertamente, creo que iba a persuadirla, cuando, por desgracia, vino el gobernador a interrumpir tan felices disposiciones. Luego que lo descubrimos, el Emperador se introdujo en el bosque para no recibirlo. M. de Montholon nos fué a buscar al instante para decir a Napoleón que el gobernador y el almirante solicitaban con insistencia tener el honor de hablarle; al punto volvió al jardín para recibirlos, creyendo que tendrían que hacerle alguna comunicación particular.

Nosotros nos quedamos atrás con los oficiales del gobernador. Bien pronto se animó la conversación por parte del Emperador, quien, paseándose entre el gobernador y el almirante, apenas dirigía la palabra sino a éste, aun cuando hablase del otro. Estábamos a tanta distancia, que no podíamos percibir bien lo

que hablaban; pero supe después que le repitió de nuevo, y con más carácter quizás, todo lo que le había dicho en las conversaciones precedentes.

Sobre las interpretaciones que el almirante, que representaba el papel de mediador, se esforzaba a dar a las intenciones del gobernador, dijo el Emperador: «Las faltas de M. Lowe proceden de las costumbres de su vida. Nunca ha mandado más que desertores extranjeros, piemonteses, corzos y sicilianos; todos renegados, traidores a su patria y a la ley de Europa. Si hubiera mandado a hombres como los ingleses, si él mismo lo fuera, usaría de atenciones con los que se deben honrar.» En otra ocasión dijo el Emperador que existía un valor moral tan necesario como el de los campos de batalla; que M. Lowe no lo tenía respecto de nosotros, no soñando más que en nuestra evasión, en lugar de emplear para impedirlo los únicos medios a propósito, esto es, juicios razonables y moderados.

Al artículo de la reducción de nuestros gastos y del dinero que se pedía al Emperador, respondió éste: «Todos estos pormenores son muy penosos e innobles para mí. Aun cuando ustedes me pusiesen sobre los braseros de Moctezuma o de Guatimozin, no me podrían sacar el oro que no tengo. Además, ¿quién les pide a ustedes nada? ¿Quién les suplica que me mantengan? Cuando ustedes dejen de darme sus provisiones, si tengo hambre, aquellos honrados militares que estamos viendo (señalando con la mano al campamento del 53<sup>o</sup>), tendrán lástima de mí: me iré a sentar a la mesa de los granaderos, y no despreciarán, lo aseguro, al primero y más antiguo de Europa.» Habiendo el Emperador echado en cara al goberna-

dor que había guardado algunas obras que le remitieron, respondió que era por venir dirigidas bajo una cubierta que tenía la calificación de Emperador. «¿Y quién le ha dado a usted el derecho—replicó vivamente Napoleón—de disputarme este título? Dentro de pocos años, el lord Castlereagh, el lord Bathurst y todos los demás que me están hablando, se sepultarán en el polvo del olvido, o si se citan sus nombres será por las indignidades que hayan ejercido contra mí; al paso que el Emperador Napoleón, indudablemente, será siempre el objeto, el adorno de la Historia, y la estrella de los pueblos civilizados. Vuestros libelos nada pueden contra mí, pues ustedes los han producido. ¡La verdad pasa por entre las nubes, brilla como el sol y es firme e inmutable!»

Además decía el Emperador, que se reprochaba aquella escena: «Yo no debo volver a recibir más a este oficial; me hace propasarme; esto degrada mi dignidad; se me suelen escapar algunas palabras que hubieran sido imperdonables en las Tullerías: si tienen alguna disculpa aquí, es porque me hallo entre sus manos y bajo su poder.»

#### CORVISARD.—ANÉCDOTAS DE LOS SALONES DE PARÍS.

27.—El tiempo continuaba igualmente malo, la humedad era extremada en nuestros cuartos y la lluvia penetraba en ellos por todas partes.

El secretario del gobernador me llevó una carta de Europa que me causó algunos instantes de gozo: contenía pruebas de amistad y recuerdos de mis más queridos y antiguos amigos; pasé a leérsela al Emperador

Éste padecía mucho por el mal tiempo, y no fué a la sala de recibir hasta cerca de las cuatro, creyendo haber tenido calentura; estaba abatido; pidió ponche y jugó algunas partidas de ajedrez con el gran mariscal. El doctor vino de la ciudad. Los dos barcos llegados últimamente procedían del cabo de Buena Esperanza: uno de ellos era el *Podargus*, salido de Europa diez días antes que el *Griffon*; y el otro una pequeña fragata procedente de la India, que volvía a Europa. Se nos dijo que había una carta para el *Emperador Napoleón*; pero no habiéndosela entregado, ignoramos su contenido.

Después de comer se dijo que se habían acabado los medicamentos en la isla, y no faltó quien observase que el Emperador no había contribuido a ello. Esto le hizo decir que no se acordaba de haber tomado nunca una medicina en las Tullerías, sin embargo de haber tenido una vez hasta tres vejigatorios. En Tolón tuvo una herida grave como la de Ulises—decía—, que reconoció y curó su ama de leche, evitando así los medicamentos. Uno de nosotros se tomó la libertad de preguntarle: «Si vuestra majestad tuviese mañana la disentería, ¿se resistiría aún a los medicamentos?—Ahora que estoy bueno, respondo que sí, sin titubear; pero si me pusiera muy malo, quizás variarí; y entonces sería en mí la conversión que acarrea el temor del diablo en el hombre que va a morir.» Y entonces repitió su incredulidad sobre la medicina; mas no así en cuanto a la cirugía, añadiendo que había empezado tres veces un curso de anatomía, y que sus quehaceres y el fastidio los interrumpió siempre. «En cierta ocasión—decía—, y a consecuencia de una larga discusión, Corvisard, deseoso de ha-

blarme con datos en la mano, tuvo la avilantez y la picardía de llevarme a Saint-Cloud un estómago humano envuelto en un pañuelo, y aquella horrible vista me hizo arrojar al instante cuanto tenía en el mío.»

Después de comer quiso leer el Emperador una comedia; pero estaba tan fatigado y sufría tanto, que se vió precisado a interrumpirlo y a retirarse antes de las nueve; me mandó seguirle, y como no tuviese absolutamente ganas de dormir: «Vamos, querido amigo —me dijo—, vaya un cuento sobre el arrabal de Saint-Germain, como en las *Mil y una noches*; procuremos reirnos.» «Pues bien, señor: era, en otro tiempo, un gentilhombre de vuestra majestad que tenía un tío muy viejo, muy viejo)... Y me acuerdo que vuestra majestad nos ha contado la historia de un oficialote alemán, quien, prisionero al principio de la campaña de Italia, se quejaba de que hubiesen enviado para combatirlos a un pisaverde que echaba a perder el oficio y lo hacía insoportable; nosotros teníamos precisamente en nuestra sociedad un hombre semejante, y era aquel anciano tío, que se vestía todavía como en tiempo de Luis XIV. Era una comedia siempre que vuestra majestad hacía alguna de las suyas en el Rhin. Los boletines de Ulma y de Jena eran para él otras tantas revoluciones de bilis; estaba muy lejos de admirar a vuestra majestad, y también era de opinión de que echaba a perder el oficio. Había hecho, según repetía muchas veces, las campañas del mariscal de Saxe; y ved ahí, decía, los verdaderos prodigios de la guerra, que aun no han sabido apreciarse. Entonces, la guerra era, sin duda, un arte; ¡en el día...! y proseguía, encogiéndose de hombros: En nuestro tiempo la hacíamos con toda decencia; teníamos nuestros mu-

los, nos seguían las cantinas, nuestras tiendas de campaña, comíamos bien y teníamos hasta comedia en el cuartel general; se acercaban los ejércitos, se tomaban excelentes posiciones, se daba una batalla, alguna vez se ponía un sitio y después se tomaban cuarteles de invierno, para volver a empezar en la primavera; esto es lo que se llama, decía con satisfacción, hacer la guerra. Pero en el día, un ejército entero desaparece delante de otro en una sola batalla, y se destruye una monarquía; se recorren cien leguas de país en diez días, y que duerma y coma el que pueda. A fe mía, si ustedes llaman a esto ingenio, me veo en la precisión de confesar que no entiendo una palabra; así me da lástima cuando les oigo a ustedes llamarle gran hombre.» El Emperador reía a carcajadas, sobre todo de las cantinas y de los mulos. Después añadió: «Ustedes se entretenían bastante a costa mía. — ¡Oh!; sí, señor, sobradamente. — Pues bien, solos estamos, y no hay intrusos; continúe usted. — Pues, señor, un día, en una sociedad escogida entró un elegante, muy satisfecho de sí mismo, antiguo capitán de Caballería y presumido por principios. «Acabo de llegar, nos dijo—de la llanura de *Sablons*, y he visto maniobrar nuestro *ostrogodo*. (Éste era vuestra majestad, señor.) Mandaba dos o tres regimientos, que ha estropeado a las mil maravillas; y al fin, el todo se fué a perder entre las breñas. Me atrevía con cincuenta soldados de caballería (de los antiguos) solamente, a hacer prisioneros a él y a todos los suyos. ¡Reputación usurpada!, repetía: Así es que Moreau no cesaba de decir que en Alemania era donde lo quería ver. Se habla de la guerra con Austria; si se verifica, veremos cómo sale del paso, y entonces nos harán justicia.»]

«La guerra se verificó, y vuestra majestad, pocos días después, nos remitió el *Boletín* de Ulma y el de Austerlitz, etc. Nuestro *Monsieur* apareció de nuevo en la reunión, y por lo original de la cosa, a pesar de nuestra malevolencia, no pudimos menos de preguntarle todos: «¿Y sus cincuenta soldados de caballería? —¡Oh!—dijo—; a ciencia fija, ya no se sabe una palotada de guerra; ese hombre lo destruye todo, la fortuna lo lleva de la mano. ¡Y después, esos austriacos son tan pesados y tan brutos...!»

El Emperador se reía mucho y me decía que contase algo más fuerte. «Señor, eso es muy difícil; sin embargo, me acuerdo ahora de una viuda muy vieja, que murió en la obstinación de no haber querido creer ninguno de vuestros triunfos en Alemania. Cuando se hablaba delante de ella de Ulma, de Austerlitz y de la entrada en Viena: «Y ustedes creen eso—decía, encogiéndose de hombros—. Todo eso es inventado por él; no se atrevería a poner los pies en Alemania; crean ustedes que todavía está detrás del Rhin, en donde se está muriendo de miedo, y nos envía esos cuentos. ¡El tiempo dirá si se me engaña a mí tan fácilmente!»

Y acabadas las anécdotas, me despidió el Emperador, diciendo: «¿Qué hacen? ¿Qué deben decir ahora? Ciertamente, que en el día tienen buen naipe.»

GENERAL JOUVERT. — PETERSBURGO. — MOSCOU: SU INCENDIO. — PROYECTOS DE NAPOLEÓN SI HUBIERA VUELTO VENCEDOR.

24. — Estuve a cosa de las dos de la tarde a ver al Emperador en su cuarto; por la mañana había man-

dado a pedir mi *Atlas*, y le hallé acabando de examinar el mapa de Rusia y la parte de América contigua a los establecimientos rusos.

Estuvo tosiendo toda la noche, por lo que había sufrido mucho; sin embargo, como el tiempo se templara bastante, se vistió para salir, y en este intervalo habló varias veces sobre la feliz idea del *Atlas*, el mérito de su ejecución, la inmensidad de cosas que contenía, y acabó, como tenía por costumbre, diciendo: «¡Qué colección! ¡Qué pormenores! ¡Y qué conjunto!»

Durante el paseo la conversación fué toda acerca del general Jouvart, de quien M. de Montholon había sido cuñado y ayudante.

«Jouvart—decía Napoleón—me profesaba una gran veneración; a cada revés que experimentaba la república durante la expedición a Egipto, se lamentaba de mi ausencia. Hallándose en aquel momento de jefe del ejército de Italia, me tomó por modelo; aspiraba a seguir mi ejemplo, y nunca pensó siquiera en variar nada de cuanto yo hice después; en brumario, no obstante, habría obrado con los jacobinos. Las medidas e intrigas de este partido, para comprometerlo en aquella gran empresa, le habían puesto al frente del ejército en Italia, después de los desastres de Scherer, dilapidador ignorante, acreedor a todos los vituperios. Pero Jouvart pereció en Novi en su primer encuentro contra Suwarou; en París no habría hecho más que una refriega, porque aun no había adquirido bastante celebridad, consistencia y madurez; tenía talento para adquirir todas estas cualidades, pero en aquel momento no estaba aún formado; era demasiado joven, y semejante empresa en aquel entonces era superior a sus fuerzas.»

En cuanto a lo demás, he aquí la biografía de este general, dictada por el Emperador para sus *Campañas de Italia*.

«Jouvert, natural del departamento del Ain, en la antigua Bresa, estudió para legista; la revolución le hizo seguir la carrera de las armas; sirvió en el ejército de Italia, en donde fué nombrado general de brigada. Era alto, delgado, y aparentaba tener una complexión débil; pero la había puesto a prueba de grandes fatigas en los Alpes y se había endurecido. Era intrépido, vigilante, muy activo y marchaba a la cabeza de las columnas. Fué nombrado general de división, para que reemplazase a Vaubois, cuyo cuerpo de ejército quedó bajo sus órdenes. Se hizo mucho honor en la campaña de Loeben, mandando él a la izquierda, que condujo al grueso del ejército de las montañas del Tirol por los desfiladeros del Puthetslal. Era muy afecto a Napoleón, quien le encargó presentase al Directorio las últimas banderas ganadas por el ejército de Italia. Estando en París, durante la campaña de Egipto, se casó con la hija del general Semonville, la cual se volvió a casar después con el mariscal Macdonald. Esta unión le introdujo en las grandes intrigas del momento, y le nombraron general en jefe del ejército de Italia, después de la derrota de Scherer; falleció en la batalla de Novi. Aun era joven y no había adquirido todavía la experiencia necesaria; habría podido llegar a adquirir mucha fama.»

El Emperador no pudo dar más que una vuelta; estaba demasiado fatigado y nada bueno. A las ocho y media me hizo llamar: me dijo que había tenido que meterse en el baño, y que creía tener un poco de ca-

lentura; de repente se sintió resfriado; pero no volvió a toser desde que se metió en el agua, en donde permaneció mucho tiempo y aun comió. Para mí pusieron una mesita al lado.

El Emperador volvió a hablar sobre la historia de Rusia. «Pedro el Grande—dijo—, ¿tuvo razón para fundar una capital en Petersburgo a costa de tantos gastos? ¿No hubiera obtenido mejor resultado si hubiese empleado su dinero en Moscou? ¿Cuál fué su objeto? ¿Lo alcanzó?» Yo respondí: «Si Pedro hubiera quedado en Moscou, su nación permanecería aún moscovita, y un pueblo enteramente asiático; era preciso, pues, mudarla, para reformarla y regenerarla. A este efecto se estableció en las mismas fronteras que había arrebatado a sus enemigos; fundó allí la capital de su Imperio, acumuló en ella todas sus fuerzas, haciéndola inexpugnable; de esta manera se filió en la sociedad europea, se fijó en el Báltico, desde donde circundaba fácilmente a sus enemigos naturales los polacos y los suecos, para venir a aliarse en caso de necesidad con las naciones situadas detrás de ellos, etc.»

Dijo el Emperador que no estaba enteramente satisfecho de estas razones. «De cualquier modo que sea—decía—, Moscou desapareció, y ¿quién puede calcular las riquezas que se han devorado allí? Figúrese a París con el cúmulo de los siglos, de los trabajos y de la industria. Su capital, después de mil cuatrocientos años que existe, aun cuando no se hubiese acrecentado más que en un millón cada año, ¡qué sumas! Júntense a esto los almacenes, los muebles, la reunión de las ciencias y de las artes, las correspondencias de asuntos y de comercio establecidas, etc., y

véase una semejanza con Moscou, que desapareció en un instante. ¡La idea sola hace estremecer...! Yo creo que con los dos mil millones no se puede restablecer.»

Se extendió largamente sobre todos aquellos acontecimientos y se le escapó una palabra demasiado característica para que yo no la hubiese notado. Habiendo pronunciado el nombre de Rostopchin, me adelanté a decir que el colorido dado en aquel tiempo a su acción patriótica me sorprendió mucho, pues me conmovió, lejos de indignarme, ¡y le tenía envidia...! A lo que respondió el Emperador con una notable vivacidad y en una especie de contradicción que ofendía a su despecho: «Si muchos en París hubieran podido leer su corazón y sentir como él, crea usted que lo habría alabado; pero no me quedaba ese recurso». Y volviendo a Moscou, dijo:

«Nunca, a despecho de la poesía, igualaron todas las ficciones del incendio de Troya a la realidad del de Moscou. La ciudad era de madera y el viento muy fuerte; se habían llevado todas las bombas y parecía ciertamente un océano de fuego. Nada se salvó; tan rápida fué nuestra marcha y tan repentina la entrada. Hallamos hasta algunos diamantes en los tocadores de las señoras; con tanta precipitación huyeron. Poco tiempo después nos escribieron que éstas habían procurado escaparse a los primeros impulsos de una soldadesca peligrosa, que recomendaban sus bienes a la lealtad de los vencedores y que no dejarían de volver a sus hogares dentro de pocos días para solicitar su benevolencia y llevarles su reconocimiento.

»La población—añadió el Emperador—estuvo muy lejos de haber tenido parte en aquel atentado. Ella

misma fué quien nos entregó los trescientos o cuatrocientos malhechores, escapados de las cárceles, que lo ejecutaron.—Pero señor—osé preguntarle—, si Moscou no hubiera sido presa de las llamas, ¿vuestra majestad creía fijar allí sus cuarteles?—Sin duda—respondió—, y habría presentado entonces el suntuoso espectáculo de un ejército invernando tranquilamente en medio de una nación enemiga que la estrechaba por todas partes, y se hubiera parecido a un navío detenido por el hielo. Ustedes se habrían visto en Francia muchos meses sin noticias mías; pero no hubiera habido disturbios y sí juicio. Cambaceres, como tenía por costumbre, habría dirigido los asuntos en mi nombre, y todo hubiera seguido su curso como si yo hubiera estado presente. El invierno en Rusia habría pesado sobre todos, la paralización hubiera sido general, y la primavera hubiera reanimado a todos igualmente. Cada uno se habría despertado a su vez, y ya se sabe que los franceses son tan ligeros como los demás.

»Con la aurora del buen tiempo hubiera marchado sobre los enemigos y batídoslos, haciéndome dueño de su Imperio. Pero Alejandro, créalo usted, no me hubiera dejado llegar hasta ese punto. Antes habría pasado por cuántas condiciones le hubiese dictado yo, y Francia, en fin, empezaba a poder disfrutar, pues yo fuí a combatir a hombres armados, y no a la Naturaleza irritada; ¡yo derroté los ejércitos, pero no pude vencer a las llamas, al hielo, a la paralización y a la muerte...! El destino hubo de ser más fuerte que yo. Y, sin embargo, ¡qué desgracia para Francia y para Europa!

»Con la paz en Moscou se cumplía y terminaba el

objeto de mis expediciones de guerra. Para la gran causa era el fin de las incertidumbres y el principio de la seguridad. Un nuevo horizonte y nuevos trabajos iban a desarrollarse, todos llenos de bienestar y de prosperidad pública. El sistema europeo quedaba fundado, y sólo faltaba organizarlo.

»Satisfecho yo sobre estos grandes puntos, había reunido también mi *congreso* y mi *santa alianza*; pues esas son ideas que me han robado. En esta reunión de todos los soberanos habríamos tratado como una familia de nuestros intereses, y ajustado escrupulosamente nuestras cuentas con los pueblos.

»La causa del siglo estaba ganada, y concluída la revolución, ya no quedaba otra cosa sino conciliarla con lo que no había destruído, y esto me tocaba a mí; yo lo había preparado con mucha anticipación, a costa de mi popularidad quizás; no importa. Yo venía a ser el arca de la antigua y nueva alianza, el mediador natural entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. Yo profesaba los principios y la confianza del uno y me había identificado con el otro, y, por lo tanto, habría dado en conciencia a cada uno su parte.

»Mi gloria hubiera consistido en mi equidad.»

Y después de haber enumerado lo que habría propuesto de soberano a soberano y de éstos al pueblo, continuó: «En la actitud gloriosa en que nos hallábamos, cuanto hubiéramos concedido habría parecido grande y acarrearíamos el reconocimiento de los pueblos. En el día lo que arrancarán éstos les parecerá siempre poco, y no dejarán de estar en desconfianza y descontentos.»

En seguida refirió los puntos que hubiera propuesto para la prosperidad, los intereses, el goce y bien-

estar de la sociedad europea. Los mismos principios, el mismo sistema en todas partes. Un código europeo, un tribunal de apelación, también europeo, que corriese los yerros de todos, como sucede con el nuestro respecto de nuestros tribunales. Una misma moneda bajo distintos cuños; los mismos pesos, medidas y leyes, etc.

«Europa—decía él—, de este modo, se convertiría muy en breve en un solo pueblo, y viajando cualquiera por todas partes se habría siempre hallado en la patria común.»

Habría pedido que todos los ríos fuesen navegables para todos, la libertad absoluta de los mares, y que los grandes ejércitos permanentes se redujesen en lo sucesivo a la sola guardia de los soberanos, etc., etc.

En fin, eran una infinidad de ideas, la mayor parte nuevas; las unas, muy sencillas, y otras, enteramente sublimes, sobre los distintos ramos políticos, civiles y legislativos; sobre la religión, las artes y el comercio: todo lo abrazaban.

Y concluyó diciendo: «De vuelta a Francia, en el seno de la patria, grande, fuerte, magnífica, tranquila y gloriosa, habría fijado sus límites inmutables, declarado defensiva toda guerra futura, antinacional cualquier acrecentamiento nuevo. Hubiera asociado mi hijo al Imperio, terminado mi dictadura, empezando desde entonces mi reinado constitucional...

»¡París habría sido la capital del mundo, y los franceses la envidia de las naciones!...

»Mi descanso y mis últimos días los hubiera consagrado, en compañía de la Emperatriz, y durante la educación real de mi hijo, a visitar despacio, sin etiqueta y con nuestros propios caballos, todos los rinco-

nes del Imperio, recibiendo las quejas, arreglando las diferencias y sembrando por todas partes monumentos y beneficios... ¡Querido amigo, he aquí todavía mis sueños!...»

DECRETOS DE BERLÍN Y DE MILÁN. — VERDADERA  
CAUSA DEL ODIOS DE LOS INGLESES.

25.—El tiempo se puso enteramente bueno. Después de comer condujo la conversación al Emperador a recordar el objeto verdadero de su disputa marítima con Inglaterra. «La pretensión de prohibir la entrada del papel—decía—le atrajo mi famoso decreto de Berlín. Rabioso el Consejo británico, lanzó sus rayos y estableció un derecho sobre los mares. Yo se lo rechacé al instante con los célebres decretos de Milán, que desnacionalizaban a todo pabellón que se sometiese a las deliberaciones inglesas; y entonces fué cuando la guerra con Inglaterra se hizo personal. La rabia contra mí se apoderó de cuantos dependían del comercio. La Gran Bretaña se indignó a la vista de una lucha y energía a que no estaba acostumbrada, pues los que me habían precedido fueron siempre más condescendientes.»

El Emperador desenvolvió después los medios que había empleado para obligar a los americanos a que se batiesen contra los ingleses. «Hallé el medio—decía—de unir el interés a sus derechos, pues—añadió—por los primeros se hace más bien la guerra que por los segundos.»

Era de opinión que, en su día, los ingleses harían alguna tentativa sobre la soberanía de los mares, estableciendo algún derecho universal, etc., etc. «Esto

sería para ellos—continuó—uno de los grandes recursos para pagar sus deudas, salir del abismo en que se hallan y, en una palabra, acomodarse. Si tienen entre ellos un ingenio atrevido o algún gran talento, deben emprender algo semejante; nadie podría oponerse a ello, y pueden presentar el asunto con apariencias de justicia; pueden decir que han llegado a semejante estado por salvar al continente, que lo han conseguido y que se les debe una recompensa. Y, sobre todo, en Europa no hay más buques de guerra que los suyos; de hecho reinan en el día sobre los mares; ya no existe derecho público, puesto que desapareció el equilibrio, etc., etc.

»Los ingleses pueden tener un dominio exclusivo si se reducen a volverse a sus barcos; pero expondrán su superioridad, complicarán sus asuntos y perderán, insensiblemente, hasta la consideración si se obstinan en conservar soldados en el continente.»

#### RELACIÓN DE LA CAMPAÑA DE WATERLÓO, DICTADA POR NAPOLEÓN.

26.—El Emperador salió por la mañana antes de las siete, sin haber querido que ninguno de nosotros se levantase. El tiempo era muy hermoso, y se puso a trabajar solo en el jardín, bajo la tienda, en donde nos hizo almorzar a todos en su compañía, quedándose allí hasta las dos.

Durante la comida habló mucho de nuestra situación en la isla; decía que no quería moverse de Longwood, y le interesaban poco las visitas; pero que deseaba que nosotros tuviésemos alguna diversión y tratásemos de alegrarnos. «Hubiera visto con satisfac-

ción—decía—que hubiésemos tenido más actividad y movimiento, etc.»

Hizo leer al general Gourgaud lo que había dictado sobre la campaña de Waterl6o (1). ¡Qué páginas!... ¡Son sensibles!... ¡El destino de Francia ha dependido de tan poco!...

CATINAT. TURENNE Y CONDÉ. — LA BATALLA MÁS BRILLANTE DEL EMPERADOR. — DE LAS MEJORES TRÓPAS, ETC.

28. —El Emperador no salió hasta las cuatro de la tarde, después de haber tomado un baño de tres horas; el tiempo estaba muy malo y se contentó con dar algunos paseos por el jardín. Acababa de escribir al gobernador que en lo sucesivo no recibiría a nadie, a menos que no se admitiese en Longwood, con un pase del gran mariscal, como en tiempo del almirante Cockburn.

Antes de ponerse a jugar al ajedrez halló sobre la mesa un tomo de Fenelón: era la dirección de conciencia de un rey. Nos leyó varios artículos, rebatiéndolos con mucha agudeza y sal, y al fin dejó el libro, diciendo que el nombre de un autor no había influido nunca en su opinión; que siempre había juzgado de las obras por el efecto que le habían causado, alabando francamente y censurando lo mismo, y que, a despecho del nombre de Fenelón, no titubeaba en afirmar que sus obras eran otras tantas rapsodias; y daba razones que, verdaderamente, eran difíciles de contradecir.

(1) *Memorias para servir a la historia de Francia, en 1816, en casa de Barois aisé, 1820.*

Después de comer, el Emperador habló de la antigua Marina, de *M. Crasse*, de su derrota del 12 de Abril, y quiso saber algunos pormenores, por lo que pidió el *Diccionario de los sitios y batallas*. Lo hojeó y sacó de él una multitud de observaciones. *Catinal*, por su desgracia, le vino a las manos; lo abatió infinitamente a nuestros ojos. Decía que lo juzgaba muy inferior a su reputación, a la inspección de los lugares en donde él había operado en Italia y a la lectura de su correspondencia con Louvois. «Salido del estado llano y del cuerpo de abogados—añadía—, con algunas virtudes, costumbres, probidad, afectando la práctica de la igualdad, establecido en Saint-Gratien, a las puertas de París, se había granjeado el afecto de los literatos de la capital y de los filósofos del día, que lo exaltaron demasiado.» Y concluyó diciendo que de ningún modo era comparable con Vendome.

El Emperador decía que había tratado de estudiar igualmente a Turenne y a Condé, sospechando también que habría exageración; pero ante éstos debió rendirse al mérito, y aun observó que en Turenne la audacia había crecido con la experiencia, pues presentó más en su vejez que en su juventud. Quizás sucedió al contrario respecto de Condé, quien desplegó tanta al entrar en la carrera.

Y después que habló de Turenne, Condé y otros grandes hombres, observaré que es muy raro que la casualidad no me haya dejado oír nunca de boca de Napoleón el nombre del gran Federico; sin embargo, el reloj o despertador de aquel príncipe se llevó a Santa Elena y se colocó en la chimenea del Emperador; el conato con que Napoleón se apoderó en Potsdam de la espada del mismo rey, diciendo: «Que los

demás se enriquezcan con otros despojos; ved aquí lo que para mí es superior a todos los millones», y, en fin, la contemplación larga y silenciosa de Napoleón, en el panteón de Federico, prueban bastante qué lugar tan distinguido ocupaba éste en el espíritu del Emperador y cuánto debió conmover su alma.

En el *Diccionario de los sitios y batallas* que repasaba Napoleón, encontraba su nombre en todas las páginas, pero manchado con anécdotas enteramente falsas y desfiguradas, lo que le hizo declamar contra esa turba de escritorzuelos y los indignos abusos de la imprenta; la lectura, decía, venía a ser un alimento del pueblo, cuando sólo hubiera debido ser el de las gentes de buen gusto.

«Por ejemplo, en Arcole, me hacen tomar durante la noche el puesto de un centinela dormido; esta idea es, sin duda, de un particular o de un abogado quizás; pero de ningún modo de un militar. El autor es mi amigo, ciertamente, y se imaginó que no había en el mundo cosa mejor que lo que me hace decir; habrá escrito todo eso, sin duda, para honrarme, ignorando que yo no era capaz de semejante cosa; estaba demasiado fatigado para eso, y es probable que yo estuviese dormido antes que el soldado de que habla.»

Entonces se contaron de cincuenta a sesenta grandes batallas dadas por el Emperador; nosotros nos atrevimos a preguntarle cuál era la más brillante: díjnos que era difícil responder, que desde luego era preciso explicar lo que entendían por la batalla más brillante. «Las más—continuó—no pueden juzgarse aisladamente; no tuvieron unidad de lugar, de acción, ni de intención; nunca fueron más que parte de combinaciones muy vastas, y no deben juzgarse sino

por los resultados. La de Marengo, por tanto tiempo indecisa, produjo la conquista de toda Italia; la de Ulma vió desaparecer todo un ejército; la de Jena entregó toda la Monarquía prusiana; la de Friedland abrió las puertas del Imperio ruso, y la de Ekmulh decidió de toda una guerra, etc., etc.»

La de Moscou decía que era una de las de más mérito, produciendo menos resultados. La de Waterlloo, en donde todo faltó, cuando todo se había vencido, habría salvado Francia y consolidado Europa, etc.

Habiendo preguntado madama de Montholon cuáles eran las mejores tropas: «Las que ganan las batallas, señora—contestó el Emperador; y después añadió:—Son caprichosas e inconstantes como ustedes. Las mejores tropas han sido los cartagineses, bajo Aníbal; los romanos, bajo Escipión; los macedonios, bajo Alejandro, y los prusianos, bajo Federico. No obstante, creo poder decir que los franceses no son los que se pueden rendir más fácilmente, así como los mejores para mantenerse.

»Con mi guardia completa de cuarenta a cincuenta mil hombres no tendría inconveniente en atravesar toda Europa. Podrán, tal vez, organizar alguna cosa que valga tanto como mi ejército de Italia y el de Austerlitz; pero ciertamente nada que le sobrepuje.»

El Emperador se extendió mucho sobre el mismo asunto, que le agradaba infinito, y suspendiéndolo de repente, preguntó qué hora era. «Las once—respondieron—. Pues, bien—dijo levantándose—; no hemos empleado mal la noche sin recurrir a las tragedias ni a las comedias.»

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas.
Sigue el MEMORIAL DE SANTA ELENA .....	7
Mi visita a Plantation-House.—Primera maldad del gobernador.—Proclama de Napoleón.—Su política en Egipto.—Declaración de acto ilegal.....	7
Primer insulto.—Primera barbarie del gobernador.—Rasgos característicos.....	10
Abate de Pradt.—Su embajada en Varsovia.—Guerra de Rusia.—Su origen.....	11
El Emperador sufre.—Primer día de completa reclusión.—Anécdotas.....	18
Segundo día de reclusión.—El Emperador recibe al gobernador en su habitación.—Conversación característica...	22
Tercer día de reclusión.—Resumen elocuente de la historia del Emperador.....	27
Cuarto día de reclusión absoluta. El <i>Monitor</i> favorable al Emperador.....	28
Quinto día de reclusión.....	29
Sexto día de reclusión.....	29
Paralelo entre las dos grandes revoluciones de Francia e Inglaterra.....	30
Doctor O'Meara.—Explicación.—Consulado.—Opinión de los emigrados sobre el cónsul.—Circunstancias felices que concurrieron a la carrera del Emperador.....	34
<i>Iliada</i> , Homero.....	41
Hoche.—Diferentes generales.....	42
Convite ridículo de sir Hudson Lowe.....	46
Napoleón en el Instituto, en el Consejo de Estado.—Ministerio de la Marina.—Decrétos.—Proyecto sobre la India.	47

Visita del gobernador.—Conversación acalorada con el Emperador.....	50
La mariscalda Lefèvre.....	54
El gobernador de Java.—El doctor Warden.—Conversación familiar del Emperador sobre su familia.....	56
Política.....	65
Bruto y Voltaire.—Estado de la industria en Francia.—Sobre las fisonomías.....	67
La Córcega y el país nativo.—Palabras de Paoli.—Magnanimidad de su señora madre.—Luciano destinado a Córcega.—Corte del cónsul.....	69
Política.—Inglaterra.—Expresiones características.....	75
Voltaire.—Rousseau.—Ingleses y franceses; su diferencia característica.—Estados fingidos del Emperador y sus principios con relación a ellos.....	77
Sobre las mujeres, etc.—La poligamia.....	81
Escuela militar.—Plan de educación ordenado por el Emperador.—Sus intenciones respecto de los antiguos militares.—Mudanzas en las costumbres de la capital.....	83
Opinión de Napoleón sobre la medicina.— <i>Gil Blas</i> .—General Bizanet.—Hazañas de los ejércitos franceses.—Reflexiones, etc.....	85
Novela del Emperador.—Napoleón casi desconocido en su misma casa.—Sus ideas religiosas.....	89
Retrato de los directores.—Anécdotas.—18 fructidor.....	94
Sobre la diplomacia inglesa.—Lord Whitworth, Chatham.—Castlereagh, Cornwallis, Fox, etc.....	110
Caracteres.—Bailli, Lafayette, Monges, Gregoire, etc.—Santo Domingo.—El sistema que se debe seguir.—Lo dictado sobre la Convención.....	116
El <i>Monitor</i> .—Libertad de imprenta.....	131
Guerra y dinastía en España.—Fernando en Valencey.—Yerros en los asuntos de España.....	134
Efectos enviados de Inglaterra.—El Emperador quiso proscribir el algodón en Francia.—Conferencia de Tilsit. Reina de Prusia, Rey, Emperador Alejandro.....	142
Llegada de los comisarios extranjeros.—Etiqueta forzada de Napoleón: anécdotas.—Consejo de Estado.—Citas de algunas sesiones: digresión.—Gassendi.—Embajadores.—Llamamiento de la Guardia Nacional.—La Universidad, etc.....	150

Recuerdos de Waterl6o.....	159
Salida del <i>Northumberland</i> .—Campañas de Rusia por un ayudante de campo del virrey.....	160
Palabras proféticas, etc.—Lord Holland, etc.—Princesa Carlota de Gales.—Conversación particular y personal inapreciable para mí.....	162
Sobre la memoria.—Comercio.—Ideas y sistema de Napoleón sobre diversos puntos de economía política.....	166
Artillería.—Su uso.—Sus vicios.—Escuelas antiguas....	171
Mis instrucciones a mi hijo para la impresión de las <i>Campañas de Italia</i> .—Ideas del Emperador sobre el general Drouot.....	173
Las ratas, verdadero azote para nosotros, etc.—Importunidades del lord Castlereagh.—Herederas francesas....	175
Pormenores del gobernador sobre los gastos en Longwood.—La hermosa irlandesa, etc. ....	177
Historia de la corte de Londres durante nuestra emigración; Jorge III; Mr. Pitt y Príncipe de Gales.—Anécdotas, etc.—Casa de Nassau.—Vuelta notable de Napoleón sobre sí mismo, etc.....	179
Saqueo de los ejércitos.—Carácter del soldado francés.—Detalles de Waterl6o que dió de nuevo el Almirante....	187
Sobre el mariscal Lannes.—Murat; su mujer .....	194
Orden de nuestro destierro.—Beaumarchais.—Resumen histórico de las obras de Cherburgo.....	198
Larga audiencia concedida al gobernador.—Conversación notable.....	202
Sobre las lindas italianas.—Madama Gassini.—Madama V... y Berthier.....	204
Arrabal de Saint-Germain.—Aristocracia, democracia.—El Emperador quisiera haberse casado con una francesa.....	207
Depósito de mendicidad en Francia.—Proyectos de Napoleón sobre la Iliria.—Hospitales.—Huérfanos.—Presos de Estado.—Ideas del Emperador.....	211
Sobre Egipto.—San Juan de Acre.—El Desierto.—Anécdotas, etc.....	225
Nueva malicia del gobernador.—Proyecto desesperado del corzo Santini.—San Juan de Acre.— <i>Bodas de Figaro</i> ...	229
<i>Melania</i> , de La Harpe.—Religiosas.—Conventos.—Tra-penses.—Clero francés.....	231

María Antonia.—Costumbres de Versalles.—Anécdota.— <i>Bewerley</i> .— <i>El padre de familia</i> , de Diderot.....	236
Historia de la emigración en Coblenza.—Anécdotas.....	238
Bailes de máscara.—Madama de Megrigny.—Canales de Francia.—Sueño sobre París.—Versalles.—Fontaine- bleau, etc.....	268
Proyecto de mi <i>Historia europea</i> .—Selim III.—Fuerzas de un sultán turco.—Los mamelucos—Sobre la regen- cia.....	277
Campañas de Italia.—Epoca de 1815.—Gustavo III.—Gus- tavo IV.—Bernadotte.—Paulo I.....	279
Viña patrimonial de Napoleón, etc.—Su ama de leche.— Su casa paterna.—Llanto de Josefina durante las refrie- gas de Wurmser en las inmediaciones de Mantua.....	287
Catalina II.—Guardias imperiales.—Paulo I.— Proyecto sobre la India, etc.....	289
Sobre la guerra de Rusia.—Fatalidades, etc.—M. de Talley- rand, etc.— <i>Corina</i> , de madama de Staël.—Mr. Necker...	290
Cumpleaños del Emperador.—Ideas religiosas de Napo- león.—De Voisins, obispo de Nantes.—El Papa.—Liber- tad de la iglesia Gálica.—Anécdotas.—Concordato de Fontainebleau.....	296
Conversación animada con el gobernador y el almirante. Corvisard.—Anécdotas de los salones de París.....	311
General Jouvert.—Petersburgo.—Moscou: su incendio.— Proyectos de Napoleón si hubiera vuelto vencedor.....	317
Decretos de Berlín y de Milán.—Verdadera causa del odio de los ingleses.....	325
Relación de la campaña de Waterlóo, dictada por Napo- león.....	326
Catinat, Turenne y Condé.—La batalla más brillante del Emperador.—De las mejores tropas, etc.....	327











B.P. de Soria



61168497  
DR 2069



1  
2

DR  
2069